

JOHN NORMAN

CRONICAS
DE LA CONTRATIERRA

BESTIAS DE



Lectulandia

Un enemigo implacable, una bestia asesina, ha llegado a Gor a fin de preparar la invasión que aniquilará a la Contratierra y que servirá de avanzadilla para la posterior captura de la propia Tierra.

La bestia ha elegido su escondite: el confín del mundo. Pero... ¿cuál es el confín del mundo en Gor? Ni los mapas más detallados son capaces de situar concretamente el límite del mundo conocido de Gor.

Tarl Cabot, intuye que el misterioso confín del mundo donde aguarda la bestia está en el propio polo de Gor, el helado norte, desconocido, ignoto, peligroso, donde sólo pueden vivir los cazadores rojos y donde las mujeres son aún más cruelmente esclavizadas que en la más implacable ciudad de la Contratierra.

En este nuevo volumen de las emocionantes «Crónicas de la Contratierra», John Norman nos ofrece nuevas sorpresas, nuevas aventuras y nuevos exóticos lugares de la geografía de Gor.

Lectulandia

John Norman

Bestias de Gor

Crónicas de la Contratierra 12

ePUB v1.0

RufusFire 07.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Beasts of Gor*

John Norman, 1978

Traducción: Antoni Garcés, 1990

Ilustración: Boris Vallejo

Diseño/retoque portada: RufusFire

Editor original: RufusFire (v1.0)

Corrección de erratas: arant

ePub base v2.0

1. EL ESLÍN

—No hay ninguna pista —había dicho Samos.

Yo yacía despierto en el gran diván. Miré el techo de la habitación. La luz de un candil oscilaba débilmente. Las pieles eran suaves y mullidas. A un lado estaban mis armas. A mis pies dormía una esclava encadenada.

—Podría estar en cualquier parte —había dicho Samos alzándose de hombros—. Lo único que sabemos es que está entre nosotros, en algún lugar.

Sabemos muy poco de esa especie de animal llamado Kur. Sabemos que es una bestia sedienta de sangre, que se alimenta de carne humana y que está ansioso de gloria.

—No es muy distinto del hombre —me había dicho una vez Misk, un Rey Sacerdote.

Esta historia no tenía un principio muy claro. Supongo que comenzó hace unos miles de años, cuando Kur, ocupada en guerras internas, destruyó la viabilidad de un mundo nativo. En aquel entonces su estado estaba bastante avanzado tecnológicamente y pudo construir y poner en órbita pequeños mundos de metal de algunos pasangs de diámetro. Entonces los restos de las especies devastadas de un mundo que ardía bajo ellos, se dedicaron a la caza por las llanuras estelares.

No sabemos cuánto tiempo duró la cacería. Pero sabemos que hace ya tiempo los mundos entraron en el sistema de una estrella amarilla y ocuparon una posición periférica en uno de los brillantes universos en espiral.

Habían encontrado lo que buscaban, un mundo.

Habían encontrado dos mundos, uno llamado Tierra, otro conocido como Gor.

Durante miles de años los Reyes Sacerdotes habían defendido el sistema de la estrella amarilla contra las depredaciones de los ladrones kurii. Se había movido mucho dinero, pero los kurii nunca pudieron establecer una cabeza de puente en los puertos de este hermoso mundo. Sin embargo, hace algunos años, en el tiempo de la Guerra del Nido, el poder de los Reyes Sacerdotes quedó considerablemente menguado. No creo que los kurii estén seguros de ello, ni que conozcan la magnitud de la mengua.

Creo que si supieran la verdad los mensajes cifrados parpadearían entre los mundos de acero, las puertas se abrirían y las naves partirían hacia Gor.

Pero los Kurii, como los tiburones y el eslín, son bestias cautelosas.

Acechan, husmean al viento, y entonces, cuando están seguros, atacan.

Samos estaba muy alterado por el hecho de que el alto kur, llamado Media-Oreja, estaba ahora en la superficie de este mundo. Esto lo habíamos sabido por un mensaje cifrado que cayó en nuestras manos, escondido en las cuentas de un collar.

El hecho de que Media-Oreja hubiera venido a Gor fue entendido por Samos y los

Reyes Sacerdotes como una evidencia de que la invasión era inminente.

Tal vez en este mismo momento las naves de Kur se dirigieran hacia Gor, tan alevosas y calladas como tiburones en las aguas de la noche espacial.

Pero yo no lo creía.

No creía que la invasión fuera inminente.

Mi opinión era que el kur había venido a preparar el camino para la invasión.

Debíamos detenerle.

¿Pero dónde estaba?

Casi grité de ira, los puños crispados. No sabíamos dónde podía estar.

No había ninguna pista.

La esclava se movió a mis pies, pero sin despertar.

Me erguí sobre un codo y la miré. Qué hermosa era; estaba acurrucada en las pieles, medio cubierta por ellas. Alcé las pieles para poderla ver por completo. Ella se movió, su mano se agitó un momento sobre la piel y alzó una pierna. Hizo un gesto como para cubrirse más con las pieles, pero su mano no las encontró. Alzó la pierna un poco y se encogió entre las pieles. Tal vez no hay nada tan hermoso en el mundo como una esclava desnuda. Llevaba al cuello un pesado collar de hierro y una cadena atada a una anilla fija en el gran diván. La piel de la esclava era suave y sonrosada, tan lisa, tan vulnerable a la luz del candil. Yo la encontraba increíblemente bonita. Su pelo, bello y oscuro, cubría a medias el pesado collar que rodeaba su cuello. La miré. Qué hermosa era. Y era mía. ¿Qué hombre no desea poseer una hermosa esclava?

Ella se movió y con un escalofrío quiso coger las pieles. Yo la agarré del brazo para atraerla junto a mí rudamente, y luego la arrojé sobre su espalda. Ella abrió los ojos de pronto sorprendida, casi gritando.

—¡Amo! —jadeó—. Amo, amo —susurró abrazándome. Entonces terminé con ella—. Amo —murmuró—. Te quiero, te quiero. —Un hombre posee a su esclava sólo cuando lo desea.

Ella me abrazó con fuerza presionando la mejilla contra mi pecho.

El sexo es una herramienta que puede utilizarse para controlar a una esclava. Es tan eficaz como las cadenas y el látigo.

—Te amo —murmuró.

No la dejé apartarse de mí.

—¿Puedo pronunciar tu nombre, amo? —suplicó ella.

—Sí.

—Tarl —musito—. Te quiero.

—Silencio, esclava —dije.

—Sí, amo.

La chica que yacía junto a mí, Vella, era una esclava.

Me eché a reír. Me pregunté si me había sentido tentado a mostrar debilidad. Ella

tembló entonces.

—Compláceme —le dije con voz dura.

—Sí, amo. —Comenzó a lamerme y a besarme el cuerpo.

Luego la ordené detenerse y la hice tumbarse de espaldas. Alcé la cadena atada a su collar.

—Oh —dijo ella suavemente.

Sentí sus dedos en mis brazos.

Alzó hacia mí los ojos llenos de lágrimas. Qué indefensa estaba en mis brazos.

Entonces comenzó a llorar suavemente.

—Por favor, por favor —suplicaba—, déjame pronunciar tu nombre.

—No.

—Por favor.

—¿Qué soy yo para ti?

—Mi amo —dijo asustada.

—Sólo eso —le dije.

—Sí, amo.

No permití que hablara más, sino que la forcé a resistir la violenta conmoción de la degradación de esclava, yaciendo encadenada en brazos de un amo que no quiere mostrar piedad con ella.

La traté como lo que era: una esclava. En un cuarto de ahn temblaba indefensa; su mirada era salvaje y apenada.

—Puedes hablar —le dije. Ella echó hacia atrás la cabeza y gritó estremecida de espasmos.

—¡Soy tu esclava! ¡Soy tu esclava! —gritaba. Qué hermosa es una mujer en esos momentos. Esperé hasta que se acallaron sus temblores y me miró. Entonces grité con el placer de poseerla. Ella me abrazó besándome. —Te quiero, amo —gimió—. Te quiero.

La abracé con fuerza aunque era una esclava. Ella me miró con los ojos húmedos.

—Te quiero, amo. —Aparté el cabello de su frente. Supongo que uno puede encandilarse con una esclava.

De pronto alcé la cabeza. Noté un olor a eslín. La puerta de mi habitación, que nunca estaba cerrada, se movió un ápice.

Me levanté al instante sobresaltando a la chica encadenada. Me quedé de pie, tenso, junto al diván. No me moví.

El hocico de la bestia apareció cautelosamente a través de la apertura empujando un poco la puerta. Oí el jadeo de la chica.

—No hagas ruido —le dije sin moverme. Me agaché. El animal se había soltado. Ahora había pasado toda la cabeza por la puerta. Era una cabeza ancha y triangular. De pronto los ojos miraron la luz del candil y parpadearon.

Y entonces movió la cabeza; sus ojos ya no reflejaban la luz. Me miraba directamente.

El animal medía unos cinco metros de largo y pesaba unos dos mil kilos, era un eslín salvaje domesticado. Tenía dos colmillos y seis patas. Comenzaba a avanzar. La piel del vientre rozaba el suelo. Llevaba un collar de cuero, pero no tenía atada ninguna cuerda.

Había pensado que estaría entrenado para la caza de tabuk con arqueros, pero estaba claro que no era el tabuk lo que cazaba ahora.

Yo conocía la mirada de un eslín al acecho. Éste era un cazador de hombres.

Avancé ligeramente y me detuve.

Aquella tarde lo había visto en su jaula con su entrenador, Bertram de Lydius, y había reaccionado ante mí como ante cualquier otro observador. Entonces aún no lo habían azuzado contra mi olor.

Avancé un paso más.

No creo que llevara mucho tiempo fuera de la jaula, porque una bestia así, el mejor rastreador de Gor, tardaría muy poco en encontrar su camino por los pasillos hasta esta habitación.

La bestia no me quitaba ojo.

Vi que sus cuatro patas traseras comenzaban a agitarse.

Su respiración se aceleraba. El hecho de que yo no me moviera lo tenía sorprendido.

Entonces dio otro paso adelante. Ahora estaba a la distancia crítica de ataque.

No hice nada que pudiera excitarlo.

Muy despacio, casi imperceptiblemente, llegué hasta el diván y agarré con la mano derecha una de las grandes pieles.

La bestia me observaba detenidamente. Rugió amenazadoramente por primera vez.

Y de pronto se lanzó a la carga arañando el suelo. La chica gritó. La piel me sirvió de escudo, envolviendo al animal. Salté sobre el diván y me envolví en la piel. Oí a la bestia husmeando la piel con un furioso temblor. Entonces se irguió rabiosa y rasgó la piel con las mandíbulas, rugiendo y siseando. La miré. Ahora estaba en pie junto al lecho con el hacha de Torvaldsland en mi mano.

Reí con la risa del guerrero.

—Ven, amigo —la llamé—, vamos a luchar.

Era una bestia valiente y noble. Creo que aquellos que desprecian al eslín no lo conocen. Los kurii lo respetaban, y eso dice mucho del coraje, la ferocidad y la indómita tenacidad del eslín.

La chica gritaba aterrorizada.

El hacha cayó transversalmente sobre la bestia, y al caer me golpeó con un lado

de la cabeza.

Volví a golpearla en el suelo, medio seccionándole el cuello.

—Es un hermoso animal —dije. Estaba cubierto de sangre. Oí algunos hombres fuera en el pasillo. Thurnock y Clitus y Publius y Tab y los otros, armas en mano, estaban en la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó Thurnock.

—Buscad a Bertram de Lydius —dije yo.

Los hombres salieron corriendo.

Me acerqué a mis armas que yacían junto al diván para coger un cuchillo.

Compartí con mis hombres el corazón del eslín, y bebimos en nuestras manos la sangre del animal según el rito de los cazadores.

—Bertram de Lydius ha huido —gritó Publius, el jefe de cocinas.

Pensé que era cierto.

Miré la sangre en mis manos. Se dice que si uno se ve negro y ajado en la sangre, morirá de enfermedad; si uno se ve herido y ensangrentado, morirá en batalla; si uno se ve viejo y gris, morirá en paz y dejará descendencia.

Pero la sangre del eslín no me habló.

Me levanté.

Pensé que no volvería a mirar en la sangre de un eslín. Prefiero mirar en los ojos de los hombres.

Me limpié en los muslos las manos ensangrentadas.

—Bertram de Lydius se acercó a un guardia que no sospechaba nada —dijo Publius—, ya que Bertram de Lydius era un huésped de la casa. Le dejó inconsciente. Descendió por la pared delta con ayuda de una cuerda y un gancho.

—Los tharlariones le atraparán —dijo un hombre.

—No —dije yo—. Le esperará un barco.

—No puede haber ido muy lejos —dijo Thurnock.

—Habrá un tarn en la ciudad —dije—. No le persigáis.

—Miré a los hombres—. Id a descansar.

Salieron de la habitación.

—¿Y la bestia? —preguntó Clitus.

—Dejadla. Y dejadme solo.

Nos quedamos solos la esclava y yo. Cerré la puerta y eché los cerrojos. Luego me volví hacia ella.

Parecía muy pequeña y asustada, encadenada a mi lecho.

—Bueno, querida, veo que todavía estás al servicio de los kurii.

—¡No, amo! —gritó—. ¡No!

—¿Quién limpió mi cámara esta mañana? —pregunté.

—Fui yo, amo.

—De rodillas —le dije.

Ella bajó del diván y se arrodilló en el suelo ante mí, sobre la sangre del eslin.

—En posición.

Ella asumió rápidamente la posición de esclava de placer. Se irguió sobre los tobillos con las rodillas bien abiertas, las manos en los muslos, recta la espalda y alta la cabeza. Estaba aterrorizada. Bajé los ojos hacia ella.

Me agaché y la cogí de los brazos.

—¿Amo? —me preguntó. La hice tumbarse de espaldas sobre la sangre y la sujeté para que no pudiera moverse y la penetré—. ¿Amo? —preguntó ella asustada. Comencé a moverme en su interior. La cálida cercanía de su cuerpo, tan hermoso, tan indefenso, me embargó. Ella comenzó a responderme asustada.

—Todavía trabajas para el Kur.

—No, amo —gimió—. ¡No!

—Sí.

—No. No, amo.

—Habían azuzado a la bestia contra mi olor.

—¡Soy inocente! —dijo ella temblando debajo de mí—. Por favor, no hagas que me rinda a ti de esta manera, amo —lloró—. Oh —gritó—. ¡Oh!

—Habla —le dije.

Ella cerró los ojos.

—¡Ten piedad! —suplicó.

—Habla.

—Iba a llevar las túnicas a las cubas, para ponerlas junto con las otras. —Se debatía debajo de mí con los ojos muy abiertos en una mirada salvaje. Era muy fuerte para ser una chica, pero las chicas son débiles. Volví a hacer que se tumbara, con los hombros y los cabellos en la sangre. Echó hacia atrás la cabeza y se agitó. Qué débil era, qué vanos sus esfuerzos.

—Habla.

—Me engañaron —sollozó—. Bertram de Lydius me siguió por los pasillos. Yo no le presté atención, pensé que sólo quería ver cómo me movía por la casa, que sólo me seguía como un hombre que de vez en cuando sigue a una esclava, por el placer de contemplarla.

—Y eso te gustaba, ¿verdad, zorra?

—Sí —dijo enfadada—. Me gustaba. Era un hombre guapo y fuerte, y goreano, y yo era una esclava. Pensé que tal vez querría utilizarme, y que tú se lo permitirías de acuerdo con la cortesía goreana.

“Me habló así que me volví y me arrodillé ante él con las túnicas en los brazos. “Eres muy bonita”, me dijo, y eso me agradó. Entonces él me preguntó si le conocía. Le respondí que sí: “Eres Bertram de Lydius, huésped de la casa de mi amo”, le dije.

““Tu amo ha sido muy amable conmigo”, dijo él. “Voy a hacerle un regalo como prueba de mi agradecimiento. No sería cortés por mi parte aceptar su hospitalidad sin expresar de alguna forma la estima que le tengo y la gratitud que siento por su generosidad”.

““¿En qué podría yo ayudarte, amo?”, le pregunté.

““En Lydius tenemos muchas pieles de eslín de nieve, hermosas y cálidas. También tenemos sastres excelentes que cosen vestimentas con hilos de oro y bolsillos secretos. Me gustaría regalarle a tu amo un vestido así, una chaqueta que pueda usar para montar en tarn.”

—Pocos hombres de Puerto Kar me consideran un tarnsman —dije yo—. Y yo nunca le dije a Bertram de Lydius que lo fuera.

—No lo creo, amo.

—¿No crees que es un regalo extraño para un mercader y marinero?

—Perdona a esta esclava, amo. Pero en Puerto Kar hay algunos que saben que eres un tarnsman, y el regalo parece apropiado para ser hecho por quien dice ser del norte de Lydius.

—El auténtico Bertram de Lydius no tendría por qué saber que soy un tarnsman.

—Entonces era un impostor —dijo la esclava.

—Creo que era un agente kurii.

La embestí salvajemente y ella gritó mirándome. Estaba cubierta de sudor. Llevaba el collar al cuello.

—Me engañó —gimió.

—Te engañaron, o eres un agente kur.

—No soy un agente kur —gimió. Intentó levantarse, pero la retuve, sus pequeños hombros en la sangre del suelo. No podía enfrentarse a mi fuerza.

—Aunque seas un agente kur —le dije suavemente—, has de saber que primero eres mi esclava.

—Sí, amo. —Se retorció moviendo la cabeza a un lado—. Me pidió la túnica sólo un momento.

—¿Le perdiste de vista? —pregunté.

—Sí. Me ordenó que me quedara en el pasillo y que le esperara allí.

Me eché a reír.

—Sólo se la llevó un momento —dijo la esclava.

—El tiempo suficiente para presionar la túnica contra los barrotes de la jaula del eslín y susurrarle a la bestia la señal de caza.

—¡Sí! —gimió ella.

Entonces la embestí una y otra vez, con el ritmo creciente y salvaje de un amo, hasta que ella, que una vez fue una chica civilizada, gritó y se estremeció y se rindió a mí sin asomo de dignidad ni orgullo, tan sólo una esclava entregada en mis brazos.

Me levanté y ella quedó a mis pies, encadenada, sobre la sangre de eslín.

Cogí el hacha de Torvaldsland y me quedé de pie mirando a la esclava.

Ella alzó los ojos hacia mí. Tenía la rodilla alzada y sacudió la cabeza. Cogió el collar con las manos y lo apartó un poco de su cuello.

—Por favor, no me mates, amo —me dijo—. Soy tu esclava.

Bajé el hacha, sosteniéndola ante mí con las dos manos. Y la miré con enfado.

Ella relajó el cuerpo y se quedó quieta sobre la sangre, aterrorizada. Puso las manos en el suelo, con las palmas hacia arriba. Las palmas de las manos de una mujer son suaves y vulnerables, y ella las exponía ante mí.

Yo no levanté el hacha.

Oí sonar la campana de la gran sala, y luego unos pasos en el pasillo.

—Ha amanecido —dije.

Thurnock apareció en la puerta de la habitación.

—Ha llegado un mensaje de la casa de Samos —dijo—. Quiere hablar contigo.

—Prepara el barco —respondí. Iríamos hasta su casa a través de los canales.

—Sí, capitán.

Dejé el hacha a un lado. Me lavé con el agua de un recipiente y me puse una túnica limpia. Me abroché las sandalias.

La chica no dijo nada.

Alcé una espada sobre mi hombro izquierdo, una hoja admirable.

—No me has dejado atarte las sandalias —dijo la esclava.

Cogí la llave del collar, me acerqué a ella y lo abrí.

—Tienes tareas que atender —le dije.

—Sí, amo. —De pronto se abrazó a mis rodillas, gimiendo arrodillada y mirándome—. Perdóname, amo —gritó—. ¡Me engañaron! ¡Me engañaron!

Bajó la cabeza hasta mis pies y me los besó. Luego alzó los ojos hacia mí.

—Si hoy no te complazco, amo, hazme empalar.

—Lo haré.

Me di la vuelta y me marché.

2. EL MENSAJE DEL ESCÍTALO

—La arrogancia de los kurii puede significar su ruina —dijo Samos.

Se sentaba con las piernas cruzadas junto a la baja mesa sobre la que había pan caliente, fresco y amarillo, vino negro y brillante, tajadas de bosko asado, huevos de vulos y pasteles con crema y natillas.

—Es demasiado fácil —dije yo. No podía hablar claramente con la boca llena.

—Para ellos esta guerra es un juego. —Me miró sonriente—. Lo mismo que parece ser para algunos hombres.

—Tal vez para algunos —dije—. Para aquellos que son soldados, pero no para los kurii en general. Creo que su compromiso en estas materias es muy serio.

—Me gustaría que todos los hombres fueran tan serios —dijo Samos.

—Una vez los kurii, al menos parte de ellos, estuvieron preparados para destruir Gor, para abrirse camino hacia la Tierra, un mundo con el que seguramente no mostrarían clemencia. El deseo de cometer tal acción no va bien con la noción de bestias vanas y orgullosas —dije yo.

—Es extraño que hables de bestias vanas y orgullosas.

—No entiendo.

—Supongo que no. —Samos bebió vino negro de su copa. Yo no le apremié a que aclarara su aserto. Parecía divertido.

—Creo que los kurii son demasiado listos, demasiado retorcidos, demasiado decididos —dije— para que se los subestime en estos asuntos. El mensaje que han enviado podría no ser más que una burla, una trampa para distraer nuestra atención.

—¿Pero podemos correr ese riesgo? —preguntó Samos.

—Tal vez no —respondí. Cogí un trozo de carne con el tenedor turiano que se usaba en casa de Samos.

Samos sacó de su túnica una cinta de seda, como la que usan las esclavas para recogerse el pelo. Parecía cubierta de marcas sin significado. Le hizo un gesto a un guardia.

—Traed a la chica.

Hicieron entrar en la sala a una chica rubia, vestida con una corta túnica de esclava.

Estábamos en la gran sala de Samos, donde ya habíamos celebrado muchos banquetes. Era la sala del gran mapa de mosaico incrustado en el suelo.

La chica no parecía una esclava, cosa que me divirtió.

—Habla una lengua bárbara —dijo Samos.

—¿Por qué me habéis vestido así? —preguntó ella. Hablaba en inglés.

—Yo la entiendo —dije.

—Tal vez eso no sea una casualidad —dijo Samos.

—Tal vez no.

—¿Ninguno de vosotros puede hablar inglés, estúpidos? —dijo ella.

—Yo puedo comunicarme con ella, si lo deseas —le dije a Samos.

Asintió.

—Yo hablo inglés —le informé a la chica en aquella intrincada y hermosa lengua.

Pareció atónita. Luego comenzó a gritar llena de furia, bajándose los bordes de la túnica que llevaba, como queriendo cubrir un poco más sus piernas, que eran preciosas.

—No me importa ir vestida así —dijo. Se apartó con enfado del guardia y se irguió ante nosotros—. No me han dado zapatos. ¿Y qué significa esto? —preguntó alzando la anilla de hierro que habían fijado en torno a su cuello. Tenía el cuello suave, blanco, adorable.

Samos le tendió la cinta del pelo a un guardia haciendo un gesto hacia la chica.

—Póntelo —le dijo en goreano.

Yo repetí la orden en inglés.

—¿Cuándo me dejarán marcharme?

Mirando a Samos a los ojos, cogió de malos modos la cinta y se ató el cabello. Enrojeció sabiendo que al levantar las manos hasta el pelo elevó la línea de sus hermosos pechos que poco cubría su atuendo. Luego se irguió de nuevo ante nosotros, enfadada, con la cinta en el pelo.

—Así vino hasta nosotros —dijo Samos—, excepto que vestía extraños atuendos bárbaros. —Le hizo una señal a un guardia que dejó sobre la mesa un fardo de vestimentas. Vi que eran unos pantalones de un material azul parecido al dril y una camiseta de manga larga. También había una camisa blanca muy fina de manga corta. Si no hubiera sabido que las ropas eran de aquella chica, en seguida las hubiera reconocido como pertenecientes a un hombre terrícola. Eran ropas de hombre.

La chica intentó avanzar, pero los dos guardias que había a su lado se lo impidieron cruzando las lanzas.

También había un par de zapatos planos, marrones con cordones oscuros. Tenían un corte masculino, pero eran demasiado pequeños para un hombre. Miré los pies de la chica. Eran pequeños y femeninos. Sus pechos y sus caderas también indicaban que era una mujer, y muy bonita. Las ropas de esclava hacen que a una mujer le sea muy difícil camuflar su sexo.

También había un par de calcetines azules.

—Aunque intentabas disfrazarte de hombre —le dije—, ya veo cuáles eran las prendas interiores que usabas.

—No sé de qué me estás hablando.

—Mira —dije—. Llevas una ropa femenina, y que proclama tu femineidad, y no se te permitirá vestir de otra forma.

—Devuélveme mis ropas —pidió.

Samos hizo un gesto a un guardia, que ató el fardo de ropa dejándolo sobre la mesa.

—Ya ves cómo venía.

Se refería a la cinta del pelo.

—Dame la cinta —dijo Samos. Lo dijo en goreano, pero no hubo necesidad de traducción. Samos extendió la mano, y ella alzó los brazos, volviendo a sonrojarse, se soltó la cinta del pelo y se la tendió a un guardia que a su vez se la entregó a Samos. Vi cómo miraba el guardia a la chica y sonreí. Apenas podía esperar a llevarla a los corrales. Ella, todavía una chica iracunda de la Tierra, ni se dio cuenta.

—Trae la lanza —le dijo Samos a un guardia. Uno de los guardias le dio su lanza.

—Naturalmente es un escítalo —dije.

—Sí —dijo Samos—, y el mensaje está en goreano.

Samos me había dicho cuál era el mensaje, y ya lo habíamos discutido con anterioridad. De todas formas resultaba curioso verlo enroscado en la lanza. Originalmente, mientras se prepara, la cinta del mensaje se enrolla diagonalmente en torno a un objeto en forma cilíndrica, y luego se escribe el mensaje en líneas paralelas sobre el cilindro. De modo que el mensaje se lee en la cinta así doblada. Pero cuando la seda se estira el mensaje desaparece para convertirse en una serie de garabatos, que son trazos partidos de las letras. El mensaje se reconstruye doblando la cinta en torno a un objeto cilíndrico de las mismas dimensiones que el que se utilizó a la hora de escribirlo. Entonces aparece el mensaje legible y claro. Pero aunque el hecho de tener que doblar la tela con las mismas dimensiones que se emplearon en la escritura del mensaje implica cierta seguridad, sin embargo, la principal seguridad no radica ahí. Después de todo, en cuanto uno reconoce una cinta o un cinturón o un trozo de tela como un escítalo, no es más que cuestión de tiempo el encontrar un objeto con las dimensiones adecuadas en torno al cual enrollar la tela y leer el mensaje. Y además se puede usar al efecto un rollo de papel o de goma que puede irse estrechando o ensanchando hasta descubrir el mensaje. La seguridad reside no en la claridad del mensaje, sino en ocultarlo, en que no se lo pueda reconocer como tal. Un individuo cualquiera jamás sospecharía que en los dibujos aparentemente incoherentes de la cinta de una chica se esconde un mensaje que puede ser fatal.

Leí el mensaje:

—“Saludos, Tarl Cabot, te espero en el confín del mundo. Zarendargar. General de Guerra del pueblo”.

—Es Media-Oreja —dijo Samos.

—La palabra “Zarendargar” es un intento de incluir una expresión kur en el goreano —dije.

—Sí —respondió Samos. Los kurii no son hombres, sino bestias. La mayor parte

de sus fonemas no tienen representación en el alfabeto humano. Sería como intentar escribir los gruñidos de los animales. Nuestras letras no bastan.

—¡Llevadme a la Tierra! —pidió la chica.

—¿Es todavía virgen? —le pregunté a Samos.

—Sí. Ni siquiera ha sido marcada.

—¿Qué marca le pondrás?

—La marca corriente de Kajira.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó ella—. Dadme mis ropas.

—Llevadla a los corrales —dijo Samos—, vendedla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ella.

—¿Hay que marcarla? —preguntó el guardia.

—Sí —dijo Samos—. La marca corriente.

—Muslo izquierdo —sugerí.

—Sí, en el muslo izquierdo —le dijo Samos al guardia. Me gustan las chicas marcadas en el muslo izquierdo. El amo puede acariciarla con la mano derecha mientras la sostiene con la izquierda.

—¡Devolvedme mis ropas! —gritaba ella.

Samos miró el fardo de ropas.

—Quemad esto.

La chica miró horrorizada cómo uno de los guardias cogió las ropas y las fue tirando una a una en el gran recipiente de cobre donde ardía el carbón.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Los dos guardias se dispusieron entonces a llevarla cogida de los brazos a los corrales.

—¿Qué van a hacer? —gritó.

—Te van a llevar a los corrales.

—¡Los corrales!

—Allí te desnudarán y te marcarán.

—¿Marcarme? —preguntó. No creo que me entendiera. Su mente terrestre lo encontraría difícil de entender. Todavía no era muy consciente de las realidades goreanas. Pero las aprendería deprisa. No tendría otra alternativa.

—¿La venderemos en seda roja? —le pregunté a Samos.

Él miró a la chica.

—Sí.

—Entonces te violarán y te enseñarán tu propia condición femenina. Cuando seas consciente de ella, te encerrarán en una jaula. Luego te venderán.

—¡No! ¡No!

—Llevaosla —dijo Samos.

Se llevaron a la chica llorando y gritando hacia los corrales.

Qué femenina parecía entonces. Ya no era una imitación de un hombre. Era sólo lo que era, una esclava arrastrada a los corrales.

Samos comenzó a desatar la larga cinta que le había hecho ponerse a la chica, el escítalo, del mango de la lanza.

Samos soltó la cinta y devolvió la lanza al guardia. Luego miró la cinta sobre la mesa. Ahora sólo parecía una cinta, llena de marcas sin significado.

—No tenemos ninguna pista —dijo—. Ahora tenemos esto. —Alzó la cinta con enfado—. Aquí hay un mensaje explícito.

—Eso parece —dije.

No sabíamos dónde estaba el confín del mundo, pero sí sabíamos dónde buscarlo. Se decía que el confín del mundo estaba más allá de Cos y Tyros, al final de Thassa, en el final del mundo. Ningún hombre había navegado hasta el fin del mundo y había vuelto. Nadie sabía lo que había allí. Algunos decían que Thassa no tenía fin, y que el confín del mundo no existía, que sólo estaban las verdes aguas extendiéndose siempre, atrayendo héroes y marineros, atrayendo hombres hasta que todos, uno a uno, hubieran perecido y los barcos solitarios quedaran perdidos en el silencio hasta que, rotas las arboladuras tal vez siglos más tarde, la brava madera, caliente de sol, se hundiera bajo las aguas.

Otra historia que sin duda tenía origen terrestre, contaba que el final del mundo estaba protegido por escarpadas rocas y monstruos y por montañas que podrían arrancar los clavos de un barco. Otros decían que el mundo acababa en un abismo por el que los barcos caerían durante días.

—El barco está listo —dijo Samos mirándose.

Había sido preparado un barco para navegar hasta el confín del mundo. Había sido construido por Tersites, un hombre medio ciego y loco a quien todos despreciaban en Gor. Pero Samos lo consideraba un genio. Yo lo tenía por loco, aunque eso no impide que fuera un genio también. Era un barco muy poco corriente, de profunda quilla y aparejo cuadrado, a diferencia de la mayoría de las naves de Gor. Disponía de grandes remos que debían ser manejados por varios hombres. Llevaba muy alto el espolón. Todo el mundo se reía de él en el astillero de Puerto Kar, pero Tersites no prestaba atención a las críticas. Trabajaba asiduamente, comía poco y dormía al lado del barco, supervisando cada detalle de la gran estructura. Decían que la profunda quilla haría más lento al barco, que los dos mástiles eran demasiado largos para desmontarlos en caso de combate naval, que un remo tan largo era inútil, que no podría ser manejado por un hombre y que si era manejado por varios alguno eludiría el trabajo. ¿Por qué un timón y no dos? ¿Para qué sirve un espolón tan alto?

Yo no era constructor de barcos, pero era capitán. Me parecía que un barco de tales características sería poco manejable, que sería torpe y lento, que serviría más para servicio de carga que para enfrentarse a los monstruos de Thassa, hambrientos y

ansiosos de devorar a los torpes y a los débiles. Si tenía que ir hasta el fin del mundo prefería hacerlo con el Dorna o el Tesephone, barcos que ya conocía bien.

Pero el barco de Tersites era sólido. Al contemplarlo desde tierra, tan alta la proa, a veces parecía que un barco así era el más adecuado para el terrible y tal vez imposible viaje hacia el fin del mundo. Tersites había construido el barco de forma que la proa apuntara al este, de modo que no sólo apuntaba al canal, sino también hacia Cos y Tyros. Apuntaba al fin del mundo.

—Los ojos no han sido pintados —dije yo—. Todavía no está vivo.

—Pinta los ojos —me dijo Samos.

—Eso es cosa de Tersites —dije. Él era el constructor. Si el barco no tenía ojos, ¿cómo podría ver? Para el marino goreano el barco es algo vivo.

—El barco está prácticamente preparado —dijo Samos—. Pronto podrá partir hacia el fin del mundo.

—¿No es extraño que el mensaje haya llegado precisamente cuando el barco está casi a punto? —pregunté.

—Sí, es extraño.

—Los kurii quieren que naveguemos hasta el fin del mundo —dije.

—¡Bestias arrogantes! —gritó Samos con un puñetazo en la mesa—. ¡Nos desafían a detenerles!

—Quizás —admití.

—Les hemos buscado en vano. No podíamos hacer nada, no sabíamos dónde buscar. Ahora, en su impaciente vanidad, burlándose de nuestra impotencia, nos anuncian su paradero.

—Tal vez —dije—. Tal vez.

—¿Dudas del mensaje? —preguntó Samos.

—No lo sé. Simplemente no lo sé.

—Debes partir inmediatamente hacia el fin del mundo. —Samos me miró sonriente—. Y allí has de buscar a Media-Oreja y destruirle.

—No nos precipitemos —dije.

Me miró sorprendido.

—Hay que aprovisionarlo —dije—. También hay que reclutar la tripulación. Y hay que realizar un viaje preliminar para probar el barco.

—¡El tiempo es esencial! Puedo darte suministros, hombres.

—Debo pensar en todo eso —dije—. Y he de elegir a los hombres que navegarán conmigo, porque nuestras vidas dependerán de todos nosotros.

—¡Media-Oreja aguarda en el confín del mundo! —gritó Samos.

—Que espere.

Samos me miró irritado.

—Si realmente está esperando allí —dije—, no hay tanta prisa. Además,

tardaremos muchos meses en llegar al fin del mundo, si es que se puede llegar allí.

—Eso es cierto.

—Y además, es la feria de En’Kara.

—¿Y qué?

—Es la época del torneo de Kaissa en la feria de En’Kara en Sardar —dije. Se me hacía difícil creer que Samos no hubiera pensado en eso—. Centius de Cos va a defender su título contra Scormus de Ar.

—¿Cómo puedes pensar en la Kaissa en un momento como éste?

—El torneo es importante —señalé. Cualquiera que supiera algo de Kaissa tenía que saber esto.

—¡Kaissa! —gruñó Samos.

—El planeta ha esperado años este torneo.

Samos se levantó, exasperado pero sonriente.

—Ven conmigo.

Me llevó hasta un punto de la sala, y señaló una parte del intrincado mapa de mosaico.

—Cos y Tyros —dije.

Señaló más allá. El mapa terminaba allí. Nadie sabía qué había más allá de Cos y Tyros hacia el oeste, después de pasar algunas pequeñas islas.

—Lo que deberías tener en la mente no es la Kaissa, querido Capitán —dijo Samos—, sino el confín del mundo. —Señaló a un lugar en el suelo en el que sólo había pequeños azulejos.

—Tal vez el confín del mundo —dije— esté al otro lado de la pared.

No sabíamos dónde quedaría, según la escala del mapa de mosaico.

—Tal vez —rió Samos—. Tal vez.

Miró el mosaico. Sus ojos se detuvieron un instante en la parte de arriba.

—¿Qué es? —preguté. Había notado un momento de duda en él, un pequeño movimiento de su hombro, un gesto que sugería un pensamiento casual, una preocupación irrelevante.

—Nada —dijo. Había descartado el pensamiento.

—No —dije curioso—. Dime, ¿qué era?

Hizo una señal a un guardia para que trajera un candil, porque estábamos lejos de la luz del fuego y de las antorchas de las paredes.

Caminamos lentamente hacia el fondo de la habitación. El guardia nos trajo la lámpara.

—Como ya sabes —dijo Samos— esta casa es un centro de seguridad, en el que recibimos muchos informes. Muchas de las cosas que oímos son triviales e irrelevantes, o carentes de significado. Pero a pesar de todo intentamos permanecer informados.

—Naturalmente. —Nunca se sabe cuándo puede llegar un mensaje crucial.

—Hemos recibido dos informes que nos resultan peculiares. No los recibimos a la vez. Y ambos son muy provocativos.

—¿Qué dicen?

—Mira —dijo Samos agachándose y sosteniendo el candil unos centímetros sobre el suelo—. Aquí está Kassau, y el Skerry de Vars.

—Sí.

—Y al norte Torvaldsland y el glaciar Eje.

—Sí.

—¿Has oído hablar del rebaño de Tancred?

—No —respondí.

—Es un rebaño de tabuks del norte, un rebaño gigante. El rebaño de Tancred pasa el invierno en los límites de los bosques al sur y al este de Torvaldsland. En la primavera salen hambrientos de los bosques y emigran al norte. —Señaló el mapa—. Siguen esta ruta. Salen del bosque por aquí, bordean Torvaldsland por aquí hacia el este, y luego avanzan por el oeste hacia el mar. Siguen la costa de Thassa hacia el norte, cruzan aquí el glaciar Eje, como negras nubes sobre el hielo, y luego siguen por la costa hasta que giran hacia el este, hacia la tundra de la base polar, para pasar el verano. Al llegar el invierno, vuelven a los bosques por la misma ruta. La migración tiene lugar anualmente.

—¿Sí?

—Parece que este año no ha ocurrido —dijo. Le miré, atónito.

—Los cazadores rojos de la base polar han informado de que el rebaño no ha aparecido.

—Es asombroso.

—Es más serio que eso —dijo—. Significa la muerte de los hombres de la base polar, o al menos el hambre. En verano dependen del tabuk para alimentarse.

—¿Se puede hacer algo? —pregunté.

—No creo. La comida que han almacenado en invierno gracias a la caza polar les durará un tiempo. Luego deberán ir a cazar a otra parte. Tal vez algunos puedan vivir de la pesca hasta que vuelva en otoño el eslín negro de mar.

Los cazadores rojos vivían como nómadas, dependiendo de las migraciones de varias especies de animales, en particular el tabuk del norte y cuatro variedades de eslín de mar. Cazaban y pescaban según las estaciones y los animales. A veces consiguen cazar el tiburón del norte, o incluso la ballena hunjer. Pero llevaban una vida precaria. Poco se sabía de ellos. Al igual que muchos pueblos primitivos y aislados, podían vivir o morir sin que nadie lo supiera.

—Envía un barco al norte con suministros —sugerí.

—Las aguas al norte del glaciar Eje son turbulentas —dijo Samos.

—Envíalo.

—Muy bien.

—Había algo más —dije.

—Mira —dijo moviéndose un poco—, aquí. —Se inclinó sobre el mosaico donde se veía el mar, un brazo del Thassa, extendiéndose al norte y al este, en línea tangente con las costas polares. El mar en esta área estaba helado durante más de la mitad del año. Los vientos quebraban el hielo dándole fantásticas y salvajes formas.

Samos dejó la lámpara en el suelo.

—Mira —dijo señalando—. Está por aquí, en algún lugar.

—¿El qué? —quise saber. En el mapa no había nada indicado.

—La montaña que no se mueve.

—Casi ninguna montaña se mueve.

—Las montañas de hielo del mar polar se desplazan hacia el este.

—Ya veo.

Samos se refería a un iceberg. Algunos icebergs son gigantes que miden pasangs de anchura y varios metros de altura. Se desgajan de los glaciares, generalmente durante la primavera y el verano, y flotan en el Thassa, moviéndose con las corrientes, que generalmente se dirigen hacia el este. En el idioma goreano no hay una expresión específica para un iceberg. Se utiliza la misma palabra que para referirse a una montaña. Para diferenciarlas se suele decir “montaña de hielo”. Una montaña es una montaña para un goreano, sin tener en cuenta si está formada de piedra o de hielo. Yo utilizaré la expresión “iceberg” porque es más fácil para mí.

—Aquí hay un iceberg —dijo Samos señalando el mapa— que no sigue la corriente parsit.

La corriente parsit es la principal corriente hacia el este en la base polar. Se llama parsit porque es seguida por varias especies migratorias de parsit, un pez listado pequeño y estrecho.

—Un iceberg que no flota con la corriente, que no se mueve con sus hermanos —dije.

—Sí.

—Es una leyenda.

—Supongo que sí.

—Estás demasiado tenso con tus responsabilidades, Samos —le dije—. Es evidente que una cosa así no puede ser.

Samos asintió sonriendo.

—Tienes razón —me dijo.

—¿Dónde oíste esa historia?

—Me la contó un hombre de la base polar que había venido a vender pieles a Sardar.

—¿Lo había visto él mismo?

—No.

—¿Y cómo es que te habló de ello?

—Le dieron una moneda para que hablara de cualquier cosa extraña o inusual sobre la que hubiera oído.

Nos levantamos y volvimos a la pequeña mesa. Samos dejó el candil sobre ella.

—¿Zarparás pronto hacia el confín del mundo? —preguntó Samos.

—Ésa es mi intención. —Me di la vuelta para marcharme.

—¿Quién vencerá en la Kaissa? —preguntó—. ¿Centius de Cos o Scormus de Ar?

—Scormus de Ar —respondí—. Es invencible. Centius de Cos es un buen jugador, pero no está en forma. No será contendiente para Scormus.

—¿Cuándo volverás?

—Después del torneo.

—Verás otros también.

—Por supuesto —dije—. ¿Sabes que Philemon de Teletus jugará contra Stengarius de Ti, y que Hobart de Tharna se enfrentará a Boris de Turia?

—No —dijo Samos rudamente—. No he prestado mucha atención.

Me encogí de hombros. Decidí que Samos no tenía remedio.

3. LA FERIA DE EN'KARA

—¡Pista! ¡Pista! —rió aquel joven fornido. Llevaba al hombro una chica desnuda, atada de pies y manos. La había ganado en una Caza de Chicas, en un certamen para decidir una disputa comercial entre dos pequeñas ciudades, Ven y Rarn. La primera era un puerto de río en el Vosk, la segunda era notable por sus minas de cobre, que yacían al sureste de Tharna. En el certamen participaban cien jóvenes de cada ciudad, y cien mujeres, las más hermosas de cada lugar. El objeto del juego es atrapar a las mujeres del enemigo. No se permiten armas. La contienda tuvo lugar fuera del perímetro de la gran feria, un área cerrada por una valla baja de madera, detrás de la cual miran los observadores. Cuando un joven es forzado a salir de la valla queda eliminado de la competición y no puede volver a entrar en ella. Cuando una chica es atrapada, se la ata de pies y manos y se la lleva a un foso. Los fosos están cada uno al final del campo de los contendientes. Son fosos circulares, marcados por una pequeña valla de madera, y se hunden un metro bajo la superficie del campo. Si la chica no puede liberarse, se considera una captura. El objetivo del hombre es sacar a los oponentes del campo y capturar a las chicas de la otra ciudad. El objetivo de la chica, naturalmente, es evitar ser capturada.

El joven pasó a mi lado. La chica llevaba el pelo atado; aún no se lo habían soltado como a una esclava. En torno al cuello llevaba un collar corriente de acero gris. Era una chica de Rarn, probablemente de casta alta, a juzgar por su belleza. Ahora sería una esclava en un puerto fluvial de Ven. El joven parecía un barquero. Ella tenía unos labios delicados y hermosos. Le besarían bien.

Le vi abrirse camino entre la multitud, hacia la empalizada que bordeaba las montañas de Sardar.

—¿Dónde están las mesas de las apuestas? —le pregunté a un tipo de Torvaldsland de pelo rubio que comía una costilla asada de tarsko—. ¿Dónde se celebran los torneos de Kaissa?

—No lo sé.

El hombre de Torvaldsland mordió un trozo de costilla.

—¿Dónde están los mercados de esclavos? —me preguntó.

—El mercado más cercano está a un cuarto de pasang en aquella dirección, detrás de los puestos de los mercaderes de alfombras. Pero el más grande, las tarimas de exhibición de esclavas y los grandes pabellones, están detrás de las tiendas de cadenas.

—Hablas muy claramente para ser del sur —me dijo, y me tendió la costilla de tarsko. Yo la cogí con las dos manos y me la llevé a la boca. Mordí un buen trozo de carne. No había comido nada desde la mañana.

—Gracias —dije.

—Me llamo Oleg.

—A mí me llaman Jarl Pelirrojo en el norte.

—¡Jarl! —exclamó—. ¡Perdóname, no lo sabía!

—La carne es buena —dije. Se la devolví. Era cierto, en el norte me conocían como Jarl.

—Yo luché contigo —me dijo—, en el campo de las bestias. Una vez te vi cerca de las tiendas de Thorgard de Scagnar.

—Fue una buena lucha —dije.

—Sí —convino chasqueando los labios.

—¿Está tranquilo el norte? —pregunté—. ¿Hay alguna actividad kur en Torvaldsland?

—No. El norte está tranquilo.

—Bien —dije.

El hombre me sonrió.

—Buena caza en el mercado —le dije.

—Sí, Jarl —respondió sonriendo y alzando la costilla de tarsko. Se encaminó hacia el mercado más cercano.

Esa noche había llovido, y la feria estaba cubierta de barro.

Pasó un hombre pequeño pero fornido, de apariencia muy fuerte. Aunque aún hacía frío al comienzo de la primavera, iba desnudo hasta la cintura. Llevaba pantalones y botas de piel que le llegaban a la rodilla. Su piel era oscura, rojiza como el cobre, y su pelo negro azulado y muy rizado. Portaba al hombro cuerdas trenzadas, hechas de pelo de eslín, y en la mano sostenía un saco y una brazada de pieles. Llevaba un carcaj a la espalda cargado de flechas, y un pequeño arco de cuero.

Rara vez se ven estos hombres en Gor. Son nativos de la base polar.

El rebaño de Tancred no había aparecido en el norte. Me pregunté si lo sabía.

El hombre se perdió entre el gentío.

Antes de dejar la feria quería ver el mayor mercado, que estaba detrás de las tiendas de cadenas, en el que están dispuestas el mayor número de tarimas, cerca del gran pabellón de venta, de seda azul y amarilla, los colores de los esclavistas.

Si encontraba chicas que me gustaran podía hacer que me las llevaran a Puerto Kar. El transporte de esclavas es barato.

Bajé por la calle de los vendedores de artefactos y curiosidades. Me encaminaba hacia las tiendas públicas junto al anfiteatro. Allí era donde estaban las mesas para las apuestas de la Kaissa.

Al atravesar la calle vi al tipo de la base polar, desnudo hasta la cintura, con sus botas y pantalones de piel. Estaba hablando con un hombre alto y corpulento de uno de los puestos. También había un escriba detrás del mostrador. El tipo de las pieles al parecer no hablaba muy bien el goreano. Estaba sacando objetos del saco de piel que

llevaba encima. El tipo alto detrás del mostrador los examinaba. Eran objetos redondos y no se sostenían sobre el mostrador. El nativo de la base polar los sostenía para mirarlos con atención. Los había hecho él. Eran tallas de eslín de mar, de peces y ballenas, y pájaros y otras criaturas del norte.

Llevaba otras tallas en la bolsa, hechas de piedra azul marfil y hueso.

Continué mi camino.

En pocos minutos llegué a la zona de las tiendas públicas, y no tuve ninguna dificultad en encontrar las colas de las mesas de apuestas. Había docenas de mesas, y las colas eran muy largas.

Esa noche me quedaría en una de las tiendas públicas. Por cinco tarskos de cobre se pueden alquilar pieles y una plaza en la tienda. Es caro, pero al fin y al cabo es la feria de En’Kara. Estas tiendas suelen estar atestadas, y en ellas duermen campesinos codo a codo con capitanes y mercaderes. Durante la feria de En’Kara se olvidan muchas de las distinciones entre hombres.

Por desgracia, en las tiendas no sirven comidas, aunque por el precio que tienen deberían dar banquetes. Pero hay muchas cocinas y mesas públicas distribuidas por todo el distrito de la feria.

Cogí sitio al final de una de las largas colas, en la que me pareció la más corta.

Las tiendas públicas tienen alguna compensación. Dentro de ellas se puede beber vino y paga, servidos por esclavas cuyo uso también va incluido en el precio del alojamiento.

—¡Caldo! ¡Caldo! —gritaba un hombre.

Le compré por un tarsko de cobre un pote de sopa, con tiras de bosko caliente y con sul hervido.

—¿Por quién apuestas en el gran torneo? —pregunté.

—Por Scormus de Ar —me dijo.

Asentí. Le devolví el pote de la sopa. Temía que las apuestas por Scormus no fueran muy altas. Yo pensaba que sería el ganador, pero no me hacía gracia arriesgar un tarn de oro para ganar un tarsko de plata.

En las colinas a cada lado del anfiteatro había una tienda dorada. Una de ellas era la Scormus de Ar, la otra era la de Centius de Cos.

—¿Se han jugado ya el amarillo? —pregunté.

—No.

Normalmente la mayoría de las apuestas se hacían después de que se supiera quién jugaría el amarillo, que determina el primer movimiento, y el primer movimiento, naturalmente, determina la apertura.

Pero las apuestas ya eran fuertes.

Especulé sobre los efectos que tendría el sorteo del color amarillo sobre el torneo. Si Centius tenía el amarillo, las apuestas a favor de Scormus bajarían un poco, pero

probablemente no mucho. Por otra parte, si Scormus salía con el amarillo, las apuestas subirían mucho a su favor, algunos aceptarían incluso apuestas de veinte contra uno en tales circunstancias. De cualquier forma, imaginaba que tendría que apostar al menos diez a uno a favor de Scormus, que sería el favorito.

—Mirad —dijo un hombre.

De las dos tiendas salieron dos grupos de hombres que se encaminaban al anfiteatro. En los grupos irían Scormus de Ar y Centius de Cos. El oficial en jefe de la casta de los jugadores, con representantes de Cos y de Ar, les esperaba en el escenario de piedra del anfiteatro, sosteniendo el casco.

Respiré más tranquilo. Ahora pensaba que me daría tiempo a hacer mi apuesta antes del sorteo. Si Scormus sacaba el amarillo y yo hacía mi apuesta después de eso, apenas podría ganar nada, aunque apostara una buena cantidad.

—¡Deprisa! —gritó un hombre—. ¡Deprisa!

Los dos grupos de hombres entraban en el anfiteatro desde extremos opuestos.

—El siguiente —dijo el corredor de apuestas.

Estaba frente a la mesa.

—Catorce a uno a favor del campeón de Ar —dijo.

—Cuatrocientos tarns de oro —dije yo— a favor del campeón de Ar.

—¿Quién eres? —me preguntó el corredor—. ¿Estás loco?

—Soy Bosko de Puerto Kar.

—Hecho, Capitán.

Firmé la hoja con el signo del bosko.

—¡Mirad! —gritó un hombre—. ¡Mirad!

Sobre el anfiteatro un hombre alzó el estandarte de Ar.

Me hice a un lado. Había un gran estruendo. Los hombres de Ar se abrazaban unos a otros entre la multitud. Y entonces, junto al hombre que sostenía el estandarte de Ar apareció un hombre con el atuendo de los jugadores, la túnica de cuadros rojos y amarillos y la capa de cuadros, con el tablero y las piezas colgando sobre el hombro, como los pertrechos de un guerrero. El hombre alzó la mano.

—¡Es Scormus! —gritó la multitud—. ¡Es Scormus! —Entonces el joven alzó él mismo el estandarte de Ar.

Los hombres de Ar gritaban. El joven devolvió el estandarte a su portador y desapareció de la vista.

Había gran regocijo.

—El siguiente —decían los corredores de apuestas.

—Treinta y seis a uno a favor del campeón de Ar.

Yo sonreí mientras me alejaba de las mesas. Habría preferido tener mejores apuestas, pero me las había arreglado para hacer la mía antes de que se doblaran en contra del pobre Centius de Cos. Esperaba ganar cien tarns de oro. Estaba de buen

humor.

Volví mis pasos hacia el mercado principal.

Llegué al gran pabellón, que ahora estaba tranquilo. Sin embargo había una gran actividad y bullicio entre las tarimas. Aquí y allá se arrojaba comida a los esclavos.

—¿Dónde están las nuevas esclavas? —preguntó un hombre a otro.

—En las plataformas del oeste —respondió éste. Estas plataformas se dedican generalmente para organización, y las chicas no suelen ser vendidas allí. Lo normal es que esperen allí antes de ser conducidas a sus propias tarimas, las que han sido alquiladas con anterioridad por sus amos.

Puesto que tenía tiempo de sobra, me dirigí a las plataformas del oeste. Si había allí algo bueno tal vez pudiera averiguar en qué plataforma se pondría a la venta para poder estar allí cuando ella llegara.

Mientras caminaba entre las plataformas vi carros arrastrados por tharlariones, que esperaban soltar su delicada carga. Los mercados de las ferias del Sardar son mercados grandes e importantes para la economía goreana. La mayoría de los carros son carros de esclavos, y llevan un barrote en el centro en el que van encadenados los tobillos de las chicas.

Seguí mirando las nuevas plataformas.

En algunas las mujeres estaban todavía vestidas, al menos en parte.

Ya iba a alejarme de la zona de las nuevas tarimas cuando vi algo que me interesó. Un lote de cuatro chicas.

Tres de ellas eran morenas y la cuarta rubia. Tenían encadenadas las muñecas y los tobillos.

Estaban arrodilladas Llevaban collares encadenados uno a otro.

Lo que encontraba interesante en ellas era que llevaban indumentaria de la Tierra.

La chica del extremo, la rubia, llevaba un pantalón corto de algodón azul, muy bajo de cintura para dejar ver su vientre. Vestía una camisa azul de trabajador atada bajo los pechos.

Era de piel morena y ojos azules, con el pelo rubio suelto y anillas en las orejas. La chica siguiente, de pelo oscuro, llevaba pantalones negros y femeninos, al parecer de algún material sintético terrestre. La pernera derecha del pantalón estaba rasgada de la rodilla para abajo. También llevaba los restos de un jersey de cuello alto rojo, igualmente femenino, rasgado de modo que se veía su pecho derecho. Cuando la miré, ella bajó la vista asustada e intentó cubrirse más. Sonreí. Qué absurdo era su gesto; parecía no saber dónde estaba. Estaba en Gor. Estaba en la tarima. También llevaba adornos en las orejas.

Las otras dos chicas eran de cabello y ojos oscuros. Llevaban pantalones de algodón azul y camisas de franela y pendientes de oro. Me acordé de la chica en la casa de Samos y de la ropa que había llevado y que quemaron en su presencia. Su

atuendo era muy similar al de estas dos chicas; todas llevaban ese uniforme masculino que supuse sería muy popular entre este tipo de chicas, chicas que aparentemente quieren evocar la masculinidad que hormonal y anatómicamente les está negada. Parecen pensar que es mejor imitar al hombre que atreverse a ser lo que son, mujeres. A mí me parece que una mujer debería ser una mujer, pero supongo que el asunto es más complicado de lo que parece.

—Quiero hablar con alguien —dijo la chica del extremo dirigiéndose a un esclavista que pasaba.

El hombre se detuvo sorprendido ante tal osadía y la abofeteó.

—Silencio —dijo el hombre en goreano. La chica retrocedió sorprendida, con los ojos muy abiertos. Se llevó la mano a la boca; tenía sangre.

—Me ha pegado —dijo—. Me ha pegado.

Las chicas miraron en torno asustadas. La chica rubia se arrodilló.

La chica que había recibido la bofetada miró a su agresor asustada. Supuse que nunca la habían abofeteado.

La chica del pantalón corto miró a las otras.

—¿Y si nos obligan a besarles? ¿Qué vamos a hacer?

—Besarles —dijo la chica del jersey rojo.

—¿Crees que querrán algo así? —preguntó una morena.

—Quién sabe lo que querrán.

—¡Tenemos nuestros derechos! —dijo la rubia.

—¿Los tenemos? —preguntó la del jersey. Parecía la más femenina de todas.

Las chicas se quedaron un rato en silencio. Luego habló la del pantalón corto:

—¿Qué clase de prisioneras somos?

—Esperemos que sólo seamos eso, prisioneras —respondió la del jersey rojo.

—No lo entiendo. ¿Qué otra cosa podríamos ser?

—¿No puedes imaginarlo?

—No.

—Tal vez seamos esclavas —dijo la del jersey.

—No bromees —dijo la rubia horrorizada.

Pasó por allí otro esclavista, y las chicas dieron un respingo.

Me pregunté si habrían venido en la misma nave que la chica que encontré en la casa de Samos.

Sentí hambre y me alejé de las chicas. Me dirigí a comer a uno de los restaurantes públicos de la feria.

Había pensado comprar las dos chicas del extremo, la rubia y la del jersey rojo, pero luego cambié de opinión. Todavía no estaban adiestradas y pensé que mis hombres podrían matarlas. Intuía que ambas tenían sorprendentes potencialidades para ser magníficas esclavas, mejores incluso que muchas otras chicas de la Tierra.

Sería una lástima que tales capacidades se perdieran si las chicas acababan siendo arrojadas a las fauces de los urts.

Me acabé el Calda. No lo había probado desde Tharna.

En el restaurante había unas doscientas mesas bajo la tienda.

Me limpié la boca con la manga y me levanté.

Había muchos hombres en las mesas cantando canciones de Ar.

Vi salir de su tienda a un individuo, a unas mesas de distancia. Algo en él me inquietó vagamente. No le vi la cara, porque me daba la espalda. Pensé que no me había visto. Salí de la tienda. Hay que pagar la comida por adelantado, y se lleva un pequeño disco de metal a la mesa. Luego se le entrega el disco a una esclava que pone la comida ante ti. La chica lleva un delantal de piel y un cinturón de hierro. Si uno quiere tener a la chica, tiene que pagar más.

Volví a mezclarme entre la multitud. No había nada interesante hasta el día siguiente, en que empezaría el torneo.

Por un momento me inquietó el recuerdo del hombre que había visto salir del restaurante.

Me dirigí hacia las plataformas.

Volví a ver al tipo de la base polar, con sus pantalones y sus botas de piel. Recordé que había vendido algunas tallas a un curioso aquella mañana.

Me apetecía ver de nuevo a las chicas de la Tierra. La última vez que las vi se acercaban a ellas dos hombres, uno con un cuchillo y otro con túnicas blancas y leves. Tenía curiosidad por ver cómo estarían vestidas con ropas que más servían para poner de manifiesto su femineidad que para ocultar sus cuerpos.

—¿Dónde están las tarimas de Tenalion de Ar? —le pregunté a un hombre. Las esclavas eran de Tenalion.

El tipo me señaló el camino.

—Gracias. —Tenalion era un esclavista muy conocido.

Qué complacido me sentí al volver a ver a las esclavas. Ahora quedaba patente que eran unas bellezas. Pero la mayoría de las esclavas de Tenalion eran bonitas.

Todavía llevaban los collares al cuello, y seguían encadenadas unas a otras. Pero ahora los collares les sentaban de maravilla. Ya no llevaban el absurdo atavío de la Tierra, sino las túnicas goreanas de tarima. Eran túnicas blancas, de profundos escotes, sin mangas y muy cortas. Las chicas estaban de rodillas.

—Apenas me atrevo a moverme —dijo la rubia. Estaba arrodillada, como las otras, con las piernas muy juntas.

Tenían las muñecas atadas a la espalda. No podrían cubrirse si les abrían las túnicas.

—Ni yo —dijo la chica del extremo—. ¿Qué van a hacer con nosotras?

—No lo sé —dijo la tercera—. ¡No lo sé!

Un hombre se acercaba a ellas caminando muy lentamente.

Las chicas retrocedieron.

Tenían los tobillos confinados en anillas bastante sueltas, pero no tanto como para poder soltarse. Por las anillas pasaba una cadena lo suficientemente larga como para que ellas pudieran juntar los tobillos, según los deseos del amo, o abrir totalmente las piernas.

Pasaron dos hombres y echaron una ojeada a la mercancía encadenada.

Los hombres no vieron nada de interés en ellas. Había expuestas muchas bellezas.

Volví a ver al tipo de la base polar; estaba mirando mujeres.

—Mira —oí que decía un hombre—, es Tabron de Ar.

Me di la vuelta. Entre el gentío avanzaba un tarnsman, con el cuero rojo de sus derechos de guerra. Casualmente se detuvo ante las cuatro chicas.

La rubia dio un respingo cuando sus ojos la examinaron.

Él miró a la chica morena. Para mi sorpresa y placer la vi arrodillarse muy erguida y alzar el cuerpo ante él. El hombre miró luego a las otras dos chicas y siguió su camino. La morena volvió a sentarse sobre los talones.

—¡Te he visto! —dijo la chica del extremo.

—Era muy guapo —dijo la morena—. Y yo soy una esclava.

—No te ha comprado —se burló la tercera chica—, zorra de lujo.

—Tampoco te ha comprado a ti —respondió la morena—, idiota de baja clase.

Sonreí. No eran más que esclavas.

—Soy más bonita que tú —dijo la tercera chica.

Me agradó ver que la tercera chica parecía ahora mucho más consciente de su femineidad que antes. Tal vez no tardaría tanto como yo pensaba en descubrir que era una mujer. Los machos goreanos se lo enseñarían deprisa. Estaría preciosa, pensé, arrastrándose hasta su amo con las sandalias en la boca.

—Ya que discutimos estas cosas tan sórdidas —dijo la del extremo—, soy yo la más bonita de todas.

—Soy yo —dijo la morena enfadada, indignada.

—No —dijo la rubia—. Seguro que soy yo la más bonita.

—Tú ni siquiera quieres que te toque un hombre.

—No, pero aun así soy la más bonita.

La morena miró a la multitud.

—Ellos decidirán quién es la más bonita —dijo.

—¿Ellos? —preguntó la rubia.

—Los amos.

—¿Amos? —balbuceó la rubia.

—Sí —dijo la morena—, los amos. Los hombres que hay aquí, los que nos comprarán, nuestros amos, ellos decidirán quién es la más bonita.

Las chicas se sentaron arrodilladas sobre los talones.

—¡Oh! —exclamó la rubia.

Un hombre fornido, vestido con el atuendo de los guardianes de tarn y oliendo a tarn, se paró para mirarla. Ella se echó hacia atrás y sacudió la cabeza.

—¡No! —Tenía el miedo en los ojos.

El hombre echó una mirada en torno y vio a uno de los vendedores que se acercó hasta él.

—¿Son esclavas nuevas? —preguntó el cuidador de tarn.

—Carne de collar —dijo el esclavista.

—Necesito una criada. Que no cueste mucho. La necesito para que esté de día en las chozas, para que limpie los excrementos de tarn y que se quede de noche en mi cabaña.

—Estas cuatro mozas están totalmente indicadas para tales tareas —dijo el vendedor haciendo un gesto hacia la cadena. Se subió a la tarima—. Mira ésta —dijo señalando a la rubia que era la primera de la cadena.

Le cogió la túnica.

—¡No me toques! —gritó ella dando un respingo.

—Una bárbara —dijo el cuidador de tarn.

—Sí.

—¿Y las otras?

—Todas son bárbaras, señor.

La chica morena se estremeció al ver que el cliente la miraba.

El cuidador de tarn se dio la vuelta y se alejó. Las chicas se miraron asustadas, pero aliviadas. Aunque sin duda su alivio era prematuro. Otro esclavista se unió a su colega en la plataforma.

—No vamos a venderlas nunca —dijo el primero—. Son novatas, ineptas, torpes, son zorras inútiles. Ni siquiera hablan goreano.

—Tenalion no tiene intención de ponerlas en la tarima principal del pabellón —dijo el segundo. Llevaba al cinto un látigo de cinco colas.

—Sería un desperdicio. ¿Quién iba a querer unas mujeres tan ignorantes? Seguramente habrá que llevarlas de vuelta a Ar.

—Podemos venderlas aquí como alimento para el eslín.

—Es cierto.

—Atiende las plataformas del cuarenta al cuarenta y cinco —dijo el segundo, que parecía tener más autoridad que el primero—. Yo me quedaré un rato por aquí.

El otro hombre asintió y se marchó.

El segundo esclavista se quedó mirando a las cuatro chicas, que no le miraron a la cara. El hombre llevaba una túnica azul y amarilla y muñequera de cuero. Al cinto colgaba el látigo. Las chicas parecían asustadas. Y no las culpó. Las vi mirar el látigo,

pero no parecían entender realmente. No comprendían todavía lo que era el látigo ni lo que harían con ellas. Me di cuenta de que nunca habían sido azotadas.

—Las pujas han comenzado en el pabellón —oí decir.

—Moveos —dijo el esclavista a las chicas en goreano. Ellas no entendieron sus palabras, pero su gesto estaba claro. Asustadas, de rodillas todas avanzaron hacia el borde de la tarima. Ahora estaban más cerca de la multitud. Antes habían estado un metro más o menos dentro de la plataforma; cuando una chica está un poco apartada, se la puede apreciar mejor.

Las chicas se miraban aterrorizadas unas a otras. Ahora estaban cerca de los hombres.

—¡No, por favor! —suplicó la rubia. Un hombre le había puesto la mano en el muslo.

Intentó retroceder, pero el esclavista al verlo se sacó el látigo del cinto e indicó con él el lugar en que la esclava debía tener las rodillas, muy cerca del borde de la plataforma. Las otras chicas también se aseguraron de que sus rodillas estaban perfectamente alineadas. Las ropas de los hombres que pasaban les rozaban las rodillas.

—Quiero ver ésta —dijo un curtidor parándose ante la rubia.

La chica dio un respingo.

—Es bonita, ¿verdad? —sonrió el vendedor—. Abre su túnica y verás lo que puede ofrecerte.

El curtidor se acercó a la chica, pero ella retrocedió.

—¡No me toques! —gritó. La chica morena también gritó de dolor al sentir el tirón de la cadena.

El curtidor de pieles estaba atónito.

—Creo que no me interesa —dijo—. Ésta también es bárbara. No está acostumbrada al collar.

—Espera, noble señor —dijo el vendedor—. ¡Espera! ¡Mira qué delicias te aguardan!

El hombre vaciló.

—¡Prodicus! —llamó el esclavista.

En un momento llegó el primer esclavista que había ido a supervisar las plataformas cuarenta y cuarenta y cinco. El esclavista que llevaba el látigo señaló a la rubia con la cabeza.

El vendedor subió a la plataforma y rápidamente forzó a la rubia a arrodillarse ante el esclavista del látigo y el curtidor. Entonces soltó el nudo del cinturón de la rubia.

—¡No! —gritó ella. El hombre retiró la túnica exponiendo a la esclava. Era muy hermosa. La túnica yacía tras ella, sobre sus muñecas encadenadas. El hombre le

abrió las piernas de una patada y se agachó sobre ella agarrándola por los brazos. Ella se debatía y comenzó a gritar con la cabeza hacia atrás, juntando con fuerza las rodillas. El esclavista del látigo subió furioso a la tarima y volvió a abrir las piernas de la chica. Ella gritaba y lloraba. Los hombres reían.

—¿Ves, amo? —dijo el hombre del látigo. Pero el curtidor ya se había ido. El esclavista miró furioso a la rubia encadenada. Otro hombre de la multitud se acercó y cogió el tobillo de la morena. Ella lo apartó bruscamente mirándole aterrorizada.

Tenalion de Ar, su amo, estaba en el borde de la tarima. No estaba nada contento.

—No valen nada —dijo el hombre del látigo, tras azotarlas a todas.

—Vendedlas por lo que os den —dijo Tenalion antes de marcharse.

—Dos —dijo una voz—. Dos, ¿cuánto?

Era el tipo de la base polar. En la mano derecha llevaba un fardo de pieles, más pequeño ahora, y un saco más vacío que la última vez que lo vi.

Me acerqué más, pensando que tal vez tuviera dificultades para comunicarse con el vendedor.

—Ésas —dijo aquel hombre de piel cobriza señalando a la rubia y a la morena. Las chicas sollozaban.

—¿Sí? —dijo el vendedor.

—¿Baratas?

—¿Estas dos?

El cazador asintió.

El vendedor hizo que las dos chicas se arrodillaran ante el cazador.

Ellas le miraron con temor.

Era un hombre. Habían sentido el látigo.

—Sí, baratas. Muy baratas —dijo el vendedor—. ¿Tienes dinero?

El cazador sacó una piel del fardo que llevaba. Era una piel nívea y gruesa, la piel de invierno de un lart de dos estómagos. El vendedor reconoció su valor. Una piel así podría venderse en Ar por medio tarsko de plata. Cogió la piel y la examinó. El lart de nieve caza en el sol. Puede conservar la comida en el segundo estómago casi indefinidamente.

—No basta —dijo el vendedor. El cazador gruñó. Ya lo suponía.

El cazador sacó del fardo dos pequeñas pieles de leem. Eran marrones.

—No es bastante —dijo el vendedor. El cazador gruñó y se agachó para volver a atar el fardo de pieles. Cogió sus cosas y se dispuso a marcharse. —¡Espera! —rió el vendedor—. ¡Son tuyas!

Las chicas reaccionaron.

—Hemos sido vendidas —susurró la chica morena. El vendedor se puso las pieles al cinto. Con la mano derecha obligó a la rubia a agachar la cabeza hasta las rodillas. Lo mismo hizo con la morena. Ellas obedecieron. Habían sentido el látigo.

Entonces el esclavista les liberó los tobillos de las anillas de acero y abrió las cadenas que ataban sus muñecas. Las túnicas cayeron al suelo. Mientras tanto, el cazador había cortado un trozo de la cuerda que llevaba al hombro. El esclavista abrió los collares de las esclavas y los tiró al suelo.

El cazador las hizo bajar de la plataforma, y las chicas se quedaron allí asustadas, atadas la una a la otra por el cuello. La tercera y la cuarta chica observaban la escena con manifiesto terror. Sabían que también ellas podían ser objeto de una transacción que las pondría totalmente a merced de su comprador, de su amo.

El cazador rojo ató las manos de las dos bellezas a las espaldas y luego, rápidamente, las ató una a la otra. La rubia se sobresaltó.

—¡Oh! —dijo de pronto la morena. Vi que el cazador tenía experiencia en atar mujeres. Estaban totalmente indefensas.

Los cazadores rojos suelen ser gente amable y pacífica, excepto con los animales. En el norte se domestican dos tipos de bestias: la primera es el eslín de nieve, la segunda es la mujer blanca.

—Ho —dijo el cazador alejándose de la tarima. Las dos bestias que había comprado corrieron tras él.

—Será la suya una dura esclavitud —le dije al vendedor.

—Aprenderán a arrastrar el trineo bajo el látigo —me respondió.

—Sí. —Este tipo de mujeres eran utilizadas como animales de carga. Pero también, como esclavas, servirían a muchos otros propósitos.

—Espera que les pongan las manos encima las mujeres rojas —rió el vendedor.

—Pueden matarlas —dije.

—Tienen una oportunidad de vivir si obedecen con total perfección.

Me abrí camino entre la multitud.

Compré un trozo de carne con salsa envuelta en papel.

Entonces le vi. Se cruzaron nuestras miradas y él se puso pálido. Tiré la comida y de inmediato comencé a abrirme paso entre la multitud en su dirección. Él se dio la vuelta e intentó dirigirse hacia un lado de la tienda.

Ahora sabía quién era. Era el tipo que había visto salir del restaurante. Pero en aquel momento no pude reconocer su identidad. Ya no llevaba los colores marrón y negro propios de los entrenadores de eslín. Llevaba, igual que yo, ropas de mercader.

No dije nada, ni le llamé. Pero le seguí. Él miraba hacia atrás de vez en cuando, abriéndose paso hacia un extremo de la tienda.

Perseguí al que se hacía llamar Bertram de Lydius, el que había azuzado a un eslín contra mí en mi casa.

Quería su cabeza.

Cuando llegué a un extremo de la tienda, que él había rasgado para salir, no vi ningún rastro suyo.

Maldije y me golpeé la pierna con el puño. Había desaparecido.

Mis oportunidades de encontrar a un hombre entre el gentío eran muy escasas, sobre todo cuando él sabía que yo le buscaba. Miré a mi alrededor, furioso. Dos hombres se metieron en la tienda a través de la abertura cortada. Yo ya no quería ver el mercado. Me di la vuelta y me mezclé con la muchedumbre, sin una dirección fija. Pronto me encontré cerca de la empalizada que rodea las montañas Sardar. Subí a una de las altas plataformas. Desde allí se ve el Sardar. Estaba solo en la plataforma, mirando las montañas nevadas que brillaban bajo la luz de las tres lunas. Desde la plataforma también se veía la feria, con los fuegos y las luces, y las tiendas y los puestos, y el anfiteatro donde Scormus de Ar y Centius de Cos se enfrentarían mañana a ambos lados de un pequeño tablero de cuadros rojos y amarillos. El distrito de la feria cubría varios pasangs cuadrados. Era muy hermosa de noche.

Bajé las escaleras de la plataforma y encaminé los pasos hacia la tienda pública donde había reservado alojamiento.

4. RECOMPENSO A DOS MENSAJEROS

La mañana era fría y el aire era brillante y claro. Sería un buen día para el torneo.

Ya no estaba enfadado por haber dejado escapar al hombre que salió anoche del pabellón. No esperaba volverle a ver. Y si me lo encontrara, ya tendría tiempo de sacarle del perímetro de la feria y matarle.

Esperaba ansioso que abrieran las puertas del anfiteatro. Había reservado, desde Puerto Kar, una plaza para el torneo. Me había costado dos tarns de oro.

Me encontraba en las vecindades de la empalizada. Los Iniciados llevaban a cabo ceremonias y sacrificios. En un sitio se sacrificaba un bosko. Se quemaba incienso y repicaban las campanas. Se entonaban cánticos.

Ahora me encontraba entre las altas plataformas cerca de la empalizada.

Había dos esclavas atadas por el cuello a uno de los postes que sostenían las plataformas cerca de la empalizada. Estaban de rodillas, desnudas, con las manos atadas a la espalda. Me miraron aterrorizadas. Habían pasado su primera noche en poder de un hombre. Tenían los muslos ensangrentados. La chica morena había sido azotada. Los cazadores rojos no son condescendientes con sus animales.

Subí las escaleras de la plataforma. Quería contemplar el Sardar a la luz de la mañana. A esta hora, especialmente en primavera, el sol arranca destellos de las cumbres nevadas, y las montañas son preciosas.

Cerca de mí, sobre la plataforma, estaba el cazador rojo. También parecía buscar el silencio.

Entonces alzó sus brazos desnudos hacia las montañas.

—Que venga el rebaño —dijo. Habló en goreano. Luego cogió el saco de pieles a sus pies y sacó una talla de un tabuk, esculpida en piedra azul. Yo no tenía ni idea de cuánto se tardaba en hacer una talla como ésa. Llevaría muchas noches a la luz de los candiles.

Puso el pequeño tabuk a sus pies y luego volvió a alzar sus brazos a las montañas.

—Que venga el rebaño. Te ofrezco este tabuk. Era mío, y ahora es tuyo. Ahora danos el rebaño que es nuestro.

Bajó los brazos, se agachó y cerró el saco. Bajó de la plataforma.

Había allí otros hombres. Supongo que había elevado su petición a los Reyes Sacerdotes. Miré al pequeño tabuk que había dejado en el suelo. Miraba hacia el Sardar.

El cazador soltó a las chicas del poste. Ellas se levantaron, todavía atadas por el cuello y con las manos a la espalda.

Miré al anfiteatro que se veía claramente desde la plataforma.

Ahora veía la bandera de Kaissa, con sus cuadros rojos y amarillos, ondear desde una lanza en el anfiteatro. Junto a ella ondeaban los estandartes de Cos y Ar. El de Ar

estaba a la derecha, porque Scormus había ganado el amarillo en el sorteo.

Yo ganaría cien tarns de oro.

Ya estaba abierto el anfiteatro. Bajé corriendo las escaleras de la plataforma.

En el anfiteatro había gran animación. Los hombres agitaban las gorras y gritaban.

Subí al palco. Ahora podía ver a Scormus de Ar, el fiero y joven campeón de Ar. Estaba con un grupo de hombres de Ar. La mesa con el tablero estaba dispuesta en el centro del escenario del gran anfiteatro semicircular. Parecía pequeña y lejana.

Scormus alzó las manos hacia la multitud, las mangas de su túnica sobre sus brazos.

Llevaba una capa, que le quitaron otros dos jugadores de Ar.

Arrojó la capa a la muchedumbre. Los hombres se la disputaron rudamente.

Luego hubo otra ovación, cuando Centius de Cos, con el grupo de Cos, salió al escenario.

Centius de Cos caminó hasta el borde del escenario de piedra, de unos dos metros de altura, y alzó los brazos hacia la multitud. Sonreía.

Detrás de la mesa de juego, un poco a la derecha, estaba la mesa para el equipo de recuento. Había un hombre de Ar, uno de Cos y un jugador de Turia llamado Timor, un hombre corpulento de indiscutible integridad y perteneciente a una ciudad lo bastante lejana para ser imparcial ante los problemas de Cos y Ar.

Ahora veía en el escenario a Reginald de Ti, que era el administrador elegido de la casta de los jugadores. Un hombre a su lado llevaba los relojes de arena. Estos relojes están dispuestos de modo que cada uno tiene una pequeña válvula que puede estar cerrada o abierta dejando que caiga la arena. Las válvulas están ajustadas de manera que cuando una se abre se cierra la otra. Cuando un jugador aprieta la válvula cierra su reloj y abre el de su oponente. Cada reloj cuenta con dos ahns de tiempo. Cada jugador debe completar cuarenta movimientos antes de que el reloj quede vacío de arena. Los relojes marcan un tiempo determinado al juego, que de otro modo podría hacerse interminable. Algunos jóvenes jugadores pretendían dividir la arena de tal modo que los jugadores debieran realizar los primeros veinte movimientos en el primer ahn, y los siguientes veinte en el segundo. Con esto se pretendía mejorar la Kaissa en el segundo ahn. Es cierto que muchas veces los maestros se ven presionados por el tiempo durante el segundo ahn, quedándoles quizá sólo unos pocos ehns para los últimos ocho o diez movimientos. Por otro lado, no parecía que esta innovación fuera a ser aceptada. Iba en contra de la tradición. Además parecía preferible dejar al jugador decidir por sí solo la administración de su tiempo. Parece que es mejor controlar el propio juego cuando sólo se tiene en consideración un período de tiempo y no dos.

Centius de Cos arrojó su gorra a la muchedumbre, que también se la disputó.

Alzó los brazos. Parecía estar de buen humor.

Caminó por el escenario delante de la mesa de juego para saludar a Scormus de Ar. Le tendió la mano con la camaradería de los jugadores. Pero Scormus de Ar le dio la espalda.

Centius no pareció turbarse por ello y volvió a darse la vuelta, alzando una vez más los brazos a la multitud. Luego volvió a su lado del escenario.

Scormus de Ar caminó con enfado por el escenario. Se limpió las manos en la túnica.

No quería mirar ni tocar a Centius de Cos. Un gesto así podría debilitar su intensidad, el peso de su odio, su preparación para la batalla. Su brillantez debía estar en su punto álgido. Scormus de Ar me recordaba a los hombres de la casta de los asesinos, que mostraban la misma actitud cuando van a comenzar su persecución. Han de ser inclementes, el instinto de matar no debe ser enturbiado.

Entonces los dos hombres se acercaron al tablero. Detrás de ellos estaba el gran tablero vertical, con las piezas dispuestas en la posición inicial. A la izquierda del tablero había dos columnas, una roja y una amarilla, en la que se escribirían los movimientos a medida que se fueran realizando. Había varios tableros similares, aunque más pequeños, por toda la feria, en los que pudieran seguir la partida los que no pudieron pagar la entrada al anfiteatro. Unos mensajeros iban señalando los movimientos en estos tableros. Un gran rumor recorrió la multitud. Nos sentamos.

El juez, Reginald de Ti y otros cuatro de la casta de los jugadores, habían terminado de hablar con Scormus y Centius. No se oía un ruido en el gran anfiteatro.

Centius de Cos y Scormus de Ar se sentaron en sus lugares a la mesa.

Vi a Scormus de Ar inclinar ligeramente la cabeza. Reginald de Ti le dio a la válvula del reloj de Centius de Cos, con lo que se abrió el paso de arena en el reloj de Scormus.

Scormus extendió la mano. No lo dudó. El movimiento ya estaba hecho. Luego le dio a la válvula de su reloj, abriendo el paso del reloj de Centius.

El movimiento, naturalmente, era Lancero de Ubara a cinco de Ubara.

Hubo un clamor en la multitud.

Era la apertura del gambito de Ubara. Es una de las más retorcidas e inclementes en el repertorio del juego.

Centius de Cos miraba el tablero. Parecía absorto, como si estuviera pensando en algo, quizá en algo que no tuviera nada que ver con el juego. Levantó la mano derecha y la acercó a su propio Lancero de Ubara, pero luego la retiró.

—¿Por qué no mueve? —preguntó uno.

—¿Es que no sabe que tiene el reloj abierto? —preguntó un hombre.

Parecía extraño que Centius no moviera con rapidez a estas alturas del juego. Podría necesitar su tiempo más tarde cuando, en el medio juego, se estuviera

defendiendo contra las combinaciones de Scormus, o al final del juego, cuando el resultado puede decidirse en un solo movimiento sobre el tablero casi vacío de piezas.

La arena caía en el reloj de Centius de Cos.

Miró un rato el tablero, y luego, sin mirar a Scormus, movió una pieza.

Vi a uno de los jueces levantarse. Scormus de Ar miró a Centius de Cos. Los dos jóvenes que ya habían alzado el Lancero de Ubara parecían confusos. Se apartaron a un lado.

En el gran tablero vimos el movimiento de Lancero de Ubar a cinco de Ubar.

El Lancero de Ubara amarillo podía capturarlo.

Miré el gran tablero.

Scormus, tal como yo esperaba, capturó el Lancero rojo.

La multitud observaba atónita.

Centius de Cos había movido el Lancero de Tarnsman de Ubar a cuatro de Tarnsman de Ubar.

No estaba defendido.

Los hombres se miraban unos a otros. Centius de Cos ya había perdido una pieza, un Lancero. No se pueden regalar piezas a Scormus de Ar.

La mayoría de los maestros, si perdieran un Lancero frente a Scormus de Ar, tirarían el Ubar.

Pero ahora había otro Lancero sin defensa, vulnerable al ataque del Lancero de las amarillas.

—Lancero por Lancero —dijo un hombre junto a mí. Yo también podía ver el gran tablero.

Ahora las rojas perdían los Lanceros.

Las rojas avanzarían ahora el Jinete de Tharlarión de Ubar para desarrollar el Iniciado de Ubar y al mismo tiempo exponer el Lancero amarillo al ataque del Iniciado.

En vez de eso, Centius de Cos había avanzado el Lancero de Escriba de Ubar al tres de Escriba de Ubar.

Había otra pieza indefensa.

Scormus de Ar miró a Centius de Cos. Luego miró a los jueces, que apartaron la mirada. El grupo de Cos salió del escenario.

Me pregunté cuánto oro habría aceptado Centius de Cos para poder traicionar la Kaissa y a su isla natal. Podía haberlo hecho con más sutileza, fingiendo un error de cálculo entre los movimientos cuarenta y cincuenta, para que nadie se diera cuenta de que era una derrota deliberada. Pero él había preferido hacer evidente su traición.

Scormus de Ar se levantó y fue hacia la mesa de los jueces. Hablaron enfadados. Scormus fue entonces hacia el grupo de Ar. Uno de ellos, un capitán, fue hacia los

jueces. Vi a Reginald de Ti, el alto juez, mover la cabeza.

—Están pidiendo el trofeo —dijo un hombre junto a mí.

—Sí —dije yo. Y no culpaba a Scormus de Ar por no querer participar en aquella farsa.

Centius de Cos seguía mirando, imperturbable, el tablero. Ajustó los relojes de forma que la arena no cayera en el reloj de Scormus.

Vi que los jueces habían desestimado la petición de Scormus y su grupo de Ar.

Scormus volvió a su lugar.

Reginald de Ti ajustó los relojes. Scormus movió la mano.

—Lancero por Lancero —dijo el hombre a mi lado. Ahora Centius de Cos perdía tres Lanceros.

Ahora debería, al menos, capturar al Lancero amarillo que se había internado en su territorio con el Jinete de Tharlarión de Ubar.

Centius de Cos movió su Ubara al cuatro de Escriba de Ubara. ¿Es que no veía que su Jinete de Tharlarión estaba amenazado?

Parecía un niño que jamás hubiera jugado a la Kaissa. ¿Es que no sabía cómo mover las piezas?

No, la explicación era mucho más simple. Había decidido hacer explícita su traición. Pensé que tal vez estuviera loco. ¿Es que no conocía la naturaleza de los hombres de Gor?

—¡Muerte a Centius de Cos! —oí gritar a alguien—. ¡Matadle! ¡Matadle!

Los guardias junto al escenario detuvieron a un hombre que intentaba subir al tablero con un cuchillo.

Centius de Cos no pareció darse cuenta del episodio. Parecía no advertir los gritos iracundos de la multitud. Vi levantarse a muchos hombres, varios de ellos con el puño en alto.

—¡Quiero cancelar todas las apuestas! —gritó un hombre de Gor. Supuse que había apostado por el campeón de Cos. Sería una forma muy triste de perder el dinero.

Pero los más enfadados del gentío eran, curiosamente los propios hombres de Ar. Les parecía una burla que se les ofreciera una victoria tan fraudulenta.

Scormus de Ar movió una pieza.

—Lancero por Jinete de Tharlarión —dijo amargamente el hombre que se sentaba a mi lado.

Ahora Centius de Cos había perdido cuatro piezas sin cobrarse una sola captura. Casi le habían barrido las piezas menores del lado de Ubar. Pero advertí que no había perdido ninguna pieza mayor. La respuesta de Centius de Cos a la pérdida de su Jinete de Tharlarión fue capturar la pieza a su vez con el Iniciado de Ubar.

Hubo un suspiro de satisfacción entre la multitud. Centius de Cos por fin había

visto este movimiento elemental.

En el sexto movimiento, Scormus avanzó su Lancero de Ubar a cuatro de Ubar. No podía moverlo a cinco de Ubar porque allí habría estado amenazado por la Ubara y el Ubar rojos. Scormus volvía a tener un Lancero en el centro. Ahora defendería al Lancero para consolidar el dominio del centro y luego comenzaría un ataque masivo sobre el lado del Ubar de las rojas, que estaba debilitado. Scormus podría colocar su Piedra del Hogar en el lado de Ubara. Esto liberaría las piezas del lado de Ubar para el ataque sobre el lado de Ubar de las rojas.

Entonces Centius de Cos, como respuesta al sexto movimiento, colocó el Ubar en cuatro de Ubar, con lo cual tenía el Ubar en la misma columna de la Ubara, defendiéndose el uno al otro. El movimiento me pareció algo tímido. También parecía excesivamente a la defensiva.

Scormus de Ar preparaba su ataque cuidadosamente. Sería implacable y exacto.

De pronto me di cuenta de que las amarillas aún no habían colocado su Piedra del Hogar.

Las amarillas aún no habían movido ninguna pieza mayor, ni un Iniciado, ni un Constructor, ni un Escriba ni un Tarnsman, ni el Ubar ni la Ubara. Ninguna había sido movida de la línea de la Piedra del Hogar.

Comencé a sudar.

Observé el gran tablero. Tal como yo temía. En su séptimo movimiento Centius movió el Jinete de Tharlarión al tres de Constructor de Ubara.

La multitud se calló de pronto. Todos se habían dado cuenta de lo que yo acababa de advertir.

Todos estudiamos ansiosos el tablero.

Si Scormus quería situar su Piedra del Hogar le llevaría tres movimientos hacerlo.

En cambio Centius de Cos, pese a llevar las rojas, ya estaba colocando la Piedra del Hogar.

En el octavo movimiento, Scormus de Ar, enfadado, movió el Jinete de Tharlarión a tres de Constructor. Había tenido que posponer su ataque de momento.

Centius de Cos avanzó su Constructor de Ubara a dos de Constructor, para dejar libre el uno de Constructor para situar la Piedra del Hogar.

En el noveno movimiento, Scormus de Ar avanzó el Constructor de Ubara a dos de Constructor, para dejar libre el uno de Constructor para colocar la Piedra del Hogar en el décimo movimiento.

Centius de Cos situó su Piedra del Hogar en uno de Constructor de Ubara, en su noveno movimiento. No es necesario hacerlo hasta el décimo movimiento. Ahora podía disponer libremente del décimo movimiento.

Scormus de Ar, en su décimo movimiento, un movimiento detrás de las rojas, cosa incomprensible para muchos de los observadores, situó su Piedra del Hogar en

uno de Constructor.

Las dos Piedras del Hogar se enfrentaban una a la otra, escudadas por sus respectivas piezas defensivas, Escriba e Iniciado, uno de los Lanceros centrales, un Lancero lateral, un Constructor, un Médico y un Tarnsman. Scormus debía renovar su ataque.

—¡No! —grité de pronto—. ¡No, mirad! —Me levanté con los ojos llenos de lágrimas. —¡Mirad! —gemí—. ¡Mirad!

El hombre a mi lado también lo vio, y luego otro, y otro. Los hombres de Cos se abrazaban unos a otros. Incluso algunos hombres de Ar gritaban de alegría.

Las rojas controlaban todas las diagonales. Nunca había visto una posición así, tan sutilmente alcanzada. El ataque no estaba dirigido al lado de Ubar, sino al lado de Ubara, en el que Scormus había colocado su Piedra del Hogar. Los movimientos que parecieron debilitar la posición de las rojas habían servido en realidad para producir un increíble desarrollo.

En el décimo movimiento, Centius de Cos movió su Jinete de Tharlarión a cuatro de Constructor. Con esto abría la línea de Constructor. Ahora esta pieza mayor, en combinación con el poderoso Ubar, se centraba sobre el Jinete de Tharlarión amarillo. El ataque había comenzado.

No voy a describir en detalle los siguientes movimientos. Fueron once exactamente.

En su vigesimosegundo movimiento, Scormus de Ar se levantó sin decir nada. Se quedó junto al tablero y luego, con un dedo, tiró su Ubar. Ajustó los relojes cerrando el flujo de arena. Luego se dio la vuelta y salió del escenario.

Por un momento la multitud se quedó silenciosa, atónita, y luego estalló el pandemónium. Los hombres saltaban unos sobre otros; los cojines y las gorras volaban en el aire. El anfiteatro se estremecía con el estruendo. Yo apenas podía oír mis propios gritos. La gente me bandeaba de un lado a otro.

Uno de los hombres del grupo de Cos estaba junto a la mesa de juego con la Piedra del Hogar amarilla en la mano. La alzó hacia la multitud. Los hombres comenzaron a invadir el escenario. Los guardias no pudieron detenerles. Vi que alzaban en hombros a Centius de Cos. Los estandartes y pendones de Cos aparecieron como surgiendo de la nada. En lo alto de la cúpula del anfiteatro un hombre alzó el estandarte de Cos, ondeándolo para las multitudes de los campos y las calles. Yo ni siquiera podía oír los gritos de los millares de personas del exterior del anfiteatro. Más tarde se diría que el Sardar mismo se estremeció con el estruendo.

—¡Cos! ¡Cos! ¡Cos! —oí, como un gran rumor, como olas atronadoras rompiendo en un acantilado.

Tuve que debatirme por conservar mi puesto en el palco.

Vi los plateados cabellos de Centius de Cos entre la abigarrada muchedumbre. Se

dirigió hacia el hombre junto al tablero, que tenía en la mano la Piedra del Hogar amarilla. El hombre se la puso en las manos.

Hubo otro clamor.

Vi cómo se llevaban a Centius de Cos a hombros.

Los hombres no se decidían a abandonar el anfiteatro. Me abrí camino hacia una de las salidas. A mis espaldas oía cientos de voces cantar el himno de Cos.

Era ya tarde. Aquella noche en la feria no se hablaba de otra cosa que del encuentro de la tarde.

—Fue un juego cruel e imperfecto —se decía que había dicho Centius de Cos.

¿Cómo podía decir eso del juego de maestro que yo había contemplado?

Era uno de los encuentros más brillantes en la historia de la Kaissa.

—Yo esperaba —había dicho Centius de Cos— que entre Scormus y yo creáramos algo digno de la belleza de la Kaissa. Pero sucumbí a la victoria.

En la colina en la que se asentaba la tienda de Centius de Cos había profusión de luces y una gran fiesta. Las mesas y las sillas se extendían por el campo. Se servía tarsko y bosco asado gratis, y pan de Sa-Tarna y vino Ta. Sólo Centius de Cos faltó a la fiesta. Se quedó solo en su tienda estudiando a la luz de su pequeño candil una posición de Kaissa.

En la colina en la que se alzaba la tienda del grupo de Ar, había poco que celebrar. Se dijo que Scormus de Ar no estaba en la tienda. Después del juego se había marchado del anfiteatro. Había ido a la tienda. Pero ya no estaba allí. Nadie sabía dónde había ido.

Dejé de pensar en Centius de Cos y Scormus de Ar. Ahora debía centrarme en volver a Puerto Kar.

Ya nada me retenía en la feria. Pensé que podría marcharme esa misma noche. No tenía mucho sentido quedarse allí.

Giré por la calle de los tejedores de alfombras.

Sonreí para mis adentros.

Llevaba en el bolsillo los recibos de cinco esclavas que había comprado en la tienda pública aquella mañana, y de otras cuatro que adquirí en las tarimas junto al pabellón.

Entonces oí el grito; un grito de hombre. Reconocí el sonido porque soy de los guerreros; el acero hendiendo profundamente un cuerpo humano. Corrí hacia el ruido. Oí otro grito. El asaltante había embestido de nuevo. Rasgué una lona que me cerraba el paso y me abrí camino entre los puestos, tirando cajas y rompiendo otra lona, hasta salir a una calle adyacente.

—¡Socorro! —oí. Estaba en la calle de los vendedores de artefactos.

—¡No! ¡No!

Otro hombre corría hacia allí. Vi el puesto del que venía el sonido. Rompí la lona

que cerraba el puesto. En el interior vi a un hombre caído, el mercader. Sobre él se inclinaba el asaltante. El puesto estaba iluminado por una débil y diminuta lámpara de aceite de tharlarión que colgaba de un poste. El ayudante del mercader, el escriba, estaba a un lado con la cara y el brazo sangrándole. El asaltante se dio la vuelta para mirarme. En la mano izquierda llevaba un objeto envuelto en piel, en la mano derecha llevaba un cuchillo. Me detuve.

Debía acercarme a él con cuidado.

—No sabía que eras de los guerreros, tú que te haces llamar Bertram de Lydius —sonreí—. ¿O eres de los asesinos?

El asaltante movió los ojos. Venían más hombres. Los goreanos no suelen tener mucha paciencia con los asaltantes. Rara vez viven lo suficiente para ser empalados en los muros de la ciudad.

El asaltante alzó la mano que sostenía el objeto envuelto en piel, y yo volví la cabeza cuando el aceite encendido de la lámpara me salpicó. La lámpara se soltó de las cadenas y pasó junto a mi cabeza. Rodé hacia un lado en la súbita oscuridad, y luego me levanté. Pero él no atacó. Le oí en el fondo del puesto. Oí el puñal cortando la lona. Parecía que quería huir. No lo sabía con certeza, era un riesgo que debía correr. Las tinieblas me cubrirían. Me dirigí lentamente hacia el ruido arrastrándome con los pies por delante. Si podía hacerle caer, tal vez pudiera levantarme primero y romperle el diafragma o pisarle la garganta, o darle una patada en la nuca para separarle la columna vertebral del cráneo.

Pero él no había decidido huir.

El corte en la lona era una trampa. Tenía sangre fría.

La oscuridad me protegía. Él estaba a un lado esperando para saltar sobre mí, pero yo era un objetivo muy escurridizo. La hoja del puñal rasgó mis ropas, y entonces mi mano atrapó su muñeca.

Rodamos en las tinieblas, luchando en el suelo. Las cosas caían de los estantes en mil pedazos. Oí a los hombres en el exterior. Estaban rasgando la lona de la entrada del puesto.

Nos levantamos.

Él era fuerte, pero yo me sabía superior a él.

Gritó de dolor, y cayó el cuchillo. Caímos los dos juntos hacia la parte de atrás de la tienda y traspasamos la lona hasta el exterior. Allí había un hombre esperando y sentí la cuerda en mi cuello. Aparté de un empujón al asesino y rodé a un lado, con la cuerda en el cuello. Vi a otro hombre en la oscuridad, que alzó las dos manos, y el primer asaltante echó la cabeza hacia atrás. Sentí aflojarse la cuerda en mi cuello. Me di la vuelta. El primer hombre había huido, y también su compañero. Entró un campesino, y luego dos hombres más.

—No —le dije al campesino.

—Ya está hecho —dijo él limpiando el cuchillo en su túnica. Creía que le había partido el cuello con mis manos, pero no le había matado. Ahora tenía la cabeza medio sesgada, su sangre regaba las sandalias del campesino. Los hombres goreanos no tienen mucha paciencia con hombres como él.

—¿Y el otro? —preguntó el campesino.

—Eran dos —dije yo—. Los dos han huido.

—Llamad a un médico —oí.

Las voces provenían del interior del puesto.

Me incliné y aparté la lona, volviendo a entrar en el puesto. Había dos hombres con antorchas, y varios hombres más. Uno de ellos tenía al mercader en los brazos.

Aparté sus ropas. Las heridas eran graves, pero no mortales.

Miré al escriba.

—No defendiste muy bien a tu amo —le dije.

Recordé que cuando entré en la tienda él estaba apartado a un lado.

—Lo intenté —dijo. Se señaló la cara sangrante y el corte del brazo—. Pero no podía moverme. Estaba asustado. —Tal vez hubiera estado conmocionado, aunque no era eso lo que se leía en sus ojos. Tal vez era cierto que quedó paralizado de miedo—. Tenía un cuchillo —señaló.

—Y tu amo no tenía nada —dijo un hombre.

Volví a mirar al mercader.

—¿Moriré? —preguntó.

—El que te atacó era torpe —le dije—. Vivirás. —Luego añadí—: Si detenemos la hemorragia.

Me levanté.

Miré al escriba. Los hombres se encargarían de detener el flujo de sangre de las heridas del mercader.

—Habla —dije.

—Entramos en el puesto y sorprendimos a ese tipo, un ladrón seguramente. Se volvió hacia nosotros y nos atacó, a mi amo con más gravedad.

—¿Qué era lo que quería? —le pregunté. No hay muchas cosas en un puesto de curiosidades que puedan interesar a un ladrón. ¿Arriesgaría un hombre su vida por un juguete de madera?

—Eso, y sólo eso —dijo el mercader señalando el objeto que antes tenía el ladrón y que había dejado caer en la lucha. Estaba en el suelo, envuelto en piel.

—No vale nada —dijo el escriba.

—¿Por qué no lo compraría? —preguntó el mercader—. No es caro.

—Tal vez no quería que le vieran hacer la compra —dije yo—, porque sería ir dejando pistas tras él.

Uno de los hombres me tendió el objeto, oculto en las pieles.

Entró un médico con el instrumental al hombro. Comenzó a atender al mercader.
—Vivirás —le aseguró.

Recordé al asaltante. Recordé el puñal en su mano. Recordé su sangre fría, mientras me esperaba junto a la lona para clavarme el cuchillo.

Alcé el objeto envuelto en piel, pero no lo miré.

Ya sabía lo que era.

Cuando el médico terminó de limpiar y esterilizar y vendar las heridas del mercader, se marchó. La mayoría de los hombres también salieron. El escriba había pagado al médico.

Un hombre había vuelto a encender la pequeña lámpara dejándola en un estante. Ahora sólo estábamos el escriba, el mercader y yo en el puesto. Ellos me miraban.

Yo todavía tenía en la mano el objeto envuelto en piel.

—La trampa ha fallado —dije.

—¿Trampa? —balbuceó el escriba.

—Tú no eres de los escribas —dije—. Mira tus manos. —En el silencio se oía el crepitar de la llama en la diminuta lámpara.

Tenía las manos más grandes que las de un escriba, y eran rudas y ásperas, de dedos cortos. No había manchas de tinta en la punta de los dedos.

—Seguramente estarás bromeando —dijo el tipo disfrazado de escriba.

Señalé al mercader.

—Mira sus heridas —dije—. El hombre contra el que luché era un maestro, un diestro asesino, de los guerreros o de los asesinos. Sabía lo que se hacía, y no quiso matar al mercader, sólo fingir un ataque mortal.

—Dijiste que era torpe —dijo el tipo vestido con el azul de los escribas.

—Perdona a mi compañero —dijo el mercader—. Es tonto. No se da cuenta de que hablas con ironía.

—Trabajáis para los kurii —dije.

—Sólo para uno —respondió el mercader.

Lentamente saqué el objeto de entre las pieles que lo envolvían.

Era una talla, de un kilo de peso, de piedra azulada, esculpida al estilo de los cazadores rojos. Representaba la cabeza de una bestia. Era la cabeza de un gran kur. Su realismo era espeluznante: con el pelo rizado, los labios fruncidos enseñando los colmillos, los ojos. La oreja izquierda de la bestia estaba medio arrancada.

—Saludos de Zarendargar —dijo el mercader.

—Te espera —dijo el hombre de azul— ...en el confín del mundo.

Por supuesto, pensé. El agua no significa nada para los kurii. Para ellos el confín del mundo podía significar tan sólo uno de los polos.

—Dijo que la trampa fallaría —dijo el mercader—. Tenía razón.

—También falló la primera trampa, la del eslín.

—Zarendargar no tiene nada que ver con eso —dijo el mercader.

—Lo desaprobaba —añadió el tipo vestido de escriba.

—No quería hacer una trampa de su encuentro contigo —dijo el mercader—. Se alegró de que fallara.

—Hay tensiones entre el alto mando kur —dije.

—Sí —respondió el mercader.

—¿Pero tú trabajas sólo para Zarendargar?

—Sí. Él no lo admite de otra forma. Debe tener sus propios hombres.

—¿Y el asaltante y sus compinches? —pregunté.

—Están en otra cadena de mando —dijo el mercader—, una que emana de las naves, y de la que Zarendargar es subordinado.

—Ya veo.

Alcé la estatuilla.

—Compraste esta talla a un cazador rojo, un tipo con el torso desnudo y un saco al hombro —le dije.

—Sí. Pero a su vez él la había obtenido de otro hombre. Le dijeron que nos la trajera, que nosotros pagaríamos por ella.

—Naturalmente —dije—. Así que si la trampa fallaba, se suponía que yo no me daría cuenta de nada. Entonces podríais darme esta estatuilla en agradecimiento por haberos salvado del asaltante. Y yo al verla habría entendido su significado y me habría apresurado hacia el norte, esperando coger por sorpresa a Media-Oreja.

—Sí —dijo el mercader.

—Pero él estaría esperándome.

—Sí.

—De todas maneras —dije—, hay una parte del plan que no acabo de ver clara.

—¿Qué es?

—Media-Oreja tenía la clara intención de que yo supiera, con toda certeza, que él me esperaba.

El mercader parecía atónito.

—De otro modo, habría dado órdenes para que fuerais asesinados.

Se miraron asustados el uno al otro. El tipo con el que había luchado, el que se hacía llamar Bertram de Lydius, podría haber acabado con ambos fácilmente.

—Eso habría puesto una nota de autenticidad en el descubrimiento, supuestamente accidental, de la estatuilla —dije.

Se miraron el uno al otro.

—El hecho de que no fuerais asesinados por un hábil asesino, deja claro a los ojos de un guerrero, que no estaba planeado que murierais. ¿Y por qué no? Porque sois aliados de los kurii. De esta forma se descubre un doble plan, una trampa y un cebo, pero un cebo que es evidente y explícito, no tanto un cebo como una invitación. —

Les miré—. Acepto la invitación.

—¿No vas a matarnos? —preguntó el mercader.

Fui hacia el mostrador y aparté la lona. Salté por encima del mostrador y me volví para mirarlos.

Alcé la estatuilla.

—¿Puedo quedarme con esto?

—Es para ti.

—¿No vas a matarnos? —preguntó el tipo de azul.

—No.

Me miraron.

—No sois más que mensajeros —dije—. Y habéis hecho bien vuestro trabajo. — Les arrojé dos discotarns de oro y les sonreí—. Además, no se permite la violencia en la feria.

5. PARTO DE LA CASA DE SAMOS

—El juego fue excelente —dije.

Samos se levantó furioso.

—Mientras tú te divertías en la feria, aquí en Puerto Kar ha habido una catástrofe. Yo había visto las llamas que salían del astillero cuando volvía en tarn del Sardar.

—Estaba loco —dije—. Sabes que es cierto.

—Tenía el barco casi listo. ¡Podía haberlo hecho! —gritó Samos.

—Tal vez no estaba satisfecho con el diseño —sugerí—. Tal vez temía pintarle los ojos, tal vez tenía miedo de confrontar su sueño con las realidades del Thassa.

Samos se sentó con las piernas cruzadas junto a la mesa de la sala. Gimió y dio un puñetazo en la mesa.

—¿Estás seguro de que era él? —pregunté.

—Sí. Desde luego que era él —dijo amargamente.

—¿Pero por qué?

—No lo sé —dijo Samos—. No lo sé.

—¿Dónde está ahora?

—Ha desaparecido. Sin duda se habrá arrojado a los canales.

—No lo entiendo —dije—. Aquí hay un misterio.

—Aceptó un soborno de los agentes kurii.

—No. El oro no puede comprar los sueños de Tersites.

—El barco está destruido.

—¿Qué es lo que queda? —pregunté.

—Cenizas. Madera carbonizada.

—¿Y los planos?

—Sí. Y los planos.

—Entonces puede ser reconstruido —dije.

—Sólo tenemos una oportunidad —dijo Samos—. Debes coger otro barco, el Dorna o el Tesephone. O puedes llevarte mi nave insignia, el Thassa Ubara.

—Pero hay pocas esperanzas de que esos barcos lleguen al confín del mundo —sonreí.

—Hasta ahora nadie lo ha hecho. Nadie ha ido y ha vuelto —dijo Samos mirándome—. Por supuesto no puedo ordenarte que realices el viaje.

Asentí.

Ningún líder que no estuviera loco ordenaría algo así a un subordinado. Un viaje tan largo y terrible no podía ser realizado más que por voluntarios.

—Siento lo del barco —dije—, y no entiendo qué es lo que ha pasado, pero yo ya había decidido que, en cualquier caso, no me aventuraría hacia el oeste sino hacia el norte.

Samos me miró enfadado.

—Por supuesto, espero descubrir algún día lo que ocurrió en el astillero —añadí.

—Puede que el mismo Tersites destruyera el barco, sobornado por los kurii —saltó Samos—, precisamente para evitar que llegaras al confín del mundo.

—Tal vez —admití.

—¡Allí es donde te espera Zarendargar!

—Nosotros creemos que el confín del mundo está más allá de Tyros y Cos, detrás de un centenar de horizontes —dije—, pero quién sabe dónde lo localizan los kurii. —Me levanté y me dirigí al mapa de mosaico incrustado en el suelo de la gran sala. Señalé hacia abajo—. Quizá es aquí donde los kurii creen que está el confín del mundo. —Señalé el norte helado, el mar polar, el hielo del desolado polo—. ¿No es eso un confín del mundo? —pregunté.

—Sólo un cazador rojo puede vivir en un sitio así —musitó Samos.

—¿Y los kurii?

—Tal vez.

—¿Y otros, quizás?

—Quizás.

—Mi opinión —dije—, es que Zarendargar espera en el norte.

—No —dijo Samos—. La estatuilla es un truco, para apartarte del lugar donde realmente se encuentran, en el auténtico confín del mundo, allí. —Señaló el extremo oeste del mapa, la tierra desconocida más allá de Cos y Tyros.

—Hay que tomar una decisión —dije—. Y yo ya la he tomado.

—Yo tomaré la decisión —dijo Samos—. Te ordeno que permanezcas en Puerto Kar.

—Pero yo no estoy bajo tus órdenes —le señalé—. Soy un capitán libre.

Me di la vuelta para dirigirme hacia la puerta.

—¡Detenedle! —exclamó Samos.

Los dos guardias cruzaron las lanzas para cerrar el paso. Me di la vuelta y miré a Samos.

—Lo siento, amigo —dijo—. Eres demasiado valioso para que te arriesgues en el norte.

—¿He de entender que tienes la intención de retenerme en tu casa por la fuerza?

—Estoy dispuesto a aceptar tu palabra de que te quedarás en Puerto Kar.

—Por supuesto no voy a darte mi palabra —sonreí.

—Entonces debo retenerte por la fuerza. Lo siento. Me encargaré de que te traten de acuerdo con tu rango de capitán.

—Confío en que puedas convencer a mis hombres de tu benevolencia.

—Si atacan la casa —dijo Samos—, encontrarán mis defensas preparadas. De todas formas, espero que dadas las circunstancias no decidas llevar a tus hombres a

una lucha inútil. Estoy seguro de que los dos estamos contentos con nuestros hombres.

—Desde luego —dije—, espero que encuentren mejores cosas que hacer que morir entre tus muros.

—Sólo te pido tu palabra, Capitán.

—Me parece que no me queda elección.

—Perdóname, Capitán.

Me di la vuelta y cogí las lanzas de los guardias. Las retorcí de pronto, sorprendiendo a los guardias que no tuvieron prestos los reflejos y las dejaron caer al suelo.

—¡Basta! —gritó Samos.

Traspassé la puerta y pasé una de las lanzas por los cerrojos, asegurando la puerta a mis espaldas. Al instante oí que golpeaban en ella. Cogí la maza de un gong de alarma que colgaba en el pasillo y comencé a golpearlo locamente. Con ello ahogaba el ruido. Se empezaron a oír pasos por los pasillos, oí el entrechocar de las armas. Corrí por el pasillo y golpeé otra alarma.

Apareció un guardia.

—¡Allí! —grité—. ¡En la gran sala! ¡Deprisa!

Aparecieron cuatro guardias más.

—¡Vamos! —gritó el primero.

Pasaron a toda velocidad junto a mí.

En un momento llegué a la doble puerta, la puerta principal de la casa de Samos.

—¿Qué ocurre, Capitán? —me preguntó uno de los guardias.

—Creo que no es nada —dije—. Un guardia nuevo, sobresaltado por una sombra o un ruido, ha hecho sonar la alarma. ¿Está listo mi barco? —pregunté.

—Sí —dijo uno de los guardias. Abrió la puerta interior, y luego la pesada puerta de hierro.

—¡Detenedle! —oímos—. ¡Detenedle! —Los gritos venían del pasillo.

—Parece que hay un intruso —dije.

—No pasará por aquí.

—Bien dicho —le felicité.

—Te deseo suerte, Capitán —dijo el hombre.

—Te deseo suerte, guardia —respondí. Atravesé el pequeño patio ante la casa de Samos y bajé al barco.

—¿A casa, Capitán? —me preguntó Thurnock.

—Sí.

6. ME DIRIJO AL NORTE

Yacía boca abajo junto al pequeño estanque, y con la palma de la mano me llevaba agua a la boca.

Me levanté al oír el ruido de cuatro o cinco tharlariones.

—¿Has visto por aquí a un esclavo? —me preguntó la mujer.

—No —dije.

Estaba muy hermosa y atractiva con el traje de caza: una breve túnica, una capa escarlata y una gorra con una pluma. Llevaba un pequeño arco amarillo, de madera de Ka-la-na. Portaba espuelas en las brillantes botas negras. A la izquierda de la silla había un carcaj amarillo.

—Gracias, guerrero —dijo, y llevó al tharlarión al lado del estanque.

Iba con cuatro hombres, que también montaban tharlariones. Los hombres la seguían.

Ella tenía el pelo oscuro y los ojos negros.

No envidiaba la suerte del esclavo.

Estábamos en los campos del sur del río Laurius, unos cuarenta pasangs al interior desde el puerto de Thassa, a unos cien pasangs al sur del río de Lydius. Mi tarn estaba cazando. Lo había comprado en el interior.

No había tenido intención de detenerme en Lydius. Mis asuntos me llamaban mucho más al norte.

No sabía cuánto tardaría mi tarn en cazar algo y volver. Generalmente suelen tardar un ahn.

Pude ver una pequeña caravana que se acercaba en la distancia. No eran más de catorce personas.

Cuatro esclavos llevaban en una silla de manos a una mujer libre, vestida de blanco y velada. A cada lado de la silla caminaba una chica. Iban veladas, pero con los brazos desnudos. Del hecho de que expusieran los brazos a la vista de los hombres deduje que eran esclavas.

Además de la mujer libre y los esclavos encadenados a la silla, había siete guerreros, seis lanceros y el capitán.

Caminé hasta el borde del estanque para salir a su encuentro. Se acercaban al estanque, al parecer para repostar agua.

Esperé apoyado en mi lanza, con el casco a la espalda y el escudo tras mi hombro izquierdo.

La caravana se detuvo al verme. Luego a una señal de la mujer de blanco, siguieron adelante. Se detuvieron a pocos metros de mí.

—Tal —dije alzando la mano derecha con la palma hacia la izquierda.

No respondieron.

El capitán dio un paso hacia delante. No me parecieron gente amable.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy uno de los guerreros —dije—. Y soy un viajero, ahora un visitante de este país.

—¿Cuáles son tus asuntos?

—Están en el norte.

—Es un bandido de los bosques del norte de Laura —dijo la dama.

—No, señora —dije con deferencia. Incliné la cabeza hacia ella, porque era libre y, evidentemente, de alta casta.

—Ésta es la caravana de Constance, señora en Kassau, en ruta hacia Lydius, de retorno de Ar —informó el capitán.

—Debe ser muy rica —dije. Seguramente era cierto, porque no había viajado en una caravana pública.

—Aparta —dijo el capitán.

—Un momento, capitán —dije. Miré a la mujer libre—. Soy un hombre, señora. Soy de los guerreros. He hecho un largo viaje.

—No entiendo —dijo ella.

—Presumo que os detendréis aquí poco tiempo, para repostar agua, si es que no acampáis para pasar la noche.

—No entiendo —dijo la grácil figura de la silla.

Le sonreí.

—Tengo comida —dije—. Tengo agua. Pero hace cuatro días que no tengo una mujer.

Ella dio un respingo. La noche antes de dejar Puerto Kar había tenido a Vella desnuda en mi habitación. La había utilizado con rudeza varias veces antes de dormir, y luego por la mañana en cuanto desperté.

Hice un gesto a las dos chicas que acompañaban a la mujer libre. Una de ellas levantó ligeramente su velo.

—Pagaré bien por el uso de una de esas esclavas —le dije a la mujer.

—Son mis esclavas personales —dijo ella.

—Daré un tarsko de plata por usar a una, la que tú me indiques.

Los guerreros se miraban uno a otro. La oferta era muy generosa. No era probable que ofrecieran tanto por la compra de ninguna de ellas.

—No —dijo la mujer con frialdad.

—Entonces permíteme que compre una por un tarn de oro.

Los hombres se miraron entre sí. Las esclavas también. Con esa moneda se podría comprar en el mercado una belleza digna de los jardines de un Ubar.

—Hazte a un lado —dijo la mujer libre.

Incliné la cabeza.

—Muy bien, señora. —Me aparté.

—Me considero insultada —dijo.

—Perdóname, señora, pero no era ésa mi intención. Si he dicho o he hecho algo que pudiera dar esa impresión, te ruego aceptes mis más profundas disculpas.

Me aparté un poco más para permitir que pasara la comitiva.

—Debería hacer que te azoten —dijo la mujer.

—Te he saludado en paz y amistad —dije yo hablando muy despacio.

—Azotadle.

Cogí el brazo del capitán, que se puso pálido.

—¿Has alzado el brazo contra mí? —pregunté.

Le solté el brazo y él retrocedió. Entonces blandió el escudo con un brazo y sacó la espada que llevaba al cinto.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Silencio, mujer loca —dijo el capitán.

Ella gritó de furia. ¿Pero qué sabía ella de los códigos?

Paré su ataque y lo devolví. Él cayó a mis pies. Decidí no matarle.

—¡Aiii! —gritó una de las esclavas.

—¡Matadle! ¡Matadle! —gritaba la mujer libre. Las esclavas chillaban.

Los hombres también gritaban de furia.

—¿Quién es el próximo? —pregunté.

Se miraron unos a otros.

—¡Ayudadme! —dijo el capitán. Dos hombres fueron hacia él y le ayudaron a ponerse en pie. Sangraba. Me miró, apoyándose en sus dos hombres.

Yo estaba preparado.

Me miró y sonrió.

—No me has matado —dijo.

Me alcé de hombros.

—Estoy agradecido —dijo.

Incliné la cabeza.

—Conozco las habilidades de mis hombres —añadió el capitán—. No son malos guerreros, ya entiendes.

—Estoy seguro de que no lo son.

—No voy a mandarlos contra ti. —Me miró—. Eres un tarnsman.

—Sí.

—¡Mátale! —gritaba la mujer libre—. ¡Mátale!

—Has confundido a este hombre —dijo el capitán—. Y él ha actuado dentro de los códigos.

—¡Te ordeno que le mates! —gritó la mujer señalándome.

—¿Nos permitirás pasar, guerrero? —preguntó el capitán.

—Me temo que, dadas las circunstancias, ya no es posible.

Asintió.

—Claro que no.

—¡Mátale! —gritó la mujer.

—Ahora somos seis los que podemos luchar —dijo el capitán—. Es cierto que podríamos matarle. No lo sé. Pero yo nunca he cruzado el acero con alguien como él. Hay una rapidez, una magia, una furia en su acero que no he encontrado en cien combates a muerte. Y aun así, todavía estoy vivo para explicarte esto a ti, que eres incapaz de entenderlo.

—Le sobrepasamos en número —señaló ella.

—He cruzado el acero con él. Nos retiraremos.

—¡No! —gritó la mujer libre.

El capitán se dio la vuelta, sostenido por sus dos hombres.

—¡Cobardes! —gritó ella.

El capitán la miró.

—No soy un cobarde, milady. Pero tampoco soy un estúpido.

—¡Cobardes!

—Sólo mandaré a los hombres contra alguien como él para defender la Piedra del Hogar.

—¡Cobardes! ¡Cobardes!

Guardé mi espada.

—Dad la vuelta —dijo la mujer libre a los esclavos que la llevaban. Quería seguir a los guerreros.

—No deis la vuelta —dije.

Me obedecieron. La silla no se movió.

—¿Por qué no les has matado? —preguntó uno de los esclavos.

—¿Tú eras de los guerreros? —pregunté.

—Sí.

—No parece adecuado que estés encadenado a la silla de una dama.

Hizo una mueca y se encogió de hombros.

—¿No permitirás que me retire, guerrero? —preguntó la mujer libre.

—Éstos parecen buenos hombres —dije—. Sin duda estarás en posesión de las llaves de estas cadenas.

—Sí —dijo ella.

—Dáselas a ella —le dije señalando a una de las esclavas. La mujer obedeció y la esclava liberó a los esclavos portadores.

Los esclavos se frotaron las muñecas y movieron las cabezas, libres de los collares.

Aún llevaban la silla en sus hombros. Me miraron complacidos.

—Bajad la silla —les dije a los esclavos.

Obedecieron.

—Liberadles —dije refiriéndome a los esclavos.

Ellos estaban de pie junto a la mujer. La miraban. Ella se sentaba, nerviosa, en la silla.

—Sois libres —dijo.

Ellos sonrieron, pero no se movieron.

—Podéis iros. Sois libres.

Yo asentí, y entonces se marcharon, sonrientes.

Las dos esclavas se miraron la una a la otra.

—Quitaos los velos —dijo la mujer libre.

Las dos chicas se quitaron los velos. Eran muy bonitas.

Les sonreí y ellas se sonrojaron.

—Son tuyas, si quieres —dijo la mujer señalando a las esclavas con la cabeza.

Una de las chicas me miró y yo asentí.

—¡No! —gritó la mujer. Una de las chicas había alzado el primero de sus velos, y la otra le había apartado la primera capucha—. ¡No! —gritó.

Entonces, a pesar de sus protestas, una esclava quitó el último velo que escondía sus rasgos, y la otra apartó la última capucha, dejando ver sus cabellos, que eran rubios. Los ojos azules de la mujer libre me miraron con miedo. Le habían desnudado el rostro. Vi que era hermosa.

—En pie —le dije.

Ella se levantó.

—Te pagaré bien si me llevas a algún lugar seguro —dijo con labios temblorosos.

—Si la belleza de tu cuerpo iguala la de tu rostro, mereces un collar —dije.

—¡Daphne! ¡Fina! —gritó ella—. ¡Protegedme!

—¿Es que todavía no sabes arrodillarte ante tu amo, estúpida esclava? —se burló Fina.

Lady Constance se arrodilló.

—Allí entre mis pertenencias hay un collar —le dije a la esclava llamada Daphne—. Tráemelo.

—Sí, amo —dijo ella alegremente, y salió corriendo hacia donde yo le indicaba.

—A gatas, con la cabeza gacha —le dije a lady Constance.

Ella asumió la postura, su largo pelo rubio colgando hacia delante sobre su cabeza.

Le puse rudamente el collar y ella se dejó caer gimiendo sobre su estómago.

Entonces até las manos de las dos esclavas y las hice arrodillarse junto a la silla. Cogí todo lo que había de valor en la silla y lo colgué en bolsas a los cuellos de las esclavas. Estaba sorprendido. La dueña de la silla era realmente rica. Allí había una

fortuna.

—En pie —les dije a las esclavas.

Ellas se levantaron obedientes. Señalé hacia la distancia. Aún se veía a los esclavos liberados.

—¿Veis a esos hombres? —pregunté.

—Sí, amo —respondieron.

—Si os dejo aquí solas, moriréis.

—Sí, amo —dijeron asustadas.

—Seguid a los hombres. Suplicadles que se queden con vosotras.

—Sí, amo —gritaron.

Me reí al verlas trastabillar, obstaculizadas por el peso de las riquezas, corriendo tras los que habían sido esclavos.

Volví junto a la otra esclava, que yacía boca abajo en la hierba. Ella sintió que yo estaba cerca.

—¿Soy una esclava? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer conmigo, amo?

—Lo que quiera.

—Ordené a mis hombres que te mataran. ¿Me vas a matar por ello?

—Claro que no —dije—. Aquello lo hizo lady Constance, que ya no existe.

—Yo no sé ser una esclava.

—Los hombres te enseñarán.

—Intentaré aprender deprisa.

—Eso es muy sabio.

—¿Mi vida depende de ello? —me preguntó.

—Por supuesto. —Sonreí. Los hombres goreanos no son pacientes con sus mujeres.

—Soy virgen —dijo.

—Eres seda blanca.

—Por favor, no utilices conmigo esa expresión tan vulgar.

—No temas. Pronto será inapropiada.

—Ten piedad conmigo —suplicó.

—Extiende las pieles.

—Por favor...

—No tengo ningún látigo a mano, pero confío en que mi cinturón servirá.

Se levantó de un salto.

—Extenderé las pieles, amo.

—Luego tumbate sobre ellas.

—Sí, amo.

Extendió las pieles sobre la hierba bajo un árbol y luego se tumbó en ellas boca abajo.

—Échate el pelo por encima de la cabeza.

Ella obedeció. Podía verse el collar en su cuello. Me quedé junto a ella, y tiré mis armas a un lado.

—¿Por qué me has esclavizado? —musitó.

—Porque me complace.

Me agaché junto a ella y la cogí del brazo derecho y de los cabellos. Le hice darse la vuelta en las pieles. Era muy bonita.

—En Torvaldsland se dice que las mujeres de Kassau son magníficas esclavas. — La miré—. ¿Es verdad?

—No lo sé, amo —dijo asustada.

—Qué hermosa eres.

—Por favor, sé amable conmigo —suplicó.

—No he tenido a ninguna mujer en cuatro días —le dije. Entonces ella gritó.

Las tres lunas estaban altas.

La noche era fresca. Sentí los besos de la chica en el muslo.

—Por favor, amo —susurró—. Sométeme otra vez a la violación de esclava.

—Tienes que merecerlo.

—Sí, amo —dijo besándome.

—Quieta —le dije. Me quedé escuchando. Me aparté de su lado entre las pieles. Ahora estaba seguro de haberlo oído. Me puse la túnica y me até el cuchillo al hombro izquierdo. Ella se acurrucó en las pieles, a mi lado.

Saqué el puñal.

Ahora podía verle acercándose, corriendo por los campos a trompicones.

Era un hombre alto, exhausto. Llevaba unos jirones a la cintura. Al cuello tenía un collar con una cadena rota.

Llegó junto a nosotros y de pronto se detuvo. Parecía intranquilo.

—¿Estás con ellos? —preguntó.

—¿Con quién? —dije yo.

—Con los cazadores.

—No.

—¿Quiénes sois?

—Un viajero y una esclava. —Ella se acurrucó aún más entre las pieles.

—¿Eres de los guerreros? —dijo el hombre.

—Sí.

—¿No me matarás ni me entregarás a ellos?

—No.

—¿Les has visto? —preguntó.

—¿Una mujer y cuatro guardias? —dije yo.

—Sí.

—Esta mañana. ¿Eres tú el esclavo perseguido?

—Sí —respondió—. Perseguido desde los corrales de Lydius.

Recordé a la chica de pelo y ojos oscuros, con su traje de caza, la túnica y la capucha, las botas y la gorra con una pluma. Era un atuendo muy atractivo.

—Lo has hecho bien para conseguir llegar hasta aquí eludiéndolos —dije—. ¿Quieres comida?

—Por favor —dijo él.

Le arrojé un trozo de carne. Se sentó con las piernas cruzadas. Pocas veces he visto un hombre abalanzarse tan ansioso sobre la comida.

—Ya veo que estás decidido a sobrevivir.

—Ésa es mi intención.

—Tus posibilidades son pocas.

—¿Llevan eslín? —preguntó.

—No. Parecía que se lo tomaban realmente con deportividad.

—Esa gente bien armada y montada puede permitirse el lujo de ser noble.

—Pareces decirlo con amargura —le dije.

—Si no me encuentran esta noche, volverán por la mañana con el eslín.

—Eso sería el final.

—Tengo una oportunidad —dijo.

—¿Cuál es?

—Han formado una línea de caza, con la chica en el centro. Dejé en su camino un jirón de ropa, y no he querido esconder mi rastro. Ahora ya debe haber mordido el cebo.

—Llamará a sus guardias, y estarás acabado.

—Es muy vanidosa. Y ésta es su cacería, no la de los hombres. Se apartará de la guardia para ser la primera en alcanzar la presa.

—Ellos la seguirán.

—Naturalmente.

—Tendrás poco tiempo —dije.

—Es cierto.

—¿Y crees que yendo a pie podrás eludir a un arquero montado, aunque sea una mujer? —pregunté.

—Eso creo.

—Hay pocos sitios donde escudarse —dije mirando los campos.

—Será suficiente. —El hombre se levantó y se limpió las manos en los muslos. Luego caminó hacia el estanque, se tumbó y bebió agua.

La esclava a mi lado me tocó tímidamente.

—¿Puedo moverme para ganarme tu contacto, amo? —preguntó.

—Sí.

Sonreí para mí. Los fuegos de esclava, que habitan en cada mujer, habían aflorado muy fácilmente en esta chica.

—¡Muy desagradable! —dijo la mujer con el atuendo de cazador. Montaba un tharlarión.

Me di la vuelta y alcé la mirada. La esclava gritó afligida, sin atreverse a mirar a los ojos a su hermana libre.

—Saludos —dije yo.

—No quisiera interrumpir tus placeres —dijo ella fríamente.

—¿Has encontrado ya a tu esclavo? —pregunté.

—Pronto le atraparé —dijo ella—. No está muy lejos. —Hizo que el tharlarión diera la vuelta—. Vuelve a los placeres de tu zorra.

La mujer libre estaba a la orilla del estanque. No había desmontado. Tenía el arco listo. Estudió las huellas que encontró junto al estanque. Metió al tharlarión en el agua. Sin duda pensó que el hombre había vadeado el estanque para borrar las huellas, y que habría salido al otro lado. Si hubiera sido un cazador más experimentado, habría rodeado el estanque para asegurarse.

De pronto surgió del agua la figura de un hombre, justo al lado del tharlarión. Su mano agarró el brazo de la chica y la tiró de la silla. Ella gritó asombrada y cayó de cabeza al agua. El hombre la agarró bajo el agua.

—Sabía demasiado poco de los hombres para tenerles miedo —dije.

Al momento reapareció la figura, moviendo la cabeza para sacudirse el agua de los ojos. Tenía en la mano derecha el cuchillo de la chica; con la mano izquierda mantenía en el agua su cabeza. Miró a su alrededor. Dejó que la chica sacara la cabeza del agua, y ella salió resoplando y escupiendo. Cuando intentó gritar él volvió a meterla bajo la superficie. La sacó otra vez. La mujer escupió agua, tosió y vomitó. El hombre entonces se quitó el cinturón y con él le ató las manos a la espalda. Luego arrancó una caña. Ella le miraba asustada. Vi en la distancia a cuatro guardias que se movían rápidamente, intentando alcanzar a la mujer que se había separado de ellos por la vanidad de caer la primera sobre la presa. Al parecer había roto la línea de caza sin avisarles. Tal vez su tharlarión fuera más rápido que los otros; cargaba menos peso. Vi que el hombre le metía a la mujer en la boca el trozo de caña que había cortado, luego le puso el cuchillo en la garganta. Vi los aterrorizados ojos de la mujer a la luz de la luna. El hombre se puso otra caña en la boca y los dos desaparecieron bajo el agua.

En pocos momentos los cuatro guardias llegaron hasta nosotros.

Alcé la mirada, con la esclava en mis brazos.

—¿Has visto a Lady Tina de Lydius? —me preguntó uno de los hombres.

—¿La cazadora? —dije yo.

—Sí.

—Estuvo aquí y me preguntó por un esclavo.

—¿Hacia dónde fue?

—Aquí —dijo uno de ellos—. Aquí hay huellas.

Siguieron las huellas hasta la orilla del estanque. Si lo hubieran atravesado se habrían dado con la pareja sumergida. Pero estos hombres eran al parecer más experimentados que la chica, y primero rodearon el estanque para ver si había más huellas saliendo de él. En seguida encontraron las del tharlarión, y salieron tras ellas.

Me imaginé que la chica y el hombre estarían helados cuando salieran del agua, de modo que me tomé la libertad de encender un fuego. Mi esclava, a la que llamé Constance, trajo la leña.

Entonces vi la cabeza del hombre alzarse muy despacio, casi imperceptiblemente. Luego sacó a la chica, con las muñecas atadas a la espalda, y se acercó al fuego.

—Es mejor que te quites esa ropa mojada —le dije a la mujer.

Ella me miró con horror.

—¡No! —suplicó a su captor.

No dejó de temblar mientras él le arrancaba la túnica y la capa. Luego el hombre la arrojó sobre la hierba y le quitó las botas. Después le desató las manos. Utilizó el cuchillo para cortar su cinturón en estrechas tiras, improvisando varias correas. Volvió a atar las manos de la chica a la espalda, y luego le ató también los tobillos. Ella se puso de rodillas mirándonos.

—Soy Lady Tina de Lydius. Exijo que me liberéis de inmediato.

—Pareces rica y educada —le dije.

—Sí. Soy de los altos mercaderes.

—Yo también era de los mercaderes —dijo Constance.

—Silencio, esclava —saltó la mujer.

—Sí, ama. —Echó una rama al fuego y se apartó. No estaba acostumbrada a su collar.

La mujer libre miró al hombre que la había capturado.

—¡Libérame!

El hombre se agachó junto a ella y la cogió del cuello, apuntando el puñal en su vientre.

—¡Te libero! ¡Te libero! —gritó ella.

—Toma un poco de carne —le dije yo. Había asado un poco de bosko en el fuego.

El hombre, que ahora era libre, se acercó y se sentó junto a mí. La mujer se encogió entre las sombras. Constance se arrodilló a mi izquierda, un poco detrás de mí. De vez en cuando, alimentaba el fuego.

El hombre libre y yo comimos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Ram —dijo el hombre—. Una vez fui de Teletus, pero ahora no tengo amigos en esa isla.

—¿Cuál fue tu crimen?

—Maté a dos hombres en una pelea de taberna.

—Son muy estrictos en Teletus —dije.

—Uno de ellos tenía un alto puesto en la administración de la isla.

—Ya veo.

—He estado en muchas ciudades —dijo.

—¿Qué haces para vivir? ¿Eres un bandido?

—No, soy tratante. Viajo al norte del glaciar Eje para cambiar pieles de eslín por pieles de leem y larts.

—Un trabajo solitario —le dije.

—No tengo Piedra del Hogar. —Se alzó de hombros.

Le compadecí.

—¿Cómo es que te hicieron esclavo?

—Los bandidos ocultos.

—No entiendo.

—Se habían acercado a la ciudad norte del glaciar Eje.

—¿Cómo puede ser eso? —pregunté.

—Tarnsmanes de patrulla —dijo él—. Me atraparon, y aunque era libre me vendieron como esclavo.

—¿Por qué se acercarían esos hombres al norte? —pregunté.

—No lo sé.

—Los tarns no pueden vivir en esas latitudes.

—En verano sí —dijo él—. De hecho millares de pájaros emigran cada primavera a hacer sus nidos en la base polar.

—Los tarns no.

—No. Los tarns no. —Los tarns no eran pájaros migratorios.

—Seguramente un hombre puede burlar a esas patrullas —dije yo.

—Sin duda algunos lo hacen —respondió.

—Tú no tuviste tanta suerte.

—Yo ni siquiera sabía que venían como enemigos —rió—. Les di la bienvenida. Entonces me atraparon. Me vendieron en Lydius. —Alzó la vista hacia la mujer libre—. Allí me compró esta dama.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó ella.

—Tal vez seas una esclava.

—¡Os odio a todos! —dijo lady Tina—. ¡Y nunca seré una esclava! ¡Ningún

hombre puede convertirme en una esclava!

—No te haré mi esclava a menos que supliques ser mi esclava.

Ella echó la cabeza hacia atrás riendo.

—Antes moriré —dijo.

—Es muy tarde —dije yo—. Creo que deberíamos dormir.

Cogí del brazo a Constance y la arrojé a sus pies. Era un simple acto de cortesía goreana.

—Complácele —dije.

—Sí, amo —musitó ella.

—Sí, zorra —dijo lady Tina—. ¡Complácele! ¡Complácele, zorra apestosa!

—Gracias, amigo —dijo Ram. Cogió a Constance del brazo y la arrojó al suelo ante él.

Después de unos ehns, ella se arrastró a mi lado en las pieles, temblando. Él dormía.

Miré a la mujer libre. Se debatía en sus ligaduras. Pero no podía liberarse. Había estado mirando furiosa, y creo que con envidia, la violación de Constance.

—¿Lo oyes? —pregunté.

Era temprano por la mañana. Ram se sentó en la hierba. Yo estaba cerca del tarn, que había vuelto por la noche con el hocico lleno de sangre y pelos de un pequeño tabuk amarillo. Le había limpiado con hierba. Acababa de ensillar a la bestia.

—Sí —dijo él—. Eslines.

Podíamos oír su rugido en la distancia. Debían ser tres o cuatro.

—Tenemos tiempo —dije.

—¿Cuánto peso puede llevar el tarn? —preguntó Ram.

—Es muy fuerte. Si es necesario, puede llevar al jinete y una cesta de tarn cargada.

—¿Puedo pedirte entonces que me lleves?

—Dalo por hecho.

Enrollé las pieles y las puse cruzadas sobre la parte trasera de la silla del tarn, atándolas con dos correas.

—Esta anilla —le dije a Ram señalando la anilla a la izquierda de la silla—, es tuya.

—Excelente —dijo.

—Ven aquí, Constance —dije.

—Sí, amo.

—Despierta, lady Tina —oí que decía Ram.

—Cruza las manos ante ti —le dije a Constance. Cuando lo hizo, se las ató. Luego la llevé hasta la parte derecha de la silla y metí su pie izquierdo en la anilla que allí había. Le ató las muñecas al pomo de la silla.

Miré a los campos. Había cinco eslines, a medio pasang de distancia. Estaban excitados, husmeaban y corrían siguiendo un rastro.

Subí a la silla. Ram puso el pie izquierdo en la anilla que yo le había dicho y se agarró al pomo de la silla.

7. ME CAPTURAN EN LYDIUS

Le di una patada a la puerta y entré.

El hombre que había en la mesa se levantó.

—¿Dónde está Bertram de Lydius? —pregunté.

—Soy yo —dijo el hombre de la chaqueta de piel—. ¿Qué quieres? ¿Eres un asesino? No llevas el puñal. ¿Qué he hecho?

Me eché a reír.

—Tú no eres el hombre que busco. En el sur, un hombre que quería matarme usurpó tu identidad. Pensé que tal vez fuera en realidad Bertram de Lydius.

Le describí al hombre que se había hecho pasar por Bertram de Lydius, pero no pudo reconocerlo. Me pregunté quién sería realmente.

—Tienes muy buena reputación como entrenador de esclaves, conocida incluso en el sur —le dije—. De otro modo, no habría permitido a ese hombre entrar en mi casa.

—Me complace no ser el que buscas —dijo Bertram de Lydius—. No le envidio.

—El que yo busco es hábil con el cuchillo. Sospecho que es de los asesinos.

Tiré un céntimo de tarsko sobre la mesa.

—Tendrás que arreglar la puerta —le dije.

Entonces me marché. No es que pensara que el hombre que entró en mi casa fuera realmente Bertram de Lydius, pero tenía que cerciorarme.

Caminé por las calles de Lydius hasta llegar a una herrería, en una de las calles principales.

Entré en la tienda.

—¿Todavía estás llorando? —le pregunté a Constance.

—Me duele la marca, amo —dijo.

—Muy bien, llora.

—Espera —dijo el herrero. Soltó el pesado collar de hierro que llevaba Ram al cuello.

—¡Ah! —dijo Ram.

A su lado, en el suelo, estaba Tina de rodillas.

Ram le dijo al herrero que cortara un trozo del collar abierto.

Miré a Tina.

—Enséñame tu muslo, esclava —le dije. Ella obedeció—. ¿Cómo le ha sentado el hierro?

—Gritaba como una hembra de esclín, pero ya está tranquila.

Las marcas de las esclavas eran hermosas. Me sentía complacido.

El herrero terminó de cortar el trozo del pesado collar que Ram había llevado.

Ram agarró a Tina del pelo y la hizo ponerse en pie. Le puso la cabeza sobre un yunque.

El herrero le miraba.

—Pónselo al cuello —dijo Ram.

Vi cómo el herrero curvaba expertamente el pesado collar sobre su cuello a golpes de martillo. Luego lo cerró.

—Alza la cabeza, esclava —dijo Ram.

Ella alzó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. La cadena del collar descansaba entre sus pechos.

Le dije al herrero que liberara a Constance de la cadena que llevaba al cuello. Les di a las chicas dos túnicas blancas de esclava que había comprado en la ciudad.

—Vamos a la taberna de Sarpedon —dije—. Está muy bien.

En menos de un cuarto de ahn llegamos allí.

Sin embargo yo estaba de mal humor. En los muelles, había visto muchas balas de pieles. Eran pieles de tabuk del norte.

—¿Deseáis alguna cosa? —preguntó el propietario, un hombre panzudo con un delantal de cuero.

Ram y yo estábamos sentados en una de las pequeñas mesas. Las chicas se arrodillaban junto a nosotros.

—¿Dónde está Sarpedon? —pregunté.

—Está en Ar —dijo el hombre—. Yo soy Sarpelius, y llevo la taberna en su ausencia.

—Hay muchas balas de pieles en los muelles —dije.

—Son de Kassau y del norte —dijo.

—¿Ha salido de los bosques el rebaño de Tancred este año?

—Sí —dijo el hombre—. Eso he oído.

—¿Pero todavía no ha cruzado el glaciar Eje?

—No lo sé.

—En los muelles hay muchísimas pieles.

—Son de los rebaños del norte.

—¿Han venido al sur los mercaderes desde el norte? —preguntó Ram.

—Unos pocos.

—¿Es normal que haya tantas pieles en Lydius en primavera? —pregunté. Normalmente los cazadores de pieles prefieren el tabuk del otoño, porque sus pieles son más espesas.

—No lo sé —dijo el hombre—. Soy nuevo en Lydius. —Nos miró sonriendo—. ¿Puedo servirlos en algo, amos?

—Nos servirán nuestras chicas —dijo Ram—. En seguida las mandaremos a las tinas.

—Como deseéis. —Sarpelius se dio la vuelta y se marchó.

—Nunca ha habido tantas pieles en Lydius —me dijo Ram—, ni en primavera ni

en otoño.

—Tal vez sean del rebaño de Tancred.

—Hay otros rebaños —dijo él.

—Es cierto —dije. Pero estaba atónito. Si el rebaño de Tancred había salido de los bosques, ¿por qué no había cruzado todavía el glaciar Eje? Seguramente los cazadores no podrían detener la avalancha de un rebaño así, compuesto sin duda por doscientos o trescientos mil animales. Era uno de los mayores rebaños migratorios de tabuk del planeta. Por desgracia para los cazadores rojos, era el único rebaño que cruzaba el glaciar Eje para pasar el verano en la base polar. Sería más difícil desviar el camino de tal rebaño que desviar el curso de un río. Y aun así, si había que dar crédito a los informes, el hielo del glaciar Eje no se había visto este año invadido por las huellas del rebaño.

Puse un tarn de oro sobre la mesa.

—Quédate —dije—. Pero yo he de irme. Hay aquí muchas cosas raras. Me temo lo peor.

—No entiendo —dijo él.

—Adiós, amigo —le dije—. Esta noche me llevo el tarn al norte.

—Te acompañaré.

—No puedo compartir esta tarea —dije—. Mi vuelo estará erizado de peligros, mi tarea es peligrosa.

En la puerta encontré a Sarpelius.

—El amo hace muchas preguntas —observó.

—Hazte a un lado —le dije.

Se apartó y yo pasé junto a él. Constance corrió tras mí con su leve túnica blanca. Ya fuera de la taberna me volví para mirarla. Tenía unas hermosas y finas piernas y unos dulces pechos. Estaba muy hermosa con mi collar.

—¿Amo? —preguntó Constance.

—No será difícil venderte —dije—. Eres muy hermosa.

—¡No! —suplicó—. ¡No me vendas, amo!

Le di la espalda.

Me encaminé hacia el mercado. Debía marcharme pronto. La chica me seguía sollozando.

—¡Por favor, amo! —Yo no le había dicho que me siguiera. No era necesario. Era una esclava.

De pronto la oí gritar sorprendida. Me di la vuelta.

—No saques la espada, amigo —dijo un hombre.

Me apuntaban cuatro ballestas listas para disparar. Los dedos se tensaban en los gatillos.

Alcé las manos.

Habían puesto al cuello de la esclava dos correas de lona. Tiraban de la chica hacia atrás. Ella intentaba quitarse las correas con los dedos, pero en vano. Apenas podía respirar. El hombre que había a su espalda y que sostenía las correas, apretó más el lazo. Ella, aterrorizada, cejó en sus intentos de resistirse.

—Allí, entre los edificios —me dijo el hombre, al parecer el líder.

Fui de malos modos a donde me decía y me quedé en el oscuro callejón con las manos alzadas. Arrastraron rudamente a la chica con nosotros.

—Las flechas están envenenadas con kanda —dijo el líder señalando las armas que me apuntaban—. El menor arañazo te matará.

—Ya veo que no eres de los asesinos. —Ellos evitan los proyectiles envenenados por una cuestión de orgullo. Y además, sus códigos los prohíben.

—Eres un extranjero en Lydius —dijo el hombre.

—No puedo creer que seáis magistrados investigando mis asuntos —dije—. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—Bienvenido a Lydius —dijo el líder. Me tendió una copa de metal que había llenado de una bota que colgaba de su cintura.

Me encogí de hombros. Eché hacia atrás la cabeza y apuré la copa. Tenía la copa en la mano derecha. Cayó al suelo.

Uno de los hombres había apartado su ballesta. Vi cómo amordazaban a Constance con una capucha de esclava. Luego le quitaron las correas del cuello.

Me apoyé en la pared.

Vi que a Constance le esposaban las manos a la espalda.

Caí de rodillas, y luego caí al suelo sobre un hombro. Intenté levantarme, pero volví a caer.

—Nos será útil en el muro —dijo un hombre.

Se me nubló la vista.

—Sí —dijo otro.

La voz me pareció muy lejana. Todo comenzaba a oscurecerse. Apenas me di cuenta de que me quitaban el cinto y la bolsa, y la espada. Entonces caí inconsciente.

8. ME ENCUENTRO PRISIONERO EN EL NORTE

—Parece que no tienen fin —dijo una voz de hombre—. Matamos cientos cada día, y siempre vienen más.

—Incrementan su número a medida que los matáis —dijo una voz femenina.

—Los hombres están cansados.

—Doblad los honorarios —saltó ella.

—Eso haremos —dijo la voz.

—El muro se ha debilitado a un pasang al este de la plataforma —dijo otra voz de hombre.

—Pues reforzadlo —dijo ella.

—Quedan pocos troncos.

—Usad piedras.

—Eso haremos —dijo el hombre.

Yo yacía en un suelo de madera. Sacudí la cabeza.

Sentí en el hombro la aspereza de la madera. Iba desnudo hasta la cintura. Llevaba pantalones de piel y botas de piel. Tenía las manos atadas a la espalda.

—¿Es éste el nuevo? —preguntó la voz de mujer.

—Sí.

—Levantadle.

Me hicieron levantar a golpe de lanzas.

Yo moví la cabeza y miré a la mujer.

—Eres Tarl Cabot —dijo ella.

—Tal vez.

—Lo que no pueden hacer los hombres —dijo ella— lo he hecho yo. Te he atrapado. Te hemos estado vigilando. Nos advirtieron que tal vez cometerías la estupidez de venir al norte.

No dije nada.

—Eres una bestia fuerte y sensual —dijo ella—. ¿Es cierto que eres tan peligroso?

No tenía sentido responder.

—Tu captura me supondrá un ascenso ante mis jefes —siguió la mujer.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Unos que no son Reyes Sacerdotes —sonrió ella. Fue hacia la mesa. Vi que mis pertenencias estaban allí.

Sacó la estatuilla de su envoltura de piel. Era la talla, en piedra azulada, de la cabeza de una bestia.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿No lo sabes?

—La cabeza de una bestia.

—Es cierto.

Volvió a meterla en las pieles. Era evidente que no comprendía su importancia. Los kurii, igual que los Reyes Sacerdotes, suelen tener hombres a su servicio, y se ocultan de aquellos que les sirven. Samos, por ejemplo, no conocía la naturaleza de los Reyes Sacerdotes.

—Eres una mujer —dije.

La miré. Llevaba pantalones y una chaqueta blanca de piel de eslin marino; la chaqueta tenía una capucha, que estaba echada hacia atrás, rematada con piel de lart. Se cerraba en su cintura con un estrecho cinturón negro, del que colgaba un puñal con el mango adornado de rojo y amarillo. Cruzado al hombro llevaba otro cinturón del que colgaba una bolsa y un látigo de esclavo con las colas dobladas, y cuatro cabos de cuerda.

—Eres muy observador.

—Y una mujer tal vez hermosa.

—¿Qué quieres decir con eso de “tal vez hermosa”?

—Las pieles obstruyen mi visión. ¿Por qué no te las quitas?

Se acercó a mí, furiosa. Me dio una bofetada en la boca.

—Haré que te arrepientas de tu insolencia —dijo.

—¿Conoces las danzas de una esclava goreana? —le pregunté.

—¡Bestia! —gritó.

—Eres de la Tierra. Tu acento no es goreano. —La miré—. Eres americana, ¿verdad? —le pregunté en inglés.

—Sí —siseó también en inglés.

—Eso explica que no conozcas las danzas de una esclava goreana. Pero puedes aprender.

Se sacó el látigo del cinto con ademán furioso e histérico y lo sostuvo con las dos manos. Comenzó a azotarme con él. No era agradable, pero no tenía bastante fuerza para golpear duramente. Yo había sido azotado por hombres. Finalmente, retrocedió todavía enfadada.

—Eres demasiado débil para hacerme daño —le dije—. Pero yo no soy demasiado débil para herirte a ti.

—Haré que te azoten mis hombres.

Me encogí de hombros.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Sidney.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Ése es mi nombre de pila —dijo de malos modos—. Soy Sidney Anderson.

—Sidney es nombre masculino.

—Algunas mujeres lo llevan. Mis padres me pusieron así.

—Sin duda querrían un chico —dijo.

Se dio la vuelta enfadada.

—¿Todavía intentas ser el chico que tus padres deseaban? —le dije.

De pronto se giró iracunda hacia mí.

—Serás azotado a conciencia.

Miré en torno a la habitación. Era de madera, con tejado alto y arqueado. En un extremo había un pabellón con una silla curul. Bajo la silla había una piel de eslín, y otra piel ante el pabellón. A un lado había una mesa sobre la que estaban algunas de mis cosas. También había una chimenea en la que ardía la leña.

Volví mi atención a la chica.

—¿Eres virgen?

Me cruzó la cara con el látigo.

—Sí —dijo.

—Seré el primero en poseerte —le dije.

Volvió a golpearme salvajemente.

—¡Silencio! —dijo.

—Sin duda tendrás mucha curiosidad por tu sexualidad.

—¡No utilices esa palabra en mi presencia!

—Es evidente —dije—. Piensa cómo has apretado tu cinturón sobre las pieles. Eso lo has hecho, aunque sólo sea inconscientemente, para resaltar tu figura, acentuándola y enfatizándola.

—¡No!

—¿Nunca has pensado qué será estar desnuda en una tarima de esclava, ser vendida a un hombre? ¿No has pensado qué es ser una esclava desnuda, poseída, a merced de un amo?

—Sidney Anderson nunca será la esclava de un hombre —dijo—. ¡Nunca!

—Cuando yo te posea —le dije—, te daré un nombre de chica, un nombre de la Tierra, un nombre de esclava.

—¿Y qué nombre será ése?

—Arlene.

Se estremeció por un momento. Luego dijo:

—El poderoso Tarl Cabot, un prisionero atado y arrodillado.

La miré. Era esbelta, de ojos azules, pelo color caoba, delicada, hermosa y femenina.

—¿De verdad crees —le dije— que si los kurii vencen tú tendrás un alto puesto entre los victoriosos?

—Por supuesto.

Sonreí para mis adentros. Cuando hubiera realizado su tarea, la convertirían en

esclava.

Tiró de la cuerda.

—En pie, bestia —me dijo.

Me levanté.

—Ven, bestia. —Me sacó de la sala tirando de la cuerda—. Te enseñaré nuestro trabajo en el norte. Más tarde, cuando yo lo decida, trabajarás para nosotros. —Se dio la vuelta y me miró—. Has estado mucho tiempo en contra de nosotros. Ahora contribuirás a la causa, aunque sólo sea llevando piedra y madera.

9. CONTEMPLA EL MURO

—Impresionante, ¿verdad? —preguntó ella.

Estábamos en una alta plataforma que se alzaba sobre el muro. Éste se extendía hasta el horizonte.

—Mide más de setenta pasangs de longitud —dijo—. Han trabajado en él doscientos o trescientos hombres durante dos años.

Más allá del muro había miles de tabuks, porque había sido construido atravesando el camino de las migraciones del norte.

A nuestro lado del muro estaba el campamento, con la casa del comandante, las grandes casas de los guardias y cazadores y los corrales de madera de los trabajadores. Había una comisaría, una herrería y otras estructuras. Los hombres estaban trabajando.

—¿Qué hay en los almacenes? —pregunté.

—Pielés —dijo ella—. Millares de pieles. En los extremos del muro se mata a cientos de animales para evitar que vayan hacia el norte.

—Parece que muchos pueden escapar —dije.

—No. Los extremos del muro están curvados, para hacer retroceder a los animales. Cuando llegan allí, los cazadores caen sobre ellos. Matamos varios centenares al día. Te presento a mi colega —dijo mi adorable captora—: Sorgus.

—¿El ladrón de pieles? —pregunté.

—Sí.

El hombre ni me habló ni me miró.

—Estos hombres han sido útiles —dijo ella—. Ya no tienen que dedicarse a robar las pieles de los honrados cazadores. Les ofrecemos cosechas que superan el botín que conseguirían en cien años de latrocinio.

—Pero me he dado cuenta de que los hombres más altos también os ayudan.

Miré al otro hombre de la plataforma.

—Volvemos a encontrarnos —dijo.

—Eso parece —asentí—. Tal vez ahora sí puedas alcanzarme con tu puñal.

—Libérale —le dijo a mi captora—, para que pueda enfrentarme a él con la espada.

—No. Es mi prisionero. No deseo que le mates.

—Parece que seguirás viviendo —me dijo el hombre—, al menos un ahn más.

—Tal vez es tu vida la que ha sido prolongada —respondí.

Se dio la vuelta para mirar por encima del gran muro, a los millares de animales que había más allá.

—No eres Bertram de Lydius —le dije—. ¿Quién eres?

—No hablo con esclavos —dijo él.

Mis puños se crisparon en las cadenas.

—¿De verdad reclutaste los servicios de una esclava en su casa? —preguntó mi captora.

—No deseo hablar delante de él —dijo él.

—¡Hazlo! —exclamó ella.

El hombre la miró con furia. Yo leí la mirada en sus ojos. Sonreí para mis adentros. Vi que le habían hecho la promesa de que, cuando ella terminara con su labor, se la regalarían como esclava.

—Muy bien —dijo el hombre—. Es cierto que usé los servicios de una chica rubia en su casa, para obtener material que oliera el eslin.

—¿Es ella una espía?

—No. La engañé. No fue difícil. No era más que una esclava.

—Dile tu nombre —le dijo la mujer.

—No hablo con esclavos —dijo él.

—¡Obedece!

Él se volvió para bajar las escaleras de la plataforma.

—Se llama Drusus —dijo ella—. Es de los herreros.

—No es un herrero —dije yo—. Es de los asesinos.

—No.

—Le he visto utilizar el cuchillo —dije—, y no te ha obedecido.

Ella me miró furiosa.

—Tus días de autoridad están contados —le dije.

—¡Yo estoy al mando aquí!

—De momento —dije.

Miré a los tabuks.

—Debe ser difícil poner los troncos en el muro —dije.

—Tú mismo verás lo difícil que es —dijo ella. Todavía estaba enfadada porque habían desafiado su autoridad en mi presencia.

La construcción del muro era toda una labor de ingeniería. El que hubiera sido construido por hombres con simples herramientas decía mucho de la determinación de los kurii.

—Ya verás quién es aquí la autoridad —dijo la mujer con furia. Sentí que tiraba de la cuerda que yo llevaba al cuello. Bajé con ella las escaleras de la plataforma—. ¡Guardias!

Cuatro guardias se acercaron corriendo.

—Traed a Drusus —dijo ella—. Encadenado, si es necesario.

Se fueron de inmediato y volvieron a los pocos minutos con el llamado Drusus.

Ella señaló con arrogancia a sus pies.

—De rodillas —le dijo.

Él se arrodilló, furioso.

—Dile tu nombre —le dijo ella.

El hombre me miró.

—Soy Drusus.

—Ahora ve a atender tu trabajo.

Se levantó y se fue. Vi que la mujer tenía realmente autoridad. Si sus días de autoridad estaban contados, aún no había ningún signo de ello. Me miró y sacudió la cabeza con arrogancia. Era superior entre estos hombres.

—Fue Drusus quien te identificó para mí.

—Ya veo.

—Han sido capturados tres prisioneros —dijo un hombre que acababa de llegar.

—Tráelos ante mí.

Trajeron a los prisioneros, con las manos a la espalda. Uno era un hombre, los otros dos eran mujeres, esclavas. El hombre llevaba al cuello una correa que sostenía un guardia. Las chicas estaban atadas con la misma correa. El hombre era el cazador rojo que yo había visto en la feria. Las dos chicas eran las esclavas que había comprado en la feria, las chicas de la Tierra, una rubia y una morena. El hombre iba vestido del mismo modo que yo le había visto, con pantalones y botas de piel y con el torso desnudo. Las chicas llevaban pequeñas túnicas de piel, y los pies también envueltos en pieles. Tenían el cabello recogido con una cinta roja. Bajo la correa que llevaban al cuello había cuatro cuerdas intrincadamente anudadas. Era el modo en que los cazadores rojos identifican a sus animales. El dueño de la bestia se reconoce por el nudo de las cuerdas.

—De rodillas —dijo un guardia.

Las dos chicas se arrodillaron de inmediato, obedientes a la orden de un amo.

Mi adorable captora las contempló con desdén.

El cazador rojo de la base polar no se había arrodillado. Tal vez no hablaba bastante goreano para entender la orden. En Gor se hablan varias lenguas bárbaras, generalmente en las regiones más remotas. Además, algunos de los dialectos goreanos son casi ininteligibles. Pero el goreano, en sus variedades, sirve de lengua franca de la civilización de Gor. Hay pocos goreanos que no puedan hablarlo, aunque sea como segunda lengua.

—No —dijo el cazador rojo en goreano.

Le obligaron a arrodillarse a golpe de lanza. Él alzó la mirada, furioso.

—¡Soltad a nuestros tabuks! —dijo.

—Lleváoslo y ponedlo a trabajar en el muro —dijo mi captora.

Se llevaron al hombre.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Sidney Anderson mirando a las dos chicas.

—Esclavas polares, bestias de los cazadores rojos —dijo un hombre.

—Miradme —dijo la mujer.

Las chicas la miraron a los ojos.

—Parecéis chicas de la Tierra —dijo Sidney en inglés—. ¿No sois de la Tierra?

—¡Sí! ¡Sí! —dijo de pronto la rubia—. ¡Sí!

—¿Qué sois? —preguntó Sidney Anderson.

—Somos esclavas, ama —dijo la rubia.

—¿Cómo os llamáis?

—Bárbara Benson —dijo la rubia.

—Audrey Brewster —dijo la morena.

—No puedo creer que estos nombres os los haya puesto un indio.

Yo no había pensado que el cazador rojo pudiera ser un indio, pero supuse que era verdad. Los goreanos suelen llamar a los hombres de la base polar “cazadores rojos”. Ciertamente su cultura era diferente de la de los salvajes rojos de las ciudades del norte y el este de las montañas Thentis, que mantenía una nobleza feudal sobre dispersas comunidades de esclavos blancos. Yo consideraba a estos individuos indios, más que a los cazadores rojos. Pero sin duda los cazadores rojos también eran indios, estrictamente hablando. Los hijos de los cazadores rojos nacen con una mancha azul en la base de la columna, y los de los salvajes rojos no. Así pues hay una diferencia racial entre ellos.

La rubia miró a Sidney Anderson.

—Yo soy Thimble —dijo.

—¿No estáis avergonzadas de ser esclavas? —preguntó Sidney.

—¡Sí, sí! —gimió la chica rubia.

—Bien —dijo Sidney.

Ellas la miraron.

—¿Vas a liberarnos —suspiró la rubia. Luego añadió— ...Ama?

Sidney Anderson la miró con desdén.

—Cuando os miro sólo veo a mujeres que merecen ser esclavas.

—¡Ama! —protestó la rubia.

—Lleváoslas.

—¿Quieres que las matemos? —preguntó un guardia.

—Lavadlas y arregladlas, y luego encadenadlas en la gran casa de los guardias.

Se llevaron a las chicas.

—Sin duda tendrás otras chicas para los hombres —dije.

—Ellas son las únicas. He dado órdenes de que no introduzcan zorras en el campamento.

—Cuando fui capturado se llevaron también a una esclava rubia llamada Constance. Creí que la habían traído aquí.

—No.

—¿Dónde la llevaron?

—No lo sé.

Tiró de la correa que yo llevaba. Entonces me la quitó del cuello y volvió a anudársela en la anilla de su cinto.

Luego se dirigió a los guardias que había por allí.

—Llévadle al poste de azotes. Atadle y azotadle bien. Luego encadenadle. Mañana irá a trabajar al muro.

—Los cazadores rojos dependen del tabuk —dijo—. Sin él morirán de hambre.

—Eso no es asunto mío —dijo ella.

Los hombres me agarraron.

—Ah —dijo ella—, tal vez sepas algo de un barco de suministros que fue enviado al alto norte.

—Conozco ese barco.

—Se ha hundido. Mañana verás a la tripulación. También ellos trabajan en el muro.

—¿Cómo atrapasteis el barco?

—Tenemos aquí cinco tarnsmanes —dijo ella—. Ahora están de patrulla. Dispararon al barco desde el aire. Luego supimos que la tripulación había abandonado la nave. El barco ardió, encalló en las rocas y se hundió.

La miré.

—¿Por qué retenéis el tabuk? ¿Qué ganáis con eso?

—No lo sé —dijo ella—. Sólo cumplo órdenes.

Dos hombres me agarraron y me alejaron de su presencia. Esperaba averiguar el motivo de que retuvieran el tabuk. Me parecía ver claro el papel que eso jugaba en los planes de los kurii. Me asombraba que la mujer no le diera importancia.

Parecía que no sabía más que lo que estrictamente necesitaba saber.

10. LO QUE OCURRIÓ EN LAS PROXIMIDADES DEL MURO

—¿Todavía vive? —preguntó un hombre.

Yo yacía encadenado en un corral de esclavos.

—Sí —dijo el cazador rojo.

—Es fuerte —dijo otro hombre.

—Ahora descansa —dijo Ram—. Casi ha anochecido.

—También te han cogido a ti —dije. Le había dejado en Lydius, en la taberna de paga.

Sonrió con cansancio.

—Aquella misma noche —dijo—. Me sorprendieron en la alcoba con Tina. Me encapucharon y me encadenaron a punta de espada.

—¿Y la chica?

—En un cuarto de ahn ya estaba gritando que era mía. —Se humedeció los labios—. ¡Menuda esclava es!

—Eso pensaba —dije—. ¿Dónde está?

—¿No está aquí?

—No.

—¿Dónde la han llevado? —preguntó.

—No lo sé.

—La quiero conmigo.

—¿Crees que es la esclava ideal?

—Tal vez —dijo—. No lo sé. Pero no estaré contento hasta que vuelva a tenerla a mis pies.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté al cazador rojo—. Perdona —dije. Los cazadores rojos no suelen dar su propio nombre. ¿Y si el nombre se desvanecía? ¿Y si al escapar de sus labios ya no volvía a ellos?

—Un hombre al que algunos cazadores en el norte llaman Imnak puede compartir tu cadena —dijo él.

Parecía pensativo. Luego pareció alegrarse. Su nombre no le había abandonado.

—Yo soy Tarl.

—Saludos, Tarl.

—Saludos, Imnak.

—Te he visto antes —dijo un hombre.

—Te conozco —dije yo—. Eres Sarpedon, dueño de una taberna en Lydius. Parece que ahora lleva tu taberna un tal Sarpelius.

—Lo sé. Me gustaría ponerle la mano encima.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Iba viajando remontando el Laurius, para ver si las mujeres pantera habían capturado alguna esclava nueva que yo pudiera comprar a cambio de puntas de flecha y caramelos, para que trabajara en mi taberna. Pero me sorprendieron en el río cinco tarnsmanes, y me encadenaron. Era parte de un plan, por supuesto. Mi ayudante Sarpelius estaba de acuerdo con ellos.

—Está usando tu taberna para reclutar trabajadores para el muro —dijo Ram.

Varios hombres gruñeron enfadados.

—Como le ponga las manos encima a Sarpelius, todos recibiréis satisfacción por las molestias.

—Bien —dijo un hombre.

—Te conozco —dije—. Eres Tasdron, capitán de Samos.

—El barco se incendió y se hundió —dijo él—. El barco de suministros que iba hacia el norte.

—¿De qué barco habláis? —preguntó Imnak.

—Cuando me enteré de que el rebaño de Tancred no había acudido a las nieves del glaciar Eje, hice que enviaran un barco al norte —dije—, con comida para los hombres de la base polar.

Imnak sonrió.

—¿Cuántas pieles habrías pedido a cambio de los suministros? —preguntó.

—No tenía pensado sacar beneficios —dije.

El rostro de Imnak se ensombreció.

La gente del norte es orgullosa. No quería ofenderle a él ni a su pueblo.

—Era un regalo —dije. Podría entender que fuera un intercambio de regalos.

—Ah —dijo.

Los amigos pueden intercambiar regalos. Los regalos son importantes en la cultura de los hombres de la base polar. Los intercambian a la más mínima ocasión.

—Sé que eres sabio y yo soy estúpido —dijo Imnak—, porque sólo soy un hombre de la base polar, pero mi pueblo, en verano, cuando vienen los rebaños, suma cientos de personas.

—Oh —dije. No sabía que fueran tantos. Poco podía haber hecho un solo barco para aliviar el desastre del hambre, incluso aunque hubiera podido llegar a su destino.

—Además —dijo Imnak—, mi gente está tierra adentro, esperando que venga el rebaño. Me complace saber que has entendido esto y que sabías dónde encontrarles, y que hubieras tenido en cuenta cómo transportar hasta ellos, tan adentrados en la tundra.

—Sólo había pensado en el barco —dije—. Y no había caído en la cuenta de las dificultades que supondría llevar los suministros a donde más los necesitaban.

—¿Me engañan mis oídos? —dijo Imnak—. No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿He oído a un hombre blanco decir que ha cometido un error?

—He cometido un error —dije—. Un hombre sabio en el sur puede ser un estúpido en el norte.

El oír que admitía mi error sorprendió a Imnak por un momento.

—¡En pie! ¡En pie! —gritó un guardia batiendo los barrotes de madera del corral con su lanza—. Es la hora de las gachas y de que marchéis al trabajo.

Dos guardias iban despertando a los hombres.

—Soltad a este hombre de la cadena —dijo Ram señalándome—. Ayer fue azotado con la sierpe.

No es raro que muera un hombre después de ser azotado con la sierpe, un látigo de pesada cola forrada de acero y púas de hierro.

—Han ordenado que trabaje hoy —dijo el guardia.

Ram me miró perplejo. Yo ya estaba de pie. Recordé que mi adorable captora había dicho que hoy tendría que trabajar.

Pronto nos sacaron del corral. Cuando íbamos a la cabaña de las cocinas pasamos junto al estrado donde habían erigido el poste de azotes, que eran dos maderos separados entre sí, con un travesaño entre ellos a unos dos metros de altura. En el travesaño había soldada una anilla de la que ataban las muñecas del prisionero. Los pies del prisionero se ataban a una anilla en el suelo del estrado.

Estábamos de rodillas en el exterior de la cabaña de las cocinas. Nos dieron nuestros cazos de madera en los que nos sirvieron gachas mezcladas con trozos de tabuk hervido. Nos sirvió la chica rubia que una vez fuera Bárbara Benson, y ahora Thimble, y la chica morena que una vez fuera Audrey Brewster, y que ahora era la esclava Thistle.

La rubia Thimble gritó cuando uno de los hombres de la cadena la agarró. Le golpeó con el cazo, y el hombre la tiró al suelo junto a él. Al instante cayeron sobre él los guardias y le separaron de la chica a golpes de lanza. Le golpearon cruelmente.

—La esclava es para los guardias —le dijeron.

Thimble estaba aterrorizada. Le habían rasgado la camisa.

—Vuelve a llenar los pots —dijo el jefe de los guardias—. Hoy tienen mucho trabajo.

Thimble y Thistle comenzaron por el extremo derecho de la fila. Servían los pots alejándose cuanto podían de la fila.

En mi cadena había unos cuarenta hombres. A lo largo del muro de unos setenta pasangs había varias cadenas como la mía. Había unos trescientos o cuatrocientos hombres, con sus guardias, trabajando en el muro. Pensé que era acertado que yo estuviera en una de las cadenas centrales. Sin duda mi captora lo habría decretado así. Estaba muy orgullosa de mi captura, cosa que consideraba un logro de sus propios méritos. Me quería en una posición de máxima seguridad, en el centro del muro, cerca de su cuartel. Pensé que eso también le daría el placer de verme en sus cadenas.

Pasamos de largo por la alta plataforma.

Ella se encontraba allí, con dos guardias.

—Se ha levantado muy temprano esta mañana —dijo uno de los hombres.

Cerca de la plataforma había apilados algunos troncos y pesadas piedras que habían cargado otros trabajadores la tarde anterior. También había herramientas.

—Levantad esos troncos —dijo un guardia—. Llevad esas piedras.

Ram, Imnak, Tasdron y yo cogimos uno de los troncos.

Mi captora nos miraba con la cara encendida de placer.

—Trabaja bien, Tarl Cabot —me dijo.

Echamos a andar a la vez con el pie izquierdo. Luego siguió el pie derecho, atado a la cadena.

El tronco era muy pesado.

—Es como una piedra —dijo Ram. Bajó el barrote de hierro que agarraba con pieles. El barrote rompía la permanente capa de hielo.

Yo también metí el barrote en el agujero. Saltó un trozo de hielo sucio.

Hacíamos el agujero en diagonal, porque los troncos que teníamos que colocar eran puntales que soportarían el muro en ese punto. Estábamos a medio pasang de la plataforma, y en este punto el muro estaba debilitado. El punto débil estaba a la izquierda de la plataforma. El centro del muro había sido construido sobre la ruta principal de la migración del tabuk. Los animales a veces tendían a presionar contra la pared. También a veces los animales que había junto al muro eran presionados contra él por el peso de otros animales detrás de ellos. A veces, en lugares abiertos, los animales cargaban y golpeaban el muro con los cuernos. Las bestias no entendían este obstáculo en su camino.

Supe que dos o tres veces el muro había cedido en algunos puntos, pero los hombres lo arreglaron de inmediato.

—Poned piedra aquí —dijo un guardia.

Los hombres que llevaban la piedra la pusieron contra el muro. Pero el soporte no sería tan efectivo como los troncos que nosotros colocábamos como puntales.

Al otro lado del muro había millares de tabuks. Y cada día llegaban por miles, de los caminos al este de Torvaldsland.

—Con el permagel —le dije a Ram— los troncos no pueden fijarse a mucha profundidad.

—Tienen la profundidad necesaria —dijo él—. Costaría mucho trabajo echarlos abajo.

—Imnak —dije—, ¿te gustaría irte a casa?

—Hace cuatro lunas que no asisto a un baile de tambores —dijo.

—Tasdron —dije—, ¿te gustaría tener un nuevo barco? —Lo acondicionaría para luchar contra los tarnsmanes. Que intentaran entonces atraparlo.

—No seáis estúpidos —dijo un hombre—. Es imposible escapar. Estamos encadenados, y hay muchos guardias.

—No tienes aliados —dijo otro hombre.

—Estás equivocado —dije yo—. Nuestros aliados se cuentan por millares.

—¡Sí! —dijo Ram—. ¡Sí!

El jefe de guardia tenía las llaves de nuestras cadenas.

—Menos charla —dijo un guardia—. Estáis aquí para reforzar el muro, no para pasar el tiempo hablando como estúpidas esclavas.

—Me temo que el muro va a ceder por aquí —dije indicando un punto de la muralla.

—¿Dónde? —preguntó él acercándose al muro para examinarlo con las manos.

No fue nada inteligente por su parte darle la espalda a los prisioneros.

Le golpeé la cabeza por detrás con un tronco. Les hice un gesto a los hombres que había por allí para que se acercaran. Nadie debía ver al guardia caído. Ahora yo sostenía su espada.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el jefe de guardia.

—Vas a hacer que nos maten a todos —dijo un hombre.

Se abrió camino entre nosotros. Entonces vio a su compañero caído. Se volvió con la cara pálida, la mano en el puño de su espada. Pero la espada que yo llevaba le apuntaba al pecho. Ram le quitó las llaves rápidamente. Me soltó a mí y luego se soltó él mismo, y le pasó las llaves a Tasdron.

—No tenéis escapatoria —dijo el jefe de guardia—. Estáis atrapados con el muro a un lado, y los guardias a otro. —Llama a tus compañeros —le dije.

—No quiero —respondió él.

—La elección es tuya —le garanticé. Alcé la espada.

—¡Espera! —dijo. Entonces llamó—: ¡Jason! ¡Ho-Sim! ¡Venid al muro!

Ellos se apresuraron a obedecer. Ya teníamos cuatro espadas y dos lanzas. No llevaban escudos, porque su tarea se reducía a la supervisión de los trabajadores.

—¡Capitán! —gritó otro guardia a unos cuarenta metros de distancia—. ¿Estás bien?

—Sí.

Pero el hombre había captado el movimiento de una lanza entre los trabajadores.

Se dio la vuelta de pronto y corrió hacia la plataforma y los edificios principales.

—¡Una lanza! —dije.

Cuando tuve la lanza en la mano el hombre había desaparecido de la vista.

—¡Va a dar la alarma! —dijo el jefe de guardia—. Estáis perdidos. Devolvedme las armas y volved a poneos las cadenas. Pediré que os perdonen la vida.

—Bien, compañeros —dije—, ahora hay que trabajar con coraje. No tenemos tiempo que perder.

Todos se pusieron a empujar en la apertura del muro.

—¡Estáis locos! —dijo el jefe de guardia—. Os matarán a todos.

En cuanto conseguimos sacar uno de los troncos, Imnak se deslizó por la abertura y salió entre los tabuks.

—Al menos él escapará —dijo uno de los hombres.

—Le matarán ahí fuera —dijo otro.

Me decepcionó el hecho de que Imnak huyera. Creí que tenía más sangre fría.

—¡Deprisa, compañeros! —dije—. ¡Deprisa!

Sacamos otro tronco y lo echamos a un lado.

Ahora oímos sonar la alarma. El sonido viajó deprisa por el aire claro y frío del norte de Torvaldsland.

—¡Deprisa, compañeros! —les animé—. Vosotros también —dije haciendo un gesto hacia los tres guardias que seguían conscientes—. Trabajad bien y tal vez os salve la vida.

También ellos se pusieron a la tarea de desencajar los troncos del suelo helado.

De pronto un tabuk se lanzó contra la abertura, empujando a los hombres a un lado.

—¡Deprisa! —dije—. ¡Al trabajo otra vez!

—¡Nos matarán! —gritó el jefe de guardia—. ¡No conocéis a estas bestias!

—¡Vienen los guardias! —gimió un hombre.

Cuarenta o cincuenta guardias se acercaban corriendo con las armas en ristre.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —gritó un hombre corriendo hacia los guardias.

Vimos cómo le mataban.

Volví a coger la lanza, y la arrojé contra los guardias que estaban ahora a unos quince metros. Vi que caía uno.

Los guardias se detuvieron de pronto. No tenían escudos. Cogí otra lanza.

—¡Trabajad! —les dije a los hombres a mi espalda.

—¡Arriba! —oí que gritaba Ram.

Dos tabuks más entraron por el agujero del muro. No era suficiente. No sabían que el muro estaba abierto. Pasaron otros cuatro tabuks.

No eran bastantes.

Amenacé a los guardias con la lanza. Los guardias se desplegaron.

Quitamos otro tronco.

Pasaron dos tabuks más.

—¡Matadle! —oí al líder de los guardias que venían.

Pasaron otros cuatro tabuks.

¡No eran bastantes tabuks! Los guardias se acercaban más y más blandiendo las espadas.

—¡Aja! ¡Aja! —oí al otro lado de la empalizada—. ¡Aja! ¡Deprisa, hermanos!

¡Aja!

Hubo un clamor entre los hombres que estaban destruyendo el muro.

De pronto pasaron junto a mí cuarenta tabuks o más, con sorprendente velocidad. Iban guiados por un magnífico animal, un tabuk gigante con un cuerno de más de un metro de longitud. Era el líder del rebaño de Tancred.

—¡Aja! —oí al otro lado de la muralla.

De pronto fue como si se hubiera roto una presa. Me arrojé hacia atrás contra los troncos. Los guardias huyeron.

Como una salvaje avalancha, gruñendo, sacudiendo las cabezas y los cuernos, los tabuks pasaron junto a mí. Vi al líder a un lado, gruñendo y husmeando y alzando la cabeza. Estaba observando la estampida pasar junto a él, y luego corrió a la cabeza del rebaño. Junto a mí pasaban más y más tabuks, como un río de animales. Oí caer los troncos mientras ellos se abrían camino. Algunos de ellos caían sobre los animales que los arrastraban en el torrente de piel y cuernos. Me moví hacia la izquierda cuando se soltaron más troncos. En pocos minutos el río de tabuks medía más de doscientos metros de anchura. La tierra retemblaba bajo mis pies. Apenas podía ver ni respirar por el polvo.

Sabía que Imnak estaba junto a mí, sonriendo.

11. VUELVO MIS OJOS AL NORTE

En cuanto se rompió el muro, Drusus, de los asesinos, huyó con varios hombres.

También varios guardias habían huido al sur. Con la muralla rota, poco sentido tenía quedarse allí a morir.

Tuvimos pocas dificultades con los guardias y los trabajadores que estaban al este de la abertura del muro. Los hombres encadenados estaban ahora libres, menos los que habían estado en los extremos de la cadena, que habían sido guardias. Yo era de los guerreros, y Ram demostró ser muy hábil con la espada. Los guardias no opusieron mucha resistencia, y pronto estuvieron esposados. Sorprendimos también al campamento de cazadores. Algunos huyeron hacia el sur, pero a otros los capturamos. Obtuvimos varios arcos y cientos de flechas. Entre nosotros había unos nueve hombres de los campesinos. A ellos les entregué los arcos.

Cuando llegamos al final del muro, Imnak gimió al ver los campos bañados de tabuks muertos.

Con un grito repentino cayó sobre un cazador atado. Yo impedí que le matara.

—Debemos irnos —dije. Vomité a causa del hedor.

Le até las muñecas con nudos de captura. Hubo un gran clamor entre mis hombres.

—Soy tu prisionera, capitán —dijo.

Yo no dije nada. Se la entregué, con las manos atadas, a uno de mis hombres.

—Haremos que cumplas tu palabra —dijo intranquilo Sorgus, el bandido de pieles.

—Está bien —le dije.

Él y sus hombres, unos cuarenta, se habían refugiado en la sala de madera que servía de cuartel general al comandante. Ahora se alzaban tensos entre mis hombres. Les había permitido conservar sus armas. No tenía interés en matar a los esbirros.

Los hombres y los guardias que habían estado en el centro del muro y en la parte oeste, incluyendo los cazadores de aquel extremo, habían huido en su mayor parte. Otros, bajo las órdenes de Sorgus, habían luchado por volver la victoria a su favor. De todas formas, ninguno se había dado cuenta de que nueve de nuestros hombres, campesinos, llevaban arcos de madera amarilla de Ka-la-na. Detrás de esos nueve hombres había otros sosteniendo carcajes de flechas. De los noventa y cinco hombres de Sorgus, cincuenta sucumbieron a la fiera lluvia de flechas que cayó entre ellos. Sólo cinco de sus hombres pudieron llegar hasta los arqueros. A éstos los maté yo. Entonces Sorgus, con los cuarenta seguidores que le quedaban, al ver desplegarse a los arqueros a sus espaldas, se metió en la cabaña y se encerró allí.

—Está esperando que vuelvan los tarnsmanes que están de patrulla —dijo Ram.

No teníamos ninguna protección frente a un ataque desde el aire.

—¿Cuándo tienen que volver los de la patrulla? —pregunté.

—No lo sé —dijo Ram.

—¡Sorgus! —le grité.

—Te oigo —respondió él.

—¡Ríndete!

—¡No! —Hablabas a través de una puerta acribillada de flechas.

—No quiero matarte, ni a ti ni a tus hombres. Si te rindes ahora permitiré que conservéis las armas y que os retiréis tranquilamente.

—¿Crees que soy un idiota? —dijo él.

—¿Cuándo creéis que volverán los tarnsmanes?

—¡Pronto!

—Podrían tardar días —dijo Ram.

—Espero por tu bien, Sorgus, que vuelvan dentro de un ahn —le dije.

Situé a mis arqueros ante la puerta de la cabaña, con hombres armados para defenderlos. Rodeé la cabaña con mis hombres.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sorgus.

—Voy a incendiar la cabaña.

—¡Espera!

—Tú y tus hombres podéis retiraros en paz ahora, o moriréis dentro de un ahn —dije.

Más hombres se unieron a mí, algunos todavía encadenados. Habían venido de posiciones más alejadas de la muralla. Los guardias los habían abandonado. Todavía estaban encadenados; más tarde les quitaríamos las cadenas con las herramientas. Estos nuevos hombres traían picos, y las barras de hierro usadas para perforar el hielo. Algunos traían también hachas.

—¡No incendiéis la cabaña! —gritó Sorgus.

Ordené que incendiaran las flechas. Pusieron en las puntas trapos mojados en aceite.

—¿Cómo sé que nos dejarás marchar si salimos ahora?

—Te lo he jurado —dije—. Soy de los guerreros.

Esperé.

Nadie salió de la cabaña.

—Esperaré un ehn —dije—. Luego incendiaré la cabaña.

En pocos momentos la oí gritar a ella desde el interior de la cabaña.

—¡No, no! ¡Luchad hasta la muerte! ¡Luchad hasta la muerte!

Entonces supe que había vencido.

Sorgus salió de la cabaña con los brazos en alto, su espada colgando del cinto.

Vi partir a Sorgus y a sus hombres.

—Soy una prisionera libre —dijo ella—. Exijo mis derechos y mis privilegios como tal prisionera.

—Silencio —le dije. Le apuntaba a la garganta con su propio puñal—. Una vez estuviste al mando aquí, pero eso se acabó. Ahora no eres más que una chica en Gor.

Ella me miró, asustada de pronto.

—¿Cuándo llegarán los tarnsmanes? —pregunté.

—Pronto.

Un hombre la cogió del pelo y le echó hacia atrás la cabeza. Yo presioné con el puñal en su garganta.

—Dentro de cuatro días —murmuró ella.

—Ponedle las ligaduras —dije.

—Sí, capitán —dijo el hombre sonriendo.

—Tenemos mucho que hacer —les dije a mis hombres—. Hay que destruir el muro. Después de eso podréis repartir los suministros y los tesoros que hay aquí y podréis marcharos. Cualquiera que se marche antes de que esté el trabajo terminado, será buscado y capturado, y será ejecutado.

—Tenemos hambre —dijo un hombre.

—Imnak —dije—, ve a la plataforma y vigila. Serás relevado en dos ahns.

Fue gruñendo a la plataforma.

—Tenemos hambre —dijeron los hombres.

—Yo también —les dije—. Haremos un festín, pero no beberemos paga. Es demasiado tarde para empezar con el trabajo. Comenzaremos mañana.

Hubo un clamor.

Por la mañana trabajarían con más ahínco. No pensaba que llevara mucho tiempo destruir el muro; seguro que terminaríamos antes de que volvieran los tarnsmanes. Teníamos más de trescientos cincuenta hombres para trabajar. Y además en muchos lugares el muro había sido debilitado por los embates del tabuk.

Oí los gritos de dolor de dos chicas. Un hombre venía de la cabaña de cocinas, donde Thimble y Thistle se habían escondido. El hombre las traía cogidas del pelo.

—¡Qué tenemos aquí! —gritó un hombre alegremente.

—¡Esclavas! —gritaron otros.

—Esperad —dije yo—. Somos hombres honrados y no ladrones. Suéltalas.

El hombre soltó los cabellos de las chicas. Ellas se apresuraron a arrodillarse, asustadas.

—Estas chicas pertenecen a Imnak.

—Es un cazador rojo —dijo un hombre.

—Es un hombre que está con nosotros —dije.

Hubo un grito de furia.

Saqué la espada.

—Nadie las usará sin su permiso —dije—. Voy a mantener la disciplina, con la espada si es necesario, compañeros.

Miré a las chicas.

—Aquí hay muchos hombres —les dije—, y sin duda están hambrientos. Tal vez queráis ir a la cabaña de cocinas para dedicaros a vuestras tareas.

—¡Sí, amo! —exclamaron.

Echaron a correr hacia la cabaña de cocinas, intentando ajustarse los vestidos para que cubrieran un poco más su belleza. Los hombres rugieron de risa. Yo sonreí. Las breves túnicas abiertas a un lado no estaban diseñadas para tal cosa.

—Ahora estamos solos —le dije.

Era temprano por la tarde.

—¿Completamente?

—Sí.

—¿Dónde han ido los hombres?

—El trabajo está terminado —dije—. El muro ha sido destruido. También se han quemado los edificios, con excepción de esta cabaña. Los trabajadores se han ido, han vuelto al sur cargados con oro y bienes.

—¿Se han llevado mi oro? —preguntó. Estaba sentada a un lado de la sala, con la espalda apoyada en la pared de troncos horizontales. Estaba atada con cuerdas a la cintura que la fijaban a una anilla a su espalda. Le había quitado las correas que ataban sus tobillos, pero aún tenía las muñecas atadas con un cordel que llegaba hasta su cuello.

—Hemos encontrado diez cofres, y los hemos forzado. Han repartido los contenidos. Los hombres estaban contentos de haber ganado tal riqueza por sus servicios.

—Ahora no tengo recursos económicos —dijo ella.

—Los guardias y los cazadores que capturamos también se han dirigido hacia el sur.

—Eres muy generoso.

—A veces... con los hombres.

Ella dio un respingo en sus ligaduras.

—Han trabajado con los nuestros para destruir el muro —le dije.

—¿Y el cazador rojo?

—Es el único que se ha dirigido hacia el norte.

—¿Y las dos chicas?

—Se llevó con él a sus dos preciosas bestias —dije. Imnak había pertrechado un trineo que le sería muy útil para cruzar el glaciar Eje. Thimble y Thistle lo estarían arrastrando por la tundra, hacia las nieves.

Sidney Anderson me miró, atada junto al muro.

—Tú también habrías hecho mejor en escapar —me dijo.

—Los trabajadores no han escapado. Simplemente vuelven a sus hogares.

—Tú te has quedado atrás.

—Por supuesto.

La solté del muro y le quité las correas que ataban sus tobillos. Hice que se levantara. Cogí la correa que llevaba al cuello y me la até al puño. Arrastré a la chica hasta la puerta de la sala.

—¿A dónde me llevas?

Tiré aún más de la cuerda.

Sidney Anderson miró en torno. Los edificios estaban quemados. No había nadie a la vista. El muro había sido destruido. También la plataforma había sido derribada y luego quemada. Por todos lados había escombros y cenizas.

Tiré de la mujer hacia el poste de azotes, que había ordenado dejaran intacto.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

La subí a la plataforma.

—Vas a servir a los Reyes Sacerdotes, encanto.

Le quité la cuerda del cuello, se la pasé entre las piernas y la fijé al anillo del travesaño del poste de azotes. La colgué de las muñecas, pendida de la anilla. Luego le até los tobillos y los fijé a la anilla del suelo de la plataforma. Le quité la capucha. Sus cabellos castaños brillaron al sol.

Volví a inspeccionar el cielo. No se veía nada más que nubes.

—¿Cómo voy a servirles? —preguntó.

—Como un cebo desnudo —le dije.

—¡No! —gritó.

Los tarnsmanes eran muy cautelosos. Eran cinco. Dieron varias vueltas sobre el lugar.

Habrían tenido pocas dificultades en identificar a la cautiva que colgaba de la anilla, incluso a distancia. Había pocas chicas blancas en el norte, en las cercanías del glaciar Eje. Y además su cabello caoba permitía pocas dudas con respecto a su identidad. Es un color de cabellos muy poco común en Gor.

Tenían que ver a la chica. Verían el muro destruido y los edificios quemados.

Entonces bajaría uno para reconocer el terreno.

Ése sería el Tarn que yo utilizaría.

Puse una flecha en un arco amarillo. La cuerda del arco era de seda, y la flecha iba alada con plumas de gaviota del Vosk.

—¡Cuidado! —gritó la chica en cuanto le quitaron la mordaza de la boca—. ¡Queda uno! ¡Queda uno! —Pero creo que no la oyeron.

Ella gritó y cayó de la plataforma al suelo. Al mismo tiempo eché a correr hacia el tarn. Salté sobre la silla y tiré de las riendas. El monstruo alado gritó con ira y echó

a volar con las alas restallando como látigos en el aire. Me eché hacia un lado cuando un segundo tarn intentó cocearme. Casi me caigo de la silla cuando otro tarn golpeó al mío, que se tambaleó. Luego se trabaron las patas de los dos tarns en el aire. Un proyectil de ballesta me silbó en el oído. Saqué el escudo de la silla. El cuarto tarn estaba debajo de mí. Vi que el hombre arrojó su lanza. Me rasgó la pierna. Dirigí al tarn hacia la izquierda y él viró, aún trabadas las patas con el otro tarn. El tarnsman de mi izquierda hizo retroceder a su animal para no chocar con su aliado. El hombre cuyo tarn estaba trabado con el mío también retrocedió y viró a la derecha. Los cuatro se reagruparon en formación y ascendieron en arco a unos metros de mí. Yo elevé mi tarn rápidamente sobre ellos. Entonces los hombres se desplegaron y comenzaron a trazar círculos por separado. Yo me esforzaba por mantenerme siempre por encima de ellos. En mi silla había una lanza. La solté de sus ligaduras. También había una ballesta a mi derecha, y un carcaj de proyectiles detrás de la silla. Vi abajo a la chica colgada de la anilla. Me elevé más con el tarn. Les esperaba entre las nubes.

Las lunas de Gor estaban altas cuando volví a la plataforma.

La caza había sido larga. Dos de los hombres habían sido tan estúpidos que me siguieron entre las nubes. Los otros dos se habían alejado. No pude atraparlos hasta la tarde. Habían luchado desesperadamente, y bien.

—Has escapado —dijo ella sorprendida—. Eran cuatro.

Mi tarn estaba débil y ensangrentado. No sabía si sobreviviría.

Al final habían atacado al pájaro. Poco después de eso yo había terminado con la pelea.

—Será mejor que huyas —dijo la chica—, antes de que vuelvan.

—¿Crees que te rescatarán? —le dije.

—Seguro.

Puse la mano en su cuerpo. Era la primera vez que la tocaba. Era realmente muy hermosa.

—¡No me toques! —siseó.

—¿Todavía esperas ayuda?

—¡Por supuesto! —dijo. Entonces gritó cuando yo arrojé al suelo las cuatro cabezas. Me sentía débil, había perdido mucha sangre de la herida de la pierna, así que bajé las escaleras de la plataforma y me dirigí hacia la cabaña para dormir un poco.

—¡Eres un bárbaro! ¡Un bárbaro! —chilló ella.

Yo no contesté. Entré en la cabaña para dormir. Me sentía débil.

Por la mañana ya estaba como nuevo.

El sol brillaba alto. Comí bien y preparé una mochila con suministros y mis pertenencias. Luego subí a la plataforma.

La chica estaba inconsciente. La abofeteé para despertarla.

—Me voy —le dije.

Ella me miró atontada. Yo no la miré a ella, sino a la tundra, a los restos renegridos de los troncos que habían formado el muro, a los edificios en ruinas. Pensaba quemar la última cabaña antes de partir. Hay en el norte una desolación que también puede ser hermosa. Hacía frío. Había nevado por la noche.

—¿Me vas a dejar morir aquí? —preguntó.

Corté sus ligaduras. Ella cayó al suelo, cubierto con cristales de nieve. Agarró las pieles que le había quitado el día anterior, para cubrirse.

Entonces bajé de la plataforma. Prendí fuego a la cabaña.

Estaba ante la cabaña incendiada y me volví para mirar la plataforma. La chica permanecía allí de rodillas, pequeña, apretando contra sí las pieles.

Era una enemiga.

Me volví hacia el norte. Yo también seguiría al rebaño.

No volví la vista atrás.

Hacia el atardecer me detuve y establecí un campamento. Comí carne seca. Observé la pequeña figura que se acercaba por detrás, a unos doscientos metros.

Cuando llegó a unos tres o cuatro metros de mí se detuvo. Yo la miré.

Se arrodilló.

—Por favor —dijo.

Le tiré un trozo de carne y comió ansiosamente.

Estaba desfallecida.

—Por favor —suplicó—. Dame más.

—Arrástrate hasta mí sobre la nieve —le dije.

—¡Nunca!

Seguí comiendo.

Entonces me incliné. Su cabeza estaba en la nieve, junto a mi rodilla.

—Por favor —suplicó—. Por favor...

Le puse un trozo de carne en la boca. Ella lo comió agradecida. Luego alzó los ojos hacia mí.

Me levanté. Debía seguir mi camino.

—Nunca pensé que encontraría a un hombre tan fuerte —dijo estremeciéndose. Pensé que debía ser de frío.

—¿Y el tarn? —preguntó.

—Estaba débil. Lo solté.

—Vas al norte.

—Sí.

—Tendrás pocas posibilidades de sobrevivir —dijo.

—Viviré del rebaño —dijo—. El único peligro será el invierno.

En invierno a veces mueren incluso los grupos de cazadores rojos.

—No me sigas más —le dije.

—No puedo vivir sola en el norte —dijo ella—. Y no podría llegar viva al sur. Pensé que había calibrado bien la situación.

—Las mujeres pantera frecuentan los bosques del norte, y sobreviven.

—No soy una mujer pantera. Soy una chica de la Tierra.

Asentí. No sabía nada de supervivencia. Estaba sola en un mundo hostil.

—Eres un enemigo —le dije.

—No me abandones —suplicó. Tragó saliva—. Sin un hombre que me alimente y me proteja, moriré.

—No es asunto mío —le dije.

—¡Oh, no! —sollozó—. ¡Por favor!

—No intentes seguirme —le dije—. Si insistes, te dejaré atada de pies y manos en la nieve.

—Soy bonita —dijo—. Sé que soy bonita. —Me miró con lágrimas en los ojos—. ¿No puedo convencer a los hombres para que me dejen vivir?

—Adopta posturas y actitudes —le dije—. Intenta que me sienta interesado por ti.

Con un gemido, intentó entonces interesarme. Era torpe, pero supe lo que quería saber. La chica que tan desesperadamente actuaba ante mí era una esclava por naturaleza. Ya lo había pensado desde el primer instante que puse mis ojos en ella, y ahora quedaba confirmado más allá de toda duda.

—Ya basta —le dije.

Se tumbó a mis pies, aterrorizada.

Le solté los tobillos y las manos, pero le até las muñecas por delante. Hice que se arrodillara ante mí con las piernas abiertas, sentada sobre los talones y con los brazos levantados, gacha la cabeza.

—¿Conoces los rituales de esclavitud? —pregunté.

—Yo, Sidney Anderson, de la Tierra, me someto a Tarl Cabot de Gor como esclava, para que haga conmigo lo que quiera.

Le até al cuello una correa, con nudos de captura. Era su collar. Los nudos servirían para identificarla como mi propiedad en el norte.

—Bésame los pies —le dije.

Ella inclinó la cabeza y presionó los labios contra la piel de mis botas. Luego alzó tímidamente el rostro con los ojos llenos de lágrimas.

Le puse las manos en el pelo.

—Eres Arlene —le dije.

Se estremeció de emoción.

—Alza las muñecas —le ordené.

Ella obedeció.

Entonces solté la correa que le ataba las manos.

—Nunca había llevado un nombre de chica —dijo.

Entonces la arrojé de espaldas a la nieve para empezar a enseñarle el significado del collar.

12. ACAMPO CON IMNAK

Tal vez yo fui el más sorprendido por la ausencia de árboles.

Unos cinco días después de adquirir a la esclava Arlene, había seguido al rebaño de Tancred hasta llegar al borde del glaciar Eje. Allí encontré el campamento de Imnak.

—Te estaba esperando —dijo Imnak—. Pensé que vendrías.

—¿Por qué lo pensabas? —le pregunté yo.

—Vi las pieles y los suministros que habías apartado para ti cuando estábamos junto al muro. Vi que tenías asuntos en el norte.

—Es cierto.

No me preguntó de qué asuntos se trataba. Era un cazador rojo. Si yo deseaba decírselo, lo haría. Decidí que hablaría con él más tarde. Llevaba en mi bolsa la pequeña estatuilla de piedra azul, la cabeza de un kur, un kur con media oreja arrancada.

—Yo confiaba en que tú me esperarías —le dije—. De otro modo me sería muy difícil atravesar el hielo.

Sabía que me había visto preparar mi bolsa.

Imnak sonrió.

—Fuiste tú quien liberó al tabuk —dijo. Luego se volvió hacia las chicas—: Levantad el campamento. Estoy ansioso por llegar a casa.

Cruzaríamos con la ayuda de Imnak el glaciar Eje para encontrar a los innuit, como ellos mismos se llaman, una palabra que significa “el pueblo”. Recordé que en el mensaje de Zarendargar, éste se había referido a sí mismo como general de guerra del “pueblo”. Yo pensaba que se refería a su propio pueblo. Los innuit no tienen “generales de guerra”; la guerra es desconocida entre ellos. Viven dispersos en pequeñas y aisladas comunidades. Es como si dos familias vivieran separadas en una vasta área. Poco sentido tendría una guerra entre ellos. En el norte hacen falta amigos, no enemigos.

Miré al glaciar Eje. Más allá estaba la base polar.

Thimble y Thistle desmontaron las cuerdas y postes de la tienda de Imnak y comenzaron a cargarlo todo en el trineo.

El látigo de Imnak restalló en la espalda desnuda de Thimble. Ella gritó.

—¡Ya me doy prisa, amo! —Se apresuró cargando el trineo. Thistle, la chica morena también se dio prisa, queriendo evitar que fuera su espalda la siguiente en probar el látigo.

—Veo que tú tienes una bestia —me dijo mirando a Arlene.

Ella retrocedió en la nieve, asustada del cazador rojo. Llevaba una chaqueta de piel sin mangas que le llegaba a las rodillas, y los pies envueltos en piel. Yo había

improvisado su atavío. La miré. Ni siquiera sabía arrodillarse.

—Esas vestiduras —dijo Imnak— serán insuficientes en el norte.

—Tal vez puedas enseñarla a coserse ropas más adecuadas —dije yo.

—He hablado a mis chicas. Ellas la enseñarán.

—Gracias.

Estaba casi por debajo de la dignidad de un hombre enseñar a coser a una chica. Imnak lo había hecho con Thimble y Thistle, y no quería repetirlo.

—Veo que llevas una correa al cuello —le dijo Thimble a Arlene.

—Veo que llevas los pechos descubiertos —le dijo Arlene a Thimble.

—Quítate la chaqueta —le dije a Arlene. Ella me obedeció de malos modos. Imnak dilató las pupilas. Le gustaba haberla añadido a nuestro pequeño rebaño.

—A los arreos —dijo Imnak.

Thimble y Thistle se inclinaron y se engancharon a los arreos del trineo.

—Sois animales, ¿no? —preguntó Arlene.

—¿Puedes hacer otro arreo? —le pregunté a Imnak.

—Por supuesto.

Y pronto, para su rabia, Arlene estaba también en los arneses.

Imnak restalló el látigo sobre sus cabezas y ellas tiraron hasta que el trineo salió de las piedras para deslizarse sobre el hielo del glaciar Eje. Imnak y yo nos agarrábamos a la parte trasera del trineo. El hielo del glaciar estaba cubierto de las incontables huellas del rebaño de Tancred, que había dejado una estela de huellas de más de quince metros de anchura. Nosotros seguiríamos al rebaño.

El glaciar Eje es un valle entre dos cadenas de montañas, a veces llamadas Montañas Hrimgar, que en goreano significa Montañas Barrera. No es que sean una barrera, del mismo modo que lo son las Montañas Voltai o incluso las Montañas Thentis o las Montañas Ta-Thassa. Las Montañas Barrera no son tan rudas como estas otras cadenas montañosas, y están penetradas por numerosos pasos. El paso que nosotros atravesábamos en aquel momento era el paso de Tancred, porque es el que utiliza el rebaño de Tancred en su migración.

Cuatro días después de dejar el extremo norte del glaciar Eje, llegamos a lo alto del paso de Tancred. Las Montañas Hrimgar nos flanqueaban a ambos lados. Más abajo veíamos la tundra de la planicie polar, de miles de pasangs de extensión y de cientos de pasangs de profundidad. Se extendía más allá del horizonte.

Imnak se detuvo en la cima del paso y se quedó allí un largo rato, observando la grandeza de la tundra helada.

—Estoy en casa —dijo.

Entonces empujamos el trineo hacia abajo.

Supongo que yo no prestaba mucha atención al camino. Iba mirando al individuo

que se movía entre la blancura. La bola de piel me golpeó en la espalda.

Y no fue eso todo lo que me golpeó en la espalda. En un momento, una pequeña mujer, una chica de los cazadores rojos, también me golpeó. Primero se detuvo tropezando con mi espalda porque me volví a mirarla. Luego me golpeó el pecho.

Después de un tiempo se detuvo y comenzó a regañarme a voces.

Me alegro de que las palabras sean, en cierto modo, menos peligrosas que las flechas y los puñales, porque si no poco habría quedado de mí.

Finalmente la mujer se cansó de vituperarme. Me miró con enfado. Llevaba las altas botas y las mallas de piel de las mujeres del norte. Como, desde su punto de vista, era un día caluroso, por encima de los cero grados, iba desnuda de cintura para arriba, como la mayoría de las mujeres de los cazadores rojos. Llevaba unos nudos al cuello. Parecía bonita, pero su mal genio habría avergonzado a una hembra de eslín. La piel que llevaba y la agudeza de su lengua sugerían que debía ser alguien de importancia. Más tarde sabría que las hijas solteras de los hombres más importantes a menudo llevaban las pieles más pobres. Es cosa del compañero o del marido el proporcionar buenas pieles. Esto tal vez sea un incentivo para que la mujer intente ser más complaciente para atraer a los hombres y tener buenas pieles para vestir. Pero si éste era el propósito, estaba claro que todavía no había funcionado con aquella chica. No me sorprendía. Había que ser muy osado para atreverse a regalarle pieles.

Ella movió la cabeza y se marchó. Llevaba el pelo recogido en un moño, como suelen llevarlo las mujeres de los cazadores rojos. Sólo se dejan el pelo suelto de casa durante la menstruación. En una cultura donde el intercambio de mujeres es práctica habitual, esta costumbre es una cuestión de cortesía con la que proporcionan a los amigos del marido información pertinente a lo oportuno de sus visitas. Pero esta costumbre no se extiende a las esclavas. Los animales no se adornan el pelo, y las esclavas generalmente tampoco. Imnak a veces les daba a Thimble y Thistle una correa roja para atarse el pelo, pero no siempre. Hacía con ellas lo que quería, y ellas hacían todo lo que él les mandaba. Él generalmente les daba la correa roja cuando se las llevaba consigo. Imnak tenía su vanidad. En cuanto a Arlene, a veces llevaba el pelo recogido y otras suelto sobre los hombros.

—La has puesto furiosa —me dijo un hombre en goreano.

—Lo siento.

La chica estaba jugando a un juego parecido al fútbol con otros jóvenes, y yo no me había dado cuenta, hasta que fue demasiado tarde, de que estaba atravesando el campo de juego.

—Lo siento —dije.

—Tiene una lengua muy afilada —dijo el hombre.

—Sí. ¿Quién es?

—Poalu, la hija de Kadluk.

Aunque los cazadores rojos son reticentes a la hora de dar su nombre, no tienen reservas para dar los nombres de los otros. A veces es muy difícil, si no imposible, conseguir que un hombre te diga su propio nombre. Generalmente un hombre te dirá el nombre de su amigo, y su amigo te dirá el nombre de él. De esta forma puedes conocer el nombre de ambos.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó el hombre.

—Sí —dije—. ¿Es tu intención ofrecerle ropas festivas?

—No estoy loco. Kadluk nunca la colocará.

Pensé que tal vez era cierto.

—¿Tienes un amigo que pueda decirme tu nombre?

Él llamó a un hombre que estaba allí cerca.

—Alguien quisiera saber el nombre de alguien —le dijo.

—Él es Akko —dijo el hombre. Luego se marchó.

—Yo puedo pronunciar mi propio nombre —dije yo—. Soy del sur. Nuestros nombres no se van cuando los pronunciamos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Akko.

—Te lo mostraré. Me llamo Tarl. Ahora escucha... —esperé un momento—. Tarl —dije—. ¿Lo ves?

—Muy interesante.

—Mi nombre no se ha ido.

—Tal vez es que ha vuelto muy deprisa —sugirió.

—Tal vez.

—En el norte creemos que más vale no correr riesgos innecesarios.

—Eso es muy sabio.

—Buena caza —dijo.

—Buena caza. —Se marchó. Akko era un gran tipo.

Olía a tabuk asado.

La gran caza había sido un éxito. Yo no sabía si era por la mañana, por la tarde o por la noche. En esos días el sol, muy bajo en el horizonte, traza interminables círculos en el cielo.

Seis días atrás Imnak y yo habíamos bajado de las alturas del paso de Tancred, con nuestras chicas. La gran caza acababa de comenzar. Cientos de mujeres y niños, gritando y batiendo sartenes, habían empujado al rebaño hacia un pasillo formado por dos paredes de piedras amontonadas, de unos dos metros de altura. Cuando llega al final de las paredes de piedra, el tabuk se da la vuelta, y muchos son cazados, hasta que alguno, más sabio o más aterrorizado que los otros salta las piedras, y los demás le siguen hacia la libertad de la tundra.

En esta época del año, la tundra desmiente su reputación de tierra desolada. Por todas partes estalla con la frescura de las flores. Casi todas las plantas de estos parajes

son perennes, puesto que la estación del brote es demasiado corta para permitir a las plantas anuales completar sus ciclos. En el invierno muchas de estas plantas yacen dormidas en una crisálida que las protege del frío. En el ártico goreano crecen más de doscientos tipos de plantas. Ninguna de ellas es venenosa, y ninguna tiene espinas. En el verano las plantas y las flores crecen por todas partes, excepto en los lugares próximos al hielo glacial.

En determinadas épocas del verano aparecen incluso insectos, moscas negras de largas alas revolotean entre las tiendas y ante los rostros de los hombres.

Dos niños pasaron corriendo junto a mí.

Miré hacia el norte. Allí era donde esperaba Zarendargar.

13. IMNAK ME DESCUBRE ALGO DE IMPORTANCIA

Uno de los problemas para acercarse al tabuk en la tundra es la falta de cobertura.

Seguí el ejemplo de Imnak, arrastrándome sobre mi vientre detrás de él, el arco de cuerno en la mano, una flecha dispuesta en la cuerda. Tenía mucho frío y estaba mojado. La tundra es fría y pantanosa.

Unos once tabuks pastaban en el musgo a cien metros de nosotros.

Por desgracia, el arco de cuerno no es efectivo a más de treinta metros, de modo que uno debe estar casi encima del animal antes de dispararlo. La madera escasea en el norte, y el arco de campesino no es conocido. Además, un arco largo se congelaría en invierno y se partiría. Yo había traído conmigo un arco largo del norte, pero deseaba acostumbrarme al arco de cuerno, porque sabía que el arco largo sería inútil en aquellas latitudes la mayor parte del año. Es difícil convivir con la naturaleza en un mundo sujeto a tan bajas temperaturas. Un clavo golpeado por un martillo puede romperse en pedazos. La orina se congela antes de llegar al suelo. El gemido de un eslín puede ser oído a doce kilómetros de distancia. Una conversación común puede ser oída a medio pasang. Una montaña que parece muy cercana, debido al aire tan claro, puede estar a cuarenta pasangs de distancia. El aire frío al tocar el cuerpo de un eslín forma una nube de vapor que casi oculta al animal. Un tabuk corriendo puede dejar una estela de vapor.

Maldije para mis adentros mientras el tabuk se alejaba un poco más.

Yo le había sugerido a Imnak que fuéramos de caza. Deseaba hablar con él a solas, lejos de la presencia de las chicas. Me pareció que una cacería daría las condiciones adecuadas. Ahora deseaba haberle sugerido ir a buscar musgo.

Intentábamos acercarnos al gran tabuk. Él volvió a alejarse de nosotros.

Me resistí al deseo de levantarme y correr gritando hacia el animal con el arco en ristre.

Seguí a Imnak. Casi parecía formar parte de la tundra. Cuando el tabuk se dio la vuelta alzando la cabeza, con las orejas de punta, nos detuvimos y nos quedamos quietos.

Nos acercamos más. Llevábamos tendidos más de un ahn, intentando acercarnos al tabuk.

Imnak me hizo un gesto para que me acercara.

—¿Tienes frío? —susurró.

—Oh, no —dije.

—Qué raro —dijo él—. Yo tengo mucho frío.

—Me alegra oír eso. Yo también tengo mucho frío.

—Quería venir de caza contigo —dijo Imnak—, porque tengo algo muy serio que

hablar contigo.

—Es extraño —dije yo—. Yo también quería hablar contigo.

—Mi asunto es muy serio —dijo Imnak.

—El mío también.

—Hay que acercarse muy cautelosamente a los hombres del sur —dijo Imnak—. Son muy extraños y susceptibles. Si no, ya hace tiempo que habría discutido esto contigo.

—Oh —dije. Yo había ido demorando el hablarle a Imnak de mi misión en el norte por la misma razón.

—Mi asunto concierne a Poalu, la hija de Kadluk.

—Tu asunto es más serio que el mío —dije—. El mío sólo tiene que ver con la salvación del mundo. —Recordaba muy bien a Poalu, aquella bola de fuego cuya bola de piel me había golpeado.

—No lo entiendo —dijo Imnak.

—No importa. ¿Qué pasa con Poalu?

—La amo —dijo Imnak.

—Qué mala suerte.

—¿Tú también la amas?

—No. Pensaba que era mala suerte para ti.

—Oh. Y Poalu me ama también.

—¿Estás seguro?

—Sí. Una vez llevé a casa de su padre ropas festivas y ella me tiró encima el pote de la orina.

—Es un buen signo —dije.

—En otra ocasión —dijo alegremente—, me golpeó con un palo, y me dijo que era un inútil.

—Sí, es muy extraño —admití.

—Mi amigo Akko dice que tomar a una mujer así sería como ser arrojado desnudo en medio de un rebaño hambriento de eslines de nieve. ¿Lo crees así?

—Eso creo —dije. En realidad, pensaba que la comparación de Akko era estupenda, adornada con su nativo buen humor y optimismo, vicios endémicos entre los cazadores rojos.

—Pero soy muy tímido —dijo Imnak.

—Lo encuentro difícil de creer —dije—. A mí me pareces un tipo muy arrojado.

—No con las mujeres —dijo.

—Pero eres muy fiero con Thimble y Thistle. Ellas viven con el terror de molestarte en lo más mínimo.

—Ésas no son mujeres.

—¿Oh?

—Bueno, en cierto modo son mujeres, pero no son del Pueblo. No son nada, sólo bestias esclavas de piel blanca. Ellas no cuentan. ¡Tendré a Poalu!

El tabuk salió trotando.

—El tabuk se ha ido —dije.

—Pero soy muy tímido —dijo él—. Tienes que ayudarme.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Yo soy demasiado tímido para hacerlo.

—¿Eres demasiado tímido para hacer qué?

—Soy demasiado tímido para llevármela.

—¿Quieres que yo me la lleve? —le pregunté.

—Por supuesto. No te preocupes. A nadie le importará.

—¿Y Poalu?

Imnak frunció el ceño.

—Bueno, Poalu no sé —admitió—. A veces tiene mal genio.

—Tal vez deberías llevártela tú mismo —le sugerí.

—Soy demasiado tímido para eso —dijo con voz pesadosa.

—Supongo que puedes hacerlo oculto por las tinieblas —le dije.

—Pero entonces no podría ver bien lo que estoy haciendo —dijo Imnak—.

Además, no oscurecerá hasta dentro de varias semanas.

—Ya lo sé. Podemos esperar.

—No, no, no, no, no —dijo Imnak.

—¿Quieres que me la lleve a plena luz del día?

—Por supuesto. Es la época de llevarse a las chicas.

—No lo sabía. Soy nuevo en el norte. —Le miré—. ¿Y nunca tenéis problemas, como el que sus hermanos os maten por la espalda?

—Poalu no tiene hermanos.

—Es una suerte —dije—. ¿Y su padre? Confío en que sea un inepto.

—Kadluk es un gran cazador —dijo Imnak—. Puede arrojar un arpón desde un kayak y dar en el ojo de un eslín marino.

—¿Y si Kadluk no aprueba que yo me lleve a su hija?

—No temas, ya lo arreglé todo —me aseguró Imnak.

—¿Entonces Kadluk sabe que voy a llevarme a su hija?

—Por supuesto. No querrías llevarte a la hija de Kadluk sin su permiso...

—¿Sabe Poalu que se la van a llevar?

—Por supuesto —dijo Imnak—, ¿cómo iba a estar preparada si no?

—Bueno —dije—. Volvamos a la tienda. El tabuk se ha ido, y estoy helado y empapado. Me vendrá bien una taza de té bazi caliente.

—Ah, amigo —dijo Imnak tristemente—, me temo que no hay té bazi.

—Pero últimamente había mucho.

—Es cierto, pero ya no hay.

—¿Has comprado a Poalu con el té?

Imnak me miró horrorizado.

—Le he hecho un regalo a Kadluk —dijo.

—Oh.

—Y tampoco queda azúcar. Y muy pocas pieles.

—¿Y el oro que conseguiste con la venta? —pregunté.

—También se lo he dado a Kadluk —dijo Imnak—. Y casi toda la madera.

—Al menos tenemos tajadas de tabuk, con la caza que hemos hecho —dije tristemente.

—A Kadluk le gusta el tabuk.

—Oh.

Nos encaminamos, mojados y sombríos, hacia el campamento del Pueblo.

El destino quiso que nos encontrásemos a Poalu.

—Ah —dijo ella—. Habéis estado cazando.

—Sí —dijo Imnak.

—Y veo que lleváis los hombros cargados de caza.

—No —dijo Imnak.

—Ya veo —dijo ella—. Habéis matado muchos animales en los campos y habéis marcado la carne. Más tarde mandaréis a vuestras chicas para que corten filetes para todos nosotros.

Imnak bajó la cabeza.

—No iréis a decirme que volvéis al campamento sin carne —dijo ella con incredulidad.

—Sí —dijo Imnak.

—¿Se habrá equivocado mi padre? —preguntó ella.

Imnak la miró atónito.

—¡Él dice que Imnak es un gran cazador! Y yo creo que es verdad. Lo único es que Imnak no es prudente y deja la carne en los campos para los jardos.

Imnak volvió a bajar la cabeza.

—Es una suerte que no seas más que un pobre diablo sin esposa.

—¿Estás seguro de que espera que se la lleven? —le pregunté a Imnak.

—Por supuesto —dijo él—, ¿no te das cuenta de que me ama?

—Sí, está clarísimo.

Entonces Poalu me miró. Sacó un puñal de sus ropas.

—No pienses que vas a llevarme —dijo—. ¡Te cortaré en rebanadas!

Yo retrocedí para que no me alcanzara con el puñal. Imnak también dio un salto hacia atrás.

Entonces Poalu se dio la vuelta y se marchó.

—A veces tiene mal genio —dijo Imnak.

—Sí —admití.

—Pero me ama —dijo alegremente.

—¿Estás seguro?

—Sí. No puede ocultarme sus auténticos sentimientos. ¿No te has dado cuenta de que no nos ha apuñalado?

—Sí. Ha fallado —dije.

—Con Naartok no falló —dijo él.

—Oh.

—Naartok tuvo que permanecer en su tienda seis semanas.

—¿Quién es Naartok? —pregunté.

—Es mi rival —dijo Imnak—. Y todavía la ama. Puede que intente matarte.

—Espero que no sea bueno lanzando arpones a los ojos del eslín.

—No, no es tan bueno como Kadluk.

14. EL CORTEJO DE POALU

No es fácil llamar a la puerta de una tienda.

—Saludos, Kadluk —dije.

Un rostro cobrizo salió de la tienda. Era un rostro muy ancho, de mejillas altas y ojos brillantes y oscuros, un rostro enmarcado en cabellos negros azulados, con entradas en la frente.

—Ah —dijo Kadluk—. Tú debes ser el joven que ha venido a llevarse a mi hija.

—Sí —dije. Parecía de buen humor. Tal vez llevaba años esperando este momento.

—Todavía no está preparada —dijo Kadluk alzándose de hombros en gesto de disculpa—. Ya sabes cómo son las mujeres.

—Sí —dije. Miré hacia atrás, donde esperaba Imnak para darme apoyo moral. Sonrió y agitó una mano dándome ánimos.

Esperé varios minutos fuera de la tienda.

Salió otra figura, una mujer. Era Tatkut, la mujer de Kadluk, la madre de Poalu. Me sonrió y me tendió una taza de té.

—Gracias —dije. Me bebí el té.

Después de un rato volvió a salir y yo le devolví la taza.

—Gracias otra vez —dije.

Ella sonrió y asintió y volvió a la tienda.

Imnak se acercó a mí. Parecía preocupado.

—No debería hacer falta tanto tiempo para llevarse a una chica —le dije. Imnak volvió alejarse.

Dentro de la tienda se oía una discusión. Pude distinguir la voz de Poalu, y la de Kadluk y Tatkut. Hablaban en su propia lengua, y yo no entendía más que algunas palabras. Oí algunas veces la expresión que utilizan para referirse al té bazi. Me imaginé que Kadluk no tenía intenciones de devolverle a Imnak el té bazi ni los otros regalos.

Después de un tiempo, reapareció la cabeza de Kadluk.

—No quiere que se la lleven —dijo.

—En fin, qué le vamos a hacer —me encogí de hombros. Me volví hacia Imnak—. No quiere que se la lleven —le dije—. Volvamos a la tienda.

—¡No, no! —exclamó Imnak—. Ahora debes entrar en la tienda y llevártela por la fuerza.

—¿Está armado Kadluk? —pregunté.

—¿Y qué diferencia hay?

—Pensé que sí podría haber diferencia.

—No —dijo Imnak—. ¡Kadluk! —llamó.

Kadluk salió de la tienda.

—Parece que habrá que llevarse a tu hija por la fuerza —dijo Imnak.

—Sí —convino Kadluk. Eso me tranquilizó.

—Adelante —me dijo Imnak—. Entra y llévatela.

—Muy bien —dije.

—Tiene un cuchillo —advirtió Kadluk.

—Adelante —me urgió Imnak.

—No hay por qué apresurarse —observé—. ¿Estás seguro de querer a Poalu en tu tienda? Tal vez deberías someter la materia a nuevas consideraciones.

—Pero nos amamos —dijo Imnak.

—¿Por qué no vas y te la llevas tú mismo?

—Soy demasiado tímido —dijo Imnak moviendo la cabeza.

—Tal vez se avendrá a razones —dije esperanzado.

Kadluk se dio la vuelta con los brazos en jarras. En un momento cayó rodando al suelo. Los cazadores rojos suelen ser muy vehementes mostrando sus emociones. Poco después recobró la compostura y se secó las lágrimas de los ojos.

Alcé la puerta de la tienda con cuidado. Dentro estaba Poalu vestida con ropas festivas. Cerca de ella estaba su madre, Tatkut.

Hice una finta para esquivar el cuchillo que pasó junto a mi cabeza y que falló por muy poco a Imnak que esperaba fuera.

—¡Nunca me llevarás por la fuerza! —gritó Poalu.

—Eso te lo aseguro —le dije.

Ella cogió una pesada sartén de hierro, de las que se utilizan para cocinar sobre un fuego entre piedras.

No sería nada agradable recibir en la cabeza un golpe con tal utensilio.

—Mira —le dije—, se supone que tengo que llevarte.

—¡No me toques!

—Ya están hechas todas las disposiciones —señalé.

—No las he hecho yo.

Eso era cierto.

—Dice que no fue ella la que hizo las disposiciones —le grité a Imnak.

—Eso no importa —gritó él.

—Eso no importa —le dije a Poalu.

—Sí importa —dijo ella.

—Dice que sí importa —le grité a Imnak.

—No, no importa —dijo él.

—No importa —le dije a Poalu.

—Sólo es una mujer —señaló Imnak.

—Sólo eres una mujer —le repetí a Poalu las palabras de Imnak. Eran ciertas.

Entonces ella se abalanzó, golpeándome con la pesada sartén. Yo se la quité, para que no me matara.

Ella corrió hacia la parte trasera de la tienda. Miró a su alrededor, pero no encontró nada que pudiera usar como un arma. Supuse que Kadluk se había llevado de la tienda sus cuchillos y flechas antes de que Imnak y yo llegáramos.

Conocía a su hija tan bien como cualquiera, por supuesto.

—¿Puedes acercarme el martillo de ballena que hay detrás de ti? —preguntó Poalu.

Cortésmente le acerqué el martillo. Pensé que podría esquivar sus golpes. El martillo, de cabeza de piedra y mango de madera, se utiliza para golpear la carne de ballena hasta sacar la grasa.

—Gracias —dijo Poalu.

—De nada.

Entonces se enfrentó a mí blandiendo el martillo.

—Si no quieres que te lleve —le dije—, ¿por qué llevas las ropas festivas?

—¿A que está muy bonita? —preguntó Tatkut sonriendo.

—Sí —admití.

Poalu me dirigió una mirada torva.

—No soy una chica corriente a la que te puedas llevar sin más.

—Eso parece cierto —le garanticé.

—¿Dónde está Imnak? —preguntó ella.

Seguramente no ignoraba que estaba fuera de la tienda.

—Está fuera de la tienda —le dije.

—¿Por qué no me lleva él?

—Ya me gustaría —dije—. Es muy tímido.

—Bueno, pues no voy.

—Dice que no viene —le grité a Imnak.

Entonces hubo una pausa. Luego Imnak dijo:

—Por mí está bien.

Poalu se quedó perpleja. Yo estaba aliviado. Me volví para marcharme.

—Espera —dijo ella—. ¿No vas a llevarme?

—Si por mí fuera —le dije—, te dejaría para siempre en la tienda de tu padre.

Oí a Imnak en el exterior.

—Sí —dijo—, por mí está bien que no venga.

—Te devolveré tus regalos, Imnak —dijo Kadluk, en voz más alta de lo que era necesario.

—Puedes quedártelos —dijo Imnak, generosamente.

—No, no puedo hacer eso —dijo Kadluk.

—Será muy divertido oír las canciones que cantarán en la casa de fiestas acerca

de Poalu —dijo Imnak en voz alta—, acerca de que nadie la quiere.

—¿Cómo puedes llevarme? —dijo Poalu—. No tienes trineo.

—No hay nieve —le dije yo.

—Hay una forma correcta de hacer las cosas —dijo ella.

—Oh, mira —dijo Imnak—, aquí hay un trineo.

Poalu sacó la cabeza, sin soltar el martillo.

Fuera había un trineo, el trineo que había construido Imnak junto al muro y que las chicas habían arrastrado para cruzar el glaciar Eje.

Atadas a los arneses del trineo estaban Thimble, Thistle y Arlene.

—¡Oh! ¡Ho! —gritó Poalu burlona—. ¡Esperas llevarte a una chica en un trineo tirado por bestias de piel blanca! ¡Qué insultante!

—Pediré prestado un eslín de nieve —dijo Imnak—. ¿Bastará con eso?

Pensé que un eslín de nieve, uno de esos enormes y agresivos animales, se quedaría pasmado al encontrarse atado a un trineo cuando no había nieve.

—Tal vez —dijo Poalu.

Imnak desató a Thimble, Thistle y Arlene. Ellas se quedaron allí asombradas. Luego se dieron la vuelta y se alejaron.

En pocos minutos volvió con el eslín de nieve atado a una correa. Pronto estuvo atado al trineo. El animal era de Akko, que lo había cedido alegremente.

—Alguien tiene un eslín de nieve atado a un trineo junto a la tienda de alguien —gritó Imnak.

—¿Es que nadie va a impedir que se lleven a una chica? —gritó Poalu.

Todavía llevaba el martillo. Podría descalabrar a alguien.

—¿Nadie me va a salvar? —gimió Poalu.

Kadluk miró en torno, nervioso por si alguien se interponía. Ahora había varios hombres mirando.

—¡Naartok! —gritó Poalu—. ¿No vas a salvarme?

El corpulento individuo que estaba allí cerca sacudió la cabeza vigorosamente. Todavía llevaba el brazo derecho atado y vendado junto al cuerpo. Recordé que Poalu le había metido el cuchillo en algún lugar de su cuerpo. Imnak me había advertido que Naartok, su rival, podría intentar matarme para impedir que me llevara a Poalu. Sin embargo, Naartok parecía totalmente deseoso de que yo completara la tarea. Naartok, como muchos de los cazadores rojos, no era un hombre que sintiera amargura ante ese tipo de cosas.

—Ven —le dije a Poalu—. Pronto será de noche. —Era cierto. En unas pocas semanas descendería la noche ártica.

Ella me lanzó el martillo a la cabeza, y yo me hice a un lado. El martillo pasó junto a mí y le dio a Naartok un fuerte golpe en la frente.

Ella volvió a meterse en la tienda. Allí la cogí y me la eché al hombro. Sus

pequeños puños golpeaban mi espalda con saña.

—¿Vas a parar de una vez? —pregunté.

—No quiero ir —dijo ella.

—Oh.

La puse en el suelo y me di la vuelta, saliendo de la tienda.

—Dice que no quiere venir —le dije a Imnak.

—Vuelve —me urgió él.

—Yo estaría contento de llevarme a una chica por ti, pero una cosa es llevarse una chica y otra es llevarse a Poalu.

—Supongo que tienes razón.

—¿A dónde vais, perezosos? —preguntó Poalu.

—A casa —dijo Imnak.

Comenzamos a caminar hacia la tienda de Imnak, que estaba a unos doscientos metros.

—¡Imnak es un perezoso! ¡Imnak es un cazador horrible! Tengo mucha suerte por no ser la mujer de Imnak. Compadezco a la pobre mujer que vaya a la tienda de Imnak. Me alegro de no ir a su tienda. ¡Nunca entraría en su tienda!

—Ya estoy harto —dijo de pronto Imnak.

—Un hombre tiene su orgullo —dije yo.

—Por desgracia soy demasiado tímido —dijo Imnak apretando los dientes.

—Sí, es una lástima.

De pronto Imnak echó hacia atrás la cabeza y aulló al cielo. Hizo un ruido de animal salvaje y salió corriendo hacia la tienda de Kadluk.

Yo volví con las chicas a nuestra tienda.

Detrás nuestro oímos risas.

Vimos a Imnak arrastrando una figura que se agitaba y gritaba. La traía asida por el pelo.

Al llegar a la tienda se la echó al hombro. Ahora ella estaba indefensa y él podría llevarla a donde se le antojara. La llevó dentro de la tienda y la arrojó sobre las pieles a sus pies.

Ella le miró furiosa. Intentó levantarse, pero él se lo impidió.

—Llevas las ropas festivas —dijo él—. ¿Es que vas a una fiesta?

Ella alzó los ojos hacia él.

—Quítatelas... ¡Todas!

—¡Imnak!

—¡Ahora mismo!

Ella se desnudó, asustada, y se tendió en las pieles de la tienda.

Entonces Imnak le ató las muñecas y la puso a sus pies.

—¡Imnak! —gritó ella.

Él la sacó de la tienda y la arrastró hasta el poste que había detrás, del que a veces se colgaba la carne de tabuk para que se secara. Imnak ató las manos de Poalu sobre su cabeza al poste.

—Imnak —gimió ella—. ¿Qué vas a hacer?

Él había vuelto a la tienda. Salió con un látigo de eslín.

—Sólo uno puede ser el primero —dijo.

—¡Imnak!

Los cazadores y las mujeres que observaban la escena jaleaban a Imnak. La azotó bien.

Entonces ella gritó.

—¡El primero en esta tienda es Imnak! —Se retorció en sus ligaduras. Luego fue azotada de nuevo—. ¡Él es el primero! ¡Imnak! ¡Imnak!

Imnak se metió el látigo en el cinto.

Se puso ante ella, donde pudiera verle.

—Eres el primero, Imnak —gimió ella—. Yo soy tu mujer. Tu mujer te obedecerá. Tu mujer hará todo lo que le digas. —Luego gritó—: ¡No, Imnak!

Él le ató las correas al cuello.

Los hombres y las mujeres de la multitud rugieron con aprobación. Algunos comenzaron a cantar.

Supuse que ninguno habría esperado ver nunca las correas de esclavitud en el cuello de la arrogante y fiera Poalu.

Su genio y su afilada lengua se habían creado muchos enemigos entre los cazadores rojos y sus mujeres. Creo que hubo pocos que no se sintieran aliviados al verla con las correas. Ahora podría ser azotada impunemente, y debía obedecer a los hombres y mujeres libres.

La multitud comenzó a dispersarse, dejando solos a Imnak y Poalu.

—¿Por qué me has hecho esto, Imnak? —preguntó Poalu.

—Quería poseerte.

—Es una extraña sensación, la de ser poseída —dijo ella.

Imnak se encogió de hombros.

—Te he amado desde que éramos niños, Imnak —susurró ella—. He pasado años pensando que algún día sería tu mujer. Pero nunca pensé que sería tu bestia. —Le miró—. ¿De verdad me obligarás a obedecerte, Imnak?

—Sí.

Ella sonrió.

—Esta bestia no está descontenta.

15. AUDREY

Es bonito tener a una chica desnuda en los brazos, una chica que lleva al cuello las correas de esclavitud.

—He esperado mucho tu contacto, amo —susurró Thistle. Le acaricié el rostro. Ella alzó los ojos hacia mí. Valía la pena poseerla.

La había ganado en el juego de los huesos. Podía utilizarla como mi esclava hasta que saliera de la tienda.

La caza había ido bien. Imnak y yo habíamos ido a por tabuk. Poalu, a quien Imnak había hecho la primera chica, y las otras esclavas nos siguieron. Poalu les había enseñado cómo cortar la carne y luego cómo dejarla secar sobre las piedras.

Ahora todos dormían en la tienda, menos Thistle y yo.

—Una vez fuiste Audrey Brewster —le dije.

—Sí, amo.

—Puesto que tengo todos los derechos sobre ti, mientras te posea te llamaré Audrey.

—Gracias, amo.

—Pero ahora llevas ese nombre no como un nombre libre, sino como el nombre de esclava que yo he elegido para ti.

Hacía unos días tuve que separar a Arlene y Audrey con el látigo.

—¡Aléjate de él! —había gritado Arlene.

—No sé de lo que estás hablando —protestó Audrey.

—¿Crees que no me doy cuenta de que te pones ante él y le sonríes y le tocas los brazos? —gritó Arlene.

—¡Mentirosa! —había exclamado Audrey.

—¿Lo niegas?

—¡Por supuesto!

Arlene se había arrojado sobre ella y en un instante las dos chicas rodaban por el suelo mordiendo y arañándose.

Al final caí sobre ellas con el látigo.

—Oh —gritaron. Las cogí del pelo y las arrojé de rodillas junto al poste.

—Desnudaos y levantaos —les dije—. Las manos sobre la cabeza con las muñecas cruzadas. —Cuando obedecieron las até juntas al poste.

—Ya has conseguido que nos azoten —le dijo Audrey a Arlene.

—Calla, esclava —saltó Arlene.

Audrey comenzó a llorar.

Yo le di el látigo a Thimble.

—Veinte azotes a cada una.

—Sí, amo.

Luego me marché. Arlene recibió el primer latigazo, Audrey el último.

Ahora miré a los ojos de Audrey, desnuda en mis brazos.

—He esperado mucho tiempo tu contacto, amo —susurró—. He esperado con ansiedad servirte.

Me besó dulcemente en el brazo. Ahora Arlene no podía atacarla. Debía servirme con toda su habilidad y obediencia.

—Enséñame a sobrevivir como esclava —suplicó.

—Te enseñaré algunas cosas básicas —le dije—. Pero generalmente las chicas aprenden de otras chicas.

—¿Cómo es la esclavitud en el norte?

—Es lo mismo que aquí —dije—. Estás totalmente a merced de un hombre.

—Eso ya lo sé, amo. Pero, ¿cómo iría vestida? ¿Qué tendría que hacer?

—En caso de que fueras vestida, llevarías lo que tu amo quisiera, y tendrías que hacer cualquier cosa que te dijese.

—¿Me marcarían?

—Sin duda. Así es más fácil seguirle la pista a una esclava.

—¿Duele mucho? —preguntó.

—En el momento, pero luego no.

—¿Y dónde nos marcan?

—Generalmente las chicas son marcadas en el muslo izquierdo o derecho, a veces en la parte baja del abdomen.

La toqué en el muslo.

—¿Ahí? —preguntó ella.

—Es muy posible.

De pronto me abrazó.

—Oh, oh —gritó—. Por favor, amo, abrázame. ¡Abrázame!

Cerró los muslos con fuerza.

—Me llega el orgasmo —gritó asustada.

La abracé mientras ella jadeaba y gemía en mis brazos. Ni siquiera la había penetrado ni acariciado íntimamente. Ella me miró con lágrimas en los ojos. Le separé las piernas bruscamente.

—Perdóname, amo —gimió—. Fue la idea de ser marcada.

—Así pues, esclava, ¿deseas el hierro?

—Sí, amo —gimió.

—Si te hubiera tenido en el sur te habría hecho marcar en seguida.

—Sí, amo. ¡Sí, amo!

—Ahora sírveme, esclava.

—Sí, amo. ¡Sí, amo!

—Amo... —dijo con voz muy baja, para no despertarme en caso de que estuviera dormido.

—Sí —dije.

—¿Crees que Imnak se quedará conmigo para siempre?

—No, no lo creo.

—¿Crees que me liberará?

—Por supuesto que no.

—¿Me matará?

—No lo creo, si eres complaciente.

—Seré complaciente. ¿Qué crees que hará conmigo?

—Imnak tiene ahora a Poalu.

—Ya no me necesita —dijo.

—No —dije—. Ni a ti ni a Thimble, aunque las dos sois cosas muy bonitas para tener en la tienda.

—¿Qué hará con nosotras?

—Supongo que la próxima primavera las dos seréis trocadas en el sur por té y azúcar.

—¡Trocadas! ¡Por té y azúcar!

—Agradece que no te vendan las mujeres pantera por puntas de flecha y un puñado de caramelos.

—¿Quiénes son las mujeres pantera?

—Mujeres fuertes, cazadoras que frecuentan los bosques del norte. Les gusta vender mujeres femeninas como tú.

—Oh —dijo.

—Eres una esclava. ¿Crees que te gustaría ser la esclava de una mujer?

—No —dijo con un estremecimiento. Me besó—. Soy la esclava de un hombre.

—Es cierto.

—Si me llevaran al sur, ¿me venderían allí?

—Sin duda.

—¿Públicamente?

—Seguramente.

—¿Desnuda?

—Tal vez llevaras cadenas, no lo sé —dije.

—Sólo un estúpido compra a una mujer vestida —dijo ella.

—Eso es un dicho goreano.

—Imnak me lo enseñó —rió ella.

—¿Estás segura de que lo entiendes?

—Por supuesto —dijo—. Si yo fuera un hombre sólo compraría una mujer que estuviera desnuda. Querría ver qué es lo que estaba comprando.

—Justamente.

—Incluso querría probarla.

—Eso se hace en ciertos tipos de venta —dije—, como las ventas privadas en el patio de la casa de un esclavista.

—Si hubiera un comprador guapo, intentaría complacerle.

—Tendrías que intentar complacer a cualquier posible comprador, o tu dueño te haría saber su enfado.

—¿Y en las ventas públicas en las grandes salas?

—Incluso en las ventas privadas, no se permite que el comprador utilice completamente a la chica.

—¿Completamente?

—Tal vez se le permita tocarla un poco. Se puede decir mucho con sólo poner las manos sobre una mujer. ¿Cómo tiene la piel por encima del codo? ¿Cómo se vuelve cuando la coges por los hombros y haces que se dé la vuelta? Puedes tocar su muslo, la suavidad detrás de sus rodillas. Levantar su pie. Si tiene el puente alto, la mujer suele ser buena bailarina. De nuevo haces que te mire. Sus ojos son muy importantes. En ellos se lee inteligencia. Le besas suavemente los pechos y los labios. Estudias sus ojos, sus expresiones. Luego la tocas, sin dejar de mirar sus ojos. Entonces ella grita pidiendo piedad, retorciéndose en sus cadenas. Entonces sabes todo lo que tienes que saber sin tener que obligarla a adoptar posturas de esclava.

—¿Entonces los esclavistas no suelen permitir que utilicen totalmente a sus chicas? —preguntó Audrey.

—Gratis no. A veces el posible comprador ha de pagar un anticipo que luego se deducirá del precio de venta.

—Parece un negocio seguro.

—En ciertas ciudades, junto con los documentos de venta se entrega una hoja con la garantía de la calidad de la esclava, en la que se certifica que es ardiente, junto con otras propiedades.

—¿Se hace eso en muchas ciudades?

—En muy pocas, y por una buena razón.

—¿Por respeto a las chicas?

—Por supuesto que no —dije—. Se hace en pocas ciudades porque existe la posibilidad de un fraude por parte del comprador. El cliente puede utilizar a la chica durante un mes y luego hacer una reclamación en virtud de la garantía.

—De modo que generalmente el cliente no sabe si la chica que compra es buena o no.

—Desde luego que lo sabe, si personalmente la encuentra atractiva. Y además, incluso una mujer frígida puede sudar y llorar en los brazos de un amo goreano.

—¿No se le permitiría la frigidez?

—No, el amo no la aceptaría.

—Pobre chica —rió ella.

—La frigidez es un lujo neurótico —le dije—. Sólo se permite en las mujeres libres, probablemente porque a nadie le importan mucho. De hecho la frigidez es uno de los derechos de una mujer libre. Para muchas de ellas es un orgullo, las distingue de las esclavas, es una prueba de que son libres. Pero si se las esclaviza, se las despoja de su frigidez igual que de sus ropas y sus propiedades.

—No todas las mujeres libres son frías —dijo ella.

—Claro que no. Pero aunque algunas mujeres libres no sean demasiado frías para calificarlas estrictamente de frías, ninguna de ellas es lo bastante ardiente para meterlas en la categoría de “esclavas”, por decirlo así. La sexualidad de una mujer libre puede ser medida en grados de frialdad, pero la sexualidad de una esclava se mide en grados de pasión o calor. Algunas esclavas son más calientes que otras, naturalmente, así como algunas mujeres libres son menos frías que otras, les guste o no. Y mientras la mujer libre mantiene un nivel de frialdad, la esclava suele incrementar sus grados de calor, en función de su amo. La esclava crece en pasión, y la mujer libre languidece en su frialdad, felicitándose por la aniquilación de sus necesidades.

—¿Saben las mujeres libres lo que se pierden?

—Creo que sí, en cierto sentido. Si no, sería inexplicable el odio que profesan hacia las esclavas.

—¿No hay cura para la frigidez de una mujer libre?

—Por supuesto.

—¿La esclavitud total?

—Sí.

No dijo nada.

—Toda mujer tiene la necesidad de someterse a un amo —dije—. Cuando se encuentra a los pies de un amo, su cuerpo no le permite seguir siendo fría, porque ya no hay razón para ello. Ahora está en su lugar natural, a sus pies y bajo su poder. Le besa los pies y siente el calor y la humedad entre sus piernas, y no puede esperar para ser arrojada a las pieles.

Ella no dijo nada.

—Pero no estoy hablando simplemente de una cura —continué—. Hablo del comienzo de una carrera, de una vida de servicio, amor y pasión.

Me tumbé de espaldas.

—Amo...

—Sí.

—Por favor, amo —dijo—. Posee a tu esclava una vez más, antes de que los otros se despierten.

—¿Que te posea?

—Sí, poséeme —musitó.

—¿Audrey lo suplica?

—Sí, amo.

—¿Cómo te poseeré? —pregunté—. ¿Con ternura, cortésmente, con respeto y solicitud, como haría un hombre de la Tierra?

—No, no —suplicó—. Tómame como lo que soy, como una esclava.

La toqué dulce, tímidamente.

—¡Oh! —exclamó con pesar—. No, eso es como un hombre de la Tierra. ¡Qué cruel eres! No insultes la femineidad de una pobre esclava indefensa. No juegues con mis necesidades como un hombre de la Tierra. Oh, amo, satisfácelas como un hombre de Gor. ¡Te lo suplico, amo!

Me eché a reír.

—Te burlas de esta esclava —dijo en tono de reproche—. Qué indefensa estoy.

—Abre las piernas, esclava —le dije.

—Sí, amo. Mi amo goreano ha hablado.

—Ábrelas más.

—Sí, amo.

Miró mi mano apretando los dientes y con los ojos muy abiertos.

—¡Ayyyyy! —comenzó a gritar, pero le tapé la boca con la mano izquierda. Se retorció, apretando los muslos sobre mi mano. Me miró.

—Eres una bella esclava —le dije.

Le abrí las piernas con la rodilla.

Entonces su cuerpo se pegó al mío. Tenía los ojos cerrados. Yo quité la mano de su boca y ella abrió los ojos.

—Gracias por taparme la boca —murmuró— para que no me oyeran gritar.

—No quería que despertaras a los otros.

—No podría soportar que hubieran visto cómo me rindo ante ti —susurró—. Habría sido humillante.

—Ya es hora de que se despierten —dije.

—¿Amo? ¡No, amo! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a provocarte el primero de tus orgasmos de esclava.

—¡No! —gimió—. ¡No, por favor! Hay otros en la tienda. No quiero que las otras chicas sepan hasta qué punto soy una esclava. ¡No, amo, por favor!

Pero no quise tener piedad de ella.

—Tápame la boca —suplicó—. ¡Oh, oh!

Le inmovilicé los brazos, y ella se retorció y se contorsionó debajo de mí, y luego echó hacia atrás la cabeza gritando. Imnak alzó rápidamente la cabeza y luego, al comprender la naturaleza del ruido, se incorporó y cogió a Poalu. La estrechó contra

sí y ella comenzó a besarle.

—¡Me someto! —gritaba Audrey—. Me someto a ti, mi amo.

Arlene y Thimble la miraban con furia.

—¡Esclava! —dijo Arlene.

—¡Sí, esclava, esclava! —sollozó Audrey. Entonces me cubrió el rostro de lágrimas y besos. Más tarde la sostuve ya calmada en mis brazos, mientras ella me lamía la barba.

16. IMNAK ME HABLA DE KARJUK

Imnak estaba sentado en un rincón de la tienda, tallando un trozo de cuerno de tabuk.

De vez en cuando se detenía, le daba la vuelta y lo miraba. A veces murmuraba:

—¿Qué se esconde aquí? ¿Quién eres? —Luego de pronto decía—: ¡Ah, eslín!

Yo le observaba tallar el hueso. Poco a poco fue emergiendo la forma de un eslín casi como si hubiera estado escondida en el marfil, el hocico y las patas, y la sinuosa forma. Las orejas hacia atrás, contra su cabeza.

Generalmente los cazadores rojos comienzan a tallar sin ninguna idea preconcebida, esperando pacientemente a ver si hay algo en el hueso que pueda ser liberado. Es casi como cazar. A veces hay una forma en el marfil o el hueso o la piedra. A veces no. El cazador quita el exceso de marfil y entonces surge la forma que se escondía dentro.

Imnak alzó el eslín.

En el lenguaje de los innuit no existe una palabra para designar el arte o al artista.

—Es un bonito animal —dije.

Ellos no necesitan estos elogios. ¿Por qué habría que elogiar al hombre que encuentra la belleza en el mundo? ¿No es algo que concierne a todos los hombres?

—Es tu eslín —dijo Imnak, entregándomelo.

—Te doy las gracias —dije yo. Lo miré. Era un eslín de nieve, fácilmente identificable por el grosor de la piel, las estrechas orejas y las anchas mandíbulas.

—Te doy las gracias —dije.

—No es nada.

—Pero yo nunca lo he visto —dijo Imnak.

Examinó la estatuilla.

Era la cabeza de un kur, en piedra azulada, con la oreja izquierda medio arrancada. Yo la había obtenido en la feria de Sardar.

—Creí que tú se la habías vendido al mercader en la feria —dije.

—Yo vendo estatuillas en la feria —dijo Imnak—, pero no vendí ésta.

—Entonces algún otro tuvo que darle la estatuilla —dije.

Imnak se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Aparte de ti, ¿quién más entre los innuit ha viajado este año a la feria? —le pregunté.

—Sólo yo.

—¿Estás seguro?

—Prácticamente —dijo Imnak—. Es un largo viaje. Si otro hubiera ido creo que

me habría enterado.

—¿Entonces dónde habrá conseguido el mercader esta estatuilla?

—No lo sé. Lo siento, Tarl, que cazas conmigo.

—Perdóname, Imnak, que cazas conmigo —dije—, no era mi intención poner en duda tu sinceridad. —Había insistido demasiado en el tema. Él me había dicho que nunca había visto la estatuilla. Para un cazador, eso era suficiente.

—¿Puedes decir, por su estilo, quién puede haberla tallado? —pregunté.

El arte de los inuit es muy parecido en todos los objetos. Pero para un ojo avezado, hay sutiles diferencias. Un hombre puede tener un estilo propio, sutilmente distinto de los demás, para liberar las formas del hueso, el marfil o la piedra.

Imnak examinó cuidadosamente la talla, dándole vueltas en las manos.

Me sentí muy mal. Esa estatuilla me había llevado hasta el norte, y ahora parecía que sólo me había conducido a un punto muerto. Contemplé sombrío la inmensidad de la base polar. El verano estaba muy avanzado.

—Imnak —dije—, ¿has oído hablar de una montaña que no se mueve?

Me miró.

—Una montaña de hielo —dije—, en el mar polar.

—No.

Volví a mirar la estatuilla.

—Imnak, ¿has visto alguna vez una bestia como la que representa la estatuilla?

—Sí.

Alcé los ojos bruscamente.

—En el norte de Torvaldsland —dijo—. En una ocasión vi una, hace años. La amenacé con mi arpón, y huyó.

—¿Tenía la oreja arrancada? —pregunté.

—Era de noche, y no la vi bien. Pero no creo.

—¿Era un animal grande?

—No demasiado.

—¿Cómo llamas a esos animales?

Se encogió de hombros.

—Bestias —dijo.

Suspiré. Seguramente habría sido una bestia joven, el hijo de un kur de alguna nave encallada hace mucho tiempo en Gor. Ocasionalmente son vistos estos animales, casi siempre en regiones remotas.

—Pero no era una bestia del hielo —dijo.

No le entendí.

—No era blanca —aclaró.

—Oh. ¿Hay bestias como éstas en el norte?

—Sí, aquí y allá, por el hielo.

Supuse que se trataría de nativos kurii, tal vez los sobrevivientes de alguna nave naufragada o encallada generaciones atrás. Yo sabía que había diferentes razas de kurii, aunque desde mi punto de vista no se distinguieran mucho unas de otras. Se suponía que habían tenido lugar unas guerras fratricidas entre varios tipos de kurii, que habían dado como resultado la destrucción de su mundo nativo. Imnak me devolvió la estatuilla. Estaba perdido. No tenía ninguna pista. Mi viaje al norte me había llevado hasta un punto muerto. Ahora no había nada que hacer, ningún lugar a donde ir.

—Cuando me levante —dije—, me volveré al sur.

—Muy bien —dijo Imnak.

Envolví la estatuilla y me la metí en el bolsillo.

—Es una obra de Karjuk —dijo Imnak.

Le miré de pronto.

—Creo que me habías preguntado de quién era la talla —dijo.

—¡Sí!

—La hizo Karjuk.

—¿Dónde está Karjuk? —pregunté—. Quiero hablar con él.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—En el lejano norte —dijo Imnak—. Nadie vive al norte de Karjuk.

—¿Quién es Karjuk?

—Es el guardián.

—¿El guardián?

—Sí, protege al Pueblo de las bestias del hielo.

—Debemos encontrarle.

—Karjuk es un hombre extraño. Si no pueden encontrarle las bestias del hielo, ¿cómo le encontraremos nosotros?

—Me iré en cuanto haya dormido un poco —le dije a Imnak.

—¿Te vas al sur?

—No —reí—, me voy al norte.

—No es tiempo aún de ir al norte. Hay un tiempo adecuado para hacer las cosas. Éste es el tiempo de cazar el tabuk.

—Debo ir al norte —le dije—. No puedo quedarme más tiempo aquí.

—Parece que tus asuntos son urgentes.

—Lo son.

Me miró.

—Busco a un enemigo —dije.

—En el norte se necesitan amigos, no enemigos.

Le sonreí, y él me miró.

—¿La bestia? —me preguntó—. ¿Buscas a la bestia con la oreja rota? ¿Es tu enemigo?

—Sí.

—Yo te acompañaré.

—¿Dónde encontraremos a Karjuk? —pregunté.

Imnak se encogió de hombros.

—Si Karjuk no quiere ser encontrado, no será encontrado —dijo—. Nadie conoce el hielo como Karjuk. Iremos al campamento permanente y le esperaremos allí. A veces viene a él.

—¿Dónde está ese campamento? —pregunté.

—Junto al mar.

—¿Pero y si no viene a ese campamento?

—Entonces no podremos encontrarle —dijo Imnak—. Si no pueden encontrarle las bestias del hielo, ¿cómo le vamos a encontrar nosotros?

17. LA CASA DE FESTEJOS

—¡Aja! ¡Aja! —cantó la mujer.

Mordí la carne. A mi lado se sentaba Imnak, con las piernas cruzadas. Tenía la boca manchada con la grasa de la costilla de carne que estaba comiendo.

La casa de festejos estaba llena. Éramos unas cuarenta personas, hombres y mujeres.

Imnak y yo, y las chicas, habíamos venido al norte en el verano. Habíamos esperado durante semanas en el desierto campamento permanente. Finalmente, a la caída del otoño, habían llegado varias familias para ocupar sus viviendas. Después supimos que podíamos haber viajado al norte con la gente del Pueblo, con los grupos dispersos en varios campamentos permanentes. Pero yo había tenido mucha prisa. Habíamos cazado y pescado, habíamos jugado con nuestras esclavas y habíamos esperado.

—¿Dónde está Karjuk? —pregunté a Imnak.

—Tal vez venga.

—¿Y si no viene?

—Entonces no viene.

A medida que pasaban las semanas, yo estaba más ansioso.

—Vamos a buscar a Karjuk —le decía a Imnak.

—Si no pueden encontrarle las bestias del hielo, ¿cómo le encontraremos nosotros?

—¿Qué podemos hacer?

—Podemos esperar —decía él.

Y esperamos.

El tambor de los cazadores rojos es grande y pesado, y hace falta fuerza para manejarlo. Ahora lo tocaba un cazador en medio del grupo. No podría describir la canción, pero tiene que ver con los vientos apacibles que soplan en verano. Las canciones, al igual que las herramientas o las estatuillas, son consideradas como propiedad del que las canta. Nadie suele cantar las canciones de otro. Se supone que cualquier hombre es capaz de hacer canciones y cantarlas, igual que todo hombre es capaz de tallar y cazar. Suelen ser canciones muy simples, pero hermosas, y algunas conmovedoras. Naturalmente, cantan tanto los hombres como las mujeres.

—¡Canta, Imnak! —dijo Akko.

—¡Canta, Imnak! —exclamó Kadluk.

Imnak sacudió vigorosamente la cabeza.

—No, no...

—Imnak nunca canta —dijo Poalu sin poderlo evitar, olvidando al parecer las correas de esclavitud que rodeaban su cuello.

—Ven, Imnak —dijo su amigo Akko—. Cántanos una canción.

—No puedo cantar —dijo Imnak.

Y para mi sorpresa, Imnak se levantó y salió de la casa de festejos.

Yo le seguí al exterior, y también Poalu, preocupada.

—No puedo cantar —dijo Imnak—. Las canciones no me vienen a la boca. No tengo canciones. Soy como el hielo del glaciar, en el que no brotan flores. Nunca vendrá a mí ninguna canción. Nunca ha nacido ninguna canción en mi corazón.

—Algún día cantarás en la casa de festejos —dijo Poalu.

—No, no cantaré. No puedo cantar.

—¡Imnak! —protestó ella.

—Vuelve a la casa de festejos —dijo él.

Ella se dio la vuelta y volvió a la casa. La casa de festejos era muy parecida al resto de las viviendas del campamento permanente, aunque mucho más grande. Estaba a medias enterrada en la tierra y con un doble muro de piedra. Entre las piedras había turba cogida de la tundra, que servía de aislante. En el tejado había un agujero para el humo. La puerta de entrada era baja, y tenía uno que agacharse para trasponerla. El techo, soportado por varios postes, era de capas de hojas y barro. Aparte de la casa de festejos, en el campamento había unas diez viviendas. Aunque los cazadores rojos eran unos quinientos, generalmente vivían en pequeños grupos dispersos. En el verano solían reunirse para la caza del gran tabuk, cuando el rebaño de Tancred cruzaba el glaciar Eje y llegaba a la tundra, pero luego los grupos volvían a diseminarse siguiendo a los tabuks que se iban dispersando. Al final del verano, estos grupos volvían a sus propios campamentos. Había unos cuarenta campamentos, separados por varios días de viaje. El campamento de Imnak era uno de los más centrales. En estos campamentos vivían los cazadores rojos la mayor parte del año. Los abandonan a veces durante el invierno, cuando necesitan más comida, o a veces salen las familias a cazar el eslín.

Imnak miró las aguas. Estaba junto al muelle.

—Una vez, quise hacer una canción. Quería cantar. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Creí que haría una canción. Quería cantar sobre el mundo y su belleza. Quería cantar sobre el gran mar, las montañas, las estrellas, el ancho cielo.

—¿Y por qué no hiciste una canción? —le pregunté.

—Una voz parecía decirme: “¿Cómo te atreves a hacer una canción? ¿Cómo te atreves a cantar? Yo soy el mundo, yo soy el gran mar, soy las montañas, las estrellas, el cielo... ¿Crees que puedes ponernos en tu pequeña canción?”. Entonces tuve miedo y lo dejé.

Yo le miré.

—Desde ese día nunca he intentado cantar.

Imnak se dio la vuelta.

—No puedo cantar —dijo.

Oímos unas risas de la casa de festejos. Se veían las estrellas sobre el mar polar. Era el ocaso polar.

Los restos de la gran ballena hunjer yacían sobre los muelles.

—Los almacenes están repletos de carne —dije.

—Sí —respondió Imnak.

Hacía dos semanas, tuvimos la suerte de arponear una ballena, una bestia azul de manchas blancas. Era muy raro cazar dos ballenas en la misma estación. A veces pasan dos o tres años sin cazar una ballena.

—Están bien —dijo Imnak mirando los almacenes de carne—. Tal vez este invierno las familias no tengan que salir al hielo.

La caza en el hielo puede ser peligrosa, por supuesto. El terreno puede quebrarse y abrirse bajo tus pies.

El sol estaba bajo en el horizonte. Más risas salieron de la casa de festejos.

La noche polar no es totalmente oscura. Las lunas goreanas, e incluso las estrellas, ofrecen algo de luz, cuyos reflejos brillando en la nieve y el hielo es suficiente para poder ver el camino. Pero si una nube cubre el cielo, o hay tormenta, desaparece esta luz y la gente permanece en casa, debiéndose contentar con los sonidos del viento en las tinieblas y los ocasionales pasos de los animales sobre el hielo en el exterior.

—Aunque tengamos bastante comida para el invierno —dije yo—, si Karjuk no viene pronto, deberé ir a buscarle, aunque eso signifique salir al hielo en las tinieblas.

—Quédate en el campamento —dijo Imnak.

—No tienes que venir conmigo, amigo —dije yo.

—No seas estúpido, Tarl, el que caza conmigo.

—Puedes quedarte con tus amigos, que ahora tanto se divierten en la casa de festejos.

—No pienses que mi gente es frívola —dijo él—. Les gusta reír y contar historias y divertirse. La vida no siempre es agradable para ellos.

—Perdóname.

—No hay nadie en la casa de festejos, que no sea un niño, que no haya pasado una estación de mala caza. Los niños no saben nada de la mala caza, no les decimos nada.

Yo sabía que los cazadores rojos son extremadamente indulgentes con sus hijos. Muy raramente los castigan y casi nunca pegan a ninguno. Los protegen todo lo que pueden. Ya aprenderán los niños a su tiempo, pero hasta entonces, que sean niños.

—No hay nadie en la casa de festejos, que no sea un niño, que no haya visto a la gente morir de hambre. Muchas veces no es culpa de la gente. Está la enfermedad o el mal tiempo. A veces hay una tormenta y la nieve esconde los agujeros de respirar

del eslín. —Hablaba en voz baja—. A veces hay un accidente. A veces el hielo se rompe. —Me miró—. No, no pienses a la ligera de mi pueblo. Que rían y sean felices. No les desprecies porque se alegren de que por una vez los almacenes estén llenos de carne.

—Perdóname, amigo —dije.

—Está hecho.

Volvimos juntos a la casa de festejos.

18. ALGUIEN VIENE A LA CASA DE FESTEJOS

—Ha caído la noche —le dije a Imnak—. No creo que venga Karjuk.

—Tal vez no.

La nieve había caído varias veces, aunque ligeramente. La temperatura había descendido considerablemente.

Unas tres semanas atrás Imnak y yo habíamos cazado tres eslines en una cacería de kayak. Pero ahora la cacería de kayak había terminado por ese año. La misma noche de nuestra captura el mar había comenzado a helarse. Primero había asumido una apariencia grisácea. Después se habían ido formando pequeñas columnas de cristal, y luego diminutos trozos de hielo. Después, en unas pocas horas, estos trozos de hielo se expanden y se unen y se deslizan unos sobre otros, formando superficies irregulares, y entonces el mar queda paralizado en una serena y desolada blancura.

—Hay otras ciudades —dije—. Vamos a ver si está Karjuk en una de ellas.

—Hay muchas ciudades —dijo Imnak—. La más lejana está a muchos días de distancia.

—Quiero verlas todas. Y si no podemos saber nada de Karjuk, saldré al hielo a buscarle.

—Sería como buscar un eslín en el mar. Es imposible.

—Ya he esperado bastante. He de intentarlo.

—Lo prepararé todo. Akko tiene un eslín de nieve, y Naartok otro.

—Bien —dije. Un eslín de nieve puede llevar un trineo mucho más deprisa que un ser humano. Son animales peligrosos pero útiles.

—Escucha —dijo Imnak.

Me quedé quieto escuchando. A lo lejos se oía el gemido de un eslín.

—¡Tal vez viene Karjuk! —grité. —No, no es Karjuk. Viene del sur.

—¡Imnak! ¡Imnak! —llamó Poalu desde el exterior, corriendo hacia la puerta de la cabaña—. ¡Viene alguien!

—¿Quién es? —preguntó él.

—No lo sé.

—Pues sube al poste y míralo, perezosa.

—Sí, Imnak.

Imnak y yo nos pusimos las manoplas y los anoraks y salimos de la cabaña. Todo estaba tranquilo en el exterior, y se distinguía fácilmente el más mínimo sonido. La nieve crujía bajo nuestras botas. La luz de la luna bañaba la aldea y la nieve en la tundra y el hielo en el mar. Se oían las conversaciones de los aldeanos. Todos parecían estar fuera de las cabañas. No hacía mucho frío, para ser la noche del ártico. Todo estaba tranquilo. Calculé que la temperatura estaría a unos cuarenta bajo cero. Uno no es realmente consciente del frío hasta que se le entumece la cara. No hacía

viento.

—¿Qué ves? —preguntó Imnak.

—Es un hombre y un trineo —gritó Poalu desde arriba. Volvimos a oír al eslín en la distancia. Debía estar a unos diez pasangs de distancia o más. Pero en el aire claro a veces se les puede oír a quince pasangs de distancia.

—Encended las lámparas, hervid carne —gritó Kadluk, que era el jefe de la aldea—. Hay que hacer una fiesta para dar la bienvenida al visitante.

Las mujeres se apresuraron a obedecer. Vi a Arlene, a Bárbara y a Audrey mirarse unas a otras. Si el visitante gustaba de las mujeres de piel blanca, sabían que los aldeanos se las entregarían para sus placeres. Entonces la afilada lengua de Poalu las mandó, desde arriba, a calentar agua para hervir la carne.

—Es un hombre y un trineo —dijo Poalu.

—Vamos a su encuentro —dijo Kadluk.

—¿Quién puede venir del sur en invierno? —le pregunté a Imnak.

—Será un tratante —dijo él—. Pero es extraño, porque no suelen venir en invierno.

—¡Ya sé quién debe ser! —dije—. ¡Puede traer noticias! ¡Vamos a su encuentro!

—Sí —dijo Imnak—. ¡Por supuesto!

—Corramos a recibir al visitante —gritó Kadluk alegremente.

Los hombres corrieron a sus cabañas a coger las armas. A veces se encuentran en la tundra eslínes de nieve salvajes, medio muertos y enloquecidos de hambre. Constituyen uno de los peligros de los viajes en invierno. Estos eslínes junto con el frío y la oscuridad, mantienen cerrado el ártico en invierno. Ningún simple tratante se aventura en el norte en esta época.

Imnak y yo, Akko y Naartok y los otros, encabezados por Kadluk, arpones y lanzas en mano, salimos de la aldea en dirección al mugido del eslín.

A un pasang de la aldea, Kadluk alzó la mano pidiendo silencio.

Todos nos quedamos quietos.

—¡Fuera! —oímos—. ¡Fuera! —El sonido, muy distante, se dirigía hacia nosotros.

—¡Deprisa! —gritó Kadluk.

Echamos a correr por una pequeña colina, con la nieve por los tobillos.

Un pasang más allá, en una planicie entre pequeñas lomas, vimos un largo trineo a la luz de la luna, con el eslín enjaezado. También vimos dos figuras cerca del trineo. Una era un hombre.

—¡Una bestia de hielo! —gritó Akko.

La otra figura era la de un kur de piel blanca.

El hombre intentaba alejarle con una lanza. El animal era muy agresivo.

Retrocedió, herido al parecer, aunque no de gravedad. Se inclinó observando al

hombre, chupándose el brazo. Luego se incorporó sobre sus cortas patas traseras y alzó los dos largos brazos gritando con furia. Entonces se agachó, desnudos los colmillos, para atacar de nuevo.

Yo eché a correr por la colina, patinando y deslizándome sobre la nieve, con la lanza en la mano.

Los otros hombres corrían detrás de mí gritando, con los arpones alzados.

La bestia se volvió para mirarnos.

Mientras corría hacia ella tuve la sensación de que el animal estaba calibrando la distancia que nos separaba y el tiempo que tardaríamos en cubrirla.

Sentí que no era un simple animal, un irracional descendiente de los sobrevivientes de una nave kur naufragada generaciones atrás, descendientes para los que la disciplina y la lealtad a los códigos de la nave carecían de significado, descendientes cuyo único destino era retroceder hacia el simple salvajismo animal. El kur que no es más que una bestia es menos peligroso en la mayoría de las situaciones que el kur que es más que una bestia. El primero sólo es terriblemente peligroso, el segundo es un incomparable enemigo.

En el momento en que el kur se volvió para mirarnos, el hombre pudo desenganchar al eslín del trineo. Cuando el kur volvió a darse la vuelta para mirarle, el eslín de nieve estaba libre y le saltó a la garganta.

Ahora me encontraba a pocos metros del kur. Vi salir disparado el cuerpo del eslín, desgarrado y ensangrentado.

El hombre había vuelto a golpear, pero la embestida no fue mortal. El kur tenía sangre en el cuello, allí donde había cortado la hoja, en un lado de la garganta.

Cogió la lanza del hombre y la partió en dos. Entonces el hombre echó a correr hacia nosotros.

El kur arrojó a un lado los restos de la lanza. El eslín yacía en la nieve. El trineo estaba abandonado. Las provisiones de carne y azúcar, o los bienes que llevara, estaban ahora a merced de la depredación del kur.

Pero él no se preocupó del eslín ni del trineo. Miraba al hombre.

Entonces supe que no era una bestia corriente. Un simple kur, hambriento, agresivo, se habría lanzado sobre el cuerpo del eslín o tal vez sobre la carne que llevara el trineo y, al ver a los cazadores rojos, habría huido.

Pero el kur se lanzó en persecución del hombre. Éste pasó junto a mí y yo enarbolé la lanza.

—¡Alto, bestia! —grité—. ¡Estoy preparado!

El kur se detuvo a unos veinte metros de mí, enseñando los colmillos.

—¡Ven a probar mi lanza! —le grité.

Creo que un kur normal habría cargado. Pero éste no. Oía detrás de mí a los cazadores rojos que, a unos cien metros de distancia, se acercaban corriendo.

Avancé otro paso hacia el kur, amenazándole con la lanza.

En unos momentos estaría rodeado de hombres armados que arrojarían gritando las lanzas a su cuerpo.

Con un último gruñido, sin quitarnos los ojos de encima el kur comenzó a moverse en diagonal apartándose de nosotros. Corrimos tras él, pero de pronto se dio la vuelta y llegó al cuerpo del eslín, lo agarró y lo arrastró, internándose rápidamente en la tundra cubierta de nieve.

Cuando se dio la vuelta vi que llevaba en las orejas dos anillas de oro.

Lo vimos desaparecer en la tundra.

—Me habéis salvado la vida —dijo Ram.

—¿Estás herido? —pregunté.

—No.

Nos estrechamos las manos.

—Pensé que te encontraría en la aldea de Kadluk e Imnak —dijo.

Imnak también había estado con nosotros en el muro. Y yo no me había ido al sur.

—¿Tienes té bazi? —preguntó Akko.

—¿Tienes azúcar? —preguntó Naartok.

—Sí —dijo Ram—. Tengo té y azúcar. Y tengo espejos y cuentas y cuchillos y otras mercancías.

Estas noticias fueron bienvenidas. A causa del muro ningún tratante había llegado al norte durante meses.

—¡Vamos a hacer una fiesta por nuestro amigo! —exclamó Kadluk.

—Oh —gimió Akko—, qué mala suerte, no hay mucha carne en el campamento, y la fiesta será muy pobre.

—Y además —dijo otro hombre—, las mujeres no sabían que venía alguien, así que no han puesto el agua a hervir.

Se tarda bastante tiempo en conseguir que el agua hierva sobre una lámpara de aceite, aunque la llama puede graduarse.

—Está bien —dijo Ram.

En realidad el campamento rebosaba de carne. Hacía años que no había habido tanta carne en el campamento. Y de hecho, las mujeres estaban preparando una gran fiesta.

—Lo sentimos —dijo Kadluk con la mirada gacha.

—Oh, está bien —dijo Ram alegremente—. Incluso un pequeño trozo de carne en compañía de amigos es una gran fiesta.

Los cazadores se miraban unos a otros furtivamente.

Dimos la vuelta, algunos hombres llevando el trineo, para volver al campamento. Naturalmente, Ram, que había sido tratante varios años, estaba familiarizado con las bromas de los cazadores rojos. No se le había escapado, por ejemplo, que habían

salido a recibirle casi todos los hombres de la aldea. De esta forma sabía que le estaban esperando, y por el número de hombres que habían salido a por él, dedujo que tenía que haber mucha carne en el campamento. En caso contrario, muchos hombres estarían en el hielo con sus familias.

—La bestia iba a por ti —le dije.

—Me parece difícil de creer —dijo Ram—. Hablas como si el animal fuera inteligente.

—Y eso creo —dije—. ¿No viste las anillas de sus orejas?

—Por supuesto.

—Seguramente serían adornos.

—Se habrá escapado de su amo —aventuró Ram—, y sin duda fue su amo el que le puso los adornos en las orejas.

—Yo creo que fue él mismo quien se los puso.

—No me parece probable. ¿No viste que era una bestia?

—¿Crees que porque algo no se parezca a un ser humano no puede ser inteligente?

Ram palideció.

—Pero la inteligencia, combinada con tal ferocidad...

—Se llama kur —dije yo.

La casa de festejos estaba inundada de luz.

Arlene, desnuda, gacha la cabeza, se arrodilló ante Ram dándole un plato de carne hervida.

Él le puso un dedo bajo la barbilla y le alzó la cara.

—¿Quién es esta preciosa esclava? —preguntó—. Su cara me suena.

Ella le miró aterrorizada.

—Ah, sí —dijo él—, es la que estaba al mando en el muro.

—Sí —dije.

—La has hecho tu esclava.

—Sí.

—¿Es buena?

—Pronto lo sabrás —le dije.

Él se echó a reír.

—Quédate de rodillas ante nosotros, esclava —le dije a Arlene.

—Sí, amo.

Ram y yo cogimos carne de su plato, y ella se quedó donde estaba, arrodillada sobre sus tobillos.

—Estoy seguro de que la bestia iba a por ti —dije.

—Tal vez —dijo Ram.

—¿Te estuvo siguiendo mucho tiempo? —pregunté.

—No lo sé.

—No sé, pero supongo que te salió al encuentro, que te había estado esperando — dije yo.

—¿Cómo podía saber dónde esperarme?

—Me temo que mi presencia en esta aldea es conocida. Como no volví al sur, era fácil imaginar que había venido al norte. En el muro sólo había un cazador rojo, Imnak. Seguramente pensaron que vendría a su aldea. Y también pueden haberme estado espiando aquí. No lo sé.

Ram me miró.

—No entiendo nada.

—Creo que se sabía que yo estaba, o que estaría, en la aldea de Kadluk. En Lydius nos vieron juntos. Y así, cuando viniste al norte, pueden haber pensado que venías a buscarme.

—No lo he guardado en secreto —dijo Ram.

—De esta forma —continué—, si el enemigo conocía mi paradero y supo que intentabas contactarme, debía resultarle muy fácil tenderte una emboscada.

—Sí.

—Lo que no se les ocurrió, supongo, es que oiríamos desde tan lejos a tu eslín, y que los cazadores saldrían a tu encuentro.

—Hay otra posibilidad, todavía peor.

—¿Cuál es?

—Tal vez me hayan seguido para dar contigo.

—Es posible —dije—. Pero no importa.

—¿Cómo es eso?

—Creo que desean que participe en una entrevista. En cierto modo, he venido al norte respondiendo a una invitación. Si saben que estoy aquí, el enemigo puede intentar ponerse en contacto conmigo.

—O matarte.

—Sí —dije.

—¿Y por qué intentarían matarme los kurii? —preguntó Ram.

—Tal vez eras portador de información que no querían que yo recibiera.

—En Lydius, Sarpedon, el dueño de la taberna, y otros como yo mismo que acabábamos de llegar del muro, caímos de pronto y sin aviso sobre Sarpelius y sus hombres.

Recordé que Sarpelius había sido el tipo que se había hecho cargo de la taberna de Sarpedon, y que había conspirado para conseguir trabajadores para el muro.

—¿Sarpedon ha recuperado su taberna? —pregunté.

—Por supuesto —dijo Ram—. Sarpelius y sus hombres hablaron por fin, antes de que les vendiéramos desnudos en el puerto.

—¿Qué averiguasteis?

—Un tipo llamado Drusus, al que conocimos en el muro, pagaba sus honorarios y les daba instrucciones. Unos tarnsmanes transportaban a los trabajadores drogados hasta el muro.

—¿Y las chicas? —pregunté. Recordé a Tina y Constance—. No estaban en el muro.

—Por Sarpelius supimos que había un cuartel más al norte, al que sólo se puede llegar en primavera, en verano o a principios del otoño.

—Tal vez esté en el mar —dije. Puesto que el mar está congelado, no puede navegarse en invierno.

—Tal vez.

—Pero los tarns, como la mayoría de los pájaros, vuelan en el ártico sólo durante esas estaciones.

—Es cierto.

—De cualquier forma —dije—, creo que ese cuartel debe estar en el mar.

—¿Por qué?

—Si estuviera en tierra, los cazadores rojos de una u otra aldea habrían dado con él durante las cacerías. Supongo que ha de ser una gran instalación.

—No lo sé.

—¿Averiguaste algo más?

—Supimos que Drusus estaba en contacto con este cuartel misterioso. Y también supimos que a veces llevan allí esclavas escogidas.

—Como Tina y Constance —dije.

—Sí —dijo Ram—. Verás, yo pensé que tú sabías algo de esto, y que habías venido al norte a buscar a Constance.

—Así pues, tú has venido al norte principalmente para buscar a Tina.

—Sí.

—Pero no es más que una esclava —sonreí.

Ram se sonrojó.

—Pero es mi esclava —dijo enfadado—. Me la quitaron, y eso no me gusta. —Se golpeó en el pecho—. ¡Nadie puede quitarle una esclava a Ram de Teletus! ¡Voy a recuperarla, y luego si quiero la liberaré o la azotaré y la venderé!

—Por supuesto —dije.

—No me malinterpretes —dijo irritado—. Lo importante no es la chica, ella no es más que una esclava. Es una cuestión de principios.

—Por supuesto —le garanticé—. Pero parece que corres un gran riesgo para recuperar una chica que no es más que una esclava de un tarsko de plata.

—Creo que Tina es la esclava perfecta —dijo Ram con una mueca—. La quiero arrodillada a mis pies, a la sombra de mi látigo. —Entonces me miró seriamente—.

Espero ir contigo al norte. Juntos podemos encontrar a Tina y a Constance.

—¿Quién es Constance, amo? —preguntó Arlene.

—Alguien que, igual que tú, un día fue libre —dije—. Ahora es una adorable esclava. Podría enseñarte muchas cosas acerca de cómo ser una mujer.

—Sí, amo —dijo Arlene bajando la cabeza.

—¿Qué sabes acerca de un cuartel en el norte, esclava? —le pregunté.

—No sé nada amo. Drusus traía dinero. Él era mi contacto. ¡No sé nada!

Cogí un trozo de carne.

—Yo supervisaba el trabajo de Drusus. Entonces me creía superior a él. No sé de dónde venía ni de dónde obtenía el dinero que traía. En realidad suponía que debía de haber otro enclave en este mundo, pero no sabía dónde. —Se le inundaron los ojos de lágrimas—. Créeme, te lo suplico. Si hay algún cuartel, no sé nada de él. Te suplico que me creas, amo.

—Tal vez te crea —dije.

Miré a Arlene. Ella se estremeció. Pensaba que había dicho la verdad.

—¡Audrey! —grité.

—Sí, amo —dijo Audrey, acercándose a nosotros y arrodillándose.

—Cógele a Arlene la carne hervida, y sírvela.

—Sí, amo —dijo. Cogió la carne y se levantó, girando su cuerpo cuidando de exponer su belleza insolentemente ante Ram. Luego se alejó, mirándole sobre el hombro con una sonrisa.

—Tienes unas hermosas esclavas, Imnak —dijo Ram.

—Son muy buenas tirando del trineo —dijo Imnak.

—También tienen otras utilidades —señalé yo.

—Puedes utilizarlas, por supuesto —dijo Imnak, poniendo a Thimble y Thistle a disposición de Ram.

—Gracias, pero ninguna de ellas era la que mandaba en el muro.

Miró a Arlene que estaba arrodillada ante nosotros. Ella dio un respingo.

—Carne —le dijo Ram.

—Voy a por ella —dijo Arlene comenzando a levantarse.

—No seas tonta —dije yo—. Se refiere a ti.

—Oh —dijo ella asustada.

—¿Eres buena? —preguntó Ram.

—No lo sé —musitó—. El amo lo dirá.

Ram se levantó y caminó hacia el muro de la casa de festejos. Allí arrojó al suelo la piel de lart que llevaba.

—Con tu permiso, Imnak —dijo Ram—, ya probaré a las otras más tarde.

—Utilízalas cuando quieras.

Ram se levantó, esperando junto al muro.

Arlene me miró asustada.

—Complácele —le dije.

—Sí, amo. —Hizo ademán de ir a levantarse.

—No —dije—. Arrástrate hasta él a gatas.

—Sí, amo.

Volví mi atención a la sala. Se representaba una escena de mimo. Los cazadores y las mujeres aplaudían con placer ante la habilidad de varios mimos. Naartok representaba a una ballena.

—Tarl que cazas conmigo —dijo Imnak muy seriamente—. Tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—El animal que vimos era una bestia del hielo.

—¿Y?

—Me temo que Karjuk esté muerto —dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Karjuk es el guardián. Protege al pueblo de las bestias del hielo.

—Ya veo.

Los cazadores llaman a los kurii de piel blanca, bestias de hielo. Estos animales suelen cazar en el hielo en verano, generalmente en el mar. A diferencia de la mayoría de los kurii, tienen cierta afinidad con el agua y les gusta. En invierno, cuando el mar se congela, penetran en el interior. No se sabía gran cosa del misterioso Karjuk, incluso entre los cazadores rojos, excepto que era uno de ellos. Era un hombre extraño que vivía solo; no tenía mujer, no tenía amigos. Se movía en la oscuridad, silencioso, con su lanza. Se alzaba entre el pueblo y las bestias de hielo.

—Tal vez la bestia pasó por el territorio sin que Karjuk la viera —dije.

—No creo que una bestia de hielo se le pueda escapar a Karjuk —dijo Imnak—. Creo que ha muerto.

Imnak y yo nos quedamos en silencio un largo rato.

Akko y Kadluk estaban haciendo mimo. Akko era un iceberg, flotando a la deriva, y Kadluk era el viento del oeste, soplando y empujando. Akko, el iceberg, respondía al viento girando pesada y lentamente en el agua.

Los dos eran buenos.

Su actuación arrancó muchas risas.

De pronto, cuando terminaron, una ráfaga de aire atravesó la casa de festejos. Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta, pero nadie habló. Allí había un hombre, un cazador rojo de rostro oscuro, delgado y silencioso. A su espalda llevaba un arco de cuerno y un carcaj de flechas; en la mano una lanza y un pesado saco. Se dio la vuelta y cerró la puerta. Tenía el anorak cubierto de nieve porque al parecer la nieve había comenzado a caer durante la fiesta. Después de cerrar la puerta, se volvió de nuevo para mirar a la concurrencia.

Imnak me apretó el brazo.

El hombre dejó sus armas junto a la puerta trasera de la casa de festejos y se dirigió al centro de la sala, llevando su saco. Allí, sin hablar, extrajo lo que llevaba en el saco: la cabeza de un gran kur de piel blanca, una bestia de hielo. Llevaba anillas en las orejas.

Miré a Imnak.

—Es Karjuk —dijo.

19. UNA CONVERSACIÓN EN LA CABAÑA DE IMNAK

—Fue una suerte para mí que estuvierais rastreando a la bestia de hielo y que pudierais matarla —le dijo Ram a Karjuk en la cabaña de Imnak. Miró la cabeza cortada que había en un rincón—. No quisiera volvérmela a encontrar.

Karjuk asintió pero no dijo nada.

Había cortado las anillas de las orejas de la bestia y, con el permiso de Imnak, se las había dado a Poalu, que ahora las llevaba como brazaletes en la muñeca izquierda.

Antes de que se las pusiera, yo las había tenido en las manos, sopesándolas y observándolas en detalle.

—¿Estás seguro de que ésta es la cabeza de la bestia que te atacó? —le pregunté a Ram.

—¿Podría haber más de una bestia que llevara anillas en las orejas? —dijo él.

—No parece probable —admití. Había examinado la cabeza con atención, las orejas y la boca en particular.

—Llevaba varios días siguiendo a la bestia —dijo Karjuk—. La seguí hasta que encontré huellas de trineo y sangre en la nieve, y las huellas de muchos pies.

—Ése debía ser el lugar donde la bestia atacó mi trineo —dijo Ram—, y donde me encontraron los hombres de la aldea y me rescataron.

—Luego seguí a la bestia un poco más lejos, unos cuantos pasangs a través de la nieve. Había sido herida dos veces, y la encontré alimentándose del cuerpo de un eslín con marcas de arneses.

—Entonces es la misma bestia —dijo Ram.

—La maté —dijo Karjuk.

Bebí mi té bazi y le miré por encima de la taza. Él también me miró y bebió su té.

Las chicas, incluida Poalu, permanecían en segundo plano, por si los hombres necesitaban algo. Las chicas blancas no se acercaron a la cabeza cortada. Pero Poalu, una mujer de los cazadores rojos, no sentía ningún miedo ni repulsión por aquel objeto. Los huesos, la sangre y ese tipo de cosas formaban parte de su mundo.

—Karjuk, ¿has oído hablar de una montaña de hielo, una montaña de hielo en el mar, que no se mueve? —pregunté.

—En el invierno —dijo Karjuk—, las montañas en el agua no se mueven, porque el mar está congelado.

—¿Has oído hablar de una montaña que no se mueve ni siquiera cuando el mar fluye? —dije.

—No, pero la he visto —dijo Karjuk. Había hablado con el carácter literal del cazador rojo.

Todos quedamos en silencio.

—¿Existe una cosa así? —preguntó Imnak.

—Sí —dijo Karjuk—. Está bien lejos en el mar, pero una vez que estaba cazando el eslín, pasé junto a ella con mi kayak.

—¿Es grande? —pregunté.

—Muy grande.

—¿Cómo puede existir una cosa así? —dijo Imnak.

—No lo sé —respondió Karjuk—, pero sí sé que existe, porque yo la he visto.

—¿La han visto otros? —pregunté.

—Tal vez —dijo Karjuk—. No lo sé.

—¿Podrías llevarme hasta ella? —dije.

—Ahora está muy alejada en el hielo.

—¿Podrías llevarme hasta ella?

—Sí, si quieres —dijo él.

Dejé mi té a un lado.

—Trae mi bolsa —le dije a Arlene. Ella corrió a obedecer.

Busqué en mi bolsa y saqué la cabeza tallada de un kur, la cabeza salvaje con media oreja arrancada.

—¿Esto es obra tuya? —pregunté.

—Sí —dijo Karjuk—. Yo lo hice.

—¿Has visto alguna vez a esta bestia?

—Sí.

—¿Dónde?

—Cerca de la montaña que no se mueve.

—¿Es la cabeza de una bestia de hielo? —pregunté.

—No. Tenía la piel demasiado oscura para ser una bestia del hielo.

—¿Podrías llevarme pronto a la montaña que no se mueve? —dije.

—Ahora es la noche —dijo Karjuk—, y es tiempo de oscuridad. El hielo es peligroso. Es en esta época cuando las bestias del hielo se aventuran tierra adentro.

—A pesar de todo, ¿me llevarás o no? —pregunté con una sonrisa.

—Sí —dijo Karjuk—, si tú quieres.

—Ése es mi deseo —dije.

—Yo iré contigo —dijo Imnak.

—Por supuesto, yo también te acompañaré —dijo Ram.

—Muy bien, amigo —dije. Miré a Karjuk—. ¿Cuándo partimos?

—Debo terminar mi té —dijo él—, y luego dormir. Después nos iremos.

—¿Quieres usar a alguna de mis mujeres? —ofreció Imnak a Karjuk indicando a Poalu y a Thimble y Thistle.

—¿O quieres usar a mi bella esclava? —dije yo indicando a Arlene.

Arlene retrocedió. Tenía miedo del delgado y hosco Karjuk. Y sabía que a la más

mínima palabra mía, ella tendría que servirle, porque era una esclava.

Karjuk miró a Poalu con las dos pulseras doradas que habían sido las anillas en las orejas del kur muerto. Poalu era una adorable esclava roja.

Ella retrocedió un poco.

—No —dijo Karjuk.

Terminó su té y luego se metió entre las pieles sobre la plataforma. Los otros también se dispusieron a retirarse.

—No nos llevaremos a las chicas con nosotros —le sugerí a Imnak.

—No —dijo él—. Las llevaremos. ¿Quién si no nos quitará el hielo de las botas y coserá y hervirá la carne y nos mantendrá calientes en las pieles? —Se enroscó en sus pieles—. Nos llevaremos algunos eslines de nieve y mujeres —dijo.

—Muy bien —dije yo. Objetivamente no pensaba que fuera a haber un gran peligro para las mujeres. Si era verdad lo que yo sospechaba, nos serían útiles. Todas eran hermosas.

20. EL ATAQUE DE LOS ESLINES

Hacía mucho frío. Yo no sabía cuánto nos habíamos alejado sobre el hielo.

—¡Empujad! —gritó Imnak. Imnak, yo y las chicas empujamos el trineo sobre una cuesta de hielo para luego deslizarnos hacia abajo.

—¡Espera! —le gritó Imnak a Karjuk.

Karjuk detuvo su trineo y llamó a su eslín de nieve, tirando de las asas de la parte trasera de su trineo.

Éramos un grupo de tres trineos. Karjuk tenía el suyo propio, y su eslín de nieve. El segundo trineo era el de Imnak, y el tercero el de Ram, que se lo había traído del sur. El trineo de Imnak iba tirado por un eslín de nieve que le había prestado su amigo Akko, y el de Ram iba tirado por otro eslín de nieve que le había cambiado a Naartok por té bazi. Karjuk iba solo, y Ram también. Imnak y yo íbamos en el trineo de Imnak. Las cuatro chicas viajaban con nosotros, a veces empujando el trineo, a veces, cuando estaban exhaustas, montadas en él por turnos.

Karjuk alzó su mano para volver a ponernos en camino.

—¡No, espera! —gritó Imnak. Estaba mirando al cielo. Todavía no había caído ninguna tormenta, pero el cielo estaba cada vez más oscuro. Ya llevábamos cinco días en el hielo. Habíamos tenido suerte con las tormentas. Como ya he mencionado, la noche ártica no suele ser completamente oscura. Miré las irregulares formas de hielo que, extrañas y poderosas, se alzaban ante nosotros. Había una belleza y una amenaza en aquellas gigantescas estructuras, moldeadas por el amargo rugido del viento y las revueltas del mar que se agitaba ante nosotros. A veces podíamos sentir el movimiento del hielo. A veces vadeábamos con cuidado grietas de hielo que pronto se cerrarían casi bajo nuestros pies.

Imnak señaló hacia arriba en dirección al sur. Allí no se veían las estrellas, oscurecidas por las nubes.

—Vamos a acampar aquí —le dijo Imnak a Karjuk.

Karjuk no respondió, sino que miró hacia adelante. Volvió a alzar el brazo.

Ram vino hasta nosotros.

—Va a haber tormenta —dijo Imnak—. Debemos acampar.

Karjuk volvió a alzar el brazo.

—He de inspeccionar los deslizadores de mi trineo —gritó Imnak.

Karjuk siguió esperando.

Los deslizadores de los trineos eran de madera. Al principio de la estación se los cubre con una pasta de barro y musgo, sobre la cual se adhiere el hielo. El hielo es muy importante. A bajas temperaturas la nieve es granular, con una textura como la arena, y la capa de hielo fijada en los deslizadores reduce la fricción. La capa de hielo se renueva a menudo, incluso varias veces al día. A menudo se utiliza la orina, que se

congela al instante. Pero también puede utilizarse una bolsa de piel llena de nieve que se derrite al poner la bolsa junto al cuerpo.

Imnak orinaba para cubrir de hielo los deslizadores. También utilizaba el agua de la bolsa de piel que llevaba a la cintura. Pero también se puede derretir la nieve en la boca y escupirla sobre los deslizadores.

—Sigamos adelante —gritó Karjuk.

—Se aproxima una tormenta —dijo Imnak señalando el cielo hacia el sur—. Vamos a acampar.

—Ya acamparemos más tarde —dijo Karjuk.

—Muy bien —respondió Imnak.

—¿Es sabio seguir adelante? —le preguntó Ram a Imnak.

—No —dijo éste.

Preparamos los trineos.

—Ata a las esclavas al trineo —dijo Imnak.

Se alzaba el viento.

Cogí un cabo de cuerda y lo até al cuello de Arlene con un fuerte nudo.

—Amo —protestó ella—. ¡Oh! —gritó cuando la tiré al suelo. Alzó la mirada hacia mí. Tenía sangre en la boca y la correa al cuello.

Audrey corrió hacia mí, para que la atara al trineo. Yo cogí otra cuerda y la até. La arrojé de rodillas en la nieve ante mí, al lado de Arlene, para que no pensara que era mejor que ella. Luego até las cuerdas al cuerno de tabuk de la parte trasera del trineo. Mientras tanto, Imnak había atado también a Bárbara y Poalu al otro lado del trineo.

—¿Queréis que también os ate las muñecas a la espalda? —les pregunté a Audrey y Arlene.

—No, amo —dijeron.

—En pie, preciosas bestias —dije.

Se levantaron de un salto.

Karjuk subió a los deslizadores de su trineo y chasqueó su látigo sobre la cabeza de su eslín de nieve.

El trineo de Ram salió detrás.

—¡Vamos! —gritó Imnak tomando su lugar tras el trineo y chasqueando el largo látigo sobre el animal. Imnak no iba sobre los deslizadores del trineo, sino que corría entre ellos. Las chicas, atadas, también corrían. A veces un hombre o una mujer corren ante el trineo para azuzar al eslín, pero ahora no era necesario.

De vez en cuando, Imnak se volvía para mirar el terreno a su espalda. Esto es un hábito de los cazadores rojos, que les permite ver lo que hay detrás de ellos y también les muestra cómo estará el terreno a su vuelta. Yo también miraba hacia atrás de vez en cuando, y no sólo para ver cómo aparecería el terreno en el viaje de vuelta, sino

también por otra razón, por una precaución que tenían en común los cazadores y los guerreros: Es bueno saber qué puede venir por detrás.

—¿Lo has visto? —le pregunté a Imnak.

—Lleva cuatro días con nosotros —dijo él.

—¿Crees que Karjuk sabe que está aquí?

—¿Cómo podría no saberlo?

—¿Tienes algún consejo?

—Vamos a seguir avanzando —dijo Imnak—, ya nos perderá en el hielo. Y no quiero darle la espalda a Karjuk.

—Pero él es el guardián.

—¿Has visto la cabeza de la bestia de hielo que trajo al campamento? —preguntó Imnak. —Sí.

—¿La has examinado de cerca?

—Sí, pero Karjuk es el guardián.

—Sí. ¿Pero a quiénes guarda?

El viento rugía sobre nosotros, y yo apenas podía seguir el paso.

—¡Debemos detenernos! —le grité a Imnak por encima de la tormenta. Ni siquiera sabía si él podía oírme, y no estaba ni a un metro de distancia. Estaba totalmente oscuro. Las lunas y las estrellas habían desaparecido. El viento chocaba contra mis ropas, casi arrancándomelas. Entonces comenzó a nevar. Me puse la capucha. Tenía la cara medio congelada y no podía ver nada. No veía a las chicas, pero sabía que estaban atadas al trineo.

—¡No podemos ver dónde vamos! —le grité a Imnak—. ¡Tenemos que detenernos!

Oí al eslín rugir ante nosotros. Las nubes se abrieron un momento y vi a Imnak en el trineo. También vi a las chicas, con las manos en las correas que llevaban al cuello, pequeñas, empapadas de nieve. Luego todo se oscureció de nuevo. Por un momento había podido ver el trineo de Ram, pero no el de Karjuk.

—¡Es una locura continuar! —le grité a Imnak.

El trineo se detuvo, atrapado entre dos bloques de hielo. Imnak y yo lo desencajamos.

—¡Vamos a detenernos! —le grité a Imnak.

Creí haber oído un grito entre el aullido del viento, pero no podía estar seguro.

Imnak echó su peso atrás para detener el trineo. Luego cogí las correas de Audrey y Arlene y las metí en el trineo. Fui a la parte delantera. Allí estaba el eslín, ya tumbado sobre la nieve; pronto estaría dormido. La nieve me llegaba casi a las rodillas. Volví a la parte trasera del trineo. Imnak me gritaba algo, pero no podía oírle. Audrey y Arlene estaban acurrucadas junto al trineo. No se veía nada. El viento rugía con furia. Al otro lado del trineo toqué a Poalu, que al igual que las otras chicas se

acurrucaba. Imnak estaba a mi lado, y me tendió una correa. Bárbara había desaparecido; el extremo de la correa estaba cortada. Hice ademán de salir a la nieve a buscarla, pero Imnak me lo impidió empujándome hacia atrás. No me resistí, Imnak tenía razón: habría sido una locura adentrarse en las tinieblas, la nieve y el viento. En unos momentos el rastro quedaría borrado y sería fácil perderse y quedar separado del trineo.

No creo que las otras chicas se hubieran dado ni cuenta de la desaparición de Bárbara. Poalu, exhausta, cayó dormida casi de inmediato junto al trineo. Las otras chicas también se durmieron.

—¿Qué vamos a hacer? —le grité a Imnak acercando la boca a su oído.

—Uno dormirá y el otro vigilará —gritó él.

No pude responder. Apenas podía creer lo que oía.

—¿Tienes sueño? —preguntó Imnak.

—¡No! —grité.

—Tú vigilarás primero. Yo dormiré.

Me quedé junto al trineo. Imnak se tumbó a su lado. Me resultaba difícil creer que bajo aquellas circunstancias pudiera dormir. Pero creo que tardó sólo unos momentos en quedar dormido.

Después de un rato me agazapé junto al trineo y escudriñé la oscuridad.

El viento rugía. Me pregunté hasta dónde habría llegado Ram. En el anterior claro de nubes no había visto a Karjuk. Me pregunté dónde estaría Bárbara. No creo que estuviera perdida. La correa había sido cortada. La adorable esclava rubia había sido hecha prisionera, pero no sabía por quién o por qué.

Al cabo de un rato se despertó Imnak.

—Duerme tú ahora —dijo—. Yo vigilaré.

Me quedé dormido.

Me desperté con la mano de Imnak en el hombro.

—Mira el eslín —me dijo.

El animal estaba despierto e inquieto, con las orejas alzadas y la nariz dilatada. No parecía estar enfadado.

Alzó el hocico al viento.

—Ha captado el olor de algo —dije.

—Está excitado, pero no perturbado —dijo Imnak.

—¿Qué significa eso?

—Que estamos en gran peligro. Hay eslínes en las proximidades.

—Pero estamos muy adentrados en el hielo —dije yo.

—Y por tanto el peligro es mucho mayor.

—Sí. —Comprendía sus palabras. Si el eslín de nieve había captado olor de eslín en esta zona, debía haber más por el hielo, eslínes que el hambre había traído desde el

interior. Estos animales podían ser en extremo peligrosos.

—Tal vez Ram o Karjuk anden por aquí cerca —dije.

—El eslín conoce a los animales de Karjuk y de Ram —dijo él—. Si se tratara de ellos no estaría tan excitado.

—¿Qué podemos hacer?

—Debemos construir un refugio —dijo Imnak levantándose. Las chicas seguían durmiendo. La tormenta había pasado, y la luz de las tres lunas brillaba sobre la nieve y el hielo—. Tenemos muy poco tiempo.

Imnak trazó un círculo sobre la nieve con el talón.

—Hay que escarbar la nieve en este círculo. Luego descargaremos el trineo y pondremos los suministros dentro de esta zona.

Hice lo que él me dijo, escarbando con un gran cuchillo de hueso.

El eslín estaba cada vez más quieto.

—Escucha —dijo Imnak. Yo escuché. En aquel aire helado no pude saber a qué distancia estaba.

—¿Van tras un olor? —pregunté.

—Sí.

—¿El nuestro?

—Parece muy probable.

Imnak había comenzado a coger bloques de nieve y a ponerlos en círculo, al borde del área que yo estaba escarbando.

De pronto oí el grito de Audrey. Imnak corrió hacia ella con el cuchillo en mano.

—¿Dónde está Bárbara? —gritó Audrey—. ¡Ha desaparecido! —El horror se reflejaba en su rostro. Tenía en la mano la correa cortada a la que había ido atada Bárbara.

Vi que Imnak la arrojaba a la nieve. Ella cayó a sus pies, con la correa todavía atada al cuello y al trineo.

Imnak se quedó junto a ella con la cabeza alzada, escuchando. Había otra modulación en los gritos de los eslínes lejanos. Como si los rugidos hubieran redoblado su fuerza.

Imnak le quitó a Audrey la capucha, la cogió del pelo y le echó hacia atrás la cabeza rudamente, exponiendo su garganta. Ella estaba de rodillas, con la hoja del cuchillo de nieve en el cuello. Entonces Imnak la arrojó con enfado sobre la nieve.

Ahora no cabía duda alguna de que los eslínes venían en nuestra dirección.

El olor que seguían era muy vago, la tormenta había borrado nuestras huellas, y el rastro era muy difícil de seguir. Pero ahora, el grito de Audrey les había informado de nuestra posición.

Imnak puso el primer bloque de la segunda hilera de bloques, un poco más pequeña que la primera.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le pregunté a Imnak.

Él no me contestó. Continuó deprisa y sin pausa cortando bloques de nieve.

—Imnak —dijo Poalu—, necesitarás el cuchillo y el hielo.

Yo no entendí.

—Libera a Poalu y a las otras —dijo Imnak.

Desaté a las chicas.

—Ayúdame a poner los suministros dentro del círculo —le dije a Arlene.

Agachada dentro del círculo, Poalu comenzó a trabajar con el candil. Golpeando piritas de hierro consiguió prender hierba seca y el candil se encendió.

Imnak acabó con la segunda fila de bloques.

—Thistle —le dijo Poalu a Audrey—, trae la sartén y la tetera.

Una de las primeras cosas que hay que hacer después de encender la lámpara, es derretir nieve para beber y hervir agua para preparar la carne.

De pronto nuestro eslín echó hacia atrás la cabeza y soltó un largo y espantoso rugido.

—Se revolverá contra nosotros —dijo Imnak.

—¿Le mato ahora que estamos a tiempo? —pregunté.

—Átale las mandíbulas y véndale los ojos —dijo Imnak—. Se le pasará la locura.

—¡Ahora les veo! —gritó Arlene—. ¡Allí! ¡Allí!

El eslín se debatió, pero leforcé a tumbarse de lado sobre la nieve y le até las mandíbulas.

—¡Ponlo en el refugio! —gritó Imnak.

Desaté al eslín del trineo y lo llevé hasta el refugio.

—Si se debate tirará el muro o apagará la lámpara —dije.

—No permitas que eso ocurra —dijo Imnak.

Le até a la bestia las patas delanteras a las de atrás, para que no pudiera debatirse más que en círculo.

—¡Se acercan! —gritó Arlene.

—Entra en el refugio —le dije. Imnak sólo había podido levantar dos filas y parte de una tercera de bloques de hielo, pero seguía cortando bloques.

Arlene se unió a mí dentro del pequeño muro circular. Los rugidos eran cada vez más claros y cercanos. No creo que estuvieran a más de medio pasang de distancia.

—Queda poco tiempo, Imnak —dije—. Vuelve al refugio.

Imnak continuó cortando bloques de hielo, aunque ahora no se esforzaba en ponerlos sobre el muro. Esos bloques suelen ponerse desde dentro. Cuando la cúpula de hielo está terminada, el último bloque se coloca desde el exterior, y el constructor entra dentro, abriéndose camino con su cuchillo de nieve. Se deja un agujero para que pase el aire y el humo. El muro que construía Imnak era bastante irregular. El cuchillo de nieve basta para la tarea, cuando hay tiempo suficiente para dar forma a los

bloques. Las grietas entre bloques se cubren con nieve.

—Prepárate a rechazar al eslín desde el muro —gritó Imnak.

Me quedé junto al muro con la lanza en la mano.

—Vuelve aquí, para luchar desde dentro —le dije a Imnak.

—Ahora voy —respondió. Entonces llamó a Poalu—: ¿Está hirviendo el agua?

—No —dijo ella—, pero está caliente.

—¡Deprisa, Imnak! —grité. No podía entender por qué seguía cortando bloques, ya que no había tiempo de colocarlos sobre el muro. Tampoco entendía por qué Poalu estaba derritiendo nieve sobre la lámpara.

El eslín estaba a unos doscientos metros.

Imnak corrió hacia el pequeño muro del refugio. Pero en vez de unirse a nosotros, le cogió a Poalu un trozo de carne, y con la otra mano agarró el asa de la tetera. Corrió hacia un agujero que había cortado en el hielo. Clavó la carne en su cuchillo y enterró el mango en el agujero. Luego vertió el agua en el agujero, alrededor del mango del cuchillo. No tuvo que esperar más que un momento, porque el agua se congeló casi al instante, anclando el cuchillo con la solidez del cemento.

—¡Deprisa! —grité.

El eslín estaba encima de Imnak. Ambos cayeron rodando. Salté sobre el muro y corrí hacia él apuntando con la lanza al animal. Imnak se levantó de un salto con las pieles desgarradas. Golpeó al eslín que saltaba hacia mí, dándole en el morro. Yo arranqué la lanza del eslín herido, y golpeé con el mango a otro animal. Imnak gritaba junto a mi oído. Había otro sobre nosotros. Imnak, entre gritos y lanzazos, me llevó de vuelta al refugio. Otro eslín pasó junto a mí, y yo sentí un desgarrón en la piel de mi bota. Imnak y yo estábamos el uno junto al otro armados con lanza. Los eslínes rodeaban el refugio, siseando y gruñendo. Sus ojos refulgían a la luz de las lunas. Alejé a uno del muro a golpe de lanza. Imnak rechazaba a otros animales. Nuestro propio eslín se debatía frenético a nuestros pies. Un animal saltó dentro del círculo de nieve. Yo me metí bajo él, lo alcé sobre la pared y lo arrojé entre los otros. Audrey gritaba. Poalu lanzó el aceite encendido de la lámpara a la cara de otra bestia. Arlene se alejaba gritando de otro animal. Yo cogí a la bestia del cuello con una mano, y con la otra de una pata, y volví a arrojarlo con los otros. Imnak rechazó a otro eslín. Volví a coger mi lanza y la arrojé a la cara de otro animal.

Los eslínes estaban en el exterior, a unos cinco metros, oscuros sobre el hielo aunque eran eslínes de nieve. Algunos rodeaban el refugio.

Uno avanzó hacia nosotros y saltó dentro del refugio, pero yo interpose mi lanza que se clavó en su hocico, le desvié a un lado y luego arranqué la lanza. Imnak rechazó a otros dos.

Entonces nos quedamos tranquilos por un tiempo.

—Son demasiados —dijo Arlene.

—Es un gran rebaño —dije.

No podía contar a los animales bajo la luz incierta y entre las sombras, pero era evidente que allí había un gran número de bestias, probablemente más de cincuenta. Algunos rebaños cuentan con unos ciento veinte animales.

—Te deseo suerte, Imnak —dije.

—¿Vas a algún lado? —preguntó él—. No es un buen momento para marcharse.

—Hay muchos eslines ahí fuera —dije.

—Eso es cierto.

—¿No estás dispuesto a morir? —le pregunté.

—Yo no. Los cazadores rojos no esperan morir. Muchos mueren, pero siempre es una sorpresa.

Miré a Arlene a los ojos.

—¿No hay esperanza? —preguntó.

—Me temo que todo está perdido —dije—. Ojala no estuvieras aquí.

Ella reclinó la cabeza sobre mi brazo y me miró.

—No querría estar en ningún otro lugar —dijo.

—Yo preferiría estar en la casa de festejos —dijo Imnak.

—No todo está perdido —dijo Poalu.

—Mirad —dijo Imnak.

Miré a unos metros sobre el hielo.

—No —dije.

—¿Deseas vivir? —preguntó Imnak.

—Sí.

—Entonces debemos hacer lo que haga falta para conseguirlo.

Miré sobre el hielo, entendiendo entonces el propósito y la efectividad de la trampa que Imnak había construido.

Uno de los animales más grandes rodeó dos veces la carne clavada en el cuchillo, y de pronto la mordió queriendo arrancarla de la hoja, y cortándose la mandíbula. El cuchillo quedó lleno de sangre fresca. Otro eslín enloquecido por el olor, corrió hacia el cuchillo, acuciado por el hambre, y lo lamió. Entonces la hoja le cortó el hocico y la lengua. En su locura el eslín, estimulado por el nuevo flujo de sangre, redobló sus esfuerzos en chupar el cuchillo. Otro animal, algo más grande, también mordió el cuchillo e igualmente se cortó la lengua y el hocico. Un eslín atacó al primer animal, que sangraba profusamente por la boca. Los dos animales lucharon en un confuso torbellino de colmillos y piel. Uno de ellos cayó con la garganta abierta, y al instante se lanzaron sobre él cuatro o cinco oscuras figuras. Más eslines saltaron sobre éstos. Otro animal corrió hacia el cuchillo. De momento la sangre se había congelado sobre el acero. Dos eslines lucharon por chupar el cuchillo, y ambos se cortaron la lengua. Un eslín puede morir así, chupando la hoja del cuchillo hasta perecer desangrado.

Arlene y Audrey apartaron la mirada.

Pero aquella noche no murió ningún eslín desangrado, víctima de aquella trampa, porque había demasiados animales para permitir que esto ocurriera.

Cuando un eslín se debilitaba, los otros animales, atormentados por su propia hambre, se lanzaban sobre él.

En menos de un ahn, Imnak, para mi sorpresa, salió del refugio y, caminando entre eslines muertos y eslines saciados, se dirigió hacia el hielo y se puso a traer bloques.

Al cabo de un momento salí a ayudarlo. Pasábamos entre los eslines y ellos apenas nos prestaban atención.

Habían muerto unos quince o veinte. Los que quedaban se alimentaban de los caídos.

Varios animales, saciados de carne, se tumbaron en la nieve a dormir.

Imnak añadió los nuevos bloques al refugio y cortó con el cuchillo los bloques que necesitaba para terminar la pequeña estructura. No lleva mucho tiempo construir un refugio como aquél, si la nieve es adecuada. No creo que hubiéramos trabajado en él más de cuarenta o cincuenta minutos. En el interior, Poalu había vuelto a encender la lámpara y estaba derritiendo nieve para conseguir agua potable y para hervir la carne.

21. EL ROSTRO EN LA NIEVE

Seguimos avanzando hacia el norte.

Habían pasado cuatro sueños desde que dejamos el primer refugio de nieve, cuando nos atacaron los eslines. En cada sueño habíamos construido un refugio similar.

Nuestro eslín se tranquilizó rápidamente, pero lo dejamos atado, soltándole las mandíbulas sólo para comer, a causa de la proximidad de los eslines salvajes. Después de dormir en el primer refugio hicimos un reconocimiento. La mayor parte del rebaño había desaparecido, saciado de carne. Imnak recuperó su cuchillo. Por las cercanías quedaron unos cinco eslines, husmeando entre la piel y los huesos de los animales muertos.

Dejamos el refugio y nos dirigimos al norte, enjaezado de nuevo nuestro eslín.

Alcé los ojos al cielo, a los hilos de luz verdosa a cientos de kilómetros de altura. Se trata de un fenómeno atmosférico provocado por las partículas eléctricas que el sol bombardea sobre la atmósfera. Pero era extraño que ocurriera en aquella época del año. Suele ocurrir con más frecuencia durante el equinoccio otoñal e invernal. En diferentes condiciones de luz, esos hilos pueden aparecer violetas, rojos o naranjas, dependiendo de su altura. Esta silenciosa tormenta de partículas cargadas que se extiende millones de kilómetros en el espacio es muy hermosa. En la Tierra este tipo de fenómeno se conoce como la aurora boreal.

Llamé a Arlene, que vino seguida de Audrey. Nos quedamos quietos un rato observando las luces. Luego las mandé volver al refugio.

Un ahn más tarde Arlene yacía en mis brazos.

—Ha sido muy hermoso —dijo.

—Sí.

—La noche está tan quieta. Qué hermoso puede ser el norte.

—Sí —dije. Todo era tranquilo, quieto, apacible.

—¿Qué es eso? —preguntó ella de pronto.

—Imnak —llamé.

—Ya lo he oído —dijo él.

Escuchamos con atención. Por un rato no oímos nada. Luego oímos el crujido del hielo y la nieve en el exterior. Había algo rondando por allí.

Arlene preguntó:

—¿Es un eslín?

—No —dije—. Camina sobre dos pies.

Después de un rato, el ruido desapareció. Oí que Imnak volvía a guardar el cuchillo. Yo también enfundé el mío.

—Voy a salir —dije.

Me dirigí agachado hacia la puerta. El techo del túnel de salida medía un metro de altura en la parte interior y se iba estrechando. Generalmente dentro de un refugio de nieve se monta una tienda de campaña que proporciona un mayor aislamiento. Pero para este sueño no habíamos montado ninguna tienda. En la parte final del túnel, el techo medía un metro y medio de altura.

Comencé a salir por el túnel. Oí a Imnak detrás de mí.

Al llegar al final quité los bloques de hielo con los que se cierra el refugio. Naturalmente el refugio nunca queda cerrado del todo, porque sería extremadamente peligroso ya que debe estar bien ventilado, especialmente cuando hay alguna lámpara encendida.

Cuando salí al exterior, cuchillo en mano, miré cautelosamente alrededor. Un momento más tarde salió Imnak, también cuchillo en mano.

Todo parecía tranquilo.

Las chicas también salieron, primero Poalu y luego Arlene y Audrey.

Todo estaba tranquilo y desolado y frío.

La aurora boreal aún danzaba en el cielo.

Imnak y yo fuimos a inspeccionar el terreno.

—No he encontrado nada —le dije a Imnak.

—Ni yo —dijo él.

—Pero había algo por aquí, porque lo hemos oído.

—¿Has encontrado huellas? —preguntó Arlene.

—No —dije.

—El hielo es duro —dijo Imnak.

—Pero aquí había algo —dije.

—Sí.

Volví a mirar a mí alrededor.

—Se ha ido. —Guardamos los cuchillos.

—Tal vez no era nada —dijo Arlene—. Tal vez sólo era el viento y el hielo.

—¡Aayyy! —gritó Imnak de pronto señalando hacia arriba. Arlene soltó un grito.

Entre los sutiles y trémulos hilos de luz en el cielo, a varios kilómetros de altura, por un instante se perfiló claramente el gigantesco y horrible rostro de un kur.

Imnak se quedó mirándolo en silencio, y yo también. Poalu no dijo nada. Audrey gritó y se dio la vuelta. Arlene permaneció a mi lado aferrada a mi brazo.

No había error posible. Aquel rostro recortado entre la luz y las tinieblas era el rostro de un kur. Era peludo. Sus ojos parecían arder como si hubiera un fuego encendido tras ellos. Tenía la nariz distendida. El rostro frunció los labios enseñando los colmillos en un gesto de anticipación, de placer. Luego echó atrás las orejas. Y entonces la cara se desvaneció y desapareció, los ojos lo último, tan súbitamente

como había aparecido. Yo había visto que una de las orejas estaba medio arrancada. Entonces desaparecieron también las luces, y sólo quedaron las estrellas y la noche polar sobre el desolado horizonte.

—¿Qué era eso? —preguntó Arlene.

—Era aquel al que tú servías —le dije.

—¡No, no!

—Debía ser una señal para que volviéramos atrás —dijo Poalu.

—No —dijo Imnak.

—¿No crees que es un signo? —preguntó ella.

—Creo que es un signo.

—¡Debemos volver atrás! —exclamó Poalu.

—Creo que significaba que es demasiado tarde para volvernos atrás —dijo Imnak.

—Creo que tienes razón, Imnak —le dije.

Alcé los ojos al cielo. Era demasiado tarde para volver atrás. Sonreí para mí. Después de una larga búsqueda había llegado a la tierra de Zarendargar, a las cercanías del campamento de mi enemigo, a las cercanías del campamento de Media-Oreja.

—Imnak —dije—, creo que estoy a punto de encontrar al que buscaba.

—Tal vez él ya te ha encontrado —dijo él.

—Tal vez. Es difícil saberlo.

22. DEBO CONSERVAR LAS FUERZAS

Sentí unas manos pequeñas y suaves en mi cuerpo.

—Amo, amo —me dijo.

—Se está despertando —dijo una voz femenina.

Me sentía adormecido. No me resultaba fácil recuperar la consciencia. Sacudí la cabeza y volví a caer dormido.

Había tenido buenos sueños. Soñé con mis propias habitaciones, con esclavas vestidas de seda de placer, con calientes zorras goreanas perfumadas y encadenadas, sirviéndome y tocándome. Sus bocas, sus dedos, sus labios y lenguas me complacían. Algunas bailaban bien, otras me acariciaban con pericia.

—Amo —dijo una, y yo bebí el vino que me ofrecía y la envié a por más.

—Yo no sé bailar —gritaba otra, y yo la miraba y le rasgaba las sedas, y ella bailaba temblorosa.

Qué hermosas son las mujeres. Qué maravilla es que los hombres fuertes las hagan sus esclavas.

—Se está despertando —dijo la primera chica que me había hablado.

Era vagamente consciente de que estaba cálidamente tumbado sobre pieles. No entendía nada.

Abrí los ojos. El techo osciló por un momento, y luego pude centrar la vista. Era rojo.

Arlene estaba arrodillada a mi lado.

—Amo —me dijo. La miré. Nunca la había visto adornada con los hermosos cosméticos goreanos de esclava. Ya no llevaba mi correa al cuello; en su lugar llevaba una banda de acero, un collar goreano de esclava. Iba ataviada con una breve y lujuriosa prenda transparente de seda de esclava.

—Qué hermosa eres —le dije.

—Amo...

Cuadraba perfectamente con mis sueños. Si me la hubiera llevado conmigo a Puerto Kar así es como la habría ataviado para mi placer.

Miré a la otra chica.

—Amo —me susurró. Sacudí la cabeza para aclararla. La chica era rubia. Llevaba una curia y chatka de seda amarilla. La curia es una correa de seda amarilla atada alrededor del vientre y sobre la cadera izquierda. La chatka es una banda atada en la parte delantera de la curia, que pasa entre sus piernas y vuelve a atarse a la curia por detrás. Aquello era todo lo que la chica llevaba, salvo por un collar de esclava, como Arlene, y algunas cuentas, un brazalete y una pulsera al tobillo. Las dos chicas iban perfumadas. Qué excitantes eran. La rubia vino a mi lado arrastrándose y bajó la cabeza para besarme el vientre.

—Amo —gimió.

—Constance —dije. No la había visto desde que me hicieron prisionero en Lydius para llevarme al norte a trabajar en el muro. Una vez ella fue una mujer libre. Yo la había hecho mi esclava en los campos al sur de Lauria.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Amo —gimió besándome.

Alcé los ojos hacia el techo rojo. Ahora podía verlo claramente. Era de un rojo oscuro y cubierto de piel. El suelo también estaba cubierto de piel.

Grité de ira y me levanté de un salto. Me lancé con todo mi peso sobre los gruesos barrotes.

No pude romperlos. Rasgué la piel del suelo y encontré debajo planchas de metal soldadas. Alcé las manos para tocar el techo; también parecía de acero. En mi furia rasgué la piel de todas las paredes. La celda era un cubículo rectangular de unos tres metros por tres y de unos dos metros de altura. Las paredes eran de acero, y la puerta de barrotes.

Volví a lanzarme contra los barrotes, de unos cinco centímetros de grosor. La celda podía haber albergado a un kur; de hecho tal vez fue originalmente diseñada para eso.

Me di la vuelta para mirar a las chicas que, asustadas por mi furia se acurrucaban en el centro de la celda.

—No sé cómo nos han traído hasta aquí —dijo Arlene—. Yo me desperté con la seda de esclava y el collar, en unos corrales. Me trajeron a esta celda esta mañana.

—¿Dónde están Imnak y Poalu y Audrey? —grité.

—No lo sé —gimió ella.

—Constance —dije—, ¿dónde estamos?

—No lo sé —respondió—. Me encapucharon hace mucho tiempo en Lydius, cuando fuimos capturados. Me trajeron al norte en tarn y luego en trineo. Llevo varios meses aquí, nunca he visto el exterior.

—¿Dónde están nuestros carceleros? —le pregunté a Arlene.

—Sólo he visto hombres.

—Hay otros —dijo Constance con un estremecimiento—. Yo los he visto, bestias enormes pero ágiles.

—¿Ninguna de las dos sabe dónde estamos? —dije.

—No.

Me volví para mirar los barrotes. Más allá de ellos veía una gran sala, también recubierta de acero. En la sala había una puerta con una pequeña ventanilla también con barrotes.

—¿Sabes algo de este lugar, Constance? —pregunté.

—No —respondió—. Sé que es grande. No había estado en esta parte antes.

—Cuéntame más cosas.

—Hay poco que contar. Me trajeron aquí desde Lydius. También hay otras chicas.

—¿Esclavas? —pregunté.

—Sí, por lo que yo sé son esclavas con collar.

—¿Te tienen aquí para servir y entretener a la guarnición?

—Sí.

—¿Es muy numerosa la guarnición?

—No lo sé —dijo ella—. Otras cinco chicas y yo servimos a veinte hombres en una parte de este lugar. Nuestros movimientos están restringidos por cadenas encajadas en rieles. La cadena que nos atan al cuello tiene una bola en el extremo. La bola se encaja entre unos rieles. Cuanto más pequeña es la bola de la cadena más recorrido permite alcanzar, aunque sólo dentro de las áreas que cubren los rieles. Si la bola es un poco más grande, la esclava tendrá restringidas las áreas donde los rieles son más estrechos. Mis movimientos están considerablemente restringidos. La bola de mi cadena es de las más grandes, y por tanto de las más limitadas. Al principio quise explorar, pero mi cadena quedaba constantemente paralizada en los rieles. Sólo puedo moverme entre las salas de trabajo y las de placer.

—Seguramente os liberarán de las cadenas para trabajar y servir —dije.

—Por supuesto, pero entonces nos encierran en las salas de trabajo o en las de placer.

—¿Cuántas salas de trabajo o de placer hay aquí? —pregunté.

—No lo sé, pero hay más salas, aparte de las que yo sirvo.

—¿Entonces no puedes imaginar cuántos miembros componen la guarnición?

—Podrían ser un centenar, o un millar —dijo—. Yo y mis cinco hermanas de esclavitud servimos a veinte hombres.

—¿Son fáciles de complacer? —preguntó Arlene.

—No —dijo Constance.

—Espero que no me pongan contigo.

Constance se alzó de hombros.

—Los hombres a los que te destinan no serán más fáciles de complacer —dijo.

Arlene se estremeció.

—No temas, querida —dijo Constance—, pronto conocerás bien el látigo.

Arlene me miró horrorizada.

Yo no le presté atención. ¿Qué esperaba? Era una esclava.

—¿Y las bestias? —le pregunté a Constance.

—Tampoco conozco su número, pero creo que son menos que los hombres.

—Ahora mismo no llevas cadenas —dije.

—Esta mañana tampoco. Me trajeron aquí directamente de mi corral. Me arrojaron a esta celda cuando tú todavía estabas inconsciente. —Miró a Arlene con

poca simpatía—. Esta esclava —dijo poniendo énfasis en la palabra— ya estaba aquí. Luego cerraron la puerta.

—No entiendo por qué pusieron a esta esclava —Arlene también enfatizó la palabra— con nosotros.

—Las dos sois mías —le dije.

—Oh —dijo Arlene—. Es muy bonita. ¿La encuentras atractiva?

—Calla —dije.

—Sí, amo. —Arlene desvió la mirada.

—He echado de menos el contacto de mi amo —dijo Constance.

Arlene la miró furiosa.

—Has dicho que te han traído esta mañana —dije—. ¿Es por la mañana?

—Este lugar, a su modo es un mundo. Funciona en un día de doce divisiones. No sé cuánto dura cada división, creo que alrededor de un ahn.

Recordé los dispositivos de tiempo de la nave caída en el desierto de Tahari, unos dispositivos que controlaban la detonación de potentes explosivos. Estaban calibrados en doce divisiones, y yo pensé que se referían a los períodos de revolución y rotación del mundo original de los kurii. También suponía que las doce divisiones tendrían alguna relación remota con las matemáticas en base nueve que utilizaban los kurii. Así pues la fortaleza en la que me encontraba prisionero debería regirse por un reloj similar al que se utilizaba en las naves kur y en los distantes mundos de acero, un reloj que sin duda fue diseñado para su anterior mundo, destruido por guerras internas.

—Distinguimos la mañana de la noche por la iluminación de la fortaleza —dijo Constance—, que parece estar controlada por algún tipo de dispositivo que regula su intensidad. Las bestias suelen moverse por la noche. A veces oigo sus garras en el suelo fuera de mi corral. Ellos deben ver, aunque para el ojo humano sea muy oscuro.

Asentí. Los kurii tienden a ser animales nocturnos. La caza y el día comienza para ellos cuando caen las tinieblas.

Me agarré a los barrotes de la celda y los sacudí. No se movieron.

Oí el movimiento de una llave en la cerradura a unos metros de distancia, en la puerta que cerraba la habitación donde estaba nuestra jaula.

Me aparté de los barrotes. Tal vez así alguien se aproximara más a la celda y yo podría sorprenderlo. Arlene y Constante se arrodillaron a un lado detrás de mí. Era lo correcto. Eran esclavas.

El hombre estaba en el umbral, con el sombrío atavío de su casta.

—Veo que llevas el escarlata de los guerreros —dijo. Era cierto. Me había despertado con la túnica de mi casta. Me habían quitado las pieles.

—Y tú, amigo mío, vas vestido ahora con el atuendo propio de tu casta. —Llevaba el negro de los asesinos. Sobre el hombro izquierdo portaba una corta

espada.

—Te doy la bienvenida a nuestro humilde cuartel, compañero en las artes del acero —me dijo. Incliné cortésmente la cabeza. —Nos complace tenerte en nuestro poder —dijo—. Ha sido una estupidez que vinieras al norte. —Vine de visita.

—Sé bienvenido. —Sonrió. Entonces chasqueó los dedos. Una exquisita y pequeña esclava morena atravesó la puerta con una bandeja. Iba desnuda, a excepción de su collar y de una mordaza de cuero y metal. Tenía la boca cerrada. Vi las barras de metal que salían de los extremos de su boca. Es ésta una mordaza que se ata al cuello de la chica, y que ella no puede quitarse aunque lleve libres las manos. La esclava se arrodilló ante la puerta de la celda y bajó la cabeza hasta el suelo de acero. Pasó tras los barrotes los dos frascos que traía en la bandeja y luego pasó la bandeja por una abertura en la parte de abajo de la puerta. Luego volvió a bajar la cabeza al suelo, después se levantó y se alejó de espaldas. Miró a Drusus, que le indicó que saliera de la sala. Se apresuró a obedecer, descalza sobre las planchas de acero.

—Una preciosa esclava —dije—. ¿Por qué va amordazada?

—Me complace —dijo él.

—Por supuesto.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Drusus —dijo Arlene—. ¡Tienes que ayudarnos! —Una vez ella fue su superior.

Él la miró y ella retrocedió.

—Ella también es una preciosa esclava —dijo Drusus. Arlene intentó con las manos cubrir su cuerpo medio desnudo con la seda de placer.

—Es mía —dije.

—Yo la poseeré —dijo él.

—¿Ah, sí?

—Sí. Fue traída a Gor con el propósito de que estuviera a mis pies. Yo la elegí de entre varias mujeres destinadas a ser esclavas.

—Ya veo —dije.

—Tal vez deberías unir tus fuerzas a las nuestras —dijo Drusus—. Los kurii son generosos con las mujeres.

—Yo soy de los guerreros —dije—. Cogeré mediante la espada a la mujer que me plazca.

—Por supuesto —dijo él. Seguía mirando a Arlene, que bajó temblorosa la cabeza.

—También tengo la intención de conservar mediante la espada a la mujer que me plazca —dije mirando a Arlene—. Y de momento ésta me place.

Ella me miró asustada.

—Ya veremos —dijo Drusus.

Yo le miré detrás de los barrotes.

—Únete a nosotros —me dijo.

—No.

—Tu amigo Imnak se ha unido a nosotros.

—No te creo.

Drusus se encogió de hombros.

—Los kurii son generosos con las mujeres... y con el oro. —tras decir esto se dio la vuelta para marcharse.

—Quiero ver a Zarendargar —dije—. Media-Oreja.

—Nadie le ve —dijo Drusus. Luego volvió a darse la vuelta. Se cerró la pesada puerta de hierro.

Me volví para mirar a las chicas. Entonces golpeé a Arlene.

—Tú le has hablado a Drusus —dije.

—Sí.

—Has llamado a un hombre libre por su nombre. Y además has hablado sin permiso.

—Perdóname, amo.

La derribé de un golpe.

—Amo —dijo Constance—, aquí hay comida.

Me sirvió la carne caliente de bosko, pan amarillo, cálido y fresco, y vino. Luego, después de servirme, mezcló el agua y las gachas que también había traído la esclava morena. Después, arrodilladas a mi lado, las dos chicas se comieron las gachas con los dedos. Arlene me miraba por encima de su plato con los ojos llenos de lágrimas. Tenía sangre en el labio. Cuando terminó se acercó a mí. Yo estaba sentado con las piernas cruzadas y seguía comiendo. Se tumbó en el suelo de acero con el rostro junto a mi rodilla.

—Siento haberte disgustado, amo —dijo. Entonces se arrodilló a mi lado, cogió sus cabellos con la mano derecha y me limpió la grasa de la boca—. Lo siento, amo. —Nuestros labios estaban muy cerca. Le toqué los labios con la punta de la lengua. Algunos cosméticos de esclava están perfumados—. ¿Te gusta mi sabor, amo? —me preguntó.

—La barra de labios está perfumada —dije.

—Vuelve a probar a tu esclava —suplicó. Yo la besé agarrándole los brazos con fuerza.

—Besa mi boca con rudeza, con posesión, amo —suplicó—. ¡Oh! —gritó por la fuerza de mis manos en su brazo. Entonces la aparté de mí.

—¿Amo? —preguntó.

—Debo conservar mis fuerzas —dije—. Debo pensar.

Ella se apartó de mí arrastrándose. Yo me senté en medio de la celda con las

piernas cruzadas, en la postura del guerrero.

23. LA JAULA

Los hombres que iban a cada lado de la jaula llevaban unas armas que parecían fusiles y que disparaban unos dardos impelidos por gas. Supuse que tales armas se regían por los mismos principios del rifle. Al parecer se disparaban mediante un botón en la parte trasera del mástil. Cada hombre llevaba una bolsa en la cadera. Imaginé que en las bolsas llevaban entre otras cosas los misiles o dardos de las armas.

Me agarré a los barrotes de la jaula.

Dos hombres la hacían rodar por los pasillos. Detrás venía Drusus, también armado.

—¡Alto! —dijo Karjuk.

La jaula se detuvo.

—Saludos, alguien del sur —dijo.

—Saludos —respondí.

Karjuk había salido de una puerta lateral del pasillo. Llevaba pantalones de piel y botas, y varios collares. Iba con el torso desnudo. Llevaba una banda en la frente.

—Parece que te tenemos en una jaula —dijo—. Es donde deben estar los animales salvajes.

Yo me aferré a los barrotes. La jaula se sostenía sobre ocho ruedas revestidas de goma, y medía un metro por un metro. Tenía barrotes en las cuatro paredes y el techo y el suelo eran de acero.

—Fue muy fácil engañarte —dijo Karjuk.

—Tal vez no tan fácil —dije.

En la puerta por la que había salido Karjuk había un gran kur de piel blanca con anillos de oro en las orejas. Frunció los labios en el gesto kur de placer.

—Cuidado con el kur, mi aliado —dijo Karjuk—. Fue uno de los que atacaron a tu amigo Ram y que no pudieron acabar con él gracias a la intervención de los hombres de la aldea. Creíste que le había matado.

—No —dije—, no lo creí.

—¿No?

—No. Examiné la cabeza que trajiste al campamento. Las anillas de oro que aquella bestia de hielo tenía en las orejas eran más pequeñas y más brillantes que las que lleva esta bestia. Además, en sus orejas se veía que las anillas eran nuevas. Y por otra parte, del estado de la cabeza deduje que la bestia a la que pertenecía llevaba muerta al menos dos o tres días del sur. Además, la bestia de hielo que atacó a Ram se había comido al eslín de su trineo, y la que tú trajiste no tenía rastros de sangre en la lengua ni en la boca ni en la piel del hocico. En fin, que no era el mismo animal.

Karjuk me miró.

—¿Crees que no puedo distinguir un kur de otro? —pregunté. Los guerreros

estamos adiestrados en una aguda observación y retentiva. El conocimiento y comprensión de los detalles más sutiles puede significar a veces la diferencia entre la vida y la muerte.

—Tienes razón. Era la cabeza de una bestia de hielo que había muerto con anterioridad y en cuyas orejas habíamos puesto las anillas de oro.

—Por lo que he oído de tus habilidades en el hielo —añadí—, parecía poco probable que esa bestia se te hubiera escapado con anterioridad, o que te hubiera costado tanto tiempo atraparla.

—Me siento honrado —dijo Karjuk.

—Considerando todo esto, y el evidente engaño de la cabeza del kur, parecía claro que estabas aliado con los kurii y que además, la primera bestia y tú habíais estado viajando juntos. Los dos llegasteis casi al mismo tiempo a las proximidades del campamento.

—Eres muy listo.

—Por otra parte, durante nuestro viaje, Imnak y yo encontramos huellas e incluso llegamos a avistar a esta bestia —dije indicando al kur blanco. Karjuk me miró.

—Era muy torpe —dije. Me preguntaba hasta qué punto podría entenderme el kur. Vi sus ojos llamear y sus orejas echarse hacia atrás, lo cual me indicó que podía entender el goreano. Por tanto se trataba de un kur de una nave, preparado para entender el discurso humano. Seguramente también sería capaz de emitir sonidos inteligibles para los hombres; Karjuk y él habían de tener algún modo de comunicarse, y no vi ningún dispositivo de traducción en las cercanías. No sabía si la tecnología kur había alcanzado esta sofisticación.

—No está acostumbrado al hielo —dijo Karjuk excusándole—. Como ya habrás deducido, no es una de esas débiles bestias del hielo, sino otro tipo diferente de kur.

—Es un kur de nave —dije.

Karjuk parecía perplejo. Imaginé que no sabía nada de los remotos mundos de acero.

—De los mundos en el cielo —dije.

—¿Hay mundos en el cielo? —preguntó él.

—Sí.

—¿Están lejos?

—No tanto como muchos piensan.

—Si eres tan listo, ¿por qué me has seguido hasta el norte? —preguntó.

—Tengo asuntos en el norte —dije—. Tengo una cita con alguien llamado Zarendargar, Media-Oreja.

—Nadie le ve —dijo Karjuk.

—Tú eras el guardián.

—Soy el guardián.

—Has traicionado tu puesto.

—Mantengo mi puesto a mi manera.

—¿Dónde está Imnak?

—Él también está con nosotros.

—Eres un embustero —dije.

—¿Cómo crees que os atrapamos?

—¡Mentiroso! —grité. Tendí la mano a través de los barrotes para agarrarle la garganta, pero él dio un paso atrás—. ¡Embustero! —grité—. ¡Embustero!

Entonces volvieron a empujar la jaula por el pasillo.

—¡Traidor! —grité, volviéndome para mirar al enjuto Karjuk que estaba en el pasillo con el kur a su lado—. ¡Embustero! El se dio la vuelta y se metió en la habitación de la que había salido.

Drusus caminaba detrás de la jaula y de los hombres que la empujaban.

—Si no me equivoco —dijo—, se acerca tu amigo Imnak.

Yo me di la vuelta para mirar hacia adelante. Por el pasillo venía Imnak. Alzó la mano en un saludo a quince metros de distancia.

—¡Imnak! —grité.

Al igual que Karjuk, llevaba botas y pantalones, y también iba con el torso desnudo. Igualmente llevaba el pelo recogido en una cinta. Al cuello lucía varios pesados collares. Iba comiendo una pata de vulo asado. Detrás de él venían tres chicas vestidas con las sedas de placer Poalu llevaba una breve túnica de seda amarilla, y Audrey y Bárbara vestían sedas rojas. Iban descalzas y con collar, y adornadas con cosméticos. Llevaban brazaletes en las muñecas y los tobillos.

—Saludos, Tarl, que cazas conmigo —dijo Imnak con una ancha sonrisa.

—A ti también te han capturado —dije.

—No. No me han capturado. Te han capturado a ti.

—No lo entiendo —dije.

—Aquí hace mucho calor —dijo Imnak mordiendo la pata de vulo.

—¿Cómo es que estás libre? —pregunté.

—¿Por qué crees que hará tanto calor aquí?

—Tú estabas de vigilancia —dije.

—Vigilaba para Karjuk —dijo él.

—¿Por qué no estás en una jaula como yo?

—Tal vez yo sea más listo que tú.

Le miré.

—¿Por qué tendría que estar en una jaula? —preguntó Imnak—. No lo entiendo.

—Te han capturado.

—No, es a ti a quien han capturado.

—Me querían hacer creer que me habías traicionado, Imnak —dije.

—¿Y tú no les has creído? —dijo él.

—Por supuesto que no.

—Yo en tu lugar sometería el asunto a nuevas consideraciones —dijo Imnak.

—No —dije—. ¡No!

—Espero que no permitas que esto interfiera en nuestra amistad —dijo Imnak preocupado.

—Por supuesto que no.

—Eso está bien.

—Es extraño, Imnak —dije—. Sentiría deseos de matar a cualquier otro hombre que estuviera en tu posición, y sin embargo contigo me resulta difícil incluso enfadarme.

—Eso es porque soy un gran tipo —dijo Imnak—, cualquiera en el campamento te lo dirá. Soy muy popular. Lo único es que no puedo cantar.

—Pero no eres leal —dije.

—Por supuesto que soy leal —dijo Imnak—. Todo depende de a quién ofrezca mi lealtad.

—Nunca lo había pensado de ese modo —dije—. Supongo que eres leal a Imnak.

—Es un gran tipo al que ofrecer lealtad —dijo Imnak—. Es amable y genial, y es popular en el campamento.

—Espero que estés orgulloso de ti mismo.

Imnak se encogió de hombros.

—Es cierto que soy muy bueno para muchas cosas —dijo.

—Entre ellas, la traición.

—No seas cáustico, Tarl que cazas conmigo —dijo Imnak—. Hablé con Karjuk, esto es lo mejor que podíamos hacer.

—Yo confiaba en ti.

—En caso contrario las cosas habrían sido más difíciles para mí —admitió Imnak. Miré a Bárbara con sus sedas rojas.

—Estábamos preocupados por ti —le dije.

—Yo no —dijo Imnak.

—Fui capturada por una bestia de hielo, o algo parecido a una bestia de hielo —dijo ella—. Tenía anillas en las orejas, y parecía aliada con Karjuk. Me trajeron aquí. Luego llegó Imnak, y me devolvieron a él.

—Eres muy hermosa —dije.

—Gracias, amo.

—Tú también, Audrey —dije mirándola.

—Esta chica se alegra de que un hombre libre la encuentre agradable —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Hemos de seguir nuestro camino —dijo Drusus.

—Te deseo suerte, Tarl, que cazas conmigo. —Imnak alzó la pata de vulo asado en ademán de saludo.

No hablé más con él. Cuatro individuos empujaron mi jaula. No miré hacia atrás.

—El oro compra a cualquier hombre —dijo Drusus. Llevaba la espada al cinto. En la mano derecha sostenía aquella arma ligera y alargada—. A cualquier hombre. —Yo no respondí. Me aferré amargamente a los barrotes de la jaula que avanzaba lentamente por el largo pasillo de acero.

24. LA ARENA

Había dos pequeñas plataformas circulares. En cada una de ellas había una chica vestida con la clásica túnica larga y blanca. Ninguna llevaba collar, pero sí joyas. Cada una llevaba una corona, y sus atuendos, aunque simples, eran ricos. Podían haber sido ubaras. Pero se adivinaba que iban desnudas bajo las túnicas. En cada plataforma había un poste de acero de un metro de altura al que estaban encadenadas las muchachas por las muñecas. A sus pies había un collar de esclava con un poco de seda anudado en él.

Una de estas chicas había sido lady Tina de Lydius, a la que Ram había esclavizado. La otra era Arlene.

Uno de los hombres de los kurii bajó a la arena, entre las dos plataformas. Iba armado con la corta espada goreana.

Al otro lado de mi jaula había otra en la que estaba encerrado Ram, al que no había visto en varios días, desde que la tormenta nos separó.

Me alegró mucho que estuviera vivo.

Se abrió la jaula de Ram y él salió a la arena. Le dieron una pequeña espada.

Ram cortó el aire un par de veces y luego dio un paso atrás. En el centro de la arena se alzaba un individuo vestido de marrón y negro, al parecer el uniforme de los hombres de los kurii.

Ram me miró.

—Te deseo suerte —le dije. Él sonrió.

Miré al pequeño anfiteatro. Había unos cien hombres. Se hacían apuestas.

Yo sabía que Ram era hábil, pero no sabía hasta qué punto.

Detrás de mi jaula había un espejo. No comprendía por qué estaba allí.

Supuse que los kurii estarían observando detrás de él. Debía ser un espejo unidireccional.

El hombre que estaba en el centro de la arena habló con los dos combatientes que estaban cerca de él.

No habló mucho.

Las reglas de este deporte son simples. Son las reglas de la guerra.

El hecho de que haya en juego una mujer, o algo de oro, anima la contienda. Pero los hombres no hacen estas cosas por las mujeres o el oro, sino por la diversión.

Entonces los combatientes se separaron.

—Que cada uno ponga el talón derecho sobre el círculo de madera de la arena —dijo el hombre del centro.

Ram y el otro individuo obedecieron y quedaron enfrentados el uno al otro, separados por unos seis metros.

—¡Luchad! —dijo el hombre en el centro de la arena.

—Excelente —suspiré para mis adentros. Admiré la habilidad de Ram. El otro individuo era bueno, pero no fue un gran rival. En pocos momentos Ram limpiaba su espada en la túnica del hombre que yacía a sus pies. Yo era más rápido que Ram, pero sus reflejos eran poco corrientes incluso entre los guerreros. Me habría gustado que estuviera a mi servicio. Ahora ya no dudaba de que antes de su exilio en Teletus, y a pesar de que él dijera lo contrario, su túnica había sido escarlata.

—Bien hecho, guerrero —le grité. Él alzó su espada para saludarme.

Liberaron a Tina del poste y ella corrió hacia él, pero se detuvo con la punta de la espada en su vientre. Le miró atónita. Él no iba a permitir que le tocara vestida como una mujer libre. Con la espada le indicó que se despojara de la túnica, las joyas y la corona. Entonces él le arrojó el trozo de seda que estaba atado en el collar de esclava abierto que ella había tenido a los pies. Cuando se arrodilló, él cerró rudamente el collar en su cuello. Luego la tomó en sus brazos como lo que era: su esclava. Entonces Ram vio las armas que le apuntaban, y riendo puso a un lado a la esclava y tiró la espada a la arena. Volvieron a encerrarlo en su jaula y Tina fue de nuevo atada al poste, donde tuvo que arrodillarse, ya que ahora llevaba el collar de esclava.

Abrieron la puerta de mi jaula y me pusieron en las manos una espada corta.

Tenía buen peso, no era mala.

Me alegré al ver que el mismo Drusus esperaba en la arena.

—He esperado mucho para enfrentarme a ti de este modo —dijo.

Yo le observé, medí sus movimientos, sus ojos. Poco pude averiguar.

Parecía lento, pero yo sabía que no se había ganado su atuendo con lentitud de reflejos. El entrenamiento de los asesinos es duro y cruel. No es un fácil adversario quien viste el negro de esta casta. Los candidatos para la casta se eligen con gran cuidado, y sólo uno de cada diez completa el curso de instrucción. Se supone que los candidatos que fallan son asesinados, por los secretos que han aprendido. No se permite abandonar la casta. El entrenamiento tiene lugar por parejas, unas parejas contra otras; así se estimula la amistad. Luego, en el entrenamiento final, cada miembro de una pareja ha de combatir contra el otro. Cuando uno ha matado a su propio amigo le resulta más fácil comprender el significado del negro. Cuando uno ha matado a su propio amigo, es difícil que su corazón muestre piedad por otro hombre. Uno se queda solo con el oro y el acero.

Los asesinos se escogen entre individuos tal vez caracterizados por una rapidez poco común, por gran fuerza y habilidad, y por egoísmo. Luego, estas características les convierten en hombres crueles, leales a códigos secretos cuyo contenido no se atreven ni a imaginar la mayoría de los hombres.

Drusus me miraba.

Yo no olvidaba que había sobrevivido al entrenamiento de los asesinos.

Estábamos en el centro de la arena, junto al otro hombre.

De pronto la hoja de Drusus saltó hacia mí. Yo la rechacé; ya esperaba el golpe.

El otro hombre sobre la arena parecía perplejo. Ram gritó de furia desde su jaula. Las chicas jadearon. Uno o dos hombres de la multitud chillaron con entusiasmo.

—Eres hábil —le dije a Drusus.

—Tú también.

El hombre del centro de la arena se alejó de nosotros.

—Colocad el talón derecho en el círculo de madera de la arena —dijo con voz trémula.

Así lo hicimos.

—¿Cómo vas a hacerlo ahora que no tienes ningún oscuro umbral del que salir? —le pregunté a Drusus.

Él no me respondió.

—Tal vez alguno de los hombres del público me matará por la espalda —sugerí.

El rostro de Drusus no mostraba emoción alguna.

—¿Tal vez tienes la espada envenenada? —pregunté.

—Mi casta no hace uso del veneno.

Entonces vi que no iba a ser fácil alterarle para hacerle más torpe.

—Luchad —dijo el juez.

Nos encontramos en el centro. Nuestras espadas entrechocaron.

—He recibido entrenamiento en la ciudad de Ko-ro-ba —dije.

Las espadas chocaron.

—¿Cuál es tu Piedra del Hogar? —quise saber.

—¿Crees que soy tan estúpido para hablar contigo? —exclamó él.

—Si no recuerdo mal, los asesinos no tienen Piedra del Hogar. Supongo que es uno de los inconvenientes de la casta, pero si tuvierais Piedra del Hogar tal vez os resultaría difícil matar a aquellos que la compartieran con vosotros.

Rechacé su espada.

—Eres más rápido de lo que pensaba —dije.

Nuestras espadas chocaron con presteza. Luego nos apartamos sin dejar de mantenernos en guardia.

—Algunos piensan que la casta de los asesinos cumple un servicio —dije—, pero yo creo que es difícil tomarse eso en serio. Supongo que los asesinos pueden contratarse al servicio de la justicia, pero también es fácil contratarlos al servicio de cualquier cosa. —Le miré—. ¿Tenéis principios?

Él se movió con gran rapidez.

—Al parecer seguir vivo no es uno de ellos —dije.

Él retrocedió asombrado.

—Has abierto la guardia por un momento —dije. Él lo sabía, y yo también, pero quería que también lo supiera la gente de las gradas. A veces es difícil ver estas cosas

desde ciertos ángulos.

Hubo algunos gritos entre el público. No creían lo que yo había dicho.

Ahora atacué a Drusus. Él mantuvo la guardia cerrada, cubriéndose bien. Es difícil darle a un hombre que está a la defensiva.

Ahora abucheaban a Drusus desde las gradas. Drusus comenzó a sudar.

—¿Es cierto que para ganar el negro de tu casta tuviste que matar a tu amigo? —pregunté.

Renové el ataque, pero de forma comedida. Él se defendía bien.

—¿Cómo se llamaba? —dije.

—¡Kurnock! —gritó de pronto con enfado al tiempo que se arrojaba sobre mí.

Yo le derribé de un golpe sobre la arena y apunté mi espada contra su cuello.

Luego di un paso atrás.

—Levanta —dije—. Ahora vamos a luchar en serio.

Se puso en pie de un salto. Y entonces le di una lección en el uso de la espada goreana.

La multitud guardaba silencio.

Entonces Drusus, ensangrentado y tembloroso, se tambaleó. Le había herido a placer, en varios sitios.

Ya no podía ni alzar la hoja. La sangre le corría por el brazo y goteaba en la arena.

Miré al espejo en la pared, y alcé mi espada hacia esa invisible ventana en el gesto del saludo del guerrero goreano. Luego me di la vuelta para mirar a Drusus.

—Mátame —dijo—. Ya he fallado dos veces a mi casta.

Yo alcé la espada para golpearle.

—Seré rápido —le dije.

Pero dejé suspendida la espada.

—Que así se repare la deuda con el hombre llamado Kurnock —dije.

—Ésa fue la primera vez que le fallé a mi casta —dijo Drusus.

—No entiendo.

—No maté a Kurnock —dijo Drusus—. No era contendiente para mí, y no tuve la sangre fría de matarle.

Le tendí la espada al otro hombre que había en la arena.

—¡Mátame! —gritó Drusus.

—¿Crees que un guerrero puede mostrar menos piedad que un asesino? —pregunté.

—Mátame —gimió Drusus. Entonces cayó en la arena, debido a la pérdida de sangre.

—Es demasiado débil para ser un asesino —dije yo—. Llévao.

Se llevaron a Drusus de la arena, y luego liberaron a Arlene.

Ella bajó con orgullo de la plataforma y se irguió ante mí.

Sin decir una palabra se despojó de las joyas, los collares y la corona y los arrojó en la arena. Luego se quitó la túnica y se irguió ante mí, orgullosa y bonita, absolutamente desnuda. Luego se dio la vuelta y se dirigió al pie de la pequeña plataforma, cogió el collar de esclava y volvió junto a mí. Se arrodilló ante mí y me lo tendió.

—Ponle el collar a tu esclava, amo —dijo.

Yo le cerré el collar en torno al cuello, con rudeza. Ella se volvió hacia las gradas con lágrimas en los ojos.

—¡Es mi amo! —gritó con orgullo.

Entonces me apuntaron aquellas armas lanzadoras de dardos.

—Vuelve a la jaula —dijo el hombre que había arbitrado los combates.

—¡Esperad! —dijo un hombre desde las gradas—. ¡Mirad!

Alzamos la vista y vimos una luz roja parpadeando bajo el espejo.

—Excelente —dijo el juez o arbitro de los combates.

Abrieron la jaula de Ram y volvieron a darle una espada. También a mí me devolvieron la espada.

Ram arrojó al suelo la suya.

—Es mi amigo —dijo—. No voy a luchar contra él.

—Coge tu espada —le dije a Ram. Miré a las gradas.

—No voy a luchar contigo —dijo—. Antes me tienen que matar.

—Estoy seguro de que están deseando hacerlo —dije—. Recoge tu espada.

Ram también miró hacia las gradas.

—Ya veo que tienen ganas de ver sangre.

—Pues no les decepcionemos —dije.

Ram me miró y luego, para placer de la multitud, recogió su espada.

—¡No debes luchar contra él, amo! —gritó Arlene.

—No luchéis —grito Tina.

Habían vuelto a atar a Arlene al poste de hierro, arrodillada, igual que Tina, y con las manos alzadas.

—¡Silencio, esclava! —le dijo Ram a Tina.

—¡Silencio, esclava! —le dije a Arlene.

Ram y yo nos encontramos en el centro de la arena.

Después de un momento, se retiró el hombre que estaba con nosotros.

—Poned el talón derecho en el círculo de madera —dijo con una sonrisa.

Yo miré hacia las gradas. Pude ver unas seis armas alargadas. Pero la mayoría de los hombres iban armados con espadas cortas.

Miré a Ram al otro extremo de la arena. Alzamos nuestras espadas en un saludo.

—¡Luchad! —gritó el juez del combate.

Salté hacia las gradas a golpe de espada, dirigiéndome hacia aquellos que tenían

las armas alargadas. Ram, por su extremo, se abría paso hacia arriba a estocadas. Todo eran gritos y sangre. Me quité a dos hombres de encima. Cayeron dos armas alargadas; le corté el cuello a un hombre que intentaba coger una. Dos hombres saltaron sobre mí, haciéndome caer. Oí cómo se desenvainaban las espadas. Las chicas gritaban. Más hombres cayeron, luchando por levantarse y coger sus armas. Oí un extraño siseo y algo pasó rozándome la cabeza para ir a estrellarse en la arena. Un momento más tarde hubo una explosión en la arena que hizo saltar astillas de madera. Me liberé de los hombres que tenía encima y hundí mi espada en uno de ellos. Salté a un lado para enfrentarme a cuatro hombres que luchaban con Ram. Ram había perdido su espada, y se libró de sus enemigos con un salto. Otra descarga de humo paso junto a mí, y casi en el mismo instante vi un dardo hincarse en la pared de acero, y luego una explosión que dejó un agujero negro en ella. Le lancé una espada a Ram, y con la mía atravesé al hombre que había sido el juez de los combates. Oí dos siseos más y vi una explosión en las gradas y un dardo desaparecer en el cuerpo de un hombre que explotó al instante.

Entonces me di cuenta del gas blanco que emanaba del techo. Me abrí camino hasta la puerta e intenté abrirla. Era de acero y estaba bien cerrada. El gas me cegaba y me hacía toser. Me aparté de la puerta y atravesé a otro hombre con la espada. Vi a Tina y Arlene atadas a los postes de hierro. Agonizaban intentando respirar. Grité llamando a Ram mientras me defendía de dos hombres que me atacaban entre la niebla blanca; en un momento desaparecieron. Oí que un hombre aporreaba la puerta de metal.

—¡Dejadnos salir! —gritaba.

Vi que Tina y Arlene caían inconscientes junto a los postes. Vi a otro hombre desmayarse en las gradas, y luego otro. Miré hacia el espejo en el muro. En él se veía reflejado el gas blanco. Me defendí de un nuevo ataque; el hombre retrocedió ensangrentado. Ahora cuatro hombres más cayeron entre las gradas. Un hombre intentaba apuntarme con una de las armas alargadas, pero no tuvo tiempo. Me arrojé sobre la arena, tiré la espada y cogí una de las armas. Me levanté intentando ver algo a través de la niebla. El hombre sobre las gradas tenía el arma al hombro, pero no la disparó. Mi dedo vacilaba sobre el botón detonador. El hombre se tambaleó y cayó inconsciente. Miré a mí alrededor intentando ver. Ram yacía en la arena cerca de mí. Yo era el único hombre que quedaba en pie. Me tambaleé, y luego me erguí sacudiendo la cabeza para aclararla. El gas era muy espeso. Luché por alzar el arma hacia el espejo. Luego caí inconsciente en la arena.

25. MEDIA-OREJA

—Aquí —dijo el hombre con el uniforme marrón y negro de los esbirros de los kurii. Estaba indicando la puerta de metal.

Dos hombres me habían conducido por los pasillos de acero. Ninguno de ellos iba armado, ni yo tampoco.

Uno de los hombres abrió la puerta metálica y luego se hizo a un lado para dejarme paso.

Yo traspasé el umbral y la puerta se cerró a mis espaldas.

Miré la habitación. El techo era una cúpula de unos ocho metros de altura. El mobiliario era simple; había pocos objetos, la mayoría junto a las paredes. Algunas mesas y sillas y cómodas y estanterías, pero ninguna silla. También vi unos baúles a un lado. Yo estaba sobre una espesa alfombra. La habitación estaba bastante oscura, pero aún podía ver. A un lado me pareció distinguir una vasija de agua. También había algunas ventanas, aunque no pensaba que se abrieran al exterior. No pude ver el blanquecino hielo detrás de ellas, ni la luz de las estrellas. Por el tacto determiné que la pared de mi derecha estaba cubierta de una especie de tapiz. Pensé que algo que tuviera buenas garras podría trepar por ella. Sobre una de las mesas de la habitación había un objeto que parecía una caja. En el centro de la sala había una ancha plataforma circular sobre la que algo yacía.

Me senté con las piernas cruzadas a unos dos metros de la plataforma y esperé.

Observaba el objeto situado sobre ella. Era grande y peludo, y estaba vivo.

En principio yo no sabía si había algo más sobre la plataforma, pero luego vi que sólo había una cosa. No me había dado cuenta de que era tan grande.

Me quedé sentado muy quieto observándolo respirar.

Al cabo de un rato se despertó, y luego se sentó sobre la plataforma y me miró pestañeando. Las pupilas de sus ojos eran como lunas nuevas. Bostezó. Vi la doble fila de colmillos en su boca. Pestañeó de nuevo y comenzó a relamerse. Su larga y oscura lengua pasaba por la piel de su boca. Se dio la vuelta, fue hacia un rincón de la habitación y orinó. Luego, fue hasta la vasija de agua, metió las manos en ella y se echó agua en la cara. Después bebió. Con la garra me hizo un gesto para que me acercara, indicando que yo también podía beber. Me agaché, cogí un poco de agua con la mano y bebí. Nos miramos el uno al otro, cada uno a un lado de la vasija.

El animal se apartó de la vasija.

Luego se dirigió a la pared y arañó el tapiz con las garras. Después comenzó a rascarse contra el muro. Luego se alzó sobre las patas y me miró. Medía casi tres metros de altura. Se dejó caer entonces sobre las cuatro patas y caminó hacia la mesa donde reposaba el oscuro objeto con apariencia de caja.

Apretó una especie de interruptor. Emitía unos sonidos guturales e inquisitivos,

que en nada se parecían a los sonidos humanos. Me recordaron los rugidos de un tigre de Bengala. El aparato vocal de la bestia no era de origen terrestre. Sus gruñidos se parecían más al ronquido del jabalí, al siseo de la serpiente. Era espeluznante oír aquellos ruidos y saber que formaban un discurso.

Luego la bestia quedó en silencio.

—¿Tienes hambre? —oí. Las palabras procedían de la oscura caja sobre la mesa. Era un traductor.

—No especialmente —dije.

Después de un momento surgió de la caja una serie de sonidos parecidos a un aullido. Sonreí.

La bestia se encogió de hombros, caminó hasta un extremo de la habitación y apretó un interruptor.

Se deslizó un panel metálico. Oí un chillido y vi a un pequeño lart salir de la abertura. Todo sucedió muy rápido. La garra de la bestia se cerró sobre el lart y lo alzó hasta su boca. Le mordió el cuello rompiéndole la espina dorsal. El lart, ya muerto, se agitaba espasmódicamente en su boca. Luego, delicadamente y sin dejar de mirarme, cogió con la zarpa varios órganos que había en el suelo. En un momento se sacó el animal de la boca y comenzó a comérselo con aire ausente.

—¿No asas tu comida? —pregunté.

El traductor procesó los sonidos humanos y emitió los correspondientes fonemas del lenguaje kur.

La bestia respondió.

—A veces —dijo. Me miró—. La carne asada debilita las mandíbulas.

—El fuego y la carne asada —dije yo— hacen posible unas mandíbulas y unos dientes más pequeños, permitiendo así una menor musculatura craneal que genera el desarrollo de una caja craneal mayor.

—Nuestras cajas craneales son mayores que las de los humanos —dijo—. Nuestra anatomía no podría soportar un mayor desarrollo craneal. En nuestra historia, como en la vuestra, se ha ido seleccionando una mayor capacidad craneal.

—¿De qué forma?

—Con las matanzas.

—¿El kur no es un animal social? —pregunté.

—Es un animal social, pero no del mismo modo que los humanos.

—Tal vez eso sea un inconveniente.

—Tiene sus ventajas. El kur puede vivir solo, no necesita al rebaño.

—Pero seguramente, en tiempos ancestrales, los kurii vivieron juntos —dije.

—Sí. —Me miró sin dejar de masticar—. Pero eso fue hace mucho tiempo. Nuestra civilización tiene cientos de miles de años. En la noche de nuestra prehistoria surgieron pequeñas bandas de las cavernas y los bosques. Eso fue el comienzo.

—¿Cómo puede tener civilización un animal así? —pregunté.

—Disciplina.

—Eso es un hilo muy débil para contener esos fieros y poderosos instintos.

La bestia me tendió una pata del lart.

—Es cierto —dijo—. Nos entiendes bien.

Cogí la carne y la mordí. Estaba fresca, cálida, aún húmeda de sangre.

—¿Te gusta o no? —preguntó la bestia.

—Sí.

—Ya ves que no eres tan distinto de nosotros.

—Nunca dije que lo fuera.

—¿No es la civilización un gran logro, tanto para tu especie como para la mía?

—Tal vez —dije.

—¿Son los hilos de los que depende vuestra supervivencia más fuertes que aquellos que sostienen la nuestra? —preguntó.

—Tal vez no.

—Muy poco sé de los humanos, pero entiendo que la mayoría de ellos son mentirosos e hipócritas. Y no te incluyo en estas categorías.

Asentí.

—Se consideran animales civilizados, pero no son más que animales con una civilización, que no es lo mismo.

—Puede admitirse así —reconocí.

—Los hombres de la Tierra, que tengo entendido es tu planeta natal, son los más despreciables. Son cobardes que toman la debilidad por una virtud y consideran un mérito su falta de apetito, su incapacidad para sentir. Qué pequeños son. Cuanto más traicionan su propia naturaleza, más se felicitan por su perfección. Y ponen las consideraciones económicas por encima de todo. Su codicia me repugna.

—No todos los hombres de la Tierra son así —dije yo.

—Es un mundo que sólo sirve como alimento, y ni siquiera como alimento es muy bueno.

—¿Qué es lo que tú pones por encima de todo? —dije.

—La gloria. —Me miró—. ¿Puedes entender eso?

—Puedo entenderlo.

—Los dos somos soldados.

—¿Cómo es que un animal que carece de fuertes instintos sociales puede sentir interés por la gloria? —le pregunté.

—Supongo que es algo que proviene de las matanzas.

—¿Las matanzas?

—Incluso antes de los primeros grupos, nos reuníamos para el apareamiento y las matanzas. En los valles se formaban grandes círculos para observarlas.

—¿Luchabais por la hembras?

—Luchábamos por el placer de matar. De todas maneras, el apareamiento era una prerrogativa del vencedor. Tengo entendido que los humanos contáis con dos sexos entre los que se desarrollan las funciones pertinentes a la continuación de la especie.

—Sí, es cierto.

—Nosotros tenemos tres, o si lo prefieres, cuatro sexos. Está el dominante, que supongo que se correspondería al macho humano. El instinto del dominante le lleva a la matanza y el apareamiento. Luego hay una forma de kur que se parece ligeramente al dominante, pero que no interviene en las matanzas ni el apareamiento. Puedes considerar que son dos sexos. Luego está el ovulador, que es el que queda preñado. Esta forma de kur es más pequeña que el dominante o el no dominante de la forma no reproductora de kur.

—El ovulador es la hembra —dije.

—Si quieres llamarlo así —dijo la bestia—, pero poco después del embarazo, en una luna, el ovulador deposita la semilla fertilizada en una tercera forma de kur, que tiene boca, pero es flojo e inactivo. Estos kurii se adhieren a superficies duras, más bien como oscuras anémonas. El huevo se desarrolla dentro del cuerpo de la nodriza, y unos meses más tarde se abre camino hacia el exterior.

—No tiene madre —dije.

—No en el sentido humano. De todas maneras el recién nacido suele seguir al primer kur que ve, siempre que sea un ovulador o un no-dominante.

—¿Y si ve a un dominante?

—Si él mismo es un ovulador o un no-dominante, evitará al dominante —dijo—. Es algo lógico, puesto que el dominante puede matarlo.

—¿Y si él mismo es un dominante?

La bestia frunció los labios.

—Eso es lo que se espera. Si es un dominante y encuentra a otro dominante, enseñará los colmillos y sacará las garras.

—¿Y el dominante no lo matará?

—Tal vez más tarde, en las matanzas, cuando haya crecido —dijo—, pero no cuando es pequeño. De eso depende la continuación de la especie. El individuo debe ser probado en las matanzas.

—¿Tú eres un dominante? —pregunté.

—Por supuesto. —Luego añadió—: No te mataré por hacerme esa pregunta.

—No quería ofender —dije. Sus labios se relajaron—. —¿Son dominantes la mayoría de los kurii?

—La mayoría nacen dominantes —me dijo la bestia—, pero muchos no sobreviven a las matanzas.

—Parece sorprendente que haya tantos kurii.

—En absoluto. Los ovuladores son fecundados con mucha frecuencia, y hay muchas nodrizas. Dentro de la especie humana, una hembra tarda varios meses en dar a luz a un recién nacido. En el mismo período de tiempo un ovulador kur desarrolla de siete a ocho huevos.

—¿Los kurii no bebéis leche?

—Los jóvenes reciben sangre de la nodriza —dijo—. Cuando nacen no necesitan leche, sólo agua y proteínas.

—¿Nacen con colmillos?

—Por supuesto. Y un recién nacido es capaz de cazar y matar pequeños animales poco después de salir de la nodriza.

—¿Tienen inteligencia las nodrizas?

—No lo creemos.

—¿Pueden sentir?

—Sin duda poseen alguna forma de sensación. Se agitan cuando las matan o las queman.

—Pero en Gor hay kurii nativos —dijo—, o al menos sé que se han reproducido en este mundo.

—Algunas de las naves que vinieron originariamente a colonizar, trajeron representantes de todos nuestros sexos, con la excepción de los no-dominantes. A veces también nos las arreglamos para atraer ovuladores y nodrizas.

—Es una ventaja para vosotros que haya kurii nativos —dijo.

—Por supuesto, aunque rara vez son aliados útiles. Caen muy fácilmente en la barbarie. —Dejó el hueso con el que se limpiaba los dientes y lo arrojó, junto con los restos del lart, a un lado de la sala. Luego cogió un trapo de un cajón de la mesa y se limpió el hocico—. La civilización es frágil.

—¿Hay algún orden entre vuestros sexos? —le pregunté.

—Por supuesto, hay un orden biológico. La jerarquía es una función de la naturaleza. ¿Cómo podría ser de otro modo? Primero están los dominantes, luego los ovuladores, luego los no-dominantes y después las nodrizas, si es que se las considera kurii.

—La hembra u ovulador, ¿domina sobre los no-dominantes? —pregunté.

—Por supuesto, los no-dominantes son despreciables.

—Supón que un dominante queda victorioso en las matanzas, ¿qué ocurre entonces?

—Pueden ocurrir muchas cosas. Lo que suele hacer es indicar con un gesto los ovuladores que desea. Luego los ata juntos y los lleva a su cueva. Allí en la cueva los fertiliza y hace que le sirvan.

—¿Intentan los ovuladores huir?

—No, porque él los atraparé y los matará. Después de que quedan preñados

suelen quedarse con él, porque él es dominante.

—¿Y los no-dominantes?

—Se quedan fuera de la cueva hasta que el dominante ha terminado. Cuando sale de la cueva ellos se arrastran al interior con carne y regalos para las hembras, para que se les permita permanecer en la cueva como sirvientes del dominante. Sirven bajo las órdenes de las hembras y realizan la mayoría de los trabajos, incluido el cuidado de los jóvenes.

—No creo que quisiera ser un no-dominante —dije.

—Son totalmente despreciables. Sin embargo, a veces un no-dominante se convierte en dominante. Esto es algo difícil de entender. A veces ocurre cuando no hay dominantes en las proximidades. Otras, sin ninguna razón aparente, y a veces cuando un no-dominante es humillado y obligado a trabajar más allá de su nivel de tolerancia.

—Tal vez los no-dominantes no sean más que dominantes en potencia —dije.

—Tal vez. Es difícil saberlo.

—El hecho de que el apareamiento quede restringido a los dominantes junto con la selección en las matanzas, debe haber producido una especie altamente agresiva y salvaje.

—También es un hecho que tiende a producir una especie extremadamente inteligente —dijo el animal.

Yo asentí.

—Pero somos individuos civilizados. —El animal se puso en pie y fue hacia un armario—. No debes pensar en nosotros en términos de nuestro sangriento pasado.

—Entonces, en los mundos de acero ya no tenían lugar las matanzas y los fieros apareamientos —dije.

El animal se volvió para mirarme.

—Yo no he dicho eso —afirmó.

—¿Así pues las matanzas y los apareamientos continuaron en los mundos de acero?

—Por supuesto.

—Luego vuestro pasado también alcanza a los mundos de acero —dije.

—Sí. ¿No está el pasado siempre con nosotros?

—Tal vez.

La bestia volvió del armario con dos vasos y una botella.

—¿No es eso paga de Ar? —dije.

—¿No es uno de tus favoritos? Mira, tiene el sello del cervecero, Temus.

—Piensas en todo.

—Lo estaba guardando —me dijo.

—¿Para mí?

—Por supuesto. Confiaba en que llegaras hasta aquí.

—Me siento muy honrado.

—He esperado mucho para hablar contigo.

Sirvió dos vasos de paga y volvió a cerrar la botella. Alzamos los vasos y brindamos.

—Por nuestra guerra —dijo.

—Por nuestra guerra.

Bebimos.

—Ni siquiera puedo pronunciar tu nombre —dije.

—Basta con que me llames Zarendargar, un nombre que puede ser pronunciado por los seres humanos. O si lo prefieres, puedes llamarme simplemente Media-Oreja.

26. MI CONVERSACIÓN CON ZARENDARGAR

—¿Ves? —preguntó la bestia señalando hacia arriba, hacia lo que parecía un cielo estrellado sobre nuestras cabezas.

—Sí —dije. No reconocía la conjunción de los cielos.

—Ésa era nuestra estrella, una estrella amarilla de tamaño medio, de rotación lenta, con un sistema planetario, lo bastante pequeño para tener longevidad para albergar vida y lo bastante grande para contener una zona habitable.

—No como Tor-tu-gar, o el Sol —dijo—, la estrella común entre la Tierra y Gor.

—Justamente.

—Háblame de tu mundo.

—Mi mundo es de acero. —Parecía hablar con amargura.

—Tu viejo mundo.

—Nunca lo conocí, por supuesto —dijo—. Era un mundo lo bastante pequeño para permitir el escape de hidrógeno, y lo bastante grande para retener el oxígeno. Estaba a la distancia justa de la estrella para no ser una bola incandescente ni un esferoide congelado.

—Mantenía la temperatura necesaria para que el agua pudiera conservar su estado líquido —dije.

—Sí. Y se iniciaron los mecanismos de la evolución química, y se formaron las macromoléculas y las protocélulas.

—Los gases cambiaron, y el hidrógeno dominante en la atmósfera dejó paso a un gas con mayor componente de oxígeno —dije.

—Y se hizo verde.

—Y la vida comenzó a surgir.

—Y después de dos mil millones de años de matanzas y guerras, surgió mi pueblo —dijo la bestia—. Nosotros fuimos el triunfo de la evolución.

—Y la cúspide de vuestro mundo —dije.

—Nosotros no hablamos de lo que ocurrió —dijo él. Caminó hacia la pared, conectó con la garra un interruptor que hizo desvanecerse la proyección sobre el techo. Luego se volvió para mirarme—. Nuestro mundo era muy hermoso. Tendremos otro.

—Tal vez no.

—El ser humano ni siquiera puede matarnos con sus dientes —dijo.

Yo me encogí de hombros.

—Pero no discutamos. Me siento muy complacido de que estés aquí. Me gustas.

—Fuera, en el hielo, nos pareció ver en el cielo tu rostro entre luces —dije.

Frunció los labios.

—Lo visteis.

—Generalmente las luces se ven en otoño y primavera, cerca del tiempo de los equinoccios.

—Eres muy listo.

—Entonces, lo que vimos fue producido artificialmente.

—Sí, pero es algo similar al fenómeno natural. Se produce al saturar la atmósfera con ciertos patrones de partículas cargadas. Estos patrones pueden disponerse de forma que correspondan a caracteres alfabéticos, tanto en la lengua kur como en goreano, por ejemplo. Las luces, aparentemente un fenómeno natural, pueden pues utilizarse como un sistema de signos.

—Muy ingenioso.

—Yo hice que mi rostro se perfilara en las luces para honrarte y darte la bienvenida al norte —dijo.

Yo asentí.

—Tu fortaleza es ciertamente impresionante —le dije—. ¿Me la enseñarás?

—Puedo hacerlo sin salir de esta sala. —Entonces conectó varios diales que iluminaron pantallas en las paredes coordinadas por varias cámaras móviles. Mediante las cámaras y las pantallas comprendí la inmensidad del complejo.

—Muy impresionante —dije.

—Casi todo está automatizado —dijo la bestia—. Sólo tenemos aquí doscientos humanos y veinte individuos de nuestro pueblo.

—Eso es increíble.

—Fue muy simple minar y estabilizar giroscópicamente una isla de hielo. Hemos creado esto dentro del hielo; un iceberg flota en el mar sin llamar la atención.

—¿Querías cortar la migración hacia el norte de los tabuks para llevar a los cazadores rojos al sur y alejarlos de esta zona? —pregunté.

—Especialmente antes del invierno, época en la que podrían internarse mucho en el hielo hacia el norte.

—Aquí hay una increíble cantidad de almacenes —dije.

—Equipo eléctrico, explosivos, armas, suministros, vehículos, y mucho más.

—Debéis haber tardado años en montar esto.

—Es cierto. Pero hace muy poco tiempo que yo asumí el control.

—Entonces la invasión kur es inminente.

—No queremos arriesgar la gran flota —dijo—. Con este cuartel, sólo necesitamos traer algunas marchas hibernadas. —Una marcha es una expresión militar kur con la que designan doce batallones y sus oficiales. Son grupos de dos mil o dos mil doscientos animales.

—En doce horas kur, todas las ciudades de Gor pueden ser destruidas —dijo.

—¿Y los Reyes Sacerdotes?

—No creo que puedan resistir nuestro ataque.

—¿Estás seguro de eso?

—Estoy seguro —dijo frunciendo los labios sobre los colmillos—, aunque no del todo.

—¿Ésa es la razón de que no arriesguéis la gran flota?

—Por supuesto. Yo podría apresurar el desembarco de la gran flota. Pero yo no soy más que un simple soldado. Hay otros por encima de mí.

—Para la invasión, dados los suministros con que contáis aquí, bastaría con el desembarco de las tropas —dije.

—Sí, contando con que los Reyes Sacerdotes sean tan débiles como pensamos.

—¿Por qué piensas que son débiles?

—La Guerra del Nido —dijo—. Seguramente habrás oído hablar de ella.

—Algo he oído —dije.

—Creemos que es cierto. Ahora es el momento de que el Pueblo luche. —Me miró—. Pude hacer que te abrieran la cabeza o que te mataran o haberte sonsacado, pero al final solo habría sabido lo que tú crees que es verdad, y eso podría ser verdad o no.

Me encogí de hombros.

—Tú eres como un kur, por eso me gustas —me dijo. Me puso una pesada garra sobre el hombro—. Sería un error que murieras en la máquina de la verdad.

—En esta fortaleza hay muchos suministros valiosos. ¿Y si caen en manos de los Reyes Sacerdotes?

—Hay disposiciones para evitar tal cosa —dijo.

—Ya lo pensaba. —Sabía que las cámaras no me habían mostrado el complejo en su totalidad.

—¿Cómo son los Reyes Sacerdotes? —me preguntó la bestia—. ¿Son como nosotros?

—No, no son como nosotros.

—Deben ser cosas aterradoras.

Yo pensé en las delicadas criaturas doradas.

—Tal vez —dije.

—¿Tú has visto alguno? —me preguntó.

—Sí.

—¿No deseas hablar?

—No, preferiría no hablar.

Me puso las garras en los hombros.

—Bien —dijo—. Eres leal. No te presionaré.

—Gracias.

—Pero algún día lo sabremos.

Me encogí de hombros.

—Tal vez —dije—. No lo sé.

Volvimos a la mesa sobre la que reposaba el paga.

—¿Cómo fui capturado? —quise saber.

La bestia sirvió otros dos vasos.

—Fue muy simple. Introdujimos en tu refugio de nieve un gas que os dejó inconscientes.

—Imnak estaba de guardia.

—¿El cazador rojo?

—Sí.

—Karjuk habló con él, e Imnak, un tipo listo, cedió a consideraciones económicas y a la prudencia y se unió a nosotros en seguida.

—Nunca dudé que Imnak era un hombre decidido —dije.

—No seas cáustico.

—¿Qué pensarías tú si un kur traicionara a su propia raza? —le pregunté.

Me miró perplejo.

—Eso no puede ocurrir.

—Seguramente los kurii, en sus propias guerras, también han sido culpables de traición.

—Pero nunca con el hombre, nunca a favor de otras especies —dijo la bestia—. Eso es algo impensable.

—Entonces los kurii son más nobles que los hombres —dije.

—Eso es lo que creo, que en todos los aspectos los kurii son más nobles que los hombres. —Me miró—. Pero tú eres una excepción. Creo que tienes algo de kur.

—En la sala de los duelos había un gran espejo —dije.

—Un punto de observación.

—Eso pensé.

—Luchaste espléndidamente —dijo—. Eres muy hábil con esa pequeña arma.

—Gracias.

—Yo también soy hábil con las armas. Con las armas tradicionales de mi pueblo y también con las modernas.

—¿A pesar de vuestra tecnología mantenéis una tradición de duelos? —pregunté.

—Por supuesto. Y la tradición de los colmillos y las garras también sigue vigente.

—Por supuesto —dije.

—A mí no me entusiasman las armas modernas —dijo—. Puede utilizarlas un ovulador o incluso un no-dominante. Te mantienen a gran distancia de la presa. Pueden ser efectivas, y ésta es su justificación, pero en mi opinión son muy aburridas. Acaban con la inmediatez, con el gozo de la caza. Ése es su gran inconveniente. —Me miró—. ¿Qué puede compararse a la alegría de una victoria auténtica, de la victoria de verdad? Cuando uno ha arriesgado su vida abiertamente y luego, después

de una dura contienda, tiene al enemigo a sus pies, herido; y ensangrentado y agonizando, y puede matarle victorioso, ¿qué puede compararse a ese gozo?

Los ojos de la bestia llameaban. Luego esa fiera luz se desvaneció. Volvió a servir paga.

—Supongo que pocas cosas pueden compararse a eso —dije.

—En un tiempo, la guerra habrá terminado —dijo. Me miró—. Si sobrevivimos, ya no habrá lugar para gente como nosotros.

—Al menos nos habremos conocido —dije yo.

—Eso es cierto. ¿Quieres ver mis trofeos?

—Sí —respondí.

27. SALGO DE LA FORTALEZA

Hacía mucho frío en la habitación de acero que servía de umbral hacia el hielo del exterior.

Cerca de la pesada puerta circular estaba el kur de piel blanca con anillas en las orejas, el que había acompañado a Karjuk, el traidor de su pueblo. Llevaba unos arneses de cuero en la garra.

Me puse las pieles.

Me iban a sacar para matarme en el hielo, a cierta distancia de la fortaleza. Parecería que el eslín del trineo se había vuelto contra mí. Si me encontraban, pensarían que mi muerte se había debido a un accidente común. Como si me hubiera perdido en el norte, en una vana aventura destinada al fracaso en la que el único final lógico era un final sangriento. Si se organizaba mi búsqueda, terminaría con la aparición de mi cadáver congelado.

No encontrarían ningún eslín en el trineo, por supuesto.

La bestia ató los arneses sobre mí y yo me quedé esperando ante el trineo.

Sus dientes serían suficientes para aparentar las dentelladas sobre mi cuerpo de un eslín hambriento. Pero debía asegurarse de dejar bastantes restos que pudieran encontrar: algunos huesos, el trineo roto, restos de carne.

Me sentía complacido de haber conocido a Zarendargar o Media-Oreja. Habíamos hablado largamente.

Era extraño haber hablado con él, porque era una bestia.

Creo que sentía tener que enviarme al hielo para que el kur blanco me matara. Creo que Zarendargar o Media-Oreja era un soldado solitario, un auténtico soldado que había encontrado muy pocos a quienes confiar sus pensamientos o hablar. Creo que había pocos individuos, si es que había alguno, incluso dentro de su propia gente, con quienes pudiera conversar cálidamente, excitadamente, con detalle, como lo había hecho conmigo, de forma que una palabra sugiriera un párrafo, una mirada, una garra alzada dijeran algo que cualquier otro interlocutor tardaría horas en comprender. Media-Oreja parecía pensar que en cierto sentido nos parecíamos, a pesar de nuestros remotos orígenes y la diferencia de nuestras historias. ¡Qué idea tan descabellada! No puedes encontrar a tu propio hermano en un mundo alienígena.

La noche anterior me encerraron en mi celda, pero Media-Oreja se había encargado de que estuviera a gusto. Me habían traído delicadas viandas y vinos y pieles. También metieron en mi celda, para mi uso, dos esclavas perfumadas vestidas con las sedas de placer. Por la mañana, cuando vino a por mí el kur blanco, Arlene y Constance tuvieron que ser alejadas de la puerta a golpes de látigo. Se quedaron encerradas en mi celda. Estiraban los brazos entre los barrotes, gritando y llorando. Las apartaron de los barrotes a latigazos.

—¡Amo! —gritaban—. ¡Amo! El kur blanco cogió el picaporte que cerraría la pesada compuerta de acero.

—Saludos, Tarl, que cazas conmigo —dijo Imnak entrando en la habitación con una sonrisa. —Saludos, traidor —dije. —No seas rencoroso, Tarl que cazas conmigo. Uno debe mirar por sus intereses.

No dije nada.

—Quiero que sepas que yo, y todo el Pueblo, te estaremos eternamente agradecidos por haber liberado el tabuk —dijo.

—Es un pensamiento reconfortante.

—Seguramente en tus circunstancias te vendrá bien un pensamiento reconfortante —aventuró Imnak.

—Es cierto. —Era difícil enfadarse con Imnak.

—Te he traído algo de comer. —Alzó un saco.

—No, gracias.

—Pero tal vez sientas hambre antes de llegar a tu destino.

—No lo creo.

—Entonces tal vez a tu compañero le gustará tener algo que comer —dijo Imnak indicando al kur con un gesto de cabeza—. No debes ser egoísta. También deberías pensar en él.

—No creo que pueda olvidarle —dije.

—Coge la comida —dijo Imnak.

—No la quiero.

Imnak parecía sentirse herido.

De pronto me quedé atónito. Me dio un brinco el corazón.

—Al eslín le gusta —dijo Imnak esperanzadamente.

—Déjame verlo —dije. Miré dentro del saco—. Sí, me lo llevaré.

El kur volvió de la palanca que controlaba la compuerta que daba paso al exterior. Olió el saco y miró dentro. Cogió los trozos de carne del saco para comprobar que no contenía cuchillos ni armas. Se sintió satisfecho.

—Es para mí —le dije al kur.

El kur frunció los labios. Yo puse el saco en el trineo. Entonces el kur volvió a la palanca. La compuerta se abrió lentamente y yo vi la oscuridad y el hielo. La temperatura en la sala de acero bajó casi de inmediato unos treinta o cuarenta grados.

—Tal —dijo Imnak, no como despidiéndose, sino simplemente como un saludo.

—Tal —respondí.

El kur ocupó su lugar tras el trineo. Yo me incliné hacia delante echando mi peso sobre los arneses y arrastré el trineo sobre el acero y luego sobre el hielo.

28. LO QUE OCURRIÓ EN EL HIELO

Nos dirigimos hacia el norte. El viento soplaba con fuerza. El frío era intenso.

La fortaleza estaba a más de un ahn a nuestras espaldas.

—Tengo hambre —le dije al kur casi gritando mientras me señalaba la boca.

El kur frunció los labios y alzó el látigo. Volví a arrojar mi peso sobre el arnés.

Cuando salí de la fortaleza me había dado la vuelta para mirarla asombrado. Era una isla de hielo, de considerable tamaño. Se alzaba más de tres mil metros sobre la superficie de hielo en la que estaba anclada, y se extendía sobre ella probablemente unos siete kilómetros. Mediría unos cuatro pasangs de anchura. No era la única isla de estas características en las proximidades.

El kur había alzado el látigo y entonces yo continué avanzando, con las cumbres de la isla de hielo alzándose a mis espaldas.

Durante el verano, la habían estabilizado giroscópicamente. La flota invasora la localizaría por su posición.

Miré a las estrellas. Supuse que las naves ya estarían en camino hacia los puertos de Gor, con sus marchas hibernadas, los motores encendidos, silenciosas en el vacío espacial.

—Tengo hambre —le dije al kur.

Él frunció los labios, esta vez con un gruñido, enseñando los colmillos. Vi que estaba pensando en matarme. Pero si la situación lo permitía, obedecería las órdenes. No era una simple bestia de hielo, tal como parecía. Era un kur de nave, sometido a la disciplina de los mundos de acero. No me mataría hasta llegar al lugar y al momento que indicaran las instrucciones, a menos que yo lo forzara a ello. Pero estaba disgustado conmigo.

Le vi alzar el látigo. Por supuesto podría desgarrarme las pieles que llevaba, pero entonces yo no tardaría en congelarme; y además, la piel desgarrada desmentiría la hipótesis de que me había atacado un eslín. Podría matarme ahora, pero entonces él mismo tendría que tirar del trineo y llevar mi cuerpo hasta el lugar donde tenía que abandonarme.

El kur cogió el saco de carne. Yo quise arrebatárselo, pero él lo retiró frunciendo los labios sobre los colmillos. Luego se agachó junto al trineo, emitió un gruñido y alzó el látigo. Yo le miré fingiendo desmayo.

—¿Cómo puedo tirar del trineo con tanto peso? —dije—. Por favor...

Él metió la garra en el saco y cogió uno de los grandes trozos de carne. Me lo tendió, pero cuando fui a cogerlo lo retiró y me mostró los colmillos. Yo di un paso atrás. El kur se metió el gran trozo de carne en la boca y se lo tragó. Luego gruñó y alzó el látigo.

—Por favor —dije.

Sus ojos llamearon. Luego engulló otro pedazo de carne.

Entonces yo me di la vuelta y arrojé todo mi peso sobre los arneses, con gran esfuerzo. La bestia era muy pesada, y no era fácil tirar del trineo con su peso sobre él, por encima del hielo irregular.

Medio ahn más tarde, débil, con las piernas pesadas y la espalda dolorida, volví a girarme para mirar a la bestia. El kur volvió a rugir y alzó de nuevo el látigo. El saco que contenía la carne yacía sobre el trineo. La bestia parecía estar satisfecha. Tenía los ojos medio cerrados y estaba somnolienta.

Volví a tirar del trineo. Ahora no era más que una cuestión de tiempo.

Mi mayor temor era que la bestia almacenara la carne en su segundo estómago, en cuyo caso no sería digerida hasta que, por su voluntad, la comida pasara al auténtico estómago o estómago químico. Yo no sabía si había almacenado la carne en el segundo estómago. En primer lugar, en la fortaleza había suficiente comida, y los kurii no suelen almacenar en el cuerpo comida y agua en exceso a menos que prevean un período de escasez. La comida adicional es un exceso de peso y un obstáculo. En segundo lugar, la bestia parecía contenta y somnolienta, lo cual sugería que se había alimentado hasta quedar satisfecha.

De pronto, el trineo se hizo más ligero, porque el kur se había bajado de él. Me alarmé.

Estaba detrás del trineo, mirando a su alrededor. Estábamos en un lugar parecido a un valle, de unos cien metros de diámetro. Era un claro entre los riscos y cimas de hielo. Desde el aire sería fácilmente identificable, incluso desde una considerable altitud.

El kur parecía satisfecho. Comencé a sudar, y me bajé el cuello del anorak. Nadie desea sudar en el norte, nadie desea que el sudor se congele sobre el cuerpo o, peor aún, que se humedezcan las pieles y luego se congelen perdiendo su eficacia y además aumentando el peligro de desgarrar. Si no se arregla de inmediato, una grieta en las vestiduras puede ser peligrosa en extremo. En el norte, la aguja y el hilo pueden ser tan importantes como los medios para hacer fuego.

El kur frunció los labios, en una sonrisa kur, al ver mi gesto. Supongo que en aquellas circunstancias parecía una estupidez. Pero es una de esas cosas que se hacen sin pensar cuando uno está en el norte.

Miré el claro en el que estábamos. Miré el trineo tras nosotros.

Me parecía un buen sitio para que el kur realizara su horrible tarea. Estaba relativamente abierto, era fácilmente identificable y estaba considerablemente de la fortaleza.

El kur me dijo que me soltara los arneses.

El viento había cedido. Era un lugar frío y desolado. El kur frunció los labios y vi que escupía por la comisura de la boca. La saliva se congeló de inmediato, y el kur se

la sacudió con un movimiento de la garra. Su aliento era como niebla. Un sutil vapor le rodeaba allí donde el aire helado entraba en contacto con el calor de aquel cuerpo enorme y terrible. Me hizo un gesto de que me acercara.

Yo no obedecí.

De un manotazo apartó el trineo que estaba entre nosotros.

Volvió a indicarme con un gesto que me acercara, de nuevo hice caso omiso.

Le di la espalda. No era tan ingenuo como para pensar que podría escapar de un kur.

El kur se dejó caer sobre las cuatro patas. Vi que comenzaba a temblar de expectación. Entonces echó hacia atrás su enorme cabeza peluda y abrió las fauces, mostrando los largos colmillos blancos, y miró a las tres lunas de Gor. Entonces emitió un salvaje y espeluznante aullido hacia las lunas y el mundo congelado que nos rodeaba, hacia el hielo y el cielo y las estrellas. Supongo que los orígenes de ese aullido están perdidos en la antigüedad de la prehistoria del kur. Era el aullido del reto al mundo de un predador carnívoro. La bestia dio la vuelta un par de veces, feliz, casi a saltos; luego me miró de nuevo. Sacó las garras y arañó el suelo con placer. Me miró. Yo solté un chillido, pero de placer. Su respiración era agitada, apenas podía controlarla. Yo me alejé más.

Él me observaba, alerta, con placer. Gruñó suave pero intensamente, con excitación.

Entonces sus orejas se inclinaron hacia atrás. Yo retrocedí y el kur se lanzó rápidamente a por mí. Me debatí entre sus brazos. Vi sus ojos llameantes. Me alzó del hielo, queriéndome llevar hasta la boca. Me sostuvo en el aire mirándome por un momento. Entonces volvió a un lado la cabeza. Yo me debatía y me retorcí en vano. Sentía en mi rostro su aliento caliente, y apenas podía ver por el vapor que levantaba nuestra respiración. Entonces sus fauces se dirigieron a mi garganta. De pronto, tan súbitamente que por un momento no comprendí lo que pasaba, la bestia soltó un espantoso chillido y por un instante no se oyó nada más, un chillido de sorpresa y dolor que me ensordeció, y casi al mismo tiempo, fui lanzado al aire, se mezclaron el hielo y las estrellas, y golpeé el hielo y rodé y resbalé por él. Me incorporé sobre las rodillas. Estaba a más de ocho metros de la bestia. El kur estaba doblado y me miraba inmóvil. Me levanté vacilante. Él intentó dar un paso hacia mí, y su cara se contorsionó de dolor. Alzó una garra.

Luego, como golpeado desde dentro, gritó y cayó rodando sobre el hielo. Gritó dos veces más y se quedó tumbado sobre el hielo, inmóvil pero vivo, mirando hacia las lunas.

Los jugos digestivos liberados en su auténtico estómago siguieron con su implacable tarea química. Poco a poco, molécula por molécula, de acuerdo con las lentas leyes de la química, el tendón se fue disolviendo, debilitando la atadura que

sostenía la afilada vara de ballena, hasta que el hilo se rompió. La bestia volvió a gritar.

La bestia debía haber devorado quince o veinte de aquellas trampas.

Pensé que ahora no tenía nada que temer.

Fui hacia el trineo, aunque de poca utilidad parecía ahora.

Por suerte alcé la mirada. De alguna forma, el kur se había incorporado.

Me estaba mirando. Qué indomable era. Tosió, atormentado por el dolor, y escupió sangre sobre el hielo.

Entonces gritó de dolor y se dobló cuando se abrió otra de las trampas.

Y entonces se lanzó a la carga sobre las cuatro patas. Yo interpose el trineo entre ambos. El animal cayó gritando contra él y lo apartó a un lado con la garra. Rodó sobre el hielo, oscureciéndolo de sangre. Tosía y aullaba y rugía. Se desataron otras dos trampas de ballena y el animal miró a las lunas, agonizando. Se mordió los labios de dolor.

Yo me alejé de él. Ahora estaba seguro de que no tendría ninguna dificultad en eludirle.

Estaba sangrando profusamente por la boca y el ano. Casi se había arrancado el labio. El hielo estaba cubierto de sangre y excrementos y orina.

Me alejé de él y luego me di la vuelta y, siguiendo las huellas del trineo, me encaminé de nuevo hacia la fortaleza escondida en la isla de hielo.

Tiré del trineo en dirección a la fortaleza. La bestia me seguía, paso a paso, sangrando dolorida en la nieve. Yo no permití que se acercara mucho.

A juzgar por sus gritos, debía haberse tragado diecinueve trampas. Me sorprendía que no se conformara con tumbarse a morir. Cada paso que daba debía ser una tortura para él. Pero aun así continuaba siguiéndome. De él aprendí algo acerca de la tenacidad del kur.

Al final, unos cuatro ahns más tarde, murió. No es fácil matar a un kur.

Miré el enorme cadáver. No tenía cuchillo. Tendría que usar las manos y los dientes.

29. LO QUE OCURRIÓ EN LA FORTALEZA

—¡No es un kur! —gritó el hombre—. ¡Fuego!

Le eché las manos a la garganta y lo interpose entre su compañero y yo. Oí el dardo entrar en su cuerpo y entonces lo aparté de mí y le vi reventar. El otro individuo, también ataviado con lo que parecía un traje plástico, intentaba meter otro dardo en el cañón del arma. Me volví hacia él y la recámara se cerró de un golpe y el arma cayó descargada a un lado; derribé al hombre al suelo y ambos quedamos medio enredados en la piel blanca del kur. Le agarré el cuello con el brazo izquierdo y le golpeé la cabeza con el canto de mi mano derecha. Entonces se quedó quieto, con el cuello partido. Es algo que nos enseñan a los guerreros.

Alcé la vista. Todo parecía tranquilo. Pero había habido disparos. Las armas tubulares disparan con un siseo, no hacen mucho ruido. Sin embargo la explosión de los dardos es mucho más ruidosa. La primera explosión había quedado amortiguada en el cuerpo de su víctima. Mas la segunda tenía que haber sido oída. El dardo había explotado, después de una larga trayectoria parabólica, a varios metros de altura.

Yo estaba de vuelta en la fortaleza. Cruzaba el hielo cerca de ella con el trineo. Esperaba que de esta forma no me confundieran con una común bestia del hielo. No sabía qué contraseñas o qué señales utilizarían los kurii blancos para evitar que los confundieran. Yo no tenía ninguna, pero las bestias del hielo no utilizan trineos, naturalmente. Y de hecho creo que el trineo permitió que me acercara a la fortaleza más de lo que habría podido hacerlo de no llevarlo. La piel de kur, bajo la incierta luz, también fue de ayuda. Había dejado el trineo al pie de la isla de hielo, y camuflándome con la piel del kur, había ido escalando paso a paso hacia la cumbre de la isla. La compuerta por la que yo había salido un tiempo atrás no se veía desde el exterior. Escalé hasta la cima de la isla de hielo buscando algún modo de entrar en la fortaleza. No buscaba las puertas oficiales, sino algún tipo de abertura que no estuviera vigilada. En la fortaleza corría aire fresco, y yo esperaba encontrar los agujeros de ventilación. Si los kurii habían instalado un sistema cerrado, debería intentarlo con alguna puerta más convencional.

Todo parecía tranquilo. Volví a coger la piel de kur. Vino tan rápido que no estoy seguro de haberlo visto. Tal vez oyera o sintiera el objeto cortando la piel del anorak y hundiéndose en el hielo a mis espaldas. Me aparté de un salto y el hielo explotó; entonces los vi venir, los dos armados, y resbalé cayendo en el hielo.

—Está muerto —dijo uno de los hombres.

—Voy a meterle otro dardo —dijo el otro.

—No seas idiota.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—¿Ves? —dijo el primero—. No respira. Si estuviera vivo, el vapor de su aliento

sería claramente visible.

—Tienes razón.

Pensé que ninguno de estos hombres había cazado al veloz eslín marino. Ahora me alegraba de haber conocido, con Imnak en los kayaks, a esta feroz bestia.

—¡Aaahh! —gritó el primer hombre cuando me levanté de un salto y le golpeé. Pero tenía que haber alcanzado primero al segundo hombre. Era el más suspicaz, el más peligroso de los dos. Su arma estaba dispuesta, cargada con un dardo. Alzó el arma rápidamente, pero yo ya estaba detrás. El otro hombre no había recargado su arma. Cuando acabé con el primero me volví hacia él. Hasta más tarde no me di cuenta de que me había golpeado por detrás. Soltó un largo grito mientras caía por el risco de hielo.

Le despojé rápidamente de sus ropas. Debía moverme deprisa, porque la exposición al invierno ártico podría significar una muerte rápida. En pocos momentos me había vestido con un traje de plástico con capucha y con una unidad calorífica colgada al cinto. No sabía cuánto duraría la carga de calor, pero no esperaba necesitarla mucho tiempo. Luego cogí el saco de dardos y las dos armas.

Había otro objeto en el hielo: una radio portátil. De ella salía una voz que hablaba con urgencia, preguntando en goreano qué ocurría. No intenté responder, pensando que era mejor que siguiera preguntándose qué habría pasado sobre la superficie de la isla de hielo. Estaba seguro de que si respondía en seguida me habrían identificado como un intruso humano, ya que ignoraba sus códigos o frases de identificación. Ahora podrían especular con varias posibilidades, como un error de transmisión, un accidente o el ataque de una bestia del hielo. Pronto enviarían una partida de investigación, pero esto no me disgustaba. Cuantos más hombres hubiera fuera de la fortaleza, menos quedarían dentro. También suponía que las compuertas no se abrirían desde el exterior. Pero sabía que en el interior al menos contaba con un aliado, Imnak, que arriesgaría su vida para protegerme. Ya lo había hecho.

Por fin pude encontrar una de las aberturas de ventilación; la fortaleza contaba con un sistema de tales aberturas, algunas para introducir aire fresco y otras para expeler el aire usado. Los kurii, con sus grandes pulmones, necesitan oxigenar su gran cantidad de sangre, y son extremadamente sensibles a la calidad de la atmósfera. Los kurii generalmente se trasladan a áreas remotas, no sólo para huir del hombre, sino para asegurarse una atmósfera menos polucionada.

No pude quitar la verja del agujero de ventilación. Estaba soldada al metal.

Di un paso atrás y disparé una de las armas. Luego la recargué con otro dardo, aunque no era necesario. La reja estaba abierta. La abertura no era muy grande, pero bastaría. Tanteé con la mano dentro del oscuro agujero, y luego introduje el arma. No encontré ningún tipo de peldaños. Ignoraba la profundidad de la entrada, pero calculé que serían unos tres metros o más. No tenía cuerda. Me deslicé por el agujero,

sudando, la espalda apoyada a un lado y los pies al otro. Y así comenzó el lento y tortuoso descenso, centímetro a centímetro.

El más ligero error de cálculo y me precipitaría por el túnel hasta llegar al fondo.

Me llevó más de un cuarto de hora descender por el canal ventilador.

La reja que había al final, a unos dos metros de un suelo de acero, no estaba fijada tan sólidamente como la exterior. Para mi asombro, la rejilla se levantó.

—¿Qué es lo que te ha retenido? —preguntó Imnak.

Estaba sentado sobre dos cajas, tallando un pez en un hueso de eslín.

—Me retuvieron —dije.

—Has hecho mucho ruido.

—Lo siento.

Vi que habían quitado los tornillos que fijaban la reja.

—Has quitado con tu cuchillo los tornillos —dije.

—¿Habías preferido arrancarla a patadas? —preguntó Imnak.

—No. ¿Cómo sabías que me encontrarías aquí?

—Pensé que tal vez te sería difícil explicarles a los guardias de las compuertas que tenías derecho a entrar.

—Pero debe haber muchos túneles de ventilación.

—Sí, pero no hay mucha gente arrastrándose por ellos.

—Mira —dije. Le tendí a Imnak una de las armas tubulares y varios de los dardos que llevaba en la bolsa.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó él—. Destroza la carne, y no se puede atar ninguna cuerda en la punta.

—Sirve para disparar a la gente.

—Sí, para eso podría servir.

—Tengo la intención de localizar y hacer explotar el dispositivo oculto en esta fortaleza cuyo objetivo es evitar que los suministros caigan en manos enemigas —dije.

—Eso es fácil de decir.

—Tengo que encontrar un interruptor o una manivela que haga que todo este lugar haga bum, igual que cuando un dardo alcanza su objetivo y hace un gran ruido.

—¿Quieres provocar una explosión? —preguntó Imnak.

—Sí.

—Parece una buena idea.

—¿Dónde has oído hablar de explosiones? —le pregunté.

—Karjuk me habló de ellas.

—¿Dónde está Karjuk?

—En el exterior, en algún lugar —respondió.

—¿Te hablo alguna vez de un dispositivo que pudiera destruir la fortaleza? —

quise saber.

—Sí.

—¿Te dijo dónde está?

—No. No creo que él mismo lo supiera.

—Imnak, quiero que cojas esta arma y que salgas de la fortaleza con todas las chicas que puedas.

Imnak se encogió de hombros, sorprendido.

—No pierdas el tiempo —le dije.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí.

—Muy bien —dijo Imnak.

Se dio la vuelta para marcharse.

—Si ves a Karjuk —le dije—, mátales.

—¿Pero dónde conseguiremos otro guardián?

—Karjuk no guarda al Pueblo —dije—. Guarda a los kurii.

—¿Cómo sabes tú lo que él guarda?

—Olvida lo de Karjuk.

—Bien. —Entonces se dio la vuelta y echó a correr por el pasillo.

Yo miré hacia arriba. En el techo estaban los rieles de esclava, unas guías de acero a las que estaban atadas las cadenas que las esclavas llevaban al cuello.

En ese momento, venían dos hombres por el pasillo, vestidos con túnicas marrones y negras.

—¿Por qué vas vestido así? —me preguntaron.

—Vengo de la superficie —dije—. Hay problemas ahí arriba.

—¿Qué tipo de problemas?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Eres de seguridad? —me preguntó uno de los hombres.

—Sí.

—No se os ve muy a menudo.

—Es mejor que sólo conozcáis vuestras propias secciones —dije.

Encontré pocos humanos en los pasillos. En una ocasión me crucé con veinte hombres que se apresuraban por un pasillo en columnas de a dos, encabezados por un teniente; todos iban bien armados.

Pensé que se dirigían a la superficie, en ayuda del grupo de investigación que ya debía haber fuera.

Ahora sólo era cuestión de tiempo hasta que descubrieran la entrada del túnel de ventilación que yo había volado.

La chica que se acercaba por el pasillo era muy bonita. Era una esclava, naturalmente. Iba descalza. Vestía una breve prenda de seda marrón transparente,

anudada muy suelta a la cintura. Iba con collar de acero y llevaba una vasija de bronce sobre el hombro derecho. Tenía el cabello y los ojos castaños. A su collar estaba atada una cadena que arrastraba tras ella.

Yo me detuve, y la esclava siguió avanzando hasta que estuvo a unos tres metros de mí. Se arrodilló sobre los tobillos con las piernas abiertas y las manos sobre los muslos, la espalda erguida y la cabeza gacha. Es una hermosa y significativa posición que muestra la sumisión de la hembra al hombre libre, su amo. Estaba a mi merced.

La observé por un momento, consciente de su debilidad y belleza.

—¿Amo? —preguntó sin alzar la cabeza. Yo no la golpeé.

Entonces alzó la mirada.

—¿Amo? —preguntó temblorosa.

—¿Es que quieres sentir el látigo? —le dije.

—Perdóname, amo. —Volvió a agachar la cabeza.

—Soy nuevo en la fortaleza —dije—. Necesito información.

—Sí, amo.

—Levántate y ven aquí. Y date la vuelta —le dije.

Ella obedeció. Yo le puse la cabeza hacia adelante echándole los cabellos a un lado. En la cadena había un gran candado que la ataba al collar. El candado pasaba por detrás del collar, junto a su cuello.

—Esto no debe ser cómodo —dije.

—¿Es que le importa al amo la comodidad de una esclava?

—No era más que una observación. —El suave vello de la nuca de una esclava es muy excitante.

—Hay varios tipos de collar —dijo ella—. Algunos llevan una anilla detrás para el candado. Creo que al principio no sabían cuántas chicas traerían aquí.

—Éste es un collar de esclava adaptado —dije—, aunque te queda demasiado grande.

—Es para poder poner el candado —dijo ella.

—¿Cómo te llamas?

—Belinda, si al amo le complace.

—¿Qué tipo de esclavas hay aquí? —pregunté.

—Hay cinco colores código en los collares: rojo, naranja, amarillo, verde y azul. Según el color, la esclava tiene distinta libertad de movimientos...

—¿Siempre llevas esas cadenas?

—No, amo. Sólo las llevamos cuando nos dejan sueltas.

—¿Y cuando no os dejan sueltas?

—Nos mantienen bajo llave.

—¿Todas las chicas llevan collares con código?

—No, amo. Las auténticas bellezas están en las salas de placer de acero, para

placer de los hombres.

—Explícame el sistema de colores —dije.

—El azul es el más limitado. Los verdes pueden ir a donde los azules y más. Yo soy amarilla. Puedo ir donde las azules y las verdes, pero también tengo acceso a áreas que están prohibidas para ellas. No puedo ir tan lejos como permite el color naranja. La máxima cantidad de movimiento la disfrutaban las chicas que llevan el collar con dos bandas rojas.

Me miró por encima del hombro.

—Pero seguramente el amo ya sabrá estas cosas.

Hice que se volviera para mirarme y la empujé contra la pared de acero.

—Perdóname, amo —dijo.

—Pon las palmas de las manos a tus espaldas sobre la pared —le dije.

Ella obedeció.

—Tú no eres de la fortaleza —dijo de pronto—. Eres un intruso —susurró.

Con el cañón del arma tubular solté el flojo nudo que unía en su cintura la seda de placer. La prenda se abrió y la esclava se estrechó con la pared. La mantuve allí hundiendo el cañón del arma en su vientre.

—No me mates, amo —dijo—. No soy más que una esclava.

—A veces las esclavas hablan demasiado —le dije.

—No hablaré.

—De rodillas.

Me obedeció.

—Eres muy hermosa, Belinda —le dije apuntándole al rostro con el cañón del arma.

—No hablaré —musitó—. No te traicionaré.

—Métete en la boca el cañón del arma —le dije. Ella me obedeció—. Ya sabes lo que esto puede hacer, ¿verdad? —le pregunté.

Ella asintió aterrorizada.

—No vas a hablar, ¿verdad?

Ella movió la cabeza ligeramente, expresando una aterrorizada negativa. Su boca estaba muy hermosa sobre el acero. No le había dado permiso para soltar el arma.

—Sí, muy hermosa —dije.

Con el arma en su boca la hice agacharse, y luego apoyé el arma en los rieles. Giró la cabeza a un lado; no se había atrevido a soltar el arma. Para mi asombro, comenzó a responder casi de inmediato, espasmódicamente.

—Qué esclava eres —la reprendí. Ella gimió y lloró, pero no pudo hablar. Cuando me levanté y le saqué el arma de la boca, me miró sorprendida. Se incorporó en el suelo sobre el muslo izquierdo, las palmas de las manos en el suelo, su adorable cuerpo moteado de escarlata, los vasos capilares excitados.

—Tu esclava —dijo.

Me di la vuelta. Pensaba que no diría nada. Seguí caminando por los pasillos. Junto a mí pasaron otros hombres y dos chicas. Miré sus collares: una era azul y la otra amarilla.

Caminaba con rapidez, pero la fortaleza era un laberinto. No creo que ninguno de los humanos que allí había supieran la localización del dispositivo que buscaba. Y ningún kur lo revelaría.

Una sirena comenzó a sonar. Resultaba estridente en el corredor de acero.

Yo no apartaba los ojos del sistema de rieles del techo. Entonces llegué a una bifurcación en el pasillo. El sistema de rieles, que yo esperaba seguir hasta su fin, también se bifurcaba. Y más allá se divisaban más bifurcaciones. Seguramente los raíles llegaban hasta los más lejanos rincones de este nivel, y alcanzarían otros niveles. La sirena sonaba persistente y enloquecedora. Maldije para mis adentros. En varios puntos del pasillo había monitores de un circuito cerrado de vigilancia en el techo. Vi que se movían, obedeciendo a un control remoto. El uniforme de guardia que llevaba parecía ser un buen disfraz, de momento. Me decidí por uno de los pasillos, intentando no mostrar vacilación o indecisión; quería que pareciera que conocía mi camino. Cuando volví a echar un vistazo a los monitores, ya estaban orientados en otra dirección. No les había llamado la atención. Dos hombres pasaron junto a mí, cada uno con una de las armas de dardos.

Maldije interiormente. Podría llevarme mucho tiempo explorar las áreas remotas de la fortaleza. En primer lugar, ignoraba dónde estaban tales áreas ni hasta dónde llegarían los dispositivos de vigilancia. Pensaba que el dispositivo destructivo que buscaba estaría más allá de las zonas que cubrían los rieles, seguramente en un área del sistema de vigilancia. Recordé que los monitores de la cámara privada de Zarendargar, Media-Oreja, no habían mostrado ningún dispositivo similar.

Recordé a la chica que había dejado en el pasillo detrás de mí, con la cadena colgando del sistema de rieles. Era una amarilla. Yo necesitaba una roja. La sirena dejó de sonar y comenzó a hablar por el sistema de megafonía una voz en goreano.

—Asegurad a todos los esclavos —decía—. Que todo el personal acuda a sus secciones.

El mensaje fue repetido cinco veces. Algunos hombres pasaron corriendo. Luego se hizo el silencio en los pasillos.

Era una orden muy inteligente. En tiempos de peligro los esclavos goreanos suelen ser encadenados o encerrados para que no puedan tomar parte en cualquier acción que se desarrolle. No les queda más que esperar las disposiciones de sus amos. Con el personal ya en sus secciones, los líderes de la fortaleza podrían recontar sus fuerzas y hacer efectivo el sistema de vigilancia. Una figura solitaria sería fácilmente identificada como el intruso.

Abrí una puerta en el pasillo. Vi a un hombre que estaba atando a las esclavas. Había colocado a diez chicas desnudas en fila, de rodillas, contra la pared de acero. Las ató con cadenas fijas en sus collares. Ató también sus muñecas a anillas en la pared. El hombre alzó la vista.

—¡Ya me doy prisa! —dijo enfadado. Yo no dije nada. Él cerró la anilla de la última chica de la fila, luego se metió la mano en el bolsillo y salió corriendo de la habitación, lanzándome una furiosa mirada.

Las chicas estaban asustadas, pero no hicieron el más mínimo ruido.

A un lado había varias cadenas de las que iban sujetas a los rieles. Encontré una que tenía un pesado candado atado, con dos bandas rojas. La cadena entraría en los rieles más largos de la fortaleza.

Entonces me dirigí hacia las chicas para comprobar los collares que llevaban, típicos collares de esclava alrededor de los que habían cerrado los pesados collares de pared.

Encontré dos que estaban marcados con dos pequeñas bandas rojas.

—¿Dónde está la llave de tus cadenas? —le pregunté a una de ellas.

—La tiene nuestro guardián, amo.

Eso me temía. Y no había intentado matar ni detener al guardián, porque si le echaban de menos en su sección conocerían de inmediato mi localización. Miré furioso a mi alrededor.

No pude liberar a ninguna de las esclavas del collar rojo. Las dos habían sido bien encadenadas por un amo goreano. No había tiempo para probar las cerraduras; cada una estaba sujeta con tres candados. Y si dirigía los dardos explosivos contra las cadenas, seguramente mataría a las chicas.

Me di la vuelta, cogí una de las cadenas y la metí en su riel, Luego salí del área en que estaban las chicas encadenadas. Si podía hacer detonar o iniciar la secuencia de detonación del aparato que buscaba, confiaba en que sólo destruyera las partes de la fortaleza en las que se almacenaban los suministros y las municiones. Tal vez Imnak pudiera encontrar a las chicas y liberarlas de alguna forma. Yo le había dicho que sacara de la fortaleza a todas las chicas que pudiera. Pero aun así, desnudas o con las sedas, ¿cómo resistirían más de un ahn en la noche polar? Probablemente en la fortaleza habría varias esclavas más, encadenadas. Al parecer serían víctimas inocentes de las guerras entre hombres y bestias. Entonces las aparté de mi mente; volví a ser un goreano, con una tarea por realizar; ellas no eran más que esclavas.

Regresé al pasillo arrastrando conmigo la cadena. No dudaba de que pronto llamaría la atención.

Me pregunté hasta dónde llegaría el riel por el que se deslizaba la cadena. Una cadena así, sin una belleza atada al extremo, no tardaría en ser advertida.

Pasé junto a varias puertas. Eran salas de entrenamiento y ejercicio, apartamentos.

Si decidía esconderme, los hombres de la fortaleza iban a encontrar difícil hallarme. Pero poco ganaría yo con eso.

Bajé por unas escaleras hasta un nivel inferior, siguiendo el camino que me marcaba la cadena en el riel.

Oí correr a unos hombres al otro lado de la esquina. Solté la cadena y me refugié en una habitación; era una despensa. Los hombres pasaron sin prestar atención a la cadena. Pensarían que algún guardián habría sacado a la esclava siguiendo las instrucciones de seguridad dadas por la megafonía. Iba a salir de nuevo al pasillo cuando de pronto di un paso atrás. Habían pasado un guardián y una mujer con ropas de ocultamiento. Yo no sabía que en la fortaleza también había mujeres libres. Había un intruso en la fortaleza, y a ella la conducían sin duda a una zona de mayor seguridad. Tal vez estuvieran desalojando aquel nivel para poder realizar una estrecha búsqueda. Finalmente salí de la despensa.

En el exterior encontré a dos parejas más de individuos: dos guardianes y dos mujeres libres. Supuse que tal vez las estaban entrenando en la fortaleza para ulteriores tareas.

—No está aquí —les dije a los hombres señalando con la cabeza a la despensa de la que acababa de salir. Luego añadí—: ¡Deprisa!

Ellos se apresuraron.

Por un momento vislumbré un tobillo bajo las pesadas ropas de ocultamiento que llevaba la mujer. Era un tobillo esbelto y excitante. Sonreí. Pensé que no les habrían dicho que cuando su trabajo político y militar hubiera terminado, les pondrían las sedas y el collar de esclavas.

Otro hombre venía corriendo, llevando ante él a una esclava.

—Hay que ponerla a salvo —le dije adustamente.

—Sí.

Oí que otro hombre venía a mis espaldas. Me di la vuelta juntándole con el arma que llevaba.

—No dispaes —dijo—. Soy Gron, de la sección Al-Ka.

—¿Qué estás haciendo en este área? —le dije.

—Vengo a buscar a Lady Rosa.

—¿En qué apartamento está? —pregunté.

—En el cuarenta y dos, nivel Central Minus uno, pasillo Mu.

—Correcto —le dije bajando el arma.

Su respiración se aligeró.

—Yo iré a por ella —dije. Y realmente, necesitaba una mujer—. Vuelve a la sección Al-Ka.

Él dudó por un momento.

—Deprisa —dije con enfado—. Hay una posibilidad de peligro.

Alzó la mano y se dio la vuelta. Pronto desapareció por el pasillo.

Determiné que me encontraba en el pasillo Mu por las marcas goreanas grabadas en la pared cerca del punto en el que el corredor se bifurcaba en dos direcciones. Me parecía probable estar en el nivel adecuado ya que había encontrado al hombre a alguna distancia de las escaleras más cercanas.

No vi a nadie más en el corredor. Arrastré de nuevo la cadena.

Pronto llegué a la puerta de acero marcada con el número cuarenta y dos. Vi que los rieles del techo entraban en el apartamento, sin duda para que Lady Rosa tuviera a su servicio esclavas bien encadenadas. Abrí la puerta y metí la cadena que llevaba, encajada en los rieles. El apartamento era muy lujoso, recubierto de seda. Estaba débilmente iluminado por cinco velas.

Una mujer se levantó sorprendida de la gran cama redonda en que estaba sentada. Llevaba las ropas de ocultamiento. Se cubrió el rostro con un velo de seda.

—Deberías llamar, idiota —dijo—. Apenas me ha dado tiempo a esconder mis rasgos.

Me miró con los ojos llameando sobre el velo. A pesar de él sus facciones no quedaban muy ocultas. Tenía un rostro estrecho pero hermoso. Sus ojos eran extremadamente negros, y también sus cabellos, que asomaban bajo la capucha del traje. Sus pómulos eran altos, su rostro regio, aristocrático y frío.

Estaba furiosa.

—¿Eres Lady Rosa? —pregunté.

Ella se presentó fríamente.

—Soy Lady Graciela Consuelo Rosa Rivera-Sánchez —dijo—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Hay un intruso en la fortaleza —dije.

—¿Le han capturado ya?

—No. ¿Cuánto tiempo llevas en la fortaleza?

—Cuatro meses —dijo. Luego añadió—: Cuatro meses goreanos.

—¿Conoces el sistema de rieles de cadenas para controlar el movimiento de las esclavas? —pregunté.

—Por supuesto.

—¿Y sus últimas terminaciones?

—Sí —dijo—, pero a los humanos no se les permite ir más allá de esos puntos.

Sonreí.

—¿Cómo ha podido penetrar un intruso en la fortaleza? —preguntó.

—Por un túnel de ventilación. Hablas muy bien el goreano —le dije—, aunque con cierto acento.

—He tenido un entrenamiento intensivo.

Aunque su acento era aristocrático y español; ningún amo goreano haría

objeciones.

—¿Y por qué querría un intruso entrar en la fortaleza? —preguntó.

—De momento, necesita una mujer —dije.

—No entiendo.

—Quítate las ropas.

Ella me miró perpleja.

—Tal vez prefieras que lo haga yo. Soy el intruso —le expliqué.

Ella retrocedió.

—Nunca —dijo.

—Muy bien. Échate en la cama boca abajo con los brazos y las piernas abiertas.

—Saqué el cuchillo que llevaba al cinto. No es fácil intentar rasgar las ropas de ocultamiento con las manos desnudas, porque pueden esconder agujas envenenadas.

—Estás bromeando —dijo ella.

Hice un gesto con el cuchillo indicando la cama.

—No te atreverás —siseó.

—A la cama —dije.

—Soy Lady Graciela Consuelo Rosa Rivera-Sánchez —dijo.

—Si eres lo bastante hermosa —dije—, tal vez te llame Pepita.

—Me quitarás las ropas, ¿verdad? —dijo.

—Soy goreano. —Di un paso hacia ella.

—No me toques. Yo lo haré.

Sus pequeñas manos acudieron reluctantes a los lazos que cerraban en su cuello las vestiduras.

Su piel era tersa, largos sus cabellos, espesos y maravillosamente negros, contrastando vivamente con la notable palidez de sus brazos, sus hombros y su espalda.

Encontré un peine sobre un tocador. Peiné sus cabellos agarrando a la mujer por el cuello.

Ella sollozó de rabia cuando una pequeña aguja envenenada con kanda cayó de su pelo, atrapada entre los dientes del peine.

Le hice darse la vuelta rudamente. Ella me miró con los ojos llameantes.

—Ahora estoy indefensa —dijo.

—Sí.

Con el cuchillo corté las finas tiras de su ropa de seda, y se las quité con el mango del cuchillo sobre su piel, hasta que la ropa cayó a sus tobillos. Ella se estremeció ante el frío de la hoja sobre su piel. Miró el cuchillo con aprensión.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó—. ¿Vas a violarme?

Miró la gran cama redonda cubierta de seda verde. Se imaginaba a sí misma sobre ella a mi merced, utilizada para mi placer.

—Tendrás que ganarte tu derecho a servir sobre una cama así —le dije—. Una zorra como tú tiene primero que aprender sus lecciones sobre el polvo de una tarima o en las pieles sobre el cemento, a los pies del lecho de su amo, bajo la anilla de esclava.

La cogí del pelo y la llevé a un lado de la sala, junto a unos baúles.

De uno de ellos saqué dos correas de sandalia. Con una le até las manos a la espalda. Una correa de sandalia es más que suficiente para atar a una hembra. La otra correa la até alrededor de su cintura. Luego cogí un gran velo rojo. Era un velo de intimidad, muy diáfano, cuya opacidad depende de las vueltas que se le dé en torno al rostro. Una mujer libre puede demorar a un amante ansioso durante días, permitiéndole cada noche una visión menos oscura de sus rasgos, hasta el momento en que tal vez le permita ver su rostro desnudo. Tales tonterías, por supuesto, no son toleradas en una esclava.

Le até el velo de intimidad en la nuca y lo crucé sobre sus pechos con dos vueltas; luego los até con la correa a su cintura. Cogí después los dos extremos sueltos y los pasé entre sus piernas, atándolos luego a la correa de sandalia en su vientre.

Ella me miró horrorizada.

—Servirán como seda de esclava —le dije.

Empujándola del brazo la coloqué ante un gran espejo.

Ella gimió al contemplarse.

—Mira este nudo corredizo —le dije—. La correa puede soltarse con un simple tirón.

—¡Bestia! —sollozó.

Le miré su esbelto muslo. Pensé que podría quedar bien marcado con la marca corriente de Kajira.

—Te he puesto la seda roja, ¿es adecuado? —le dije.

—¡Desde luego que no! —exclamó.

—Tal vez pronto lo será.

Ella se debatió con furia, pero en vano. Luego cejó en sus esfuerzos.

—Te daré oro, mucho oro, si me liberas —dijo.

La llevé hasta el umbral del apartamento, donde colgaba la cadena de los rieles.

—¿Qué quieres de mí? —suplicó—. El suelo está muy frío —dijo—. Desátame.

Yo estaba atando la cadena a su cuello. La aseguré cuatro veces. Sintió su peso. La cadena ocultaría el hecho de que no llevaba collar. Era una cadena con dos bandas rojas. Miré a la esclava. Ahora era un componente del sistema de cadena y rieles de la fortaleza.

—Soy Lady Graciela Consuelo Rivera-Sánchez —dijo.

—Calla, Pepita.

Jadeó. Luego dijo:

—¡No! ¡No me obligues a salir de la habitación vestida de este modo!

La saqué al pasillo de un empujón. Ella me miró dolorida, la cadena colgando tras de sí. Se daba cuenta de que iba a llevarla por donde quisiera.

—En el sistema de cadenas rojas, que es el más extenso, ¿hay alguna terminación más lejana que en los otros?

—Sí.

Esto me sorprendió.

—Llévame hasta allí.

Ella se irguió con orgullo.

—No —dijo. Dio un respingo al sentir el cañón del arma en su vientre. La empujé hasta tenerla contra la pared—. No te atreverás —dijo.

—No eres más que una mujer.

—¡Te llevaré! Pero no te servirá de nada. A los humanos no se les permite pasar más allá de ese punto.

—¿Por dónde? —pregunté.

Sus ojos me indicaron la dirección.

La empujé rudamente en esa dirección con el rifle.

—Más deprisa —le dije.

Caminamos rápidamente por el pasillo.

—Si nos cruzamos con hombres —dijo ella—, sólo necesito llamarles.

—Hazlo, y sólo quedarán tus restos en la cadena. —No la había amordazado porque eso habría levantado sospechas.

Al poco rato, jadeaba. Era una chica de la Tierra, y no estaba en las condiciones de la esclava goreana, que lleva una dieta casi perfecta impuesta por los amos y cuyos músculos están tonificados por un régimen de ejercicios, las piernas endurecidas por las largas horas de entrenamiento de danza sensual.

Corrimos por los pasillos durante varios ehns. A veces descendíamos escaleras. Ella sudaba y jadeaba. La cadena le pesaba al cuello y sobre los hombros.

—De prisa, hermosa Pepita —la animé.

Estábamos cuatro niveles por debajo del central. Vimos acercarse a cuatro hombres.

—Camina —ordené.

Yo caminé a su lado, ocultando su muslo izquierdo.

Ella se estremeció al ver cómo los hombres la miraban. Uno de ellos se echó a reír.

—Una chica nueva —dijo.

A menos de un ehn de allí terminaban los rieles.

—Éste es el punto más lejano que alcanza el sistema de rieles —dijo la mujer—. Los humanos no pueden ir más lejos.

—¿Has visto a los que no son humanos? —pregunté. Yo sabía que había pocos kurii en la fortaleza.

—No —respondió—, pero sé que son una forma de alienígenas. Sin duda serán humanoides, tal vez no se les pueda distinguir de los hombres.

Sonreí. No había visto a las bestias a las que servía.

—Te he traído hasta aquí —me dijo—. Ahora libérame.

Abrí el candado y le quité la cadena. Luego cerré el candado en un eslabón, a un metro del suelo. Ésta es la posición inactiva de la cadena, con el candado puesto a un metro del suelo, de modo que se puede atar a una chica con rapidez, y si no hay ninguna esclava atada a la cadena, ésta puede deslizarse por el riel sin arrastrar por el suelo.

Ella se dio la vuelta ofreciéndome las muñecas atadas para que se las soltara. En vez de eso, la cogí de los cabellos y la hice caminar junto a mí, arrastrando conmigo la cadena, hasta que llegué a una bifurcación en el pasillo. Arrojé la cadena por los rieles del pasillo y luego, sin soltar a la chica, volví al punto en que terminaban los rieles.

—Libérame —suplicó—. ¡Oh! —gritó cuando le tiré del pelo.

—Eres demasiado hermosa para ser libre —le dije.

Entonces le di un empujón, lanzándola más allá del punto de terminación del sistema de rieles. Ella se dio la vuelta aterrorizada.

—Los humanos no pueden pasar de este punto.

—Ve delante de mí —le dije.

La chica se giró con un gemido y empezó a andar. Ya no se veían lentes monitores que cubrieran el pasillo. La cosa estaba resultando tan fácil que me intranquicé. Al final del pasillo había una puerta de acero. Yo imaginaba que el dispositivo de destrucción estaría más allá del alcance de las esclavas, en un área que no estuviera cubierta por los monitores y a la que los humanos pudieran llegar. Pero ahora me sentía intranquilo.

Intenté abrir la puerta al final del corredor. Estaba abierta. Miré a la chica y le hice una señal para que se acercara.

Ella me obedeció. Se irguió y me miró enfadada. Yo abrí y cerré mi mano izquierda. Vi que la chica había sido entrenada en las costumbres goreanas, pero jamás había pensado que le harían a ella misma esa señal. Vino junto a mí, se agachó y bajó la cabeza. La cogí de los cabellos. Ella dio un respingo. Las mujeres están indefensas en esta posición. En la mano derecha llevaba el arma de dardos. Me asomé con cuidado al umbral de la puerta. Luego entré con la chica. La gran habitación parecía desierta.

Al parecer era una sala normal de almacenaje, aunque bastante grande. Estaba llena de cajas que ostentaban marcas que no pude leer. Algunas eran cajas de

embalaje, y parecían contener maquinaria. Estaban dispuestas de forma que había pasillos entre ellas.

Oí un ruido. Solté a la chica y alcé el arma con las dos manos.

Una figura vestida de negro surgió desde lo alto de las cajas.

—No está aquí —dijo.

—Drusus —exclamé. Recordé que era de los asesinos y que yo le había vencido en la arena.

Llevaba un arma de dardos.

—Deja tu arma, lentamente —le ordené.

Dejó el arma a sus pies.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Pienso que lo mismo que tú —dijo—. He buscado una llave o una manivela o una rueda, o lo que sea, que pueda destruir este lugar.

—Tú sirves a los kurii —dije.

—Ya no. He luchado, y un hombre me perdonó la vida. He pensado mucho sobre esto. Aunque tal vez sea débil para ser un asesino, quizá tenga la fuerza para ser un hombre.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—Porque los kurii que estaban aquí guardando el lugar han muerto a mis manos.

Señaló entre las cajas. Hasta mí llegaba el olor de la sangre kur. No aparté los ojos de Drusus. La chica, de pronto, dio un salto atrás, en un vano intento de liberar sus manos, y lanzó un grito.

—Cuatro veces disparé, cuatro he matado —dijo Drusus.

—Dime lo que ves —le dije a la chica.

—Hay cuatro bestias, o sus restos —dijo—. Tres aquí y uno más allá.

—Coge tu arma —le dije a Drusus.

Él recogió el fusil y miró a la mujer.

—Una preciosa esclava —dijo.

—¡No soy una esclava! —dijo ella—. ¡Soy una mujer libre!

—Creo que si existe el dispositivo de destrucción, ha de estar aquí —dije.

—Yo también lo creía.

—No debéis detonar el dispositivo —gritó la chica—. ¡Moriremos todos, estúpidos!

La arrojé de un golpe contra las cajas. Cayó al suelo con la boca ensangrentada.

—Piensas y actúas como una esclava —le dije.

Ella bajó la cabeza, temblorosa, asustada, en un gesto instintivo de esclava.

—Quizás sea mejor que pidas permiso antes de hablar en presencia de hombres libres —añadí.

—Estará muy bien desnuda en la tarima de subastas —dijo Drusus.

—Sí.

—¿Y qué hacemos ahora?

En ese momento se cerró la puerta de acero por la que había entrado a la habitación. Debía haberse cerrado automáticamente, porque no vimos a nadie. Desde dentro vimos girar el picaporte asegurando la puerta. Al mismo tiempo, un gas blanco comenzó a salir del techo.

—¡Contened la respiración! —grité. Apunté con el arma de dardos a la puerta y disparé. El dardo se clavó en el acero, y un instante más tarde, mientras yo me arrojaba a tierra cerca de la esclava y de Drusus, hubo una explosión de acero que me taladró los oídos. Les hice un gesto a los otros y echamos a correr hacia la puerta, entre el gas y el humo. La puerta estaba retorcida, arrancada de los goznes, medio derretida. Con la cabeza gacha pasamos por la abertura. La chica soltó un grito cuando el metal caliente rozó su pantorrilla. Ahora nos encontrábamos en el pasillo, y unos ocho kurii venían corriendo hacia nosotros.

Drusus alzó el arma con calma, y un dardo siseó. El primer kur se detuvo y de pronto reventó. Otro se alejó de él, limpiándose la sangre y la carne del rostro, medio cegado, rugiendo de furia. Un dardo silbó sobre nuestras cabezas y explotó tras nosotros. Yo disparé otro dardo y otro kur estalló ante nuestros ojos como si se hubiera tragado una bomba. Los seis kurii restantes, atados a él por tiras de músculo destrozado, retrocedieron a trompicones y desaparecieron detrás de una esquina.

—¡De prisa! —grité.

Echamos a correr. En la primera bifurcación giramos a la izquierda.

No teníamos ningún deseo de volver a encontrar kurii.

Apenas habíamos salido del primer pasillo cuando oímos un gran ruido de acero. Volvimos la vista atrás para ver que el pasillo había quedado cerrado.

—Démonos prisa —sugerí.

Corrimos por unas escaleras.

No vimos a nadie.

Comenzamos a subir otras escaleras. Cerca del final la chica se tambaleó y cayó rodando varios escalones.

La cogí en mis brazos.

—¿Has visto a las bestias? —gritó—. ¿Qué son?

—Son aquellos a los que tú servías —la informé.

—¡No! —gritó.

Me la eché al hombro y subí las escaleras.

—¿Quién va? —gritó un hombre. Luego retrocedió hecho pedazos.

—El camino está libre —dijo Drusus—. ¡De prisa!

Otro panel de acero se cerró a nuestras espaldas. La sirena comenzó a aullar en los pasillos metálicos.

—Tal vez no haya ningún dispositivo de destrucción —dijo Drusus.

—Ahora ya sé dónde está —dije—. Hemos sido unos estúpidos.

—¿Dónde? —me preguntó asombrado.

—Fuera del alcance de las esclavas y de las cámaras —exclamé—. Donde no puede llegar nadie, donde nadie puede verlo.

—Ya hemos llegado hasta el final del sistema de rieles —dijo él.

—¿Dónde terminan todos los rieles de esclava? —pregunté.

—En el centro de la fortaleza.

—En la cámara de Zarendargar —dije.

—Sí.

—Yo he visto esa cámara —dije—. Contiene monitores, pero ella misma no está controlada por ningún monitor.

—Sí —dijo—. ¡Sí!

—¿En qué otro lugar, si no la cámara del alto kur, estaría tan terrible mecanismo?

—Donde nadie puede llegar, donde nadie lo puede ver —dijo él.

—Excepto Zarendargar, el mismo Media-Oreja.

—Entonces todo es inútil.

—Por supuesto. Pero debemos intentarlo. ¿Estás conmigo?

—Desde luego.

—Pero eres de los asesinos.

—Somos tipos testarudos —sonrió.

—Creí que eras demasiado débil para ser un asesino.

—Una vez fui bastante fuerte para desafiar los dictados de mi casta —dijo—. Y una vez fui bastante fuerte para perdonarle la vida a mi amigo, aunque eso podía costarme la mía.

—Tal vez tú eres el más fuerte de la oscura casta —dije.

Se encogió de hombros.

—Vamos —dijo.

—De acuerdo —dije.

Subimos otras escaleras, yo llevando a la chica.

—Espera —dije.

—Sí.

—El camino más obvio hacia la cámara de Zarendargar estará bien guardado. Así que daremos un rodeo, y subiremos arriba. Tal vez podamos entrar desde el nivel superior.

Subimos dos niveles más y comenzamos a buscar otra escalera para subir todavía más.

Apenas habíamos llegado al segundo nivel cuando oímos el grito:

—¡Alto!

Drusus se giró de pronto y disparó un dardo al instante. Los hombres se dispersaron. El dardo se clavó en una pared y explotó cerca de ellos. Doblamos una esquina. Cuatro dardos silbaron y explotaron en una sucesión de estampidos a unos quince metros de distancia. Arrojé a la chica a mis pies. Oímos el ruido de unos pasos que corrían hacia nosotros desde otra dirección. Miramos desesperados a nuestro alrededor. Cogí a la chica del pelo y la hice levantarse. Entonces echamos a correr, hacia el pasillo siguiente.

—Es un pasillo exterior —dijo Drusus—. Hay puertas que dan al exterior.

Corrimos por el pasillo. Oíamos el ruido de los pasos tras nosotros, viniendo del corredor que acabábamos de dejar. Y entonces, a unos doscientos metros de distancia delante de nosotros, vimos más hombres.

Seguimos corriendo.

Miré hacia atrás. Los hombres que venían detrás nuestro parecían andar con precaución. Al parecer no estaban preparados para perseguirnos por este pasillo. De igual manera, los tipos que teníamos enfrente, no hicieron intento de aproximarse.

Detuvimos nuestro paso, atónitos.

—Por aquí, Tarl, que cazas conmigo —dijo una voz familiar.

—¡Imnak! —grité.

Entramos en una gran habitación que tenía acceso a una de las compuertas que daban al exterior de la fortaleza. A un lado había una gran rueda que controlaba la puerta. Hacía frío. Afuera estaba la noche ártica. Un hombre se volvió.

—¡Ram! —exclamé.

—Imnak me liberó —dijo.

En la habitación había varias armas de dardos, y una caja llena de municiones. También había varios paquetes de dardos.

—¡Oh, amo! —exclamó Arlene colgándose de mí—. Tenía tanto miedo por ti... —Yo la besé rudamente, como un amo, y ella se rindió, fundiéndose conmigo como una esclava.

—Amo —dijo la que otrora fuera Lady Constance de Lydius, ahora Constance, mi esclava. Qué hermosa estaba en sus sedas de esclava. La cogí con el otro brazo y dejé que me besara el cuello. Sentí unos labios en la pierna: Audrey estaba arrodillada con la cabeza contra mi pantorrilla. Bárbara también se arrodilló a mis pies bajando la cabeza hasta mis botas. Vi a Tina con Ram y a Poalu con Imnak. Además de ellos había otras quince esclavas asustadas. Los únicos hombres éramos Drusus y yo, Imnak y Ram. También había pieles y alimentos.

—He cogido todas las mujeres, todas las armas y todas las cosas que he podido —dijo Imnak.

—Pero no has salido de la fortaleza —dije.

—Te estaba esperando. Y a Karjuk también.

—¿Karjuk? —dije—. Es un aliado de los kurii.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Imnak—. Es uno del Pueblo.

—No he podido encontrar el mecanismo de destrucción —le dije a Imnak—. Creo que está en la cámara de Zarendargar, el alto kur. Pero ya no importa. Ya nada importa. Todo está perdido.

—No te olvides de Karjuk —dijo Imnak.

Le miré.

—Es uno del Pueblo —me recordó Imnak.

—¿Dónde has encontrado a esta nueva esclava? —me preguntó Arlene, no muy contenta, mirando a la esbelta y hermosa chica que llevaba conmigo.

—No soy una esclava, esclava —dijo aquella pálida y aristocrática chica morena. Arlene me miró asustada.

—Todavía no es una esclava legal —dije yo—, así que trátala con el respeto debido a una mujer libre.

Arlene cayó de rodillas ante ella con la cabeza baja y la chica se irguió con orgullo.

—Levántate —le dije a Arlene—. Aunque esta chica no es todavía una esclava legal, en realidad es una auténtica esclava. —La chica dio un respingo—. Así pues —dije—, no hay que tratarla con particular respeto.

—Entiendo perfectamente, amo —dijo Arlene mirando a la aristocrática chica. Las otras esclavas también la miraban. Lady Rosa se estremeció, sin atreverse a mirarla a los ojos. Sabía que no había una sola chica en la habitación que no estuviera estudiándola y comparando su cuerpo con los suyos propios.

—Aquí hay pieles —le dije a Imnak—. Creo que lo mejor es que tú y Ram y las chicas intentéis salir de la fortaleza y volver al hielo.

—¿Y tú? —preguntó Imnak.

—Yo me quedo aquí.

—Yo también —dijo Drusus.

—¡Yo también me quedo! —exclamó Arlene.

—Tú obedecerás, esclava —ordené.

—Sí, amo —dijo con lágrimas en los ojos.

Entonces oímos unos golpes en la compuerta.

—¡Rendíos! ¡Abrid! ¡Abrid! —gritaba una voz.

—Estamos rodeados —dije.

—No hay escapatoria —dijo Drusus.

—Apartaos de la compuerta —dije yo—. Que la vuelen.

Nos apartamos con las armas de dardos preparadas.

De pronto oímos un grito al otro lado de la compuerta. Luego una exclamación de ira. Después oímos unos golpes al otro lado del acero.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Dejadnos entrar! ¡Dejadnos entrar! —Más golpes frenéticos.

—¡Nos rendimos! —oímos—. ¡Por favor! ¡Por favor! —Más gritos. Oímos algo afilado golpear el acero. Después, la descarga de un fusil de dardos.

—¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos! ¡Dejadnos entrar!

—Es una trampa —dijo Drusus.

—Pero realmente muy convincente —opiné.

Oímos a otro hombre gritar de dolor.

Entonces una voz habló al otro lado del acero. Hablaba en el lenguaje del Pueblo, y pude entender muy poco.

Imnak corrió a la rueda radiante de alegría. Yo no le detuve. Hizo girar la rueda y la gran compuerta se deslizó a un lado.

Ram soltó un grito de alegría.

En el exterior había cientos de hombres, mujeres y niños del Pueblo, sobre trineos tirados por eslines. Y seguían llegando más. Karjuk estaba cerca de la entrada, con su arco de cuerno en la mano, preparado con una flecha. Había otros cazadores. Los hombres de la fortaleza estaban diseminados por el suelo, algunos de ellos con flechas clavadas. Por todos lados había cazadores rojos. Algunos de los hombres de la fortaleza habían sido abatidos por lanzas. Unos pocos, ya desarmados, esperaban retenidos por eslines de nieve domesticados sostenidos por sus amos. Otros hombres eran obligados a tumbarse para ser atados, luego les rasgaban los trajes con cuchillos de hueso.

—¡Nos congelaremos! —gritó uno de ellos. Los cazadores rojos tenían a los enemigos totalmente a su merced, expuestos a los rigores de la noche invernal.

Karjuk dictaba órdenes. Los cazadores rojos corrían de un lado a otro. Imnak les daba fusiles de dardos y les explicaba su funcionamiento. Pero ellos en general preferían sus herramientas de madera y hueso. Los hombres con los eslines domesticados pasaron junto a mí. Drusus se unió a otro grupo de cazadores en la vanguardia, listos para disparar contra cualquier resistencia que encontraran. Ram, arma en ristre, se unió a otro contingente. Yo miré la compuerta. Más gente del Pueblo, mujeres y niños y cazadores, se acercaban a la fortaleza. Muchos soltaban a los eslines de los trineos para usarlos como eslines de ataque.

Karjuk seguía en la compuerta dictando órdenes en la lengua de los cazadores rojos.

—Vienen de todos los campamentos —dijo Imnak—. Son más de dos mil quinientos.

—Entonces es el Pueblo al completo —dije.

—Sí. Es todo el Pueblo —me sonrió—. A veces el guardián no puede hacerlo todo.

Miré a Karjuk.

—Pensaba que eras un aliado de las bestias —le dije.

—Soy el guardián —dijo—. Y soy del Pueblo.

—Perdóname por haber dudado de ti.

—Perdonado.

Vi que empujaban a dos hombres de la fortaleza por los pasillos, con las manos atadas a la espalda. A una mujer la arrastraban desnuda. Su captor ya le había puesto correas al cuello.

—Yo en tu lugar me cambiaría de traje —dijo Imnak—, porque pueden confundirte con un hombre de la fortaleza.

Me quité el traje que llevaba y me puse unas botas y un pantalón de piel. No quería llevar camisa ni anorak porque en la fortaleza hacía calor.

—Id a las zonas más cálidas —les dije a las chicas que tiritaban en la habitación.

Arlene, Audrey, Bárbara, Constance y las otras corrieron a buscar un cobijo más cálido.

Karjuk entró para dirigir las operaciones, acompañado de Imnak.

Yo salí al exterior, a la noche ártica, para supervisar la retaguardia.

Miré las cumbres de hielo para ver si nos amenazaba algún ataque organizado, pero no vi nada. Si los hombres de la fortaleza salían no durarían mucho en la noche ártica. Las unidades de calor de sus trajes se agotarían y quedarían a merced de la nieve y el hielo.

Miré a mi alrededor y de pronto vi que la puerta de la fortaleza se cerraba lentamente. Me apresuré a entrar. Lady Rosa se volvió sorprendida hacia mí desde la rueda con la que controlaba la compuerta. Retrocedió sacudiendo la cabeza.

Sin decir una palabra, fui hacia ella y la hice arrodillarse. Le corté con el cuchillo un mechón de sus cabellos y con él le até los tobillos. Luego la arrastré del brazo hacia la compuerta y sobre el hielo.

—¡No! —gritó—. ¡No! —La dejé sobre el hielo—. ¡No!

Volví a la fortaleza y giré la rueda para cerrar la compuerta.

La oí gritar al otro lado del acero.

—¡Déjame entrar! —chillaba—. ¡Te ordeno que me dejes entrar! —Se oían sus gritos con bastante claridad. Sin duda se había retorcido frenéticamente hasta lograr ponerse de rodillas, justo al otro lado de la puerta—. ¡Soy una mujer libre! ¡No puedes hacerme esto!

No pensaba que resistiera mucho tiempo en la noche ártica, medio desnuda como iba.

Había intentado matarme.

—Seré tu esclava —gritó.

Ella no sabía si yo aún estaba al otro lado de la puerta.

—¡Soy tu esclava! —gritaba—. Amo, amo, ¡soy tu esclava! —Lloraba de miedo y frío—. ¡Por favor, sálvale la vida a tu esclava, amo!

Giré la rueda y abrí la compuerta.

Ella se arrojó dentro temblando. La arrastré a la sala y cerré la compuerta.

La miré, temblando a mis pies. Ella alzó la vista hacia mí; estaba aterrorizada.

—¿Qué clase de hombre eres, amo? —me preguntó. Yo la miré. Ella se puso de rodillas y bajó la cabeza hasta mis pies y comenzó a besarlos desesperadamente, en un esfuerzo por aplacarme.

—Mírame —le dije. Ella obedeció—. Serás severamente azotada.

—Sí, amo. He intentado matarte.

—Eso lo hiciste cuando eras una mujer libre. No lo tendré en cuenta.

—¿Pues entonces por qué vas a azotarme?

—Besas muy mal.

—Te suplico que me instruyas.

—Haré que una esclava intente enseñarte algunas cosas —le dije.

—Intentaré aprender bien mis lecciones —dijo.

Me la eché al hombro para llevarla a una zona interior.

—Aprenderás bien tus lecciones —le dije—, o servirás de alimento al eslín.

—Sí, amo.

—La fortaleza está segura —dijo Ram—, a excepción de la cámara de Zarendargar, Media-Oreja. Nadie ha entrado allí.

—Yo entraré —dije.

—Podemos abrirnos camino a tiros —dijo Ram.

—Nosotros lo haremos —dijo Drusus.

Caminé por el largo pasillo que llevaba a la cámara de Zarendargar. A unos metros detrás de mí venían Ram y Drusus y Karjuk e Imnak y muchos cazadores rojos.

Yo llevaba en la mano un arma de dardos. El pasillo se me hacía interminable. No recordaba que estuviera tan lejos. El sistema de rieles en el techo acabó a unos doce metros de la cámara de Zarendargar. Miré los monitores del techo; sin duda me habían estado observando.

Me detuve ante la puerta de la cámara y alcé el fusil de dardos.

La batalla había sido dura y sangrienta. Muchos hombres de la fortaleza habían caído; también cazadores rojos. La resistencia había sido encabezada por el gigante kur al que le faltaba media oreja. Pero había habido muchos cazadores rojos y muchas armas. El gran kur, cuando la batalla se volvió contra él, dejó a sus kurii y a sus hombres para que huyeran o se rindieran. Ningún kur se rindió. La mayoría resultaron muertos, luchando hasta el final. Algunos habían salido de la fortaleza, tambaleándose heridos en la noche ártica. El mismo Zarendargar se había retirado a

su cámara.

La puerta parecía entreabierta.

La abrí con el cañón del fusil.

Recordaba bien la habitación.

Entré con cuidado, pero entonces bajé el arma.

—Saludos, Tarl Cabot —dijo el traductor.

Vi a Zarendargar en el estrado de piel. Cerca de él había un pequeño mecanismo.

Aquella gran figura, sentada muy erguida, me miraba.

—Perdóname, amigo —dijo—, he perdido mucha sangre.

—Deja que te vendemos las heridas —dije yo.

—Toma un poco de paga. —Me señaló las botellas y los vasos que había a un lado.

Fui a las estanterías, me colgué el rifle al hombro, y serví dos vasos de paga. Le di uno a Zarendargar. Fui a sentarme ante el estrado con las piernas cruzadas, pero Zarendargar me indicó que compartiera el estrado con él. Me senté a su lado con las piernas cruzadas, como un guerrero.

—Eres mi prisionero —le dije.

—No creo —dijo él. Me indicó el pequeño mecanismo que tenía en la garra.

—Ya veo —dije. Se me erizaron los pelos de la nuca.

—Bebamos por tu victoria —dijo. Alzó la copa—. Una victoria de los hombres y los Reyes Sacerdotes.

—Eres muy generoso.

—Pero una victoria no es una guerra.

—Es cierto.

Entrechocamos los vasos a la manera de los hombres y bebimos.

Zarendargar dejó la copa a un lado y alzó el objeto metálico.

Yo me tensé.

—Puedo darle a este interruptor antes de que dispires —me dijo.

—Eso está claro —dije—. Estás sangrando. —El estrado en el que nos sentábamos estaba lleno de sangre seca, y era evidente que el pequeño esfuerzo de levantarse para recibirme o de entrechocar su vaso con el mío, había abierto algunas heridas en su enorme cuerpo.

Alzó el objeto metálico.

—Esto es lo que buscabas —dijo.

—Por supuesto.

—¿Sabías que estaría aquí?

—Tardé en comprender que sólo podía estar aquí.

—No me atraparás vivo.

—Ríndete. No hay deshonor en la rendición. Has luchado bien, pero has perdido.

—Soy Media-Oreja, de los Kurii —dijo.

—¿Hay aquí muchas cosas valiosas que quieras destruir? —le pregunté.

—Los suministros, los mapas, los códigos, no pueden caer en manos de los Reyes Sacerdotes. Este mecanismo tiene dos interruptores.

Yo vi los dos interruptores.

—Cuando los apriete —continuó—, se iniciará una secuencia irreversible. Primero, una señal se transmitirá desde la fortaleza a los mundos de acero. La señal les informará de la destrucción de la fortaleza, de la pérdida de las municiones y suministros.

—Y simultáneamente, la segunda parte de la secuencia pone en marcha la destrucción del complejo —dije yo.

—Por supuesto.

Tenía el dedo en el interruptor.

—En la fortaleza quedan varios humanos —dije.

—Pero ningún kurii, salvo yo mismo.

—Algunos de los humanos que quedan aquí son prisioneros que servían a tus cohortes.

—¿Mis hombres? —preguntó.

—Han luchado con valor —dije.

La bestia parecía perdida en sus pensamientos.

—Están a mis órdenes —dijo—. Aunque sean humanos, siguen estando a mis órdenes.

Apreté el segundo de los interruptores.

Yo me tensé, pero ni la sala ni la fortaleza explotaron bajo mis pies.

—Eres un gran oficial —dije.

—He apretado el segundo interruptor —dijo—. Se ha transmitido la señal a los mundos de acero y a nuestra flota. Y la secuencia de destrucción está iniciada.

—Pero es una segunda secuencia de destrucción —dije.

—Sí —explicó Media-Oreja—, os permitirá la evacuación de la fortaleza.

—¿Cuánto tiempo queda?

—Tres ahns kur. El dispositivo está dispuesto en cronometría kur, sincronizada con la rotación de nuestro mundo original.

—¿La misma cronometría que rige en la fortaleza?

—Por supuesto.

—Entonces quedan algo más de cinco ahns goreanos —dije.

—Pero te advierto que es mejor que estéis a una distancia de más de un ahn kur de la fortaleza antes de que ésta explote.

—Actuaré deprisa —dije—. Tú debes acompañarnos.

El gran kur se echó hacia atrás sobre el estrado con los ojos cerrados.

—Ven con nosotros —le dije.

—No. —Vi la sangre manando de su enorme cuerpo.

—Podemos llevarte.

—Mataré a cualquiera que se me acerque.

—Como desees.

—Aunque he caído, sigo siendo Zarendargar, Media-Oreja, de los kurii.

—Te dejaré solo —dije.

—Te lo agradezco. Parece que conoces bien nuestras costumbres.

—No son muy distintas de las costumbres de un guerrero.

Serví un vaso de paga y lo dejé junto a él en el estrado.

Entonces me di la vuelta para salir de la habitación. Él deseaba estar solo, sangrar en las tinieblas para que nadie viera su sufrimiento. Los kurii son bestias orgullosas.

En la puerta, me volví.

—Te deseo suerte. Comandante —dije.

No salió respuesta del traductor. Me marché.

30. ALZO UNA COPA DE PAGA

Las órdenes se dieron con presteza.

En dos ahns estábamos listos para salir de la fortaleza. Los trineos estaban preparados; los prisioneros, unos cuarenta hombres ahora vestidos con pieles, permanecían atados con las manos a la espalda y cadenas al cuello. Ya no les quedaba batalla que luchar; sabían que en el hielo, lejos de la tecnología de la fortaleza, sólo podrían sobrevivir si los cazadores rojos se lo permitían. Algunos serían vendidos a los tratantes en la primavera, otros tal vez se quedaran en los campamentos para servir a los cazadores rojos como esclavos.

Miré a las quince mujeres que habían estado en la fortaleza, mujeres entrenadas como agentes kur, mujeres que trabajaban para su causa. Todas estaban desnudas de rodillas, la mayoría con correas al cuello.

—Ponedlas en los sacos —dije.

Una a una, las metieron en sacos de piel que luego se introducían en otro saco. En los sacos sólo había una abertura para la cabeza, y estaba cubierta con una capucha, de forma que sólo iba expuesto el rostro de la esclava. Las cuerdas que ataban el saco se anudaban fuertemente detrás de las capuchas, de forma que las mujeres no pudieran alcanzar las ligaduras.

—Atad los sacos a los trineos —dije. Así es como transportaríamos a las mujeres.

Las mujeres gemían mientras las ataban a los trineos.

Ya aprenderían a servir a los cazadores rojos.

La que había sido Lady Rosa no estaba entre ellas. Estaba en otro lugar, donde yo la quería.

—¿Estamos listos para partir? —le pregunté a Imnak.

—Casi —respondió. Poalu, ya vestida con las pieles, estaba junto a él.

—Ven conmigo —le dije a Imnak—, y trae a los más valientes de tus cazadores, los que mejor hayan luchado.

Hubo un clamor.

—Seguramente Karjuk está entre los mejores —dijo.

—¡Ven con nosotros, Karjuk! —grité.

—Id sin mí —sonrió—. Yo soy un hombre solitario.

—Seguramente querrás algo que te caliente y te dé placer en la casa —le dije.

—Tal vez me encariñara mucho con eso —dijo. Se inclinó para comprobar un fardo del trineo.

Imnak me guiñó un ojo.

—Vente, amigo —dijo—. Puedes ayudarnos a elegir.

—Muy poco sé de esas cosas —dijo Karjuk—. Soy un hombre solitario.

—Seguro que puedes decirnos cuál es mejor para tirar del trineo.

—Debéis fijaros en las piernas —dijo Karjuk—. Unas piernas fuertes son importantes.

—Vente —dijo Imnak.

—Muy bien —accedió Karjuk.

Caminamos por el pasillo. Con nosotros venían muchos de los cazadores rojos, unos setenta u ochenta, y también Ram y Drusus.

Entramos en una gran sala.

En el centro de la habitación se arrodillaba una joven mujer roja con la cabeza gacha. Ella era la única mujer de su raza, aparte de Poalu, que había estado prisionera en la fortaleza. La habían encontrado encadenada en una de las salas de esclavas. Alzó la mirada.

—A ésta nadie la quiere —dijo Imnak—. Ha sido una esclava del hombre blanco.

La chica tenía lágrimas en los ojos. Era muy bonita. Era bajita y rechoncha, como la mayoría de las mujeres de los cazadores rojos.

—¿Qué vais a hacer con ella? —dijo Karjuk.

—La dejaremos en la nieve —dijo Imnak—. Es una vergüenza para el Pueblo.

—Yo vivo apartado del Pueblo —dijo Karjuk.

—¿La quieres? —preguntó Imnak.

—Por supuesto que no —se apresuró a decir Karjuk—. Es demasiado bonita para mí.

—¿La conoces?

—Era Neromiktok, del campamento de las Cumbres de Cobre —dijo.

—¿Le conoces? —preguntó inocentemente Imnak a la chica.

—Es Karjuk, amo —susurró ella—, una vez fue del campamento de las Piedras Brillantes, luego se convirtió en guardián.

—Se dice que dejó el campamento y se convirtió en guardián porque una chica orgullosa del campamento de las Cumbres de Cobre rechazó una vez sus regalos —dijo Imnak.

Ella bajó la cabeza.

—¿Cómo te has convertido en esclava? —preguntó Imnak.

—Era demasiado buena para los hombres —dijo ella.

Varios cazadores rojos se echaron a reír al oír a la esclava hablar de aquel modo.

—Me alejé del campamento de las Cumbres de Cobre para huir de un matrimonio que no deseaba. Me capturaron y me hicieron esclava.

—¿Todavía eres demasiado buena para los hombres? —dijo Imnak.

—No, amo.

—Has avergonzado al Pueblo —dijo Imnak severamente.

—Sí, amo.

—¿Qué clase de mujer eres?

—Una que quiere arrodillarse a los pies de los hombres y amarlos.

—¿Conoces el castigo por avergonzar al Pueblo?

—¡No, amo, por favor!

—Cogedla —les dijo Imnak a dos cazadores rojos. Ellos la agarraron cada uno de un brazo y la obligaron a levantarse.

—¡Me van a dejar en la nieve! —gritó desesperada la chica dirigiéndose a Karjuk.

—¿La vais a dejar en la nieve? —preguntó Karjuk.

—Por supuesto —dijo Imnak.

—Pero tiene las piernas fuertes.

La chica se debatía en los brazos de los cazadores rojos.

Ellos la soltaron y la esclava corrió a arrodillarse ante Karjuk, con la cabeza gacha, cogiéndose a sus piernas entre sollozos.

—Supongo que podrá tirar de un trineo —dijo un cazador rojo.

—¡Quédate conmigo, amo! —suplicaba la chica a Karjuk sollozando—. ¡Te suplico que te quedes conmigo, amo!

—¿Qué quieres? —preguntó él.

—Arrodillarme a tus pies y servirte y amarte.

—¡Vergüenza! —gritó Imnak.

—¿Puedes tirar del trineo? —preguntó Karjuk.

—Sí, amo. Y aunque sé que tú estás por encima de esas cosas, también puedo enseñarte maravillas entre las pieles, maravillas que me han enseñado como esclava.

Karjuk se alzó de hombros.

—No está mal ampliar las propias experiencias.

—¡Quédate conmigo, amo!

—Te llamaré Auyark —dijo él.

—Soy Auyark —dijo ella alegremente, sollozando con la cabeza junto a su pierna.

Él bajó la mirada hacia ella.

—Mírame, esclava —dijo.

Ella le miró.

—Me quedaré contigo, pero debes entender que eres una esclava, totalmente una esclava y sólo una esclava. Y si no eres complaciente te abandonaré en la nieve.

—Sí, amo.

—Ven, levántate.

Salieron de la habitación. Él primero, ella detrás.

—Imnak —dijo—, tú has preparado todo esto.

—No es imposible —dijo él—. Pero démonos prisa, hay otras zorras por distribuir, y tenemos poco tiempo.

Miré a Arlene, arrodillada en la fila junto a las demás chicas. Era la primera de la línea. Había cuatro líneas, cada una de cincuenta esclavas. Eran las chicas que habían servido como esclavas en la fortaleza.

La que había sido lady Rosa se arrodillaba a un lado.

—Soy una esclava. Suplico tus cadenas —dijo Arlene.

—Recógelas —dije indicándole la cadena. Ella la levantó.

—Soy una esclava. Suplico tus cadenas —dijo Audrey.

—Recógelas. —Ella cogió la cadena con el collar y la levantó con lágrimas en los ojos. Suavemente, con la cabeza gacha, lamió y besó el metal. Sonreí. Tal como había pensado, la que antes era una niña rica fue la primera en lamer y besar sus cadenas.

Las chicas encadenadas serían puestas en sacos de piel y atadas al trineo. Más tarde, después de que fuera construido el primer campamento en el hielo, se las soltaría de la cadena para utilizarlas en las cabañas. Y más tarde irían junto al trineo.

Cogí las cadenas de Arlene y se las puse, cerrando los candados rudamente sobre su cuerpo.

Olí su femineidad. Ella me miró.

—Más tarde, esclava. Ve al trineo.

—Sí, amo —dijo con un gemido.

Los otros hombres llevaban a cabo parecidas ceremonias de esclavitud con las otras zorras. Vi que Ram no se quedó con ninguna. Estaba satisfecho con la adorable Tina, que otrora fuera lady Tina de Lydius. Drusus puso sus cadenas a dos esclavas y las mandó al trineo, donde había hecho sitio para sus pertenencias, incluidas las esclavas.

Lancé otra cadena al suelo ante mí.

Bárbara, la chica rubia de la Tierra, se arrodilló a mis pies.

—Soy una esclava —dijo—. Suplico tus cadenas.

—Recógelas.

Ella las cogió y las besó.

Las cerré sobre su cuerpo.

—Ve al trineo —le dije.

—Sí, amo.

Lancé otra cadena al suelo.

Constance, la esclava goreana, se arrodilló ante mí.

—Soy una esclava. Suplico tus cadenas.

Las cogió y las besó.

Las cerré sobre su cuerpo.

—Ve al trineo —le dije.

—Sí, amo.

Lancé al suelo la quinta de las seis cadenas que había cogido.

Belinda, la esclava que yo había poseído en los pasillos, corrió hacia mí y se arrodilló.

Estaba contenta. Yo le permitía estar a mis pies, al menos de momento.

Pronto caminaba encadenada hacia mi trineo.

Lancé al suelo la última cadena.

La aristocrática chica que había sido lady Rosa vino a arrodillarse ante mí.

—Soy una esclava —dijo—. Suplico tus cadenas.

—Recógelas.

Ella las cogió y sin dejar de mirarme se las llevó a los labios. Luego bajó la cabeza y las lamió delicadamente y las besó.

Yo cerré el collar en torno a su cuello y las dos anillas en sus muñecas.

—¿A quién perteneces, esclava? —le pregunté.

—A ti, amo.

—Ve al trineo, esclava.

—Sí, amo.

—Debemos darnos prisa —dijo Imnak—. Dentro de dos años este lugar desaparecerá.

Salí de la habitación y le cogí a un cazador su fusil de dardos.

—¿A dónde vas? —preguntó Imnak.

—A la cámara de Zarendargar —dije. Deslicé uno de los dardos en el cañón del fusil.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Si este lugar explota, su muerte será horrible.

Fui a la cámara de Zarendargar con el arma en la mano. Imnak me seguía.

Cuando llegué a la sala, abrí la puerta con el pie y alcé el arma para disparar a la figura que se desangraba sobre la tarima de piel.

Di un respingo.

Zarendargar no estaba.

—¡Haré que registren todas las salas y pasillos! —gritó Imnak al tiempo que salía corriendo de la habitación.

Me acerqué lentamente al estrado de piel sobre el que había dejado la copa de paga. Vi los restos de la copa rota contra la pared de acero. Pero sobre la tarima había otra copa llena de paga.

Me eché a reír en voz alta.

Me incliné y cogí la copa, alzándola en un brindis y un saludo.

Bebí el paga y arrojé el vaso contra la pared de acero. Los restos de la copa se mezclaron con los otros cristales rotos.

Me di la vuelta y salí de la habitación. Imnak intentaba organizar una búsqueda

por la fortaleza.

—No hay tiempo —le dije.

—Pero la bestia...

—No hay tiempo. Tenemos que irnos.

Me quedé solo en la puerta de la cámara de Zarendargar, Media-Oreja, general de guerra de los kurii. Miré una vez más al estrado manchado de sangre y a la pared de acero al pie de la cual reposaban los fragmentos de dos vasos.

Luego me di la vuelta y salí de la zona. Había que ponerse en camino.

31. PARTIMOS DE LA FORTALEZA

—¡Mira! —gritó Imnak.

Giré el trineo. Otros también hicieron girar sus trineos, como nubes sobre el hielo. Muchos hombres gritaron asombrados y alarmados.

Detrás de nosotros, en el cielo del invierno, brillando a cientos de pasangs de altura, se extendían las sutiles cortinas de luces amarillas y rosas y rojas.

—No es la época —dijo un cazador.

Algunas mujeres chillaban. Los niños alzaban sus rostros.

Por un instante, sólo por un instante, apareció entre las luces la gigantesca cabeza de un kur. Tenía la oreja izquierda medio arrancada y los labios fruncidos en el gesto kur de placer. Después la cabeza desapareció.

Entonces, a más de un ahn de distancia de la fortaleza, vimos un destello de luz que en la oscuridad de la noche polar nos hizo gritar de dolor, medio cegados.

Por un instante terrible, la noche pareció tan brillante como el día, como un resplandor que la mayoría del Pueblo, en las regiones más al norte, nunca habían visto, un resplandor que superaba las blancas arenas de Tahari y las verdes junglas del este de Cartius.

Luego desapareció la luz del cielo y volvió la noche polar. Un humo amarillento se elevaba del hielo distante.

—¡Al suelo! —grité—. ¡Tras los trineos!

La onda expansiva nos golpeó con hielo y nieve. Rasgó nuestras pieles. Yo agarraba el trineo interponiéndolo ante la onda. Arlene gritó de terror mientras el trineo se retorció. Ella, como todas las demás mujeres, estaba absolutamente indefensa, metida en dos sacos de piel, uno dentro del otro. El eslín atado al trineo rugió con furia, rascando el hielo, casi arrastrado por la onda. Estuvimos en aquel huracán sólo unos siete segundos. Pasó tan deprisa como había llegado.

Le di unos golpes en el hocico al eslín y lo desenredé de las cuerdas.

Volví el trineo hacia el lugar donde había estado la fortaleza. Me subí a los deslizadores para ver mejor. Arlene también intentaba ver algo.

Los cazadores rojos estaban girando sus trineos.

—¡Mirad! —dijo Imnak. Vi que el eslín alzaba las patas chorreando agua.

—No es más que aire caliente debido a la explosión de la fortaleza. Está derritiendo el hielo.

—¡No, allí!

Señalaba a la distancia, donde el vapor se elevaba del agua.

Vi pilas de hielo deslizarse al agua.

—Mirad el hielo. ¡El agua está hirviendo! —exclamó.

De pronto se abrió una gran grieta en el hielo, cerca de nosotros.

Miré hacia la fortaleza. El humo se alzaba en el aire, extendiéndose como un paraguas al subir. La nube era sorprendentemente familiar. Parecía que el complejo hubiera explotado a causa de un dispositivo nuclear.

—¡El agua está hirviendo! —gritó Imnak.

—Nada podría vivir allí —dije.

—La bestia está muerta.

—Tal vez.

—Tú has visto el rostro en el cielo —dijo él.

—El mecanismo que proyectó la imagen pudo haber sido programado con anterioridad —dije.

—La bestia está muerta —dijo Imnak—. Si no murió en las salas y los pasillos, habrá muerto, quemada o ahogada, en las aguas de los alrededores.

—Tal vez —dije—. No lo sé.

El hielo comenzó a crujir bajo nuestros pies.

—¡Deprisa! —gritó Imnak.

Eché una última ojeada a las distantes aguas calientes que hervían donde el mar polar silbaba de indignación, como si estuviera ofendido, enfurecido por el contacto de un mecanismo controlado por criaturas racionales.

Los Reyes Sacerdotes han establecido límites para los artefactos humanos sobre este mundo. Están a favor de la lanza y el arco, la espada y el acero del cuchillo. Pero los kurii no viven bajo estas leyes. Me pregunté qué peludo Prometeo les habría regalado el fuego.

Recordé la cámara de Zarendargar y las dos copas de paga estrelladas contra la pared.

Alcé la mano hacia las hirvientes aguas, más allá de la gran nube.

—¡Deprisa! —gritaba Imnak.

Giré el trineo y restallé el látigo sobre la cabeza del eslín.

—¡Vamos! —grité—. ¡Vamos!

El eslín, arañando el hielo con las garras, arrojó su peso contra los arneses.

El hielo se derretía a mis espaldas. Mis pies, protegidos por botas de piel de eslín, salpicaban en el agua y yo empujaba el trineo sobre hielo sólido, gritando y restallando el látigo.

32. DEBO VOLVER AL SUR

Cerré suavemente la puerta de la casa de festejos. No creo que advirtieran mi marcha.

En el interior se divertía el pueblo de Imnak. Había mucha carne hervida y guisada. Afuera comenzaba a caer una nieve fina. Desde la casa de festejos me llegaban los gritos de alegría. Miré el mar polar, la extensión norte del Thassa. Las estrellas brillaban en el cielo bañado por la luna.

Fui hacia los trineos.

Imnak cantaba en la casa de festejos. Me alegré. Ya no se sentía intimidado por la montaña que una vez pareció alzarse ante él. Ya no tenía miedo de cantar, porque ahora la montaña le daba la bienvenida.

Inspeccioné los arneses de mi eslín de nieve en el trineo.

El arnés estaba seguro. La bestia estaba inquieta.

Había allí unos ocho trineos. Ram y Drusus tenían sus trineos y, además del mío, estaban los de cinco cazadores, hombres que nos acompañarían al sur, a través del glaciar Eje. Atada por el cuello al trineo de Ram, envuelta en pieles, estaba Tina. Atadas por el cuello al trineo de Drusus, envueltas en pieles, estaban las dos bellezas que había elegido y encadenado en la fortaleza de los kurii. Otras chicas estaban atadas del mismo modo a los trineos de los cazadores que nos acompañarían. Eran chicas de la fortaleza, algunas de las cuales habían sido mujeres libres, que se cambiarían en el sur como buena mercancía. Atada a mi propio trineo había una cadena colectiva de seis esclavas.

La primera chica era Arlene, la segunda Audrey, la tercera era Bárbara, Constance la cuarta, Belinda la quinta y la que había sido lady Rosa era la sexta. Todas iban envueltas en pieles. La nieve caía suavemente sobre ellas.

Fui al final de la cadena y cogí entre mis brazos a la última chica. Le besé suavemente los labios, cálidos en la fría noche. La que había sido lady Rosa había aprendido ya mucho.

—¿Cómo te llamaré? —dije—. ¿Rosita? ¿Pepita?

—Llámame como desees, amo —respondió ella—. Soy totalmente tuya.

La toqué el muslo a través de las pieles.

—Cuando lleguemos a Puerto Kar te marcaré —dije.

—Sí, amo.

Fui hacia la quinta chica, Belinda. La cogí entre mis brazos suavemente y la besé.

—Tú ya estás marcada.

—Márcame mil veces —dijo ella—. Cada vez seré más tuya.

—Una marca basta para convertirte en esclava.

—Sí, amo. Pero cada vez que me tocas, me marcas. Cada vez que me tocas me

haces más esclava. Cada vez que me tocas soy más tuya.

Fui hacia Constance, que era la cuarta chica.

La besé.

—Al igual que Belinda, tú eres ya una esclava marcada.

Tal vez hiciera que la entrenaran como una exquisita esclava de placer, experta en la danza sensual y en las mil artes del placer. Entonces podría enviarla, entrenada, perfumada y con las sedas, a algún fiero pirata de Torvaldsland.

Pero tal vez me quedara con ella por un tiempo. O tal vez la pusiera en una tarima en Puerto Kar.

No lo sabía.

—Intentaré complacerte —me dijo.

—En Puerto Kar —dije yo—, cuando una chica no es complaciente, se la ata de pies y manos y se la arroja desnuda a los canales para alimento de los urts.

—Intentaré ser complaciente —sonrió.

Me eché a reír y le acaricié la cabeza. Ella me besó el guante.

—Cuando te venda, si es que te vendo, te enviaré al sur, para una esclavitud de placer.

Fui hacia Bárbara y la cogí en mis brazos y la besé con ternura.

—Te marcaré en Puerto Kar —le dije.

—Espero el hierro con ansia, amo.

Entonces fui hacia la segunda chica de la cadena: Audrey. La tomé en mis brazos y la besé dulcemente.

Ella se aferró a mí.

—Suplico tu marca —dijo roncamente.

—¿Ya no eres una chica rica de la Tierra?

—Soy una zorra goreana y una esclava. Suplico tu marca.

Me miró con lágrimas en los ojos.

—No me atrevo a pedir tu collar —dijo—. Después de marcarme, puedes rechazarme o venderme si lo deseas. Siempre recordaré con alegría el momento de dolor en el cual, a pesar de no ser más que una esclava, he merecido tu hierro.

—Me quedaré contigo al menos por un tiempo, y te pondré mi collar —le dije—. No careces de interés como esclava. Mis hombres pueden encontrarte divertida. Y tal vez te permita de vez en cuando servirme en mis habitaciones.

—Gracias, amo.

—Luego creo que te venderé. Creo que aprovecharás el hecho de tener muchos amos y conocer muchas esclavitudes, porque eres soberbia carne de esclavitud.

—Gracias, amo.

Fui hacia Arlene, que encabezaba la cadena.

Ella alzó los ojos hacia mí. Yo le aparté la capucha dejándola caer sobre sus

hombros. Qué hermosa era. Tenía nieve en los cabellos. Le aparté el pelo de la cara.

—Mi muslo no ha sido marcado —dijo—. ¿Me marcará mi amo a mí también en Puerto Kar?

—Sí.

—Esta esclava está complacida.

—¿De verdad? —le pregunté cogiéndole la cabeza con las manos.

—Sí. Para esta esclava es un gran honor ser marcada por un guerrero, un guerrero que es un Capitán.

De pronto me abrazó.

—Oh, amo —gimió—. En realidad es algo que no tiene nada que ver con la casta, sino con el tipo de hombre que eres. Podrías ser un campesino, no importaría. Cuando miras a una chica, haces que ella desee tu marca. Cuando tus ojos caen sobre una chica, ella desea ser tu esclava. Las mujeres sueñan con ser marcadas por un hombre como tú. Soñamos con ser esclavas de un hombre como tú.

—Ésos son sueños de esclava —dije.

La besé suavemente en los labios. Nuestros labios se fundieron por un momento. Luego la abracé y la besé largamente.

—Intentaré complacerte, amo —me dijo.

Oí al eslín arañar el suelo. Ram tosió. Los cazadores rojos estaban en sus trineos.

Me di la vuelta para mirar una vez más a mis espaldas. Es ésta una costumbre de los cazadores rojos: esto les permite ver cómo verán el terreno en el viaje de vuelta. Pero yo pensaba que no volvería nunca por aquel camino.

Vi el hielo del mar polar, y las estrellas, y la casa de festejos, en la que Imnak cantaba.

Entonces me volví y alcé el brazo. A mi izquierda, hacia el este, estaba el primer destello de luz, un amanecer que daría comienzo al largo día de la primavera y el verano árticos. La noche había pasado.

Bajé el brazo.

—¡Vamos! —dije—. ¡Vamos!

Los ocho trineos se alejaron del campamento. Yo caminaba tras el trineo. Las chicas caminaban conmigo.

Nadie advirtió nuestra marcha.